
UNIDOS
POR
ESPINAS
Bestias de las zarzas
ELIZABETH HELEN

UNIDOS POR ESPINAS

UNIDOS POR ESPINAS

Bestias de las zarzas

ELIZABETH HELEN

Traducido por Nieves Calvino Gutiérrez



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Bonded By Thorns*
Editor original: Magpie Books, un sello de HarperCollins*Publishers*
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez

1.ª edición: julio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 *by* Elizabeth Helen
All Rights Reserved.
Esta edición se publica en virtud de un acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc., mediante International Editors & Yáñez Co' S.L.
© 2025 de la traducción *by* Nieves Calvino Gutiérrez
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87557-52-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todos los que crecieron deseando vivir su propio cuento de hadas, con tierras lejanas, intrépidos combates con espadas, hechizos mágicos, príncipes disfrazados y, por supuesto, muchas bestias.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Unidos por espinas es un libro de fantasía para adultos con contenido sexual explícito (H/M, H/H), y va dirigido a un público mayor de 18 años.

Otras temáticas presentes son: abuso emocional en una relación romántica pasada, maltrato físico implícito en una relación romántica pasada, sangre y violencia.


Arriba
Bosque de Embermead
Fortaleza Oakheart
El Templo de Nymphia
El Coliseo del Sol
Castletree
Fortaleza Sellside
Las arenas de Seadela
EL VALLE ENCANTADO
El paso del equinoccio


Cabaña
O'Connell
Embarcadero
La biblioteca
de Rosalina
ORCA
COVE

1

Rosalina



He recorrido el mundo entero. He caminado por la Gran Muralla China, he cenado en lo alto de la Torre Eiffel y he viajado en el tren bala de Tokio a Osaka. Y eso no es todo. He dirigido un ejército en la batalla a lomos de un dragón, he seducido a un despiadado jefe de la mafia y he viajado en el tiempo para enamorarme de vikingos y de caballeros de la Mesa Redonda. He vivido mil vidas.

Es una lástima que mi única vida real sea una mierda.

Exhalo un suspiro y cierro el libro que estoy leyendo. Es bueno, trata de un cazador de fantasmas que sin querer se enamora del espíritu al que debe atrapar. Algunos llaman a estas lecturas «placeres culpables», pero ¿por qué debería sentirme culpable por querer escapar a otro lugar, aunque solo sea un rato?

Hoy reina un silencio absoluto en la librería, así que he podido leerme unas cuantas páginas… o un centenar. Es típico en otoño. Cuando termina la temporada turística, Orca Cove entra en modo hibernación. Solo vienen los clientes habituales y no necesitan, ni quieren, apenas nada de mí.

Me sujeto un rebelde mechón de pelo detrás de la oreja, sin molestarme en colocarlo de nuevo en el recogido en lo alto de la cabeza, que más bien parece un nido de cuervos. Agarro el jersey después de echar un vistazo por los grandes escaparates de la tienda. Que llueva en otoño en el noreste del Pacífico es tan normal como que un oso cague en el bosque, aunque eso no impide que los lugareños se quejen. Apoyo la palma de la mano en el húmedo cristal, con cuidado de no tirar los libros que he colocado para su exhibición. Me gusta la lluvia. Hace que me sienta menos culpable por refugiarme aquí dentro, lejos de todo y de todos. Seguro que si se lo dijera a alguien, lo consideraría raro. Pero bueno, igual que ocurre con la lluvia en Orca Cove o con los osos que cagan en el bosque, es de esperar.

La puerta se abre con el tintineo de la campanilla y Josie y Tiffany entran, charlando entre ellas. Son las típicas lugareñas; de mediana edad, amantes del vino y tan unidas como una piña. Esposas de dos de los guías de pesca.

—Hola —saludo, fingiendo que estoy arreglando el escaparate en vez de contemplando la lluvia como un bicho raro—. ¿Qué tal estáis, chicas?

Josie se para y planta los brazos en jarra. Ha ido a la peluquería y unos cortos mechones se rizan bajo sus orejas.

—Rosalina, paso a diario por esta tienda y siempre estás en el escaparate. ¿Es que Richard no te da ni un solo día libre?

Richard es mi jefe. Y no me cabe duda de que estaría encantado de darme días libres… para siempre. Pero jamás encontraría a alguien dispuesto a abrir y cerrar casi todos los días, sin cobrar horas extras.

—Soy yo la que pido trabajar tanto. —Me coloco detrás de la caja registradora—. Me mantiene ocupada.

Josie y Tiffany intercambian una mirada compasiva.

—Me pareció ver a tu padre entrando en el pueblo el otro día —dice Tiffany despacio—. ¿Dónde ha estado esta vez?

—Acaba de volver de Petra. En Jordania. —Me doy la vuelta para que no me vean ponerme roja—. Aunque ya anda otra vez de viaje.

—¿Así que no hay hadas en Petra? —pregunta Josie con un tono que intenta ser sincero, pero se percibe una risita burlona tras sus palabras. Se le nota el regocijo por la posibilidad de conseguir más cotilleros para sus reuniones en cafeterías y clases de gimnasia. No pienso darle el gusto.

—No —digo entre dientes—. Todavía no ha encontrado lo que busca.

—Venga, vamos a echar un vistazo a las revistas nuevas. —Tiffany arrastra a Josie hacia el fondo de la tienda.

Me apoyo en el mostrador y pongo la cabeza entre las manos. Tal vez sea la razón por la que Richard me mantiene aquí. Cuando no es temporada turística, la única forma de atraer clientes es ser una atracción de feria para que la clientela habitual venga a chincharme.

No debería pensar así. Josie y Tiffany son bastante majas. Y he tenido un montón de amigos en Orca Cove. Claro que todos siguieron adelante después de graduarse, fueron a la universidad o dejaron su huella en las grandes ciudades. Ya no hablamos mucho. Y cuando lo hacemos, es difícil hablar de sus ascensos, de sus planes de viajar o de cualquier aventura emocionante porque… yo sigo aquí. Trabajando en la librería. Cuidando de mi padre. En el mismo sitio que cuando se fueron.

Agarro un montón de revistas recién desempaquetadas de *Casa y Jardín* para mantenerme ocupada y las llevo a la trastienda para enseñárselas a Josie y a Tiffany. A pesar de las largas jornadas, me

gusta mi trabajo. Estoy literalmente rodeada de libros. ¿Cómo no amar eso?

La librería El Gaznate de la Gaviota es un lugar largo y estrecho, repleto de altas estanterías que lo convierten en un laberinto. Richard lo heredó de sus padres, y no creo que ame los libros, aunque sí le encanta mandar y tener el monopolio.

Pero fui yo quien transformó este destartalado cuchitril de madera, lleno de corrientes de aire y goteras, en lo que es ahora. ¿Luces de colores colgadas de las vigas? Hecho. ¿Exposiciones semanales de temas de interés local? Hecho. ¿Tener siempre lo último de James Patterson? Hecho. Claro que también he tenido un par de fiascos. Como la vez que me quedé plantada yo sola en medio de la tienda, con las sillas vacías dispuestas en un círculo y una humeante tetera sin tocar, porque no vino casi nadie al club de lectura que organicé. O cuando Richard me obligó a quitar el escaparate en homenaje al folclore local porque decía que estaba dando mala imagen a su tienda.

Pero sigo intentándolo. Es lo único que tengo.

Por eso estoy encantada de enseñarles a Josie y a Tiffany las nuevas revistas.

—Qué lástima. Dejó el instituto hace… ¿cuánto? ¿Ocho años? Si no fuera por su padre, seguro que se habría marchado con todos los demás jóvenes. —La voz de Josie se escurre entre las estanterías. Me escondo detrás de una de las más altas, saco un libro y las observo.

Están muy juntitas, fingiendo mirar las revistas, pero en realidad están haciendo lo que mejor se le da hacer a la gente de este pequeño pueblo: cotillear.

—Claro que es culpa de su padre —responde Tiffany en un susurro —. No se puede negar que es una belleza. Parece una de esas

antiguas estrellas de cine, ¿no crees? No me extraña que Lucas Poussin estuviera loco por ella. ¿Te acuerdas de Lucas?

—¡Cómo olvidarlo! —Josie libera un suspiro—. Fue lo mejor que le pasó. Una pena que no se la llevara a la ciudad con él. Le salvó la vida, pero no pudo salvarla de la locura de su padre. ¡Llevamos veinticinco años con los desvaríos del loco George!

Tiffany se tapa la boca con la mano.

—Al principio resultaba divertido. Pero ahora simplemente es triste. Prefiere tirar su dinero y el futuro de su hija antes que aceptar que su mujer se fue.

—¡No, no, se la llevaron las hadas! A lo mejor Papá Noel la tiene trabajando en su taller de juguetes. —Josie profiere una carcajada y Tiffany le golpea el brazo.

Me pongo roja y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Sé que el pueblo habla. ¿Cómo no iba a saberlo? Pero oírlo de forma tan clara…

Me entran ganas de salir de golpe y gritar que he oído todo lo que han dicho. Que no tienen ni idea de lo que están hablando. Que mi padre no está loco. Que con cada viaje que hace, con cada préstamo que obtiene para financiar una expedición, se acerca más a lo que necesita.

Pero no se equivocan en todo.

Lucas sí que me salvó la vida.

Me escabullo hacia el mostrador con la cabeza gacha. Cuando las oigo regresar, me esfuerzo por sonreír y me despido de ellas con la mano.

El peso de la culpa me oprime el estómago por no haber defendido ni a mi padre ni a mí. Pero ¿qué sentido tiene?

Nada va a cambiar el hecho de que siempre voy a ser diferente.

Puede que tengan razón sobre mi padre.

Puede que tengan razón sobre mí.



El cielo se ha oscurecido hasta tornarse de un gris oscuro, y las farolas de la calle se encienden mientras me pongo el abrigo y me preparo para cerrar.

Richard vino hace una hora para hacer el inventario mensual. Por suerte, esa es una de las pocas tareas que no me confía a mí. Su sucia chaqueta de cuadros escoceses cuelga sobre las cajas de cartón mientras abre los últimos envíos.

—Vale, me marcho ya —digo—. Hasta luego, Richard.

Él gruñe como respuesta, pero cuando pongo la mano en la puerta, su grave voz me grita:

—¿Qué cojones es esto?

Sujeta en alto un par de las últimas novelas románticas que he pedido. Le arrebato una, con un gritito de alegría.

—¡Por fin ha llegado! Nuestra colección estaba desfasada, así que he pedido algunas cosas para renovarla. Esta es una novela romántica de fantasía sobre una universidad mágica, y esta es una novela romántica contemporánea sobre una chica que finge ser su hermano para jugar al hockey…

—¿Novelas románticas? —espeta Richard—. Rosalina, ¿cuántas veces te he dicho que no se venden? Estas no se venden. —Se golpea la frente con la palma de la mano—. ¿Cuánto has despilfarrado en esta basura?

Aprieto el libro contra mi pecho.

—No son basura…

Richard rebusca en la caja como un topo cabreado.

—¿Todo este puñetero pedido son novelas románticas? ¿Es que eres imbécil? —Me mira fijamente, con los ojos entrecerrados y oscuros—. Lo vamos a devolver.

—Pero… si me dejaras colocarlas en el escaparate…

—Mira, O'Connell —gruñe mi jefe—. Cabría pensar que después de vivir aquí toda la vida sabrías que a la gente de este pueblo no le gusta el cambio. Quieren a los autores que conocen. Y sobre todo no quieren basura poco realista y sin sentido. La única persona de este pueblo lo bastante imbécil para tragarse esta mierda eres tú.

«¡No puedes hablarme así!». «No reconocerías lo que es literatura aunque te golpeara en la cabeza». «Eres cruel, estás cabreado y pareces un topo». «¡Renuncio!». Estas cosas y muchas otras se me vienen a la cabeza, pero tengo la garganta seca y el corazón me late a toda prisa. Entonces otra voz se une a la discusión: «Necesitas este trabajo. Papá necesita el dinero. No puedes hacer otra cosa».

Me tiro de la manga izquierda de mi jersey sin darme cuenta.

—Ma… mañana a primera hora me encargaré de devolver los libros.

Richard suelta un suspiro y se frota el puente de la nariz.

—Sabes, yo era amigo de George cuando éramos jóvenes.

George. Mi padre.

—Quiero que sigas trabajando aquí por él. No me lo pongas tan difícil, ¿vale?

Asiento y respiro hondo para contener las lágrimas.

—Vale. —Y en algún lugar encuentro un poco de valor para susurrar—: ¿Puedo comprar un par de ellos antes de devolverlos?

Richard agita la mano con indiferencia.

—Muy bien. Coge lo que quieras. Te lo descontaré del sueldo.

Elijo con cuidado dos libros y me los guardo en el bolso.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Rosalina —dice con voz seria. Como si tratar conmigo fuera la peor parte del día. Y probablemente lo sea.

Eso es lo que solía decir Lucas.

Salgo al exterior, bajo la lluvia, deseando con todas mis fuerzas estar en cualquier otro lugar que no sea este.

2

Rosalina



La fina llovizna resbala por mi chaqueta mientras camino por la calle y me alejo de la tienda. Solo quiero llegar a casa, calentarme la cena en el microondas y acurrucarme en el sofá con mi cazador de fantasmas.

¡Mierda! Me espera una buena. Siempre es lo mismo. Mi padre desaparece durante meses, vuelve a casa unos días, lo deja todo patas arriba, con mapas, libros antiguos y extraños artefactos por todas partes, y luego se larga de nuevo.

Según dijo, Petra había sido una decepción. Allí no había nada más que callejones sin salida. Esta vez va a volver al bosque. Siempre vuelve al bosque.

Orca Cove limita con el océano Pacífico al oeste y el lago Villeneuve al sur. El extenso bosque de Briarwood cubre el noreste. Ahí es donde los guías de caza llevan a los turistas en temporada alta. Pero mi padre dice que ahí hay algo más.

Me subo la capucha y me quedo mirando mis empapados zapatos. Él dispone de una buena tienda y de equipo de primera, pero debe de estar pasando frío. Le metí en el equipaje un montón de comida

deshidratada y me aseguré de que tenga pastillas potabilizadoras de agua, pero ¿y si se olvida de usarlas? ¿Y si tropieza y se queda incomunicado?

¿Y si esta vez no vuelve?

Estos pensamientos no sirven de nada. Se lo he dicho a mi padre cientos de veces. Pero a él le da lo mismo. «Está ahí fuera, Rose. Lo sé. No pararé hasta traerla a casa».

Todo pueblo cuenta con su loco particular. Y Orca Cove tiene a George el Loco, mi padre. El antiguo arqueólogo que le dijo a todo el pueblo que a su mujer la secuestraron las hadas.

Vivo cerca de la librería, aunque todo está cerca en Orca Cove, pero voy por el camino más largo. Las calles están bordeadas de imponentes pinos y los edificios están diseñados para que parezcan cabañas de troncos. El centro del pueblo, el Pabellón Poussin, está iluminado con luces doradas mientras la gente se dirige al *pub* interior para tomarse algo después del trabajo. Hace siglos que no pongo un pie ahí. Demasiados recuerdos.

Solo hay una cosa que hará que me sienta mejor después de un día como hoy.

Mis pies me llevan de forma inconsciente a la última calle del pueblo, lejos de las casas y de las tiendas del centro. Ha oscurecido y hay menos farolas, pero me conozco este pueblo tan bien como la palma de mi mano. Los charcos me salpican los tobillos cuando aprieto el paso.

Una sensación de calma me invade en cuanto lo veo. Es un edificio con el tejado de hojalata, una ventana rota, una puerta estropeada y una fea pintura verde oliva que se está descascarillando en todas las paredes. Lleva años en venta sin un solo interesado.

Pero un día será mío. Me acerco y apoyo la mano en la pared. Ya

me lo imagino; abro las puertas a primera hora de la mañana mientras la niebla danza aún entre los pinos. Me encamino hasta un precioso escritorio largo con un ordenador de última generación que nunca se queda colgado. A un lado habría hileras y más hileras de libros. Una enorme sección infantil con una caja con juguetes, un espacio para exposiciones y una estantería dedicada por completo a la novela romántica.

Sería justo lo que nuestra comunidad necesita.

Una biblioteca.

La imagen se presenta ante mí con absoluta nitidez. Probablemente estaría más cerca de lograr mi objetivo si no le hubiera ofrecido a mi padre mis ahorros para la universidad. Pero iban a embargarnos nuestra diminuta casa, y él tenía una depresión de caballo por no poder seguir una pista en las tierras altas de Escocia porque no podía pagarse el billete de avión.

Por supuesto que tuve que dárselo.

¿Habría estudiado Literatura Inglesa como pensaba? ¿Me habría sacado un máster como Lucas? ¿Me habría quedado en una ciudad grande como algunas de mis amigas?

Veo mi reflejo en la ventana del edificio de mis sueños; alta, con el pelo castaño despeinado, la máscara de pestañas corrida alrededor de los ojos marrones. Si ladeo la cabeza, mi imagen se fragmenta en el agrietado cristal, convirtiendo mi expresión cansada en algo monstruoso.

Puede que no tenga una biblioteca, pero tengo otra cosa. Calle abajo, un sauce llorón agita sus ramas al viento. Ha perdido casi todas sus hojas, pero aún conserva cierta elegancia, como si sus ramas fueran las faldas de un hermoso vestido de baile.

La típica loca del pueblo. Otorgándole características humanas a

un árbol. Como reza el dicho: de tal palo, tal astilla. Pero este árbol me gusta más que la mayoría de los residentes de Orca Cove. Y, además, mi padre dice que este era el árbol favorito de mi madre.

Por eso es el lugar perfecto para montar mi propia biblioteca. Mi padre hizo una pequeña casita con una puerta de cristal y la colocó en un alto poste de madera. Es una de las pocas cosas que mi padre ha hecho para mí.

Decoré el exterior con flores secas. Rosas, para ser más exacta. Mi padre siempre me preguntaba qué quería que me trajera de sus viajes. «A ti, sano y salvo. Que te quedes y no vuelvas a dejarme sola», pensaba. Pero nunca se lo dije en voz alta. En su lugar, siempre le pedía una rosa, algo económico y fácil de conseguir. Y al menos esa era una promesa que siempre cumplía, aunque a veces me trajera pequeños objetos o joyas en vez de una flor de verdad.

Llené la pequeña biblioteca con todos mis libros favoritos. Todavía no había visto a nadie coger o dejar ninguno, pero…

—Un momento, ¿qué? —El corazón me late con fuerza. La pequeña biblioteca… está destrozada. Hay libros esparcidos por el suelo mojado, el poste está torcido y la casita está hecha pedazos en la carretera. Me acerco corriendo para salvar los libros de los charcos. Y entonces veo una pintada en una de las paredes: HAN SIDO LAS HADAS.

—¡No, no, no! —Me hinco de rodillas, dejando caer los libros en el barro. He trabajado tanto en esto…

Las potentes luces de unos faros atraviesan la oscura calle. Me protejo los ojos. Un ruidoso y pesado camión se acerca despacio. Apenas puedo ver nada con esas luces cegadoras. ¿Qué clase de gilipollas pone las largas en una calle residencial?

Pero el camión… viene hacia mí. Me aparto de un salto con

rapidez y vuelvo a la acera. El camión se detiene a un lado de la carretera y luego retrocede hasta que está justo delante de mí.

Una protesta muere en mis labios cuando las ruedas trituran los destrozados restos de mi pequeña biblioteca. ¿Qué importa? De todas formas, no podía salvarla. Las flores secas diseminan sus pétalos por el barro.

Parpadeo mientras el conductor apaga el motor. ¿Quién pararía para hablar conmigo? Ahora que ya no tengo las luces cegándome los ojos, puedo distinguir el logo en la puerta del camión. Poussin Hunting Co. ¿Es uno de los guías? Pero ¿por qué?

Un cosquilleo fruto de la anticipación recorre mi cuerpo. Un momento…

Unas pesadas botas retumban al otro lado. El corazón me late desbocado mientras rodeo el camión. La llovizna por fin se convierte en lluvia y unos gruesos goterones golpetean el suelo. Las luces de las farolas proyectan marcadas sombras en cada árbol.

—Rosalina O'Connell. No puede ser.

Cierto, no puede ser. Porque tengo ante mí a Lucas Poussin. Mi exnovio.

Se me forma un nudo en la garganta. Ay, Dios mío. Está… guapo. A ver, siempre ha sido guapo. Ha pasado casi un año desde la última vez que lo vi. Siempre honra a Orca Cove con su presencia en Navidad, pero es demasiado pronto.

Lucas se pasa la mano por su cabello rojo oscuro. Lleva una chaqueta de cuero con una camisa negra debajo y unos vaqueros ceñidos. Parece más un chico de ciudad que los chicos de por aquí, pero sigue teniendo ese aire distintivo. El aire del hijo de un cazador.

—Justo me dirigía a tu casa cuando he visto a alguien chapoteando en el barro. Pensaba que sería un vagabundo o algún otro

indeseable, así que he parado para echarlo. Y resulta que eres tú, la mismísima Rosalina O'Connell.

Estoy empapada de barro, desde la chaqueta hasta las mallas negras. Sé que tengo ojeras, y no me cabe la menor duda de que la lluvia no le ha hecho ningún favor a la máscara de pestañas. Él parece recién salido de la portada de *Men's Health*, cómo no.

Lucas entrecierra sus ojos color avellana y me percato de que no he abierto la boca. ¡Ay, Señor! Me toca hablar a mí, ¿no? Pero, como siempre, estoy completamente bloqueada.

Eso es lo que Lucas hace conmigo. Aparece una vez al año y me deja paralizada. Como si retrocediera a la época del instituto, en la que estaba pendiente de cada una de sus palabras. Lo peor es que sé que es patético. ¡Ni que tuviera dieciséis años en lugar de veintiséis!

Todos los habitantes de Orca Cove consideran a Lucas un regalo de Dios a la humanidad. La única vez que los vecinos me vieron como algo más que la hija de George el Loco fue después del incidente en el lago helado. Entonces, yo era la chica de Lucas.

Se me forma un nudo en la garganta como si todo aquello hubiera ocurrido ayer, cuando el agua helada me engullía. Veo su mano como un faro.

Muy a mi pesar, sé que ser la chica de Lucas era más agradable que ser la marginada que soy ahora. Que me preguntaran por Lucas era mucho más fácil que responder a por qué mi padre estaba haciendo círculos de hadas en el jardín trasero.

Pero ser la chica de Lucas no fue agradable cuando me dejó justo antes de irse a la universidad. Ni cuando vino a casa por Navidad, me invitó a cenar y me pidió una ensalada porque «has engordado los típicos kilos del primer año, y eso que ni quiera vas a la universidad». Ni el invierno pasado, cuando fuimos a tomar algo al

Pabellón Poussin y lo llevé a casa para que pasáramos la noche juntos. Me desperté y se estaba mandando mensajes sexuales con una chica de la universidad. Hice como si no lo hubiera visto.

Lucas me mira con los ojos entrecerrados y esboza una sonrisa.

—Nena, debes de estar deseando verme.

Y a pesar de todo, lo estoy.

Me abraza, y verme envuelta en su calor me encanta. Respiro hondo. Huele a su colonia y a cuero. Es tan familiar que no puedo contenerme.

—Te he echado de menos.

—Lo sé, cielo. —Se aparta y me brinda una deslumbrante sonrisa. Me va a estallar el pecho. Está sonriendo por mí.

—Me… me sorprende verte —consigo decir. Mido 1,80 y él me supera por unos centímetros, pero cuando me mira así, me siento como si tuviera cinco años.

—Es lo que pretendía. —Sonríe de oreja a oreja—. Me gradué en primavera. ¿Lo sabías? Con honores, por supuesto.

Sí, me había enterado. Los Poussin son prácticamente la realeza de Orca Cove. La gente no hablaba de otra cosa.

—Así que, ¿conseguiste trabajo en alguna gestoría de la ciudad? —pregunto.

Él suelta un bufido.

—Sí, ya lo he dejado. No les gustaba mi actitud visionaria. No quiero que me metan entre rejas, ¿sabes?

—Claro —digo—. ¿Cuánto vas a estar por aquí?

Él ignora mi pregunta y me agarra la barbilla. Contengo la respiración, mirándolo como una de las ciervas que caza.

—Eres guapa a rabiar —susurra, pero no parece que me lo diga a mí, sino más bien a sí mismo—. Una belleza única.

Siento un cosquilleo en la piel. Me bajo la manga izquierda.

Él se da la vuelta y se dirige al camión.

—Cena en el Pabellón Poussin mañana por la noche, a las siete. Trae a tu padre, si no está demasiado ocupado cazando gnomos o lo que sea, ya sabes.

¿Y ya… está? ¿Me dice que cene con él y se marcha? Debería mandarlo a la mierda. Debería decirle que venga a recogerme si quiere cenar conmigo. Debería decirle…

Pero se marcha antes de que me arme de valor para hacer nada, dejándome sola bajo la lluvia, con mi biblioteca destrozada y las rosas marchitas.

3

Rosalina



Cientos de horribles ojos me miran, pero solo la mitad están colgados en la pared.

El Pabellón Poussin está lleno hasta los topes. «¿A cuánta gente ha invitado Lucas?». No se trata de una cena conmigo, sino de una fiesta para todo el pueblo.

Mi enorme bufanda, mi camisa blanca y mis mallas negras desentonan con la elegante ropa de los demás. Intento con torpeza desaparecer entre la multitud. El calor de la gran chimenea de piedra me descongela las frías mejillas. El ligero olorcillo a alcohol y a tabaco se mezcla con el de la humeante carne y la tarta de calabaza que llenan las mesas.

La familia de Lucas es dueña del Pabellón Poussin desde hace generaciones. Es parte hotel, parte *pub* y parte agencia de guías. Del alto techo de vigas cuelgan antiguas lámparas de araña, cada una con un farol que ilumina la estancia con una luz anaranjada. Las mesas, las sillas, los bancos y la barra están tallados en madera oscura. El hogar está decorado con hojas y follaje otoñal.

En las paredes cuelgan cabezas de alce y de ciervo y pieles de osos, pumas y un lobo. Lucas mató al lobo hace casi diez años. Me dijo que le disparó en la nuca mientras dormía. La piel sigue siendo suave y densa, y casi resplandece a la luz de la lumbre.

La tensión me carcome por dentro y me obligo a mirar hacia otro lado. Hay muchísima gente. «¿Una fiesta de bienvenida que olvidó mencionar?».

El pueblo entero está aquí, pero por supuesto nadie intenta entablar conversación conmigo. Veo a muchos familiares de Lucas, incluso los que viven en pueblos cercanos. Primos, tías, tíos, abuelos. «Yo solo tengo a mi padre, y ni siquiera todo el tiempo».

Los padres de Lucas siempre se han portado bien conmigo. Pero hasta ellos participan en los cotilleos del pueblo sobre los locos O'Connell. «Al menos tendréis unos nietos preciosos», eran las palabras de consuelo que escuché muchas veces dirigidas a los señores Poussin.

Pero no tienen de qué preocuparse. Lucas dejó muy claro que no quería un futuro en común cuando me dejó antes de marcharse a la universidad. Ahora no soy más que su ligue del pueblo.

Por fin diviso a Lucas mirando desde la barandilla del piso superior. Me abro paso entre la multitud y subo corriendo las escaleras hacia él.

Lucas me da un abrazo. Un inmenso alivio recorre mi cuerpo, y respiro hondo entre sus musculosos brazos antes de que me suelte. Me agarra la barbilla y hace que levante la vista hacia él.

—Te he visto entrar. Parecías estar exhausta.

«Bueno, habría estado bien saber que iba a haber tantísima gente», pienso.

Lucas baja la mano.

—No habrías sobrevivido en la ciudad. Es muy estimulante recordar lo inocente que es mi calabacita.

—No me llames así. —Odio ese apodo.

—Te conseguiré un empleo en la recepción. Te vendrá bien conocer gente de todo tipo.

—Conozco mucha gente en la librería —le recuerdo.

—¿Qué, mujeres y viejos achacosos? —Lucas se echa a reír. Luego me agarra de la cintura y me atrae contra su ancho pecho—. Yo te hablo de gente real. Gente que ha viajado alrededor del mundo.

—Yo también he visitado muchos lugares —replico—. Bueno, he leído sobre ellos.

—Ay, mi calabacita. —Sacude la cabeza y me mira con lástima mientras desliza la mano por mi brazo. Me roza la muñeca izquierda con el pulgar.

—Espera…

Él me sube la manga y mira hacia abajo, parpadeando.

—Ah, claro —dice—. Debería recordar que jamás podrías olvidarme.

¿Lo había olvidado?

Lo había olvidado.

Había olvidado las lágrimas que rodaban por mis mejillas hace ocho años, cuando apenas podía respirar de tanto sollozar. No estuvo a mi lado cuando lo necesitaba. Y se iba a ir a la universidad. El dolor me desgarraba por dentro como un animal enjaulado. Y por más que lloré, ni una sola lágrima lo conmovió.

Yo sí recuerdo aquella noche.

Él puso los ojos en blanco mientras se paseaba de un lado a otro haciendo aspavientos con las manos. «¿Qué cojones quieres de mí?».

No podía decírselo porque no lo sabía. No sabía por qué dolía

tanto cuando faltaba a nuestras citas u olvidaba llamar ni por qué dolía aún más cuando él estaba allí. Pero de alguna forma, eso era más soportable.

Me dolió más cuando sacó su cuchillo de caza y me arrancó la manga de la camisa. «Ahora lo recordarás», dijo mientras me hundía la afilada punta en el antebrazo, trazando la primera línea tosca. «Ahora recordarás quién te salvó la vida. Recordarás que no tienes que molestarme con tus preguntas».

Recuerdo la sangre que caía por mi muñeca y se filtraba en el suelo de madera de mi habitación. Esa patética mancha sigue ahí hoy en día.

Pero él se fue.

Y lo hizo con su nombre grabado en mi brazo y mi sangre en el suelo.

Lucas me sonríe.

—No hace falta que te preocupes tanto. Ya estoy en casa.

—Es que… —Él me interrumpe con un beso. Su boca se apodera de la mía y desliza la lengua entre mis labios. Mientras se mueve contra mí, me esfuerzo por bajarme la manga para taparme el brazo. Su áspera mano recorre mi cuerpo, manoseándome el pecho a través de la camisa, y luego desciende para agarrarme el trasero.

—He echado de menos este culo —me murmura al oído—. Las chicas de ciudad están escuálidas. No hay dónde agarrar.

—Lucas. —Un frío helado invade mi cuerpo al imaginarlo. ¿Con cuántas chicas se habrá acostado?

—No seas celosa, calabacita. —Ladea la cabeza con una sonrisa torcida—. Tendrías que estar agradecida con esas chicas de ciudad. ¿Cómo si no iba a darme cuenta de lo que quiero?

Trago saliva, pero tengo la garganta seca.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablando de eso, tenemos que bajar a nuestra fiesta.

—Un momento. —Me agarra del brazo y me arrastra de nuevo hacia la multitud—. ¿*Nuestra* fiesta?

No sé por qué, pero tengo un nudo en el estómago que no para de crecer y crecer. Un mal presentimiento de que algo va a pasar en cuanto Lucas me lleve al centro de la multitud. De que algo va a cambiar. Algo irreversible.

«No estoy preparada. No estoy para nada preparada».

Lucas me suelta el brazo y luego se sube de un salto a la mesa en medio de la gente. Hace un gesto para que guarden silencio.

—¡Vale, gente! —empieza con voz grave—. ¡Tengo buenas y malas noticias! ¿Cuáles queréis primero?

La gente vibra de emoción, vitoreando y alzando sus jarras de cerveza.

—¡Vale, vale! —Lucas agita las manos para que se calmen—. Empezaré por las buenas. ¡He decidido oficialmente hacerme cargo del Pabellón Poussin por mis padres!

La multitud a su alrededor prorrumpe en vítores y su padre se enjuga una lágrima con una servilleta.

—Aunque habrá algunas mejoras modernas, siempre manteniendo las tradiciones y los valores familiares —añade Lucas con una sonrisa. Es muy guapo, con ese cabello rojo intenso que refulge a la luz de la lumbre—. Y ahora van las malas noticias.

Un murmullo de inquietud recorre la multitud. Doy un paso atrás.

—Al asumir la responsabilidad del Pabellón Poussin, también he tenido que considerar otras responsabilidades —prosigue Lucas—. A partir de esta noche, ¡estoy oficialmente fuera del mercado!

Estallan algunas risas entre la gente, y veo a un grupo de chicas

que se agarran y empiezan a cuchichear. Algo peligroso se revuelve dentro de mí.

Un estruendo resuena en el Pabellón mientras Lucas se baja de la mesa para colocarse delante de mí. De repente ya no está de pie, sino de rodillas.

Tiene una pequeña caja en las manos y la abre. Un enorme diamante de talla cuadrada, con un brillo tan intenso que me hace parpadear para contener las lágrimas.

—Rómpeles el corazón a todos los de este pueblo y cásate conmigo, calabacita. —Lucas sonríe, mirando a la multitud.

Lucas…

Lucas me está pidiendo matrimonio.

Abro la boca, pero no me salen las palabras.

Una parte de mí puede imaginar el ser su esposa en Orca Cove. Ayudar a dirigir el Pabellón. Tal vez sentir que encajo.

También puedo ver el extremo de la letra «S» asomar por debajo de mi manga.

El hielo me envuelve el cuerpo y siento que me ahogo mientras la pesada ropa tira de mí, haciendo que me hunda cada vez más.

Una risita nerviosa recorre la multitud ante mi silencio.

—Bueno, ¿qué respondes? ¿Sí o sí?

Creía que sabría la respuesta. ¿No se supone que debes saber la respuesta cuando alguien se planta de rodillas ante ti?

La puerta se abre de golpe. Entra un viento helado, arrastrando hojas muertas al interior, y ahí está el hijo del carnicero, llevando algo aferrado contra su pecho. Entra en la habitación a trompicones.

—Rosalina, te he estado buscando por todas partes.

Lucas se levanta y me empuja detrás de él.

—Thomas, ¿a qué viene esto? El Pabellón está cerrado para un

evento privado.

Thomas tiene el cabello pelirrojo revuelto y su pecosa cara enrojecida.

—Tienes que escucharme. Hoy me he perdido en el bosque mientras cazaba. Me aparté mucho del sendero. Y entones vi esto. Es la chaqueta del señor O'Connell.

—¡Papá! —Empujo a Lucas para pasar y le arrebato la chaqueta a Thomas. Está cubierta de sangre.

—Rosalina —dice Lucas, tratando de detenerme.

Lo ignoro y agarro a Thomas del hombro.

—Llévame al lugar en el que has encontrado esto. Voy a buscar a mi padre.

4

KELDARION



—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? ¡Necesito ayuda!

La voz resuena por el castillo. No es posible. No puede ser…

—¡Me perdí y me atacaron! No vengo con malas intenciones. Solo necesito un lugar en el que descansar.

«¡No, no, no!».

La desconocida voz me perfora los oídos y huelo el hedor del intruso hasta en lo más recóndito de mis aposentos. No puede ser.

Un humano.

Un humano ha logrado penetrar en el Valle Encantado y atravesar las zarzas. Mi corazón late acelerado mientras levanto la mirada, tratando de ver más allá de la maraña de espinas que cubre el techo. Castletree debe de estar muy débil si el Valle es ahora tan delgado como para permitir que los humanos…

—¿Hay alguien ahí? —grita de nuevo esa voz.

Tiemblo de ira, haciendo que se desprenda la escarcha que se ha posado en mi pesada capa blanca durante la noche. ¿Dónde están los otros príncipes para lidiar con esta locura?

Ezryn ha salido a patrullar el Reino de la Primavera, provocando a los goblins solo para su enfermizo regocijo. Seguro que Dayton estará tirado en algún rincón, inconsciente encima de su propio vómito. Y Farron, por supuesto, está… ocupado.

Eso significa que me toca a mí encargarme del intruso. Un grave rugido resuena en mi pecho. Mis patas quiebran en pedazos el hielo que cubre el suelo mientras me dirijo a la puerta con paso airado. Un humano en el castillo. Es imposible.

Abro la puerta de un empujón con mi hocico y veo a Astrid ahí sentada. Retrocede de un salto y se encoge de miedo al ver la furia en mis ojos.

—Señor, hay… hay un humano en el castillo. —Me lanza una mirada rápida.

La ignoro, y en mi pecho vibra de nuevo ese glacial gruñido. ¡Humanos! Criaturas estúpidas con vidas efímeras. ¿De verdad el Valle está ahora tan débil?

La idea, este apremiante recordatorio de que la magia está muriendo, hace que mis músculos se tensen a cada paso que doy. Puede que por fin haya llegado el final. Tal vez nos veamos liberados de nuestra desgracia de una vez por todas.

Un aullido estrangulado resuena en la torre de las mazmorras. Él también está alterado. El olor del humano apestará el castillo durante días.

Susurros y gritos ahogados reverberan en el aire cuando entro en la calzada principal. Los criados revolotean de un lado a otro, escondiéndose en los marcos de las puertas y escabulléndose a otras habitaciones. ¿Temen al humano… o a mí?

El hielo se extiende desde mis patas a cada paso, y al bajar la mirada, me tenso al ver mi reflejo. La monstruosa y horrenda bestia

me devuelve la mirada. Profiero un gruñido mientras araño la imagen con mis garras. ¿Cómo se atreve este humano a obligarme a salir de mi ala en plena noche? ¿Por qué iba a atreverse a cruzar el zarzal y entrar en el castillo? ¿Para reírse de la bestia?

—¿Hola? —La voz resuena de nuevo. Echo a correr de repente por los pasillos hasta que me detengo en las murallas, mirando hacia el gran salón.

Ahí está.

El invasor.

Es un hombre alto, entrado en años, con el pelo castaño salpicado de canas. Tiene una voluminosa barriga, pero, por lo demás, parece bastante recio. La ropa empapada se le pega a la piel y su saco gotea agua por todo el suelo.

Siempre olvido lo patéticos que son los humanos hasta que los miro.

Podría matarlo y zanjar el problema. Pero a Ez no le gustaría que hiciera tal cosa. Tiene debilidad por las cosas patéticas de la vida.

A lo mejor por eso siente debilidad por mí.

—Un viajero perdido, señor —dice una voz a mi espalda. No me molesto en volverme, pues sé que es Marigold—. Está empapado. ¿Le preparo un té y le traigo una capa seca…?

—No —gruño—. No se va a quedar. Tiene suerte de no morir por invadir mis tierras.

Marigold exhala un suspiro.

—Sí, señor.

Aprieto los dientes, respirando el denso aire del castillo, húmedo y viciado. Solo es un estúpido humano. Resolveré la situación, regresaré a mis dependencias y esto no será más que un perturbador incidente…

—Me persiguieron los goblins —grita el humano mientras deambula por el gran salón. La anaranjada luz del hogar danza sobre su piel—. Estoy buscando a mi esposa.

—Morirá si lo deja ahí afuera, señor —susurra Marigold—. Mírelo. Sería atractivo si no estuviera tan empapado. Pobrecillo.

—Los goblins son una consecuencia de invadir el zarzal —refunfuño. A veces desearía que Marigold me temiera igual que los demás. Debo encargarme de este intruso antes de que la bondad y la mala sesera de los criados lo inviten a una cena con baile.

Doy un paso atrás para guarecerme entre las sombras. Unas cuantas palabras severas pronunciadas desde la oscuridad bastarán para que la efímera criatura huya de nuevo hacia la tormenta. No necesito mostrarme para imponer mi dominio sobre el castillo.

Mientras me dispongo a abrir la boca para gritarle al desgraciado intruso, se acerca a la chimenea y extiende una mano hacia los gruesos y negros arbustos espinosos que se entrelazan con la pared de piedra y trepan sobre la repisa.

—Fascinante —susurra.

Observo con morbosa curiosidad y la saliva goteando de mis colmillos mientras él pasa las manos por las espinosas ramas. Sí, campesino, ni siquiera nuestro castillo está a salvo del zarzal. Y pronto aprenderás que este lugar no es un refugio…

—Rosas —murmura. Y las ve, escondidas entre las zarzas. El último capullo de Castletree que queda. El último símbolo de que quizá nuestro hogar aún puede resistir un poco más. De que tal vez haya esperanza para las almas malditas que residen aquí.

—Una rosa —repite el humano, y mete las manos entre las zarzas —. Una rosa para mi Rose. A fin de cuentas, se lo prometí.

Mis pupilas se dilatan al presenciar la escena que tiene lugar ante

mí; este humano se atreve a arrancar un pedazo de la última vida de nuestro sagrado árbol. Arranca la rosa por el tallo y la saca con delicadeza entre las zarzas. A continuación, da un paso hacia la luz del fuego para contemplarla. Un capullo de color rojo sangre.

—¡Santo cielo! —susurra Marigold.

Toda la misericordia y la curiosidad me abandonan. Él…, la ha robado. Le ha arrebatado la vida a Castletree.

Quería ofrecerle el perdón. Quería mostrar humanidad. Pero ha perdido todo derecho a esa compasión al robar en la Casa de la Reina. El hombre que habita en mí suelta las riendas del control y libera a la bestia.

Con un gruñido, salto por encima de la baranda y aterrizo con un enorme estruendo en las sombras del gran salón. El hombre se sobresalta, dejando caer la rosa de su mano.

—¿Quién anda ahí?

Me desplazo hacia el otro lado, manteniéndome al amparo de las sombras. El hombre palidece mientras trata de seguir mis movimientos en la oscuridad.

—Soy el señor de este castillo —bramo—, y tú eres un intruso y un ladrón. ¿Sabes cuál es el castigo reservado a los ladrones en el Valle Encantado?

El humano parpadea; parte del miedo desaparece de su expresión.

—Estoy aquí. Lo he conseguido. Ayúdeme, por favor. Estoy buscando a mi mujer…

—¿Ayudarte? —Mi voz retumba, como salida de las entrañas de un abismo helado—. ¿Cómo se atreve a pedir ayuda un criminal? Has entrado en un mundo mágico que escapa a tu comprensión. Márchate y da gracias de regresar con vida, por corta que pueda ser.

Pero el humano se hinca de rodillas.

—Por favor, señor. La rosa no era más que un humilde regalo para mi hija. Llevo veinticinco años buscando este reino. Mi mujer está aquí, en alguna parte…

En lo más hondo de mi ser hay una parte de mí que respeta el coraje de esta patética criatura. Pero está claro que no tiene ni idea de lo que ha hecho. No entiende el verdadero significado del miedo.

Y así, con paso lento y pausado, camino hacia la luz.

El hombre cae hacia atrás, abriendo sus vidriosos ojos como platos y con la boca fruncida en una «O», presa del horror. Se arrastra para alejarse de mí, pero yo desciendo más rápido y me abalanzo sobre él, inmovilizándolo por ambos lados con mis enormes patas. Muestro mis colmillos, y estoy a punto de rugirle que se marche cuando una luz llama mi atención. Una rosa cristalizada, hecha de piedra de luna, cuelga de una cadena alrededor de su cuello, y el intrincado engaste metálico brilla a la luz del fuego.

Me aparto y miro al humano.

Con la ira y el sufrimiento acumulado durante veinticinco años, me enderezo por completo y digo:

—¿Quieres quedarte en el Valle Encantado? Pues así será.

Agarro su abrigo con las fauces y lo arrastro escaleras arriba. Al calabozo.

5

Rosalina



Durante toda mi vida han llamado «loco» a mi padre por hablar de magia y de hadas malvadas que te roban de este mundo para llevarte a tierras encantadas.

Decían que estaba loco, que era su forma de sobrellevar el dolor de una esposa que huyó. Pero aquí, en la profunda negrura del bosque, los pálidos dedos de Thomas tiemblan mientras agarran la linterna, y yo me pregunto si una parte de él está empezando a creerle a mi padre.

Y tal vez también una parte de mí.

—Esto es inútil —farfulla Lucas detrás de mí. Se empeñó en venir con nosotros, y nadie ha olvidado que no he respondido a su proposición. Todavía puedo oír las sorprendidas voces de la gente cuando salí corriendo detrás de Thomas, susurrando que estaba chiflada por no haberle dicho que sí a Lucas. A lo mejor sí que estoy tan loca como mi padre.

Nada de eso me preocupa en este momento. ¡Porque tengo que encontrarlo! Mi padre se ha ido muchas veces antes, pero siempre ha regresado. Se me acelera el corazón, y no solo por la sangre de su

chaqueta. Algo pasa. Puedo sentirlo.

Lucas y yo seguimos a Thomas mientras intenta recordar el camino, guiándonos únicamente por el tenue resplandor de nuestras linternas. Debería sentirme agradecida por la presencia de Lucas, por su protección, pero el brillo de su rifle de caza bajo la luna me pone la piel de gallina.

—Esto… —A Thomas le tiembla la voz—. Puede que nos estemos acercando. No estoy seguro.

Entrecierro los ojos, pero cada vez que centro la vista en algo, la linterna me ciega.

—Apagad las linternas.

—Estás chalada —dice Lucas—. Deberíamos volver por la mañana. Me ocuparé de organizar un grupo de búsqueda en la posada.

—¡Tú apaga la linterna! —espeto—. Por favor.

Lucas gruñe, pero hace lo que le digo. Los sonidos del bosque cobran vida mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad; el crujir de las ramas con el viento, el suave ulular de los búhos y el movimiento de pequeñas criaturas en la maleza.

Y la respiración entrecortada de Thomas.

Veo una luz parpadear por el rabillo del ojo y me abro camino a través de la neblina hacia ella.

El viento juguetea con mi cabello. «Por aquí, por aquí», juro que dice.

Un frondoso rosal impide que avancemos. Los espinosos tallos se enroscan alrededor de los árboles; las rosas están en plena floración y el suelo del bosque está alfombrado de pétalos de color rojo oscuro. Es raro que las rosas florezcan en octubre. Algo húmedo brilla sobre los pétalos a la luz de la luna.

—¿Qué coño es eso? —Lucas enciende la linterna y el repentino

resplandor me hace parpadear.

Pero ahí, iluminado por el haz de luz, hay sangre y trozos de tela rasgados.

—Aquí encontré el abrigo —balbucea Thomas.

Lucas se arrima un poco.

—La sangre está fresca. No puede haber ido muy lejos.

Hay una sección rota del rosal cerca de mis pies, con las espinas y las flores arrancadas.

—Mi padre pasó por aquí.

—Espera, calabacita —empieza Lucas—. ¿No podemos volver por la mañana?

Pero ya estoy de rodillas, abriéndome paso entre las zarzas. Es un entramado de espinas, cada una tan fría y dura como una placa de hielo invernal. Las espinas se me enganchan en la ropa y me arañan la mejilla. Me cae sangre caliente por la barbilla. Me la limpio de forma apresurada y sigo adentrándome en el agujero. Debe de haber pasado por aquí.

A mi espalda oigo a Lucas decirle adiós a Thomas, que ha aguantado suficiente trauma por esta noche sin tener que arrastrarse entre un frondoso rosal. Las ramas crujen a medida que Lucas se abre paso por el agujero detrás de mí.

—He estado en estos bosques cientos de veces y nunca había visto rosas silvestres —comenta.

—A lo mejor no prestabas atención —murmuro. Tengo las palmas manchadas de barro, pero al frente hay una luz neblinosa y aire frío. Esto debe de internarse en el corazón del bosque. Tal vez mi padre se ha desorientado y no ha podido encontrar el camino de regreso.

Algo semejante a la esperanza florece en mi pecho y sigo avanzando, atravesando las últimas espinas para salir al aire libre.

Y nada es igual.

Me invade una extrañísima sensación y respiro hondo. Huele a humedad y a naturaleza, con matices de musgo y madera. Un atisbo de putrefacción y descomposición, como en una vieja tumba olvidada.

—¿Dónde coño estamos? —Lucas se endereza y me pone una mano en el hombro.

Este lugar no se parece a nada que haya visto antes. Es como si aún estuviéramos dentro del rosal, pero ahora las ramas son tan gruesas como los troncos de un árbol, con espinas tan largas como mi brazo. No hay flores. La tierra bajo mis pies es oscura y suelta, cubierta por un denso manto de niebla. Apenas puedo distinguir el cielo nocturno a través de la maraña de zarzas.

Todavía puedo ver detrás de nosotros el rosal que hemos atravesado; las flores rojas son el único toque de color en todo este lugar.

Extiendo la mano despacio hacia una zarza. No es del todo negra, sino de un morado oscuro.

—¡Espera…! —grita Lucas.

Una descarga de energía me recorre al tocar la enorme rama. Juro que la planta se estremece bajo mis dedos.

Lucas me agarra del brazo y tira de mí hacia atrás.

—¿Qué cojones haces?

Me vuelvo hacia él; no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi cara.

—¿Es que no lo ves? Estamos en la tierra de los fae. ¡Mi padre la ha encontrado por fin! —Saco el móvil. No tengo cobertura, lo cual no me sorprende.

Los oscuros ojos de Lucas se abren como platos mientras

contempla lo que nos rodea. Veo que su mente está en conflicto. Pero de alguna forma sé que este es el sitio correcto. Incluso el aire se siente diferente. Estamos lejos de casa.

Corro unos pocos pasos y grito:

—¡Papá! Papá, te he encontrado. ¡Soy yo!

Lucas se descuelga el rifle y lo sujeta con firmeza en las manos. La brillante luz de la luna ilumina un pequeño sendero entre las espinas. Empezamos a andar. Lucas se da la vuelta de vez en cuando, y suelta un suspiro de alivio cuando ve que el rosal sigue detrás de nosotros. El camino se estrecha y un lado desciende hacia un rocoso barranco, con espinas que trepan desde el oscuro fondo.

Coloco las manos a ambos lados de la boca para hacer bocina.

—¡Papá, soy yo, Rosalina! He venido a por ti.

Un extraño chirrido suena más allá de la niebla. Luego se multiplica, viniendo de detrás y… de abajo. Una risa.

Una figura emerge de la maraña de niebla y ramas. Lucas retrocede y tropieza conmigo. Me giro y veo más figuras acercándose también por su lado. Estamos rodeados.

A medida que la luna los ilumina, la repulsión y el miedo inundan mi cuerpo. Estas criaturas no se parecen a ningún ser humano o animal que haya visto antes. Parecen algo salido de una retorcida pesadilla. Humanoides con cuerpos cenicientos, vestidos con sencillas armaduras de cuero y sucios harapos. Sus ojos amarillos titilan igual que velas a punto de apagarse, y de sus deformes y grotescos rostros surgen unos afilados dientes. La piel se les pudre, cubierta de musgo y supurantes llagas amarillas. Y empuñan en sus manos unas negras espadas, elaboradas con espinas que han arrancado de las zarzas que nos rodean y que han afilado.

Puede que no estemos en la tierra de las hadas.

Estamos en la tierra de los monstruos.

6

Rosalina



Un nauseabundo pavor recorre todo mi cuerpo mientras los monstruos se acercan lentamente. No hay forma de huir. El sudor resbala por la frente de Lucas.

—¡Hostia puta! —maldice, con el rifle temblando en sus manos.

—Espera —susurro—. A lo mejor podemos razonar con ellos.

Unos cuantos deformes seres animalescos gruñen a los pies de los humanoides. Su forma me recuerda a una hiena, pero con cuerpos cenicientos y heridas purulentas que supuran una extraña sustancia verde. De su carne brotan pequeños bosquecillos; un grupo de setas en una pata, un pegote de musgo alrededor de una oreja. Y apestan a descomposición y a hedionda muerte.

Se me revuelve el estómago y siento náuseas.

Dos de los monstruos humanoides se acercan a nosotros.

—Tenemos visitas —murmura uno de ellos, con voz pastosa y húmeda.

«¡Hablan!». Las manos de Lucas tiemblan mientras sujeta su rifle, y rezo para que no cometa ninguna imprudencia.

—Parece que nunca hayan visto un goblin, Launak —dice uno de

ellos con voz chillona.

—No creo que lo hayan hecho, Aldgog. Mira esas orejas, tan redonditas y cortas. Pobres humanos perdidos —replica entre dientes Launak.

Goblins. Una de las muchas monstruosidades de las que mi padre hablaba en sus cuentos. Decía que eran enemigos de las hadas. Pero verlos aquí, en carne y hueso…

Al menos nos rodean veinte criaturas.

—Pobres humanos perdidos, pobres humanos perdidos, pobres humanos perdidos —corean entre risas.

—Estoy buscando a mi padre —digo.

El canto de los goblins cambia.

—Padre, padre, padre. Padre perdido. Padre, padre, padre.

Launak gira la cabeza de forma antinatural, emitiendo un crujido.

—No hay padres por aquí.

—No, el viejo. El viejo —dice Aldgog, mostrando una hilera de dientes amarillos.

Los goblins se acercan más mientras hablan, y los que están en lo alto descienden por las zarzas. No me hago ilusiones respecto a sus intenciones, pero si saben algo sobre mi padre, necesito averiguar todo lo que pueda antes de que intentemos escapar.

—El viejo —digo—. ¿Dónde está?

—No quieras ir donde fue el viejo. —Algo parecido al miedo cruza el rostro de Aldgog.

—Se lo llevaron —murmura Launak.

—¿Quién tiene a mi padre? —exijo.

—El invierno. —Una negra lengua sobresale de los labios de Launak y baja la voz—. Keldarion y sus bestias.

«Keldarion…».

Entre los goblins que nos rodean se alzan chillidos y gruñidos de temor.

—Keldarion. Keldarion. Príncipe de las bestias.

El miedo me atenaza el pecho y me doy cuenta de que los goblins se han acercado tanto que puedo oler sus fétidos alientos: hojas fermentadas, setas viejas y barro húmedo y caliente. Siento que voy a vomitar.

—Keldarion y sus bestias del zarzal.

—¡Callaos todos de una puta vez! —brama Lucas, amartillando el rifle.

—¡Espera, Lucas!

Pero él dispara.

Fuertes explosiones estallan a mi alrededor, y los fogonazos me ciegan los ojos. Los horribles chillidos de los goblins llenan el aire mientras las balas los atraviesan.

Lucas se queda sin munición y contemplo la masacre. Al menos cinco goblins yacen muertos. El resto nos observa con conmoción. Sangre negra como la tinta se filtra en la tierra.

—¡Corre! —jadeo.

Saltamos sobre los cuerpos sin vida de los goblins, pero oímos movimiento detrás de nosotros. Se acercan.

Lucas cae con fuerza al suelo y su rifle va a parar debajo de un retorcido matorral.

—¡Mierda! —maldice justo cuando una oscura sombra, una de las hienas, salta por encima de mí y se abalanza sobre Lucas, que grita cuando la bestia le clava sus afiladas garras en la espalda. Detrás de nosotros, los goblins lanzan vítores; sus voces se hacen más fuertes a medida que se acercan.

—¡Lucas! —Me invade el horror y el instinto se impone. Arranco

una espina grande del matorral y la hundo en la carne de la pata del putrefacto perro. Un espeso líquido negro parecido al alquitrán sale a borbotones de la herida y la criatura aúlla de dolor.

Lucas se la quita de encima. La criatura rueda y cae por el borde del barranco hacia la maraña de espinas que hay abajo.

Sin tiempo para buscar el rifle, Lucas se levanta y echamos a correr en la dirección por la que vinimos. Delante está el rosal, cuyas flores rojas nos llaman hacia la seguridad que se encuentra al otro lado. Me produce una profunda agonía saber que mi padre sigue en este lugar, pero no puedo buscarlo si estoy muerta. «Volveré».

Algo me agarra el tobillo y caigo al suelo, rodando hacia el borde del barranco. Un grito me desgarra la garganta. Me detengo de golpe cuando mi bufanda se engancha en una de las espinas gigantes. Me agarro con desesperación a la prenda y me sujeto como puedo. Debajo de mí solo hay un oscuro barranco lleno de zarzas con espinas afiladas como lanzas. Los goblins se apiñan alrededor del borde, riendo entre dientes mientras observan, esperando que caiga.

—¡Lucas! —grito.

Él casi ha llegado al rosal, con mucha ventaja sobre los goblins, que se han detenido a presenciar mi tormento.

—¡Lucas! —La bufanda se rasga y caigo un poco más. Apenas unas hebras me sostienen.

—¡Abajo, abajo, abajo se va! —cantan los goblins—. ¡Hasta llegar a Madre! ¡Abajo, abajo, abajo se va!

Pataleo en el aire. No tengo la menor intención de descubrir quién es esa Madre.

—¡Lucas!

Se para en seco y se gira hacia mí. Abre como platos sus ojos color avellana.

El último trozo de la bufanda se rasga y me precipito hacia los zarzales. Me golpeo la cabeza contra la pared del barranco y se me nubla la vista.

Algo firme se enrosca alrededor de mi cintura, frenándome de golpe. Me muevo despacio, como si flotara en el agua, mientras algo me guía por el enmarañado laberinto de espinas. Siento tierra firme bajo mis pies, y lo que me sujetaba se desenrosca de mi cintura.

Todo está borroso, pero los zarzales crujen mientras los goblins descienden, con sus ojos amarillos brillando en la oscuridad. Me obligo a darme la vuelta y empiezo a arrastrarme, con el vientre pegado al suelo. Un dolor punzante me atraviesa la cabeza.

El mundo cobra vida, da vueltas y más vueltas. Pero no, no es el mundo. Son las espinas que se mueven.

Unos horripilantes chillidos perforan la noche. Un líquido negro cae a mi alrededor como si fuera lluvia. Se me nubla la vista, hasta que solo distingo las siluetas de los goblins, ensartados en hileras de espinas.

Unos brazos me rodean la cintura y me levantan del suelo. Estoy apoyada contra el ancho pecho de un hombre. ¿Acaso Lucas ha vuelto a por mí?

Parpadeo para intentar enfocar mientras levanto la vista y me encuentro con unos ojos púrpuras y un cabello negro como la noche.

—Descansa, princesa —me susurra al oído una suave voz—. Estás en casa.

7

Rosalina



Todo está borroso. Me incorporo, me froto la cabeza e intento entender mis recuerdos en medio de la confusión. Debo de haberme desmayado después de… Después de…

¿Qué era eso? ¿Quién era?

¿Qué coño acaba de pasar? La cabeza me da vueltas y me duele el cuerpo.

Esto no es real. No puede serlo.

Y sin embargo, su rostro danza en mi mente con más claridad que cualquier sueño. Ojos oscuros como sombras, pelo negro como la brea y un leve gesto de desaprobación en sus carnosos labios que desearía poder ver como una sonrisa…

Vale, ¿qué me está pasando? Está claro que me he dado un golpe en la cabeza, porque lo primero en lo que pienso no puede ser en un tío cualquiera en vez de en los monstruos reales que han intentado matarme.

No solo a mí. También han intentado matar a Lucas. ¿Dónde está? La última vez que lo vi me estaba abandonando mientras colgaba de

un barranco. Me froto el antebrazo izquierdo. ¿Por qué me sorprende? ¿Porque ya me salvó la vida una vez?

Y me había pedido que me casara con él…

Vale, no puedo pensar en eso ahora mismo o me volveré loca. Necesito ubicarme y encontrar a mi padre.

Se me hace un nudo en la garganta y se me saltan las lágrimas. ¿Y si esas cosas lo encontraron primero y está…? No. Tengo que conservar la fe. Está en algún lugar. Lo encontraré y volveremos a casa juntos.

Las negras zarzas son aún más espesas aquí, y se elevan muy por encima de mi cabeza. Algunas ramas son tan anchas como mi brazo, pero hay un estrecho sendero que las atraviesa. Paso a paso.

Camino por el sendero y miro al cielo nublado. Brilla una luz mortecina. Por la posición del sol, debo de llevar inconsciente toda la noche y la mayor parte del día. Tengo que escapar pronto; no quiero pasar otra noche aquí. Y no puedo contar con que un hombre misterioso, y que muy probablemente ni siquiera sea real, me saque de apuros.

Lo más seguro es que haya tenido la suerte de caer, cosa que no tuvieron los goblins.

Me ciño más la bufanda rasgada. El sendero serpentea entre la espesura y de repente las zarzas se abren, dejando al descubierto un claro. El corazón me da un vuelco y me froto los ojos. Debo de haberme dado un buen golpe en la cabeza…

Porque es imposible que haya un castillo construido en un árbol gigantesco. Parece sacado de un libro de cuentos o de una película de Studio Ghibli. Un puente de piedra se extiende hacia el terreno bajo el castillo. A lo mejor está sobre un foso, pero es difícil saberlo con la enorme maraña de zarzales de color púrpura que hay debajo.

Dos grandes estatuas custodian el puente a ambos lados. Intento distinguir su forma, pero están tan cubiertas de zarzas que me resulta imposible.

Esto es lo que mi padre ha estado buscando todo este tiempo. El hogar de los fae. Si viven en algún lugar, no podría ser otro que en un castillo construido en un árbol.

Y si logró escapar a través de la espesura y alejarse de esos monstruos, vendría a parar aquí.

Avanzo por el puente.

A medida que me acerco, me doy cuenta de lo difícil que es distinguir qué parte es árbol y cuál castillo. El conjunto es una intrincada obra de corteza y piedra, orgánica y artesanal al mismo tiempo. Unas altas torres se elevan hasta la inmensa copa del árbol. Algunas de las ramas más altas tienen hojas otoñales, pero gran parte del árbol está desnudo. Unas líneas negras recorren todo el tronco. Parece… enfermo.

Lo más notable de todo son las zarzas que se extienden hasta la cima, cubriendo toda la estructura y formando un seudoesqueleto de zarzas.

Una enorme puerta de caoba me espera al final del puente. ¿Quién vive aquí? ¿Los goblins? ¿Algo peor?

Puede que, si cierro los ojos, me despierte de nuevo en mi cama y todo sea normal. Entonces podré… ¿Qué? ¿Casarme con Lucas?

¿No es eso lo que quiero?

La madera está fría bajo mis dedos. No quiero saber quién vive aquí, así que no pienso llamar ni loca. Empujo la puerta, que se abre con un chirrido que resuena en la enorme abertura, y entro. Está oscuro y parpadeo varias veces, intentando acostumbrarme a la penumbra.

—¿Papá? —digo con cautela. Mis pasos resuenan mientras avanzo —. Soy Rosalina. He venido para llevarte a casa.

Oigo ruidos a mi alrededor, como un correteo, y doy un respingo, agarrándome el pecho.

—¿Hola?

Solo se escucha el eco de mi voz. Me adentro en el castillo; la alfombra amortigua mis pasos. Mis pies levantan pequeñas nubes de polvo a medida que avanzo. Quizá este lugar esté abandonado.

Las espinas han invadido incluso el interior. Las paredes son una mezcla de piedra y madera, pero ninguna de las dos cosas es lo bastante fuerte como para impedir que las espinas las atraviesen. Se enroscan en las paredes, se apiñan en los rincones y se propagan por el suelo.

Una brisa me revuelve el pelo y juro que oigo susurros. Giro en círculo. Nada.

—¿Hola?

La puerta se ha cerrado tras de mí, y junto a ella hay un objeto de lo más extraño. Un hermoso espejo con un marco dorado adornado con rosas en relieve. El cristal tiene un tono envejecido, casi ferroso. Quiero tocarlo.

Pero no puedo ir por ahí tocando objetos espeluznantes en un sobrecogedor castillo fae. Hasta yo puedo predecir que eso terminará mal. Tengo que largarme de aquí lo antes posible. Se me pone la piel de gallina. Sacudo la cabeza, respiro hondo e intento calmar mi acelerado corazón.

Pero mi corazón no se sosiega. Al contrario, se acelera y late con fuerza dentro de mi pecho. En mi interior se retuerce un profundo anhelo y giro la cabeza hacia un lado. Hay una enorme escalera, cuya barandilla está cuajada de espinas, que conduce a la oscuridad.

«Hacia allí». Debo ir allí.

Subo como un fantasma por la escalera, haciendo crujir las ramas bajo mis pies. Las escaleras se adentran en una torre aislada y ascienden en espiral a medida que avanzo.

Para cuando llego a una puerta de hierro, me arden los muslos y estoy resollando. La abro.

De todos los lugares que he visto hasta ahora, este es el más parecido a un castillo, con las paredes y el suelo de piedra. También aquí las zarzas se extienden por cada rincón, y una helada brisa lo atraviesa. Unas pocas ventanas enrejadas permiten que entren los últimos rayos del sol crepuscular. Pronto no podré ver nada. Me rodeo con los brazos y avanzo.

—¿Papá?

Doblo una esquina y suelto un grito ahogado. Allí, tras los barrotes de una celda, desplomado contra la pared de piedra y con un enorme collar de cadenas alrededor del cuello, hay un prisionero. No es mi padre.

Es un hombre joven.

8

Rosalina



El hombre de la celda levanta la vista hacia mí al oír mi sobresalto.

El aire entre nosotros vibra de energía. Tiene los ojos dorados, enmarcados por unas espesas pestañas, y están abiertos como platos. Su cabello castaño cae en rizos desordenados sobre sus pobladas cejas. A los lados, en cambio, lo lleva más corto y de punta. Su boca carnosa se entreabre mientras me mira, como si quisiera preguntar algo. Va desnudo de la cintura para arriba, tiene un torso delgado y musculoso y las piernas estiradas al frente, cubiertas por unos raídos pantalones. Pero lo que hace que me pare en seco y se me acelere el corazón… son sus orejas.

Son puntiagudas.

No es un hombre. Es un fae.

Y está encadenado a una pared. Fae o no, necesita ayuda.

Corro hacia la celda y agarro la puerta.

—¡Hola! ¿Estás bien?

El hombre parpadea, como si no pudiera creer lo que tiene frente a él. A ver, con esas orejas puntiagudas, ¿me mira como si la rara fuera

yo?

—¿Quién… quién eres? —pregunta. Echa un vistazo a la ventana que hay detrás de mí—. No puedes estar aquí. Tienes que irte. Ahora mismo.

Tiro de la puerta. Hay un candado enorme. ¿Viven aquí esos monstruos? ¿Han encarcelado a este fae?

—Quiero ayudarte. Pero, por favor, dime una cosa. ¿Hay un hombre aquí? ¿Un humano, como yo?

El hombre se humedece los labios y se inclina hacia delante. Ahora me doy cuenta de que su collar es enorme. Podría quitárselo con facilidad. ¿Por qué lo lleva alrededor del cuello?

—No importa. Tienes que salir de aquí ahora mismo. Hazme caso, ¿vale?

—Un humano —insisto—. ¿Hay un humano aquí? Más alto que yo, con el pelo castaño. Se llama George. Te ruego que me lo digas.

El fae traga saliva y hunde sus largos dedos en la tela de sus pantalones.

—Sí. Pero eso no importa. Tienes que irte. Aquí no estás segura.

Me invade un enorme alivio. Está aquí. ¡Mi padre está aquí!

—Tengo que encontrarlo, y después volveré y te liberaré —le prometo—. No te dejaré aquí.

—¡No, no, no! —grita el hombre. Su voz sería casi musical si no estuviera impregnada de miedo. Se abalanza contra los barrotes y se aferra a ellos, quedando su rostro a escasos centímetros del mío. Me mira a los ojos con tanta intensidad que casi trastabillo. Pero en lugar de eso, me acerco—. Escúchame. Tienes que irte ya —dice—. No queda mucho tiempo. Si estás aquí cuando se ponga el sol…

Sus ojos dorados brillan bajo la luz mortecina. Es hermoso, aunque su expresión esté nublada por el miedo.

—Encontraré la forma de abrir la cerradura —le aseguro—. Solo necesito encontrar a mi padre.

—¡No! ¡No! —grita, sacudiendo los barrotes.

Doy media vuelta y echo a correr. Mi padre está aquí. Está aquí y voy a encontrarlo.

Las celdas vacías recorren las paredes, algunas llenas por completo de espinas.

—¡Papá! —grito.

—¿Rosalina? ¡Rose!

Atravieso un anaranjado rayo de sol y me detengo en seco frente a una celda. Mi padre.

Está de rodillas y se agarra a los barrotes, con la cabeza apoyada contra el frío hierro. Tiene el pelo pegado a la frente por el sudor y sigue llevando la misma ropa con la que se fue. Salvo que está empapada y cubierta de barro. Su colgante favorito, que le regaló mi madre, cuelga de su pecho. La rosa de piedra de luna brilla en la penumbra.

Mis manos se aferran a las suyas a través de los barrotes.

—¡Papá! ¿Estás bien?

—Rosalina —susurra con voz ronca—. ¿Cómo me has encontrado?

Sonrío con tristeza.

—Siempre te encontraré.

—Es real, Rose —susurra con voz quebrada—. Todo este tiempo. Por fin lo he encontrado.

Tiro con fuerza para comprobar la puerta. Está cerrada.

—Lo sé, papá. Podemos hablar de eso más tarde. Tengo que sacarte de aquí.

—¡No! —Se levanta y me agarra del brazo—. Tienes que irte. Ahora mismo. ¡Sálvate!

—No hasta que estés libre —aseguro.

—No lo entiendes. ¡Son monstruos, Rose! ¡Bestias!

De repente, la luz del sol se sumerge en sombras. Mi padre levanta la vista más y más, con el rostro demudado por el horror.

El tiempo se detiene. Hay algo detrás de mí. Algo terrible y malvado. Y sé que si me doy la vuelta, me romperé en mil pedazos, y mi cuerpo se quedará por completo paralizado.

Suena un crujido y el hielo comienza a extenderse por el suelo. Es precioso, de un blanco azulado y resplandeciente, con delicados fractales que se ramifican a lo largo de su superficie. Asciende por los barrotes de la jaula, y mi padre los suelta y retrocede con torpeza.

Tomo aire y me doy la vuelta. Pero solo hay sombras.

—¿Quién anda ahí? —pregunto, deseando que no se me quiebre la voz.

Algo se mueve en el rincón y me giro para mirarlo. Un par de gélidos ojos me devuelven la mirada desde la oscuridad, tan brillantes como si estuvieran iluminados con fuego azul.

—Soy el señor de este castillo. Tú eres una intrusa. —La voz es grave y ronca, como el crujido de un glaciar al desgajarse y caer al mar.

Se me encoge el estómago y la adrenalina recorre mi cuerpo, pero enderezo la espalda.

—Por favor, libere a mi padre y me lo llevaré lejos de aquí. No volveremos jamás.

La sombra se mueve tan deprisa que tengo que girar sobre los talones para no perderla de vista. Lo único que puedo distinguir son esos ojos de fuego helado.

—Tu padre es un ladrón. Robó en mi castillo y ahora debe pagar el precio. Es mi prisionero, y lo seguirá siendo por siempre jamás.

—¡Mi padre no es un ladrón! —grito—. Es muchas cosas, pero jamás robaría.

Mi padre golpea los barrotes con las manos.

—¡Era solo una rosa!

El señor del castillo suelta un gruñido.

—¿Solo una rosa? Eres un ladrón y un delincuente. Ahora permanecerás como mi prisionero. ¿Querías quedarte con los fae? Pues así será, en este calabozo, hasta que tu breve vida se consuma.

Las lágrimas me anegan los ojos mientras miro a mi padre. Tantos años guardándole rencor. Todos los logros escolares que perdió por estar investigando, todas las deudas que acumuló con sus viajes, la vergüenza que sentí por ser hija del bicho raro del pueblo. Pero es mi padre. Y esa rosa que robó… Era para mí, lo sé. Para mi pequeña biblioteca, la que Lucas destrozó con el coche.

—Oh, papá. —Le agarro de las manos a través de los barrotes y cierro los ojos.

No hay otra alternativa. Me he sacrificado por él durante toda mi vida. ¿Qué más da una vez más? Me vuelvo hacia las sombras y me encuentro con esa mirada de fuego helado.

—Soy yo quien pidió la rosa. Déjame cumplir la sentencia en su lugar.

—¡No, Rosalina! —grita mi padre.

Esos ojos parpadean, y el señor del castillo parece apaciguarse.

—No sabes lo que pides, humana.

Levanto la cabeza.

—Sí que lo sé. Tómame como prisionera.

—¡Es un monstruo, Rose! —grita mi padre—. ¡Un monstruo! ¡Huye mientras puedas!

Pero no puedo oírlo, porque esos ojos parpadean despacio y

entonces el señor del castillo da un paso hacia delante, dejando que la luz del sol lo ilumine.

Es más alto que cualquier hombre que haya visto. Su larga melena blanca le cae sobre los hombros, con una parte retirada del rostro para dejar al descubierto unas cejas oscuras y esos ojos aterradores, como dos claros pozos de luz de luna. Lleva un jubón negro que se ciñe a sus anchos hombros y enormes brazos. Es hermoso de un modo punzante y letal, como un carámbano que cuelga, a punto de romperse, sobre tu cabeza.

Al igual que el hombre encarcelado en la celda, sus orejas son puntiagudas.

Es un fae.

Y yo estoy en peligro.

El fae avanza, obligándome a alzar la vista hacia él. Contengo la respiración mientras todo pensamiento desaparece de mi mente.

Ladea un poco la cabeza, como si me estuviera estudiando, sin parpadear ni una sola vez. El tiempo parece contener el aliento.

Al final, dice con esa voz grave y profunda:

—Soy Keldarion, señor de este castillo y de todos sus moradores. Si eliges quedarte como prisionera, significa que ahora soy tu señor. ¿Qué dices, pequeña humana?

Estoy cautiva de su mirada. Un sentimiento desbordante estalla dentro de mi pecho, y las palabras surgen de golpe.

—Sí. Elijo quedarme.

Él se da la vuelta y tira del candado con la mano. Lo arranca de forma súbita y glacial.

—¡No, Rosalina, no! —grita mi padre.

El fae levanta a mi padre del cuello y lo arroja fuera de la celda. Trato de llegar a él, pero Keldarion me agarra por la parte de atrás de

la camisa. Abre de golpe la puerta de otra celda y me mete dentro. La cerradura se cierra con un clic.

Mi padre corre hacia mí, pero Keldarion le bloquea el paso.

—Me aseguraré de que tu padre regrese al reino humano sin daño alguno —gruñe el señor—. Es más misericordia de la que merece.

—¡Espera! —grito, agarrándome a los barrotes—. ¡Papá!

—¡Rose!

Pero el señor del castillo se lleva a rastras a mi padre del calabozo y desaparece de la vista.

Y me quedo sola en la penumbra.

9

Rosalina



La noche transcurre en un agitado duermevela. Me hago un ovillo en un rincón de la celda y me esfuerzo por no llorar. Nada de esto debería ser posible. El reino de los fae no puede existir de verdad. ¿Es posible que todas las teorías de papá estuvieran basadas en la realidad? ¿Qué le había contado mi madre antes de marcharse? Algo tiembla en mi interior. En todo este tiempo, ni una sola vez le había preguntado por qué estaba tan seguro de que a mi madre se la habían llevado las hadas. Ahora desearía tener un momento más para hablar con él.

Quizá todo esto sea una pesadilla de la que despertaré. Pero cada vez que cierro los ojos con fuerza, deseando con toda mi alma abrirlos y encontrarme en mi propia cama, lo único que veo es esta fría celda. Y apenas puedo distinguir nada, pues la noche es oscura como boca de lobo.

En ausencia de luz, los ruidos resultan aún más espeluznantes. Una criatura aúlla una y otra vez en algún lugar no lejos de donde me encuentro. Me tapo los oídos con fuerza, intentando bloquear el horripilante sonido. No es como el aullido de un perro normal, sino

como el de un lobo atormentado, una criatura que se debate entre la vida y la muerte. Estoy demasiado aterrorizada para moverme.

En algún momento de la noche, me quedo dormida y me despierto con la suave luz que se cuela por la rendija de una ventana de mi celda. Tengo el cuerpo dolorido y la piel de gallina por haber dormido en el duro suelo. Me levanto y miro por la ventana.

¡Guau! Desde aquí puedo ver kilómetros a la redonda. Y estas espinas de color púrpura lo cubren todo hasta donde me alcanza la vista. Se entrelazan con un río caudaloso y se retuercen más allá en el bosque oscuro. Y más arriba del bosque, incrustadas en la montaña, las zarzas parecen estar cubiertas de algo rojo.

¿Rosas?

Llegué a este reino a través de un rosal. ¿Podría ser ese el camino de regreso a casa?

Ese misterioso asesino de goblins me llevó muy lejos…

Se me nubla la vista cuando miro hacia abajo. Debo estar a cinco pisos de altura, por lo menos. Abajo se encuentra el puente que lleva a los zarzales. Después de eso, tendría que recorrer el angosto sendero hasta el rosal.

¿Habrá cumplido el señor del castillo su palabra y devuelto a mi padre sano y salvo? Había una conmovedora tristeza en su mirada, una oscuridad que ningún humano podría poseer. Solo puedo confiar en que los fae hagan honor a su palabra y en que Keldarion cumpla su parte del trato.

Era una de las muchas reglas de mi padre, que a menudo decía entre dientes: nunca hagas un trato con los fae. Pero lo que le había ofrecido al señor del castillo no era un trato, sino una necesidad para mantener a mi padre con vida.

Si mi padre está en casa, tengo que llegar hasta él. La promesa que

le hice a Keldarion no importa. No voy a pasar el resto de mi vida en una fría celda con solo un cubo para hacer mis necesidades.

Tengo que escapar.

En mi celda no tengo noción del tiempo, pero supongo que han pasado varias horas mientras intentaba manipular con el candado en vano. Se me dan bastante bien las cerraduras; la única ventaja de tener un padre paranoico que cambiaba las cerraduras de casa cada mes y siempre se olvidaba de darme una llave. Pero esto excede por completo mi habilidad con las horquillas. Me duelen los brazos de tanto estirarlos en la celda y apretar mi cuerpo contra los barrotes para conseguir la mejor postura. No he visto ni oído señales de vida desde que desperté. Puede que Keldarion se haya olvidado por completo de que me metió aquí y acabe muriendo de hambre.

Con un gruñido de frustración, me alejo de los barrotes y voy tambaleándome hacia la ventana. No es justo. El puente está justo debajo de mí, y unas gruesas y robustas zarzas trepan por el lateral del castillo. Si pudiera salir por la ventana, seguro que podría descender, cruzar el puente a toda velocidad y perderme entre las zarzas. Prefiero arriesgarme con los goblins que con el monstruo que se hace llamar «señor del castillo». Antes llamaba a papá. Si pudiera escabullirme en silencio durante el día, a lo mejor podría pasar desapercibida.

Pero mi ventana apenas tiene la anchura necesaria para sacar un brazo. Me agarro al alféizar con las manos y apoyo la cabeza. Se me llenan los ojos de lágrimas. Qué estúpida soy al pensar que podría escapar de una prisión fae. Voy a quedarme atrapada aquí hasta que me marchite y muera. Si esta jodida ventana fuera un poco más grande…

—¿Qu… qué? —Me aparto de un salto. El borde de la ventana

desprende un brillo rosado y dorado. Y entonces la piedra se mueve, los ladrillos se recolocan unos sobre otros hasta que la ventana…

Es más ancha.

Lo suficiente como para que pueda salir por ella.

—¿Qué coño ha pasado? —Doy media vuelta, casi esperando ver a algún mago fae fuera de mi celda. Pero no hay nada. Estoy sola, bañada por la brillante luz del sol.

Doy un paso vacilante hacia la ventana. El viento se levanta y me aparta el pelo oscuro de la cara. Sí, no cabe duda de que quepo por ahí.

Bajar cinco pisos de zarzas no es una idea descabellada, ¿verdad? Vuelvo la vista hacia el pasillo al otro lado de mi celda. Seguro que el hombre con el enorme collar de hierro sigue sentado allí, en las entrañas del calabozo, indefenso. Ojalá pudiera liberarlo, pero no puedo hacer nada mientras siga atrapada en mi celda. Quizá cuando llegue a casa se me ocurra la forma de rescatarlo.

—Gracias, castillo —susurro, y me subo al alféizar de la ventana.

Vale, ahora que estoy aquí arriba, no estoy segura de que me guste esta idea. Un paso en falso y acabaré atravesada por mil espinas. Estiro el pie para probar la resistencia de una de las gruesas zarzas que se aferran al muro del castillo. Parece bastante resistente, pero no ha tenido que soportar antes el peso de este cuerpo serrano.

Orca Cove me está esperando. Todas mis esperanzas y sueños. Mi biblioteca, mi padre…, Lucas.

La respiración surge de mi garganta de forma dolorosa. No puedo hacerlo. No puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

De repente, una zarza se extiende y se posiciona justo debajo de mí. Un apoyo para los pies.

—Genial. Una espina dotada de sentidos. —Suspiro—. No debo

tener miedo.

Con el mantra de *Dune* resonando en mi cabeza, me doy la vuelta para apoyar las rodillas en la ventana y mirar hacia mi celda. Apoyo las manos a ambos lados y bajo el pie para colocarlo sobre la zarza.

Esta aguanta. Muy bien. Tiemblo como una hoja mientras pongo el otro pie sobre la zarza. No he caído al vacío al estilo Mufasa. Todavía no he caído al vacío al estilo Mufasa, así que algo es algo. Siguiente paso: agarraderas. Alargo la mano derecha y busco una rama robusta, con cuidado de evitar las enormes espinas. Luego alejo el cuerpo de la ventana y me agarro con fuerza a las zarzas.

De repente, la ventana emite un resplandor y vuelve a encogerse. Vale, supongo que ya no hay vuelta atrás.

Fíjate. La chica que aprobó Gimnasia por los pelos escalando la fachada de un castillo como si fuera el puto Robin Hood. Aunque dudo mucho que Robin Hood tuviera que preocuparse de que se le enganchara la bufanda en unas espinas de tamaño descomunal o de que sus gruesos muslos temblaran a cada paso.

Mano, pie. Mano, pie. Mano, pie. Cada movimiento es angustiosamente lento mientras desciendo con cuidado por esta escalera improvisada. No me atrevo a mirar lo cerca que estoy del puente; solo puedo concentrarme en un movimiento a la vez. Sopla una fuerte ráfaga de viento, y profiero un grito cuando las zarzas se apartan del castillo en un letal *crescendo*. Me aferro con todas mis fuerzas, golpeándome contra la extraña mezcla de piedra y corteza.

—¡Puedo hacerlo! —exclamo, y continúo bajando.

Mano, pie. Mano, pie. Mano, pie. Mano, pie…

—¡Ay! —grito cuando una zarza se rompe bajo mi peso. Me suelto sin querer y caigo; mi cuerpo se desgarra contra las espinas mientras desciendo sin parar.

Me golpeo con fuerza contra la piedra. Parpadeo con incredulidad y respiro con dificultad, dándome cuenta de que he aterrizado en el puente. Estaba justo debajo de mí.

—¡Estoy viva! —Profiero una carcajada desquiciada. Apenas alcanzo a ver la ventana allá arriba. Joder, sí que he bajado. Chúpate esa, señora Kimmer, y que le den a su comentario en mi boletín de notas sobre la «falta de participación en Gimnasia».

Me doy la vuelta y miro hacia la zarza. No hay ni rastro de Keldarion. Esta es mi oportunidad.

Libertad.

Mi pelo y mi bufanda ondean al viento mientras echo a correr. Corro más rápido de lo que jamás he corrido en toda mi vida, precipitándome hacia las estatuas cubiertas de zarzas. Estoy llena de arañazos y de moratones por la caída, tengo los músculos agarrotados y doloridos, pero estoy viva y soy libre, soy libre, soy libre…

De pronto, algo sale de detrás de la estatua y choca conmigo.

10

Rosalina



—¡Uf! —Caigo de culo, como si hubiera chocado con una roca. Antes de que pueda asimilar nada, una presencia se cierne sobre mí. Se me forma un nudo en la garganta, demasiado aterrorizada para gritar.

El ser bloquea la luz del sol, cubriéndome con su sombra. Un hombre… Al menos, eso creo. No puedo distinguirlo porque va vestido con una armadura metálica, desde las botas hasta el reluciente yelmo gris. El yelmo es cuadrado, con intrincados grabados de pétalos y enredaderas. Una ranura en forma de «T», hecha de vidrio oscuro, es la única señal de que puede ver a través de ese armatoste. El resto de la armadura está decorado con delicadas volutas y elegantes diseños florales que fluyen de manera armoniosa por la superficie. Cada pieza encaja de forma perfecta con las demás, como si estuvieran hechas a su medida.

El caballero es tan alto que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para seguir mirándolo. Da otro paso hacia mí, como un gato que se dispone a devorar a un ratón. Una larga capa negra se agita a su espalda, como una sombra.

—¿Qui… quién eres? —consigo preguntar.

El caballero no responde. Respiro hondo. ¿Es Keldarion? No, el señor del castillo tenía los hombros más anchos. Tal vez sea un visitante y no sepa que estoy prisionera…

Me pongo a cuatro patas y me levanto.

—Ya me iba…

El caballero se abalanza sobre mí. Su mano, cubierta por un reluciente guantelete de hierro, me rodea la garganta y me estrella contra el pretil de piedra del puente. Las zarzas crujen detrás de mí.

Resuello, pero me agarra con tanta fuerza que apenas puedo respirar. El caballero me levanta hasta que mis pies cuelgan, impotentes. Le araño la mano, pero no sirve de nada.

—¿Quién eres? —pregunta—. ¿Qué haces aquí? —Su voz me estremece y me recorre un escalofrío. Resulta inquietante lo serena y suave que es a pesar del eco de su yelmo—. ¿Eres espía del Príncipe de las Espinas? ¿Otro de sus regalos? —Me agarra con más fuerza y me golpea contra el pretil—. Respóndeme.

Agarro los dedos que me rodean el cuello, intentando apartarlos. Se me empieza a nublar la vista. Con todas las fuerzas que me quedan, lanzo un pie y le doy una patada justo en el estómago.

¡Joder! Mi pie rebota contra él como si hubiera pateado una chapa de metal. Creo que me he roto un dedo. Pero debe de haberlo pillado por sorpresa, porque me suelta y me desplomo en el suelo, agarrándome el cuello y tosiendo.

En un arrebato de furia, fruto de este casi letal lance con la muerte, lo fulmino con la mirada.

—¿Cómo coño voy a contestarte si me estás ahogando, lata de conservas XXL?

No sé muy bien de dónde viene este coraje. Tal vez sea porque he

estado a punto de morir, porque no tengo nada que perder o porque estoy muy harta de estar siempre a merced de los caprichos de los demás.

Está tan quieto que parece una armadura haciendo guardia en un pasillo… Una armadura decorada con motivos florales, eso sí. Pero no pienso darle otra oportunidad de ponerme las manos encima. Me levanto de un salto, lista para correr hacia las zarzas…

Me agarra de las muñecas y me sujeta las manos delante, dejándome indefensa.

—¡Suéltame! —grito, tratando con todas mis fuerzas de zafarme de él, escupiendo y gruñendo como una fiera. Pero eso solo hace que me agarre con más fuerza.

Joder, está inmóvil como una estatua y no dice nada. Tengo que probar otra táctica. Respiro hondo para calmar mis resuellos, dejo de resistirme y lo miro a los ojos. O a donde creo que están sus ojos.

—Mira, yo no debería estar aquí. No conozco a ningún Príncipe de las Espinas o lo que sea. Soy humana. ¿Ves mis orejas? Solo intento volver a casa. Suéltame. Por favor.

El caballero no responde. Es casi hipnótico, mirar fijamente los espacios oscuros donde podrían estar sus ojos. Se me corta la respiración. ¿Quién es este ser? Aunque no puedo verle la cara, tengo la sensación de que me está evaluando, de que sus ojos están sondeando lo más profundo de mi ser.

—Di algo, ¿quieres? —gruño.

—¿Cómo… te llamas? —pregunta, con esa voz extraña y resonante como el terciopelo.

—Rosalina.

—Rosalina —repite, y la mano con que me sujeta las muñecas afloja un poco.

De repente, unos pasos ligeros resuenan en el puente, y al girar la cabeza veo a una chica corriendo hacia nosotros. Al igual que Keldarion y el hombre de la mazmorra, tiene las orejas puntiagudas. Su piel es tan pálida que casi parece translúcida y su corto cabello blanco se agita tras de sí.

—¡Mi príncipe! ¡Mi príncipe!

¿Mi príncipe? ¿La lata de conservas que ha intentado estrangularme es un príncipe?

El príncipe se vuelve hacia la muchacha e inclina la cabeza.

—¿Qué pasa, Astrid?

La joven se inclina, resollando, con su vestido blanco ondeando con la brisa.

—¡Esa mujer humana! ¡No debería estar aquí afuera!

—¿Qué? —El príncipe me suelta las muñecas y se vuelve hacia ella —. ¿Qué significa esto?

—Es la prisionera de Keldarion —dice la chica de pelo blanco—. ¡Y se está escapando!

He echado a correr hacia los arbustos en cuanto el Príncipe de Hojalata me ha soltado. Si consigo cruzar el puente, puedo perderlos…

—¡Ay! —Siento de nuevo una opresión alrededor de mi cuello y caigo hacia atrás, aterrizando sobre la dura piedra. El caballero agarra con fuerza la bufanda rasgada.

—¿Qué haces? —grito cuando suelta la bufanda y me levanta de un tirón por los codos.

—Eres prisionera de Keldarion —dice despacio.

—¡Yo no he hecho nada! —grito.

La muchacha de pelo blanco salta a nuestro lado.

—Atravesó el zarzal hasta el castillo y subió hasta las mazmorras

en busca de su padre. Se intercambió con él por propia voluntad.

El príncipe exhala un profundo suspiro.

—Me ausento tres días y Keldarion encuentra una nueva forma de atormentarme.

Me da un leve empujón entre los hombros para que vuelva al castillo. Empiezo a andar a regañadientes. La joven de pelo blanco, Astrid, abre las puertas y me llevan otra vez adentro.

—No te molestes en devolverme a la mazmorra. Encontraré otra forma de escapar —digo.

El príncipe no responde. En lugar de conducirme a la mazmorra, subimos por una majestuosa escalera y recorremos un largo pasillo con paredes de color pino, decoradas con intrincados diseños dorados de flores y hojas.

—¿La tenía en la mazmorra? —Mira a Astrid, y esta vez su voz suave desaparece, sustituida por un ronco gruñido.

—Sí, príncipe Ezryn —dice Astrid, apresurándose a seguirle el paso.

Nos detenemos delante de una puerta que parece un tronco de árbol con vetas plateadas. El príncipe Ezryn la abre de un tirón y me hace un gesto para que entre. Me adentro despacio en la habitación.

El príncipe se da la vuelta, haciendo ondear su larga capa negra con el movimiento.

—Si Keldarion la quiere aquí, debe hacerse responsable de ella. Astrid, tú eres su sirvienta, así que ella está a tu cargo. Asegúrate de que le den de comer y de beber. Y que los demás limpien este lugar. Aún no hemos caído tan bajo como para encerrar a una niña en la mazmorra.

—¿Niña? —gruño y me giro hacia él con furia—. ¡Oye, vuelve aquí…!

Pero cierra la puerta al salir y se va.

11

EZRYN



Me apoyo en el marco de la puerta, ignorando la escarcha que se propaga lentamente por mi armadura.

Keldarion se pasea ante mí, con la mirada gacha y esa expresión de desdén tan familiar en el rostro. Aún no ha reparado en mí, así que voy a darle unos minutos antes de anunciar mi presencia. No suelo estar muy a menudo en el ala del Invierno, y necesito echar un vistazo.

¿Siempre ha sido así o ha empeorado? ¿Cuándo fue la última vez que estuve aquí? Miro por la negra ranura de mi yelmo. Las espinas, cristalizadas por la escarcha, cubren cada superficie. En las paredes brillan fractales de hielo y el suelo resulta peligrosamente resbaladizo por culpa del hielo negro. Su espada descansa bajo su cama, inofensiva.

No, es evidente que ha empeorado.

Me aclaro la garganta y Kel se gira para mirarme, con los ojos brillantes como los de un animal herido. En cuanto me ve, su cuerpo se relaja y exhala un suspiro.

—Has vuelto.

—He llegado hace una hora —digo—. ¿Quieres decirme qué pasa?

Kel resopla y continúa paseándose de un lado a otro.

—No sé de qué estás hablando.

Me sacudo la escarcha de los hombros y entro en la habitación.

—¿Ahora tenemos prisioneros humanos?

Kel se apoya en el alféizar de la ventana, mirando hacia el zarzal.

—Era un ladrón y un intruso del reino humano. ¿Preferirías que lo hubiera matado?

Paso un dedo por la gruesa capa de nieve que se ha asentado sobre sus mantas y almohadas. El frío atraviesa incluso mi armadura. La primavera y el invierno tienen una larga historia y no soy ajeno a los restos de una helada, pero este frío no se parece a ninguno que haya sentido fuera del Reino del Invierno.

—¿Y la chica?

—Los criados hablan demasiado —refunfuña Kel.

Conque va a comportarse como un imbécil esquivo.

—¿Así que ahora nos dedicamos a encarcelar a chicas humanas inocentes?

Kel se da la vuelta y me gruñe.

—Si quieres opinar sobre el funcionamiento de mi castillo, a lo mejor deberías quedarte en él.

Permanezco totalmente inmóvil, sin permitir que el más mínimo movimiento revele que sus palabras tienen algún efecto sobre mí. En momentos así, agradezco el yelmo. Debería haber sabido que Keldarion vigilaba mis idas y venidas.

Tomo una larga y silenciosa bocanada de aire para calmar mis emociones y me alejo de él.

—En todos estos años, ni un alma ha tenido permiso para habitar en este castillo, salvo nosotros, los sirvientes y Quellos. Has puesto

fin a todas las visitas molestas de Caspian. ¿Y ahora tienes una prisionera de forma voluntaria?

Kel golpea la mesa, levantando una capa de nieve, y hunde la cabeza entre las manos.

—Su padre me robó. Ella lo encontró y se ofreció a cambiar su libertad por la de él. ¿Quién soy yo para negarle ese derecho?

Lo miro. Sé que lo siente aunque no pueda verme a los ojos, porque suspira y pregunta:

—¿Qué pasa, Ez?

¿Que qué pasa? Keldarion nunca ha tenido prisioneros personales, ni siquiera criminales de guerra. Y desde luego no siente ningún interés por los humanos. Está ocultando algo. Una parte de mí quiere agarrarlo por los hombros y sacudirlo hasta obtener respuestas.

Pero nadie en los cuatro reinos se atrevería a intentarlo.

La pregunta da vueltas en mi cabeza. ¿Por qué ahora? ¿Por qué se interesa por esta humana después de no haber mostrado interés por nada ni nadie?

Recuerdo lo que ha pasado antes, cuando regresaba a casa y vi a la chica colgando de manera peligrosa de las zarzas, bajando de la torre del calabozo.

Mientras ella corría hacia el zarzal como si las serpientes del Inframundo le pisaran los talones, habría podido jurar que era una especie de sierva de Sira o Caspian. Estaba listo para quitarle la vida allí mismo.

«Lata de conservas». Así me ha llamado. Era tan ridículo que casi podría haberme reído. Casi.

Me había mirado con tanta intensidad que no supe de qué forma interpretarlo. Miedo, ira. Otra cosa.

Menos mal que apareció Astrid. No sé lo que habría hecho. Lo más

probable es que hubiera dejado que se fuera.

Pero ni siquiera yo me atrevo a desobedecer al señor de Castletree.

Keldarion me mira con esa intensidad familiar. Quiere una respuesta a su pregunta.

Tal vez soy masoquista. Tal vez quiero que Kel sienta algo, aunque sea odio hacia mí. Pero pregunto:

—¿No creerás que la humana es tu…?

Kel cruza la habitación en un abrir y cerrar de ojos, me estampa contra la pared y me coloca el antebrazo en el cuello.

—No pronuncies esa palabra —brama. El poder que alberga en su interior brilla en sus ojos.

Necesito de todas mis fuerzas para no estremecerme y claudicar. Pero me obligo a no mover un solo músculo, respiro despacio y sosiego mi corazón. Nos quedamos así durante un momento, como dos voluntades enfrentadas.

Al final me suelta el brazo y me da la espalda.

—Lárgate, Ez.

Me giro hacia la puerta.

—Le he dado una habitación y le he dicho a Astrid que la atienda. No somos bestias.

Al menos, aún no.

12

Rosalina



De todas las cosas que pensé que podrían ocurrir al escapar, que me asfixiara un gigantesco caballero enmascarado no figuraba en mi lista de posibilidades. Me froto el cuello, recordando la facilidad con la que me levantó en vilo.

El caballero enmascarado. El príncipe Ezryn.

Cojo aire y me tomo un momento para observar lo que me rodea. Estoy en una sala enorme y sencillamente preciosa. Un entramado de corteza natural y arquitectura impresionante. En una de las paredes crece un árbol cuajado de flores de cerezo rosadas que caen con suavidad y se esparcen por la alfombra.

Es obvio que hace mucho que no se utiliza este lugar. Los muebles están cubiertos por unas polvorientas sábanas blancas, a excepción de la cama, que tiene cuatro postes dorados. La rodea una cortina de flores de sauce de color morado. Las paredes son de mármol rosa pálido, surcado de vetas en blanco y en oro rosa.

Todo sería divino si no fuera por las enormes espinas que brotan de la pared y se abren paso a lo largo del suelo. Igual que las del

exterior y las de la mazmorra. Estas espinas cubren cada rincón del castillo.

—¿Te gusta?

Me sobresalto al ver a una chica junto a la puerta. El príncipe enmascarado se había dirigido a ella por el nombre de Astrid. Es menuda, con el pelo corto y blanco y unos impresionantes ojos rojos. Su pálida piel es casi translúcida y lleva un vestido marfil con un delantal azul. Astrid no parece mucho mayor que yo, aunque es probable que eso no signifique gran cosa con sus orejas puntiagudas. Si había algo de verdad en los desvaríos de mi padre, los fae son inmortales. Podría tener veinte años o dos mil.

—Por cierto, soy Astrid —continúa.

—Yo soy Rosalina. —Me dejo caer en la cama y una nube de polvo se levanta a mi alrededor—. Si ese demonio enmascarado quiere que le dé las gracias por trasladarme de la mazmorra a una habitación, va listo. Una cárcel bonita sigue siendo una cárcel.

La expresión de Astrid cambia y siento una punzada de culpabilidad. Quizá esté tan atrapada como yo. ¿Quién querría quedarse en un lugar que encarcela a ancianos inofensivos, gobernado por el hombre más grosero de toda la existencia y custodiado por un aterrador príncipe enmascarado?

Respiro hondo y me pellizco el puente de la nariz.

—Lo siento. He pasado por muchas cosas. Hace un día, no creía que los fae existieran.

Papá tenía razón. ¿Estaría mi madre en algún lugar de este mundo? ¿Podría haber sobrevivido? Reprimo un escalofrío al pensar en los cenicientos goblins.

—¿No sabías nada de nosotros? ¿En serio? —Astrid salta hacia mí —. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Por lo general, solo los creyentes

pueden entrar en el Valle Encantado.

—El Valle Encantado —susurro—. ¿Es ahí donde estamos?

—Sí, estamos en Castletree. —Astrid hace que me levante y me lleva hacia la ventana—. Fuera se extienden los terrenos del castillo y más allá, los zarzales.

—No parece muy encantado —murmuro.

A Astrid le tiembla el labio.

—Nuestro castillo y la tierra están enfermos. Y se está propagando a los cuatro reinos.

—¿Los cuatro reinos?

—Primavera, Verano, Otoño e Invierno —dice Astrid—. Desde aquí no se ven los reinos, pero podemos entrar en ellos desde el castillo. —Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, señala las zarzas—. Pero esta tierra es peligrosa. Sé que no quieres estar aquí, pero yo no intentaría salir corriendo otra vez. Es un milagro que tu padre y tú hayáis llegado hasta aquí con vida.

Una imagen aparece en mi mente; el hombre de cabello oscuro. ¿Había sido real o solo una fantasía fruto de mi imaginación tras haberme golpeado en la cabeza?

—Las zarzas están repletas de goblins y de sus sabuesos.

—¿Qué quieren esos monstruos?

Astrid menea la nariz y se muerde el labio inferior.

—Cazar, matar y sembrar el caos. Solo responden ante el Inframundo. No son más que bestias rabiosas del Príncipe de las Espinas. Él las controla.

—El Príncipe de las Espinas. —Estudio las zarzas de color púrpura oscuro que brotan de las grietas del suelo y trepan por las paredes.

—Esto también es obra suya —dice Astrid.

—¿Quién es? ¿Otro fae?

Astrid asiente.

—El fae más malvado y vil de todos. Vive en un reino oscuro y traicionero conocido como el Inframundo. Es el gran traidor. Rezo para que nunca te cruces con él.

—Los dos fae que he conocido aquí no son mucho mejores. Uno encerró a mi padre y el otro me estranguló. A lo mejor todos los hombres fae son gilipollas. —Me bajo la manga—. O puede que todos los hombres lo sean.

—Sé que puede parecer así, pero para los moradores de Castletree… Hay una inmensa pena. Y los príncipes no son tan malos una vez que los conoces.

Quiero decirle que eso es síndrome de Estocolmo, pero parece tan sincera que procuro suavizar el tono. Es la única persona que ha sido amable conmigo. De hecho, es la primera persona en mucho tiempo que me muestra amabilidad. Me siento en la cama y exhalo un profundo suspiro.

—Así que, ¿trabajas aquí?

—Sí, como parte del personal del Invierno. Soy dama de compañía, aunque últimamente no hay nada que hacer. Lo siento, estoy nerviosa. Pero ¿cómo puedo contener mi emoción? Estás aquí. —Se sienta a mi lado y me toca el pelo—. Eres preciosa. Nunca había conocido a una humana.

Me arden las mejillas.

—¿Puede contarme algo más sobre este lugar? ¿Qué quieres decir con que eres parte del personal del Invierno? ¿Quién era el fae de ojos azules que encerró a mi padre? ¿Y ese aterrador caballero es un príncipe de verdad? ¿Por qué no podéis arrancar estas espinas sin más?

A Astrid le tiembla el labio. Vale, supongo que me he pasado con

las preguntas.

La puerta se abre de golpe y una mujer fae irrumpe con un carrito. Parece de mediana edad, con el pelo rubio recogido en un moño alto, labios carnosos y cuerpo corpulento. Sus orejas acaban en punta.

Lleva un sencillo vestido blanco, pero su delantal es rosa claro. Antes de que pueda observarla con más detalle, me llega el olor del carrito y suelto un vergonzoso gemido.

—He pensado que nuestra nueva invitada tendría hambre, aunque he oído que ya ha conocido algunos de los manjares más deliciosos del castillo —dice la mujer, guiñándome un ojo—. Me llamo Marigold. Sirvo al Reino de la Primavera, pero me aseguro de que todo el mundo por aquí coma y esté atendido. Y eso incluye a nuestra nueva invitada.

Me entran ganas de replicar que soy más una prisionera que una invitada, pero me ha traído comida. Así que me muerdo la lengua. Además, se me hace la boca agua por el olor de lo que sea que lleva cubierto en su carrito.

Marigold repara en mi mirada y levanta la tapa. Una variedad de colores llena la bandeja, desde el marrón dorado de los gofres hasta el intenso rojo de los tomates fritos. Una reluciente capa de sirope cubre las esponjosas tortitas, y las rodajas de jugosas naranjas y las rojas fresas resplandecen igual que si fueran joyas.

Marigold coloca la bandeja delante de mí y yo me lanzo a por una tortita.

Tal vez una persona lista se preguntaría si la comida está envenenada, pero no me cabe la menor duda de que estos fae podrían matarme si quisieran. Y en cuanto el dulce y esponjoso manjar se derrite en mi lengua, me olvido de todo eso y me pierdo en la comida. ¿Cuánto hace que no como? Es probable que poco,

pero huir de goblins y que un fae te secuestre abre el apetito.

Después de devorar con entusiasmo los pasteles y la fruta, levanto la vista y veo que Astrid y Marigold me observan. Me limpio las migas de la boca y murmuro con incomodidad:

—Lo siento. Debería haber preguntado si queríais comer algo.

—No seas tonta —repone Marigold, cogiendo una tetera de la bandeja y sirviéndome una humeante taza—. Después de todo lo que has pasado, te mereces algo bueno. Lo que hiciste por tu padre fue muy amable. El personal no habla de otra cosa.

Cuando menciona a mi padre, mi mano se detiene a medio camino de coger el cuarto pastel. Añado azúcar y leche que huele a nueces a la taza de té para postergar la respuesta. «¿Habrá llegado a casa?».

—El fae con el que hice un trato… —Empiezo, confiando en que sepa de quién hablo—. ¿Creéis que de verdad mandó a mi padre a casa?

—Por supuesto —asevera Marigold—. Cuando el señor promete algo, lo cumple de todo corazón. Es digno de confianza y leal. Aunque es un poco severo.

No lo entiendo. Ambas hablan muy bien de este supuesto señor. El fae de pelo blanco con la voz oscura y esos penetrantes ojos azules…

Keldarion.

—A diferencia de otros fae que conocemos —resopla Astrid—. Ca…

Marigold le lanza una mirada sombría.

—No pronuncies ese nombre aquí. El señor lo prohibió, ¿recuerdas?

—No sé cómo podríamos olvidarlo. No con todo esto. —Astrid señala una de las muchas espinas que surgen de las paredes—. O con sus constantes regalos al señor.

—Y yo no sé cómo alguien podría olvidarlo una vez que le pone la vista encima. —Marigold se abanica con una servilleta—. ¿Por qué los malos siempre tienen que ser tan guapos?

Supongo que están hablando del Príncipe de las Espinas. Astrid dijo que crea las zarzas, controla a los goblins y es de un lugar llamado el Inframundo.

—¿Qué tal el desayuno? —Astrid me mira con sus grandes ojos, deseosa de cambiar de tema.

—Es lo mejor que he comido en mucho tiempo. —Es la verdad. La comida fae es mejor que los Pop-Tarts duros y fríos que suelo comer cuando me marcho a toda prisa a trabajar. Bebo un sorbo de té, que tiene un sabor floral y a malta. Está caliente y resulta reconfortante mientras se desliza por mi garganta—. ¿Todos vivís y trabajáis aquí?

—Sí, somos residentes permanentes. No seríamos bien recibidos en nuestros reinos de origen —dice Astrid.

—¿Qué quieres decir?

Marigold se alisa los pliegues de su delantal.

—Sobre este castillo pesa un serio encantamiento y no nos corresponde hablar de ello. Pero ya que este es ahora tu hogar, deberías saber algunas cosas.

Astrid se acerca de un salto, con sus ojos rojos brillantes de entusiasmo.

—Hay cuatro alas en Castletree, cada una de las cuales representa uno de los reinos fae; Invierno, Primavera, Verano y Otoño. Es costumbre que el gran príncipe de cada reino resida en el castillo con un séquito de personal seleccionado personalmente. Yo soy del reino del Invierno y Marigold…

—Es del reino de la Primavera.

La mujer fae sonríe.

—Y ahora estamos en el Ala de la Primavera —aventuro, observando las flores que cubren las paredes.

—Sí —dice Astrid—, y también está el torreón…

—Y ya has conocido al príncipe de mi reino —interrumpe Marigold. No puedo evitar pensar que ha sido una interrupción deliberada.

Este castillo guarda secretos encerrados dentro de otros secretos.

—¿El príncipe de la Primavera? —resoplo—. ¿Te refieres al hombre enmascarado con armadura? Sí, lo conozco. Me rodeó la garganta con la mano y me asfixió.

Marigold se sienta a mi lado en la cama, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo de fuerte?

Abro los ojos como platos.

—¿Qué?

Ella me dedica una mirada traviesa.

—Bueno, si alguno de los príncipes quisiera rodearme el cuello con sus grandes manos…

—¡Marigold! —Astrid la golpea con el borde de su delantal—. Mira que eres mala.

—¿Qué? Una mujer puede fantasear, ¿no? Tampoco es que tengamos mucho más que hacer aquí.

Me pongo roja. Me parece que tenemos opiniones distintas sobre que nos asfixien. Aunque ahora no puedo dejar de pensar en que su mano era lo bastante grande como para rodearme la garganta y en la fuerza que poseía para levantarme del suelo.

Me doy una merecida bofetada en la frente. ¿Qué narices me pasa? Me vuelvo hacia Astrid y Marigold.

—Así que, los príncipes y el personal… ¿Alguna vez…? —Mi voz se va apagando. No sé cómo decirlo.

—¡No! —exclama Astrid con rapidez—. Son muy respetuosos con nosotros.

—Por desgracia. —Marigold suspira y luego olisquea con discreción—. Casi lo olvido. Te he traído ropa limpia.

Yo también olisqueo. Atravesar esas zarzas y pasar la noche en una celda no ha sido nada beneficioso para mi higiene personal. Marigold se agacha debajo del carro.

Me da un montón de ropa, que coloco sobre mi regazo. No puedo evitar fijarme en lo suave que es la tela y en lo sucias que tengo las manos en comparación. De hecho, creo que aún tengo sangre seca. Gracias.

—Tienes que dejar de oler como una cabra que se ha revolcado en estiércol. —Marigold se vuelve hacia Astrid—. Llévala al ala del Verano y que se dé un buen baño. Yo voy a poner a todo el personal a trabajar y tendré esta habitación limpia y preparada para cuando regreséis.

—No tienes que tomarte tantas molestias —digo—. Esto ya es diez veces mejor que el calabozo.

Ella agita la mano.

—¡Tonterías! Hace veinticinco años que no tenemos un invitado, y aquella vez no salió nada bien. Hace siglos que no doy órdenes a nadie.

Antes de que pueda preguntar por el desafortunado huésped de hace veinticinco años, Astrid enlaza su brazo con el mío.

—Lady Rosalina, te van a encantar las termas. Lo sé.

¿Aguas termales en un castillo? Supongo que me intriga un poco. Además, si voy a estar aquí hasta que encuentre la forma de esquivar a los goblins, no me parece tan mala idea aprenderme la disposición del castillo.

Le devuelvo la sonrisa a Astrid.
—Te sigo.

13

Rosalina



—Estamos entrando en el ala del Verano —dice Astrid.

Aunque no necesitaba que me lo dijera. Una brisa cálida me acaricia el pelo y el aire parece más denso. En el ala de la Primavera, los pasillos están cubiertos de flores y en algunas zonas del suelo crece hierba y musgo. Aquí, la arena se cuela entre las baldosas de piedra, deslizándose bajo mis botas. Las paredes se van transformando de forma gradual en arcilla arenosa, salpicadas de conchas de diferentes colores. Del techo cuelgan redes azules y adornos de cristal, y el aroma a salitre y a sol impregna el lugar.

Un castillo con la magia de los cuatro reinos fae… Ayer ni siquiera sabía que existía un reino fae, menos aún cuatro. Tengo un montón de preguntas sobre este lugar.

No puedo evitar alargar la mano y tocar un carillón que hay colgado junto a una ventana, hecho de corteza y conchas marinas ensartadas en cordeles. Al chocar entre sí de forma delicada, emiten un alegre tintineo que me recorre la espalda. «Es precioso».

—Casi hemos llegado. —Astrid se pasa una mano por la frente y el

sudor le resbala por la cara.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —refunfuña—. Es que no sé por qué tiene que mantenerlo tan caliente. Pero claro, soy del reino del Invierno, ¿qué sabré yo?

Le dedico una débil sonrisa mientras empuja una pesada puerta de madera que conduce a un estrecho pasadizo. El agua gotea de las paredes de piedra gris; hace aún más calor que en el pasillo. Hay tanta humedad que resulta casi asfixiante. Parece que estamos descendiendo, quizá hacia las profundidades del propio castillo. Transcurridos unos cinco minutos, el pasadizo se abre a una enorme caverna.

El suelo se torna en suave arena blanca que conduce a una piscina de color turquesa. Es una gruta encantada. Las paredes de roca crean un laberinto de burbujeantes pozas, y más allá de la bruma alcanzo a ver una cascada.

—¡Guau! —exclamo con asombro, segura de que tengo la mandíbula por los suelos—. ¿Cómo es posible?

—Castletree —dice Astrid—. La reina fae lo construyó. Contiene la magia de todos los reinos. Dentro de este castillo sagrado creó los lugares más hermosos de cada región.

—La reina fae —susurro—. ¿Debería preocuparme por encontrarme con ella también?

—Oh, no —dice Astrid. A la reina no se la ha visto en el Valle Encantado desde hace quinientos años.

—¿Cómo se puede gobernar una tierra cuando llevas cinco siglos desaparecida?

—Bueno, dejó un fiel protector de los reinos y… —Astrid se golpea la frente—. Me he olvidado de tu ropa limpia. Empieza tú mientras

voy a por ella.

—¿Que empiece?

—Sí, puedes bañarte. Espera. —Se vuelve hacia la piscina y grita —: ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —Su aguda voz resuena en la profunda caverna de roca—. Bien, todo despejado. Puedes dejar tu ropa allí y yo la lavaré.

Astrid arruga la nariz; estoy segura de que prefiere quemarla a lavarla. No es culpa mía que me persiguieran los goblins. Pero sigo su mirada hacia las estanterías encastradas en la pared de piedra. Están llenas de esponjosas toallas blancas, botes de geles de distintos colores y pastillas de jabón.

No puedo evitar soltar un chillido infantil. Quiero lavarme la sangre de goblin del cuerpo.

—Usa lo que quieras, no tardaré en volver con tu ropa limpia.

—¿Estás segura? —pregunto—. Puedo acompañarte.

—No, no. Por favor. Lávate. Insisto.

Una parte de mí piensa que se alegra un poco de no tener que derretirse en esta playa mientras espera a que me bañe.

Astrid vacila.

—No vas a intentar huir de nuevo o algo así, ¿verdad?

—Solo voy a lavarme. Te lo prometo. —Lo digo en serio. No pienso arriesgarme a que me atrape el Hombre de Hojalata con esteroides otra vez. Y tenía razón sobre esos goblins. Cuando haga mi próximo intento de fuga, que lo haré, lo planificaré mejor.

Astrid me dedica una sonrisa de agradecimiento al marcharse y me giro para inspeccionar la estantería de piedra. Hay una pequeña cesta, y meto en ella una pastilla de jabón que huele a cerezas y unos misteriosos frascos de crema viscosa. Espero que uno de ellos sea champú.

Miro a mi alrededor un par de veces antes de quitarme la ropa. Astrid me prometió que estaría sola. Me quito la bufanda desgarrada y la camisa, que antes era blanca, pero que ahora está teñida de un espantoso marrón. Tengo las mallas rotas, y no quiero volver a ver estos calcetines.

Cojo la cesta y camino por la suave arena hasta entrar en el agua. ¡Qué maravilla! El agua es suave como el terciopelo y el calor me envuelve mientras exhalo un profundo suspiro. La cesta flota en el agua y la arrastro conmigo mientras me adentro más.

La arena da paso a la roca lisa. A juzgar por el color del agua, es probable que haya zonas en las que mis pies no lleguen a tocar el fondo.

Me abro paso hasta la cascada, donde froto cada recoveco de mi cuerpo con el jabón de cerezas y me sumerjo bajo el agua. Me deja un regusto salado en los labios. Me masajeo el pelo con el gel. Huele a frutas tropicales: piñas, mangos y cocos.

Luego me meto bajo la cascada, que parece brotar del techo, y dejo que el agua me caiga encima. Cuando siento que tengo el cuero cabelludo lo bastante masajeado, aprovecho para nadar por la piscina. Podría quedarme aquí para siempre.

Suena un chapoteo en la entrada de las termas. Astrid debe de haber regresado. Una suave corriente de agua se acerca.

—¿Astrid? —digo.

No hay respuesta, y un extraño cosquilleo me recorre la espalda.

—¿Astrid?

—Puedo ser Astrid si quieres, cariño —responde una suave voz masculina cargada de arrogancia.

Suelto un grito de alarma y atraigo la cesta contra mi pecho cuando alguien sale de detrás de una de las rocas.

Un hombre.
No, un fae.
Hay un fae conmigo en las aguas termales.

14

Rosalina



¡Santo Dios, es guapísimo!

Es tan alto que todo su torso está fuera del agua, y puedo ver con claridad cada centímetro de su musculoso pecho. Está totalmente musculado, y no como Lucas, con sus músculos de diseño esculpidos a base de horas en el gimnasio. Los de este fae son anchos y tonificados, fruto del verdadero esfuerzo y, viendo las pequeñas cicatrices y marcas que recorren su cuerpo, del combate.

El agua es tan cristalina que sin duda podría ver lo que hay más abajo si quisiera. Tal vez una pequeña, más bien minúscula parte de mí siente curiosidad. Pero no soy una mirona, así que me obligo a levantar la vista. Aunque quedarme mirando sus marcados abdominales y sus perfectos pectorales no parece menos repulsivo en este momento.

—¿Disfrutando de la vista? —Esboza una sonrisa torcida, dejando ver sus blancos dientes—. No te culpo.

Solo mi nariz asoma por encima de la superficie cuando me sumerjo en la piscina. Tengo que salir de aquí. Pero no tengo ropa hasta que Astrid regrese, y aunque tuviera alguna prenda, no puedo

salir del agua sin ofrecerle todo un espectáculo.

Mi única opción es esperar a que se marche.

Por supuesto, no solo tiene un cuerpo increíble. El dorado cabello le roza los hombros y lleva algunos mechones recogidos en pequeñas trenzas para enmarcarle el rostro. Tiene las cejas oscuras y parece que se ha roto la nariz varias veces, lo cual es extraño, porque si es un fae, ¿no debería curarse rápido? ¿O son solo imaginaciones mías? Sin embargo, su nariz no le resta ni un ápice de atractivo. Al igual que su sonrisa torcida, todo en él resulta cautivador.

Se me encojen las entrañas y el calor asciende a mi rostro al darme cuenta, con creciente horror, de que me está observando igual que yo a él. Abrazo la cesta contra mi pecho y retrocedo, esperando que las ondas del agua le impidan ver demasiado. De repente me siento cohibida por la suave redondez de mi vientre y por mis muslos que se rozan. Me viene a la mente el fugaz recuerdo de Lucas dándome palmadas en las piernas para ver cómo se movían.

—¿Qué haces aquí? —indago, sacando la cabeza del agua lo suficiente para balbucear la pregunta.

—Bañarme —responde el fae, sumergiendo por fin en el agua ese pecho musculoso que tanto distrae—. Y examinando a la nueva mascota de Kel.

La rabia hierve en mi interior y me sorprende que el agua no entre en ebullición.

—No soy la mascota de nadie.

Él enarca una oscura ceja.

—Ya lo veremos.

Trago saliva y trato de controlarme. Me entran ganas de enfadarme, pero sus ojos son como una droga. Me sonríe y parece muy sincero. Le devuelvo la mirada, respirando con dificultad,

esperando a que algo pase. Mi cuerpo se estremece y los músculos de mis piernas se tensan. Deseo tocarlo más que nada en el mundo, pero no puedo moverme.

«Contrólate, chica». Me alejo un poco más.

—¿Quién eres?

—¿Que quién soy yo? —Otra sonrisa burlona. ¿Es todo una broma para él?—. Me llamo Dayton.

—Dayton —repito. Lo digo como si tal cosa, sin darme cuenta de cómo suena en mi boca. Como sol y fuego.

Parpadea. Tiene los ojos azules. No como los de Keldarion, con sus ojos de hielo. No, los de Dayton son como el mar antes de una tormenta…

Entonces me doy cuenta de que, mientras estaba mirando embobada sus estúpidos ojos, se ha acercado más a mí, y yo estoy desnuda y no cabe duda de que él también lo está.

Dejo escapar otro gritito de temor y retrocedo hasta chocar con una pared de roca. Por suerte, eso frena su avance.

—Y supongo que tú también trabajas aquí —pregunto, aunque solo sea para distraerme.

Él enarca las cejas y se ríe, un profundo sonido gutural tan alegre que sin pretenderlo me arranca una sonrisa.

—Cielo —dice Dayton—, de verdad no me conoces en absoluto. Preferiría meter la polla en brasas calientes antes que trabajar.

Me sale la vena traviesa y le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, pues vas a tener que dejar de ser tan vago. Marigold dice que va a poner a todo el mundo a trabajar ahora que estoy aquí.

—Eso es injusto —replica—. No puedes meter a Marigold en esto. Si la conoces, sabes lo aterradora que puede llegar a ser.

—Me estás tomando el pelo.

—Solo un poco. —Sonríe, mostrando sus blancos dientes—. ¿Cómo te llamas, cielo?

—Rosalina.

Nado con cautela mientras intento evaluar a este fae. Su amabilidad parece diferente a la de Astrid y Marigold. No me pasa desapercibido el tono coqueto ni que sus ojos no se han apartado de mí desde que se ha metido en la piscina.

Si lo pienso con frialdad, sé que debería tener miedo. Estoy desnuda y a tres metros de un hombre que podría dominarme en un segundo. Pero nada en mi interior me grita que tenga miedo. De hecho, es todo lo contrario, como si todo mi ser quisiera acercarse a él.

Tal vez sea algún truco fae, pero si quiero escapar de este castillo encantado, tengo que ser valiente. No puedo salir de aquí yo sola. Necesito información, y puede que también aliados.

Empujo la cesta llena de geles, champú y otras botellas.

—Si vas a bañarte, aquí tienes. —Me ruborizo mientras aparto la mirada con rapidez, esperando que no se dé cuenta de lo expuesta y vulnerable que me siento. Cruzo los brazos de forma defensiva sobre el pecho bajo el agua, aunque lo más probable es que esté demasiado lejos para ver nada.

—Vaya, gracias. —Saca la pastilla de jabón.

—¿Qué puedes decirme del señor de este castillo?

—¿Del señor del castillo? Um… —Dayton mira hacia el techo de roca mientras desliza la pastilla de jabón por su cuerpo. Puede que haya sido una idea terrible, porque he olvidado por completo la pregunta que le he hecho mientras la espuma resbala por sus anchos hombros—. ¿El gilipollas? Más poder que cerebro. Alguien a quien no conviene cabrear. Pero eso ya lo sabías, teniendo en cuenta que

pasaste la primera noche en el calabozo.

—Vaya, qué rápido vuelan las noticias por aquí.

—¿Qué puedo decir? Eres el nuevo objeto brillante que todos quieren ver.

Los misterios siguen acumulándose, pero parece que todos los que trabajan en este castillo no salen mucho.

Dayton se gira un poco; una cicatriz recorre su espalda. Es enorme. Tres líneas irregulares surcan la perfecta piel bronceada de su espalda.

—¿Qué te pasó…? —Las palabras escapan de mis labios en un susurro antes de que pueda pensarlo mejor.

Él se da la vuelta con rapidez y esboza otra sonrisa mientras se enjabona su musculoso pecho y luego su mano desaparece bajo el agua.

—No podemos olvidarnos de lo más importante. —Clava su mirada en la mía mientras mueve el brazo arriba y abajo.

Estoy segura de que estaría chorreando si no estuviera ya en este estanque. Me sumerjo más y hago burbujas en el agua mientras recuerdo la primera noche que el señor del castillo me encerró en el calabozo. No fue culpa de Dayton ni de los otros sirvientes, pero no puedo engañarme pensando que son mis amigos.

Me viene a la memoria otro recuerdo; el joven fae con la cadena al cuello, sus ojos dorados, la forma en que el pelo le caía sobre la frente. Levanto un poco la cabeza del agua para mirar al fae que tengo delante. Por suerte, ha dejado el jabón en la cesta, aunque no sé si lo que hace ahora es mucho mejor. Su torso se estira, los músculos se alargan mientras se aplica el champú en su larga melena. Algo me llama la atención. Sobre su pecho cuelga un collar de conchas marinas, entrelazado con perlas y un dentado trozo de

cristal de mar rojo en el centro. Es precioso.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo que sea, cielo.

—Cuando llegué aquí, vi a un joven en el calabozo. Me preguntaba si sabías por qué estaba allí.

Dayton se sumerge en el agua para enjuagarse el champú del pelo. Cuando se levanta, los oscuros mechones rubios le caen sobre la cara.

—¿Un hombre en el calabozo? Mmm. —El agua se interpone entre nosotros mientras él se acerca. Esta vez no tengo hacia dónde ir.

—Sí. No parecía peligroso. ¿Por qué estaba allí?

—Tengo una pregunta para ti —murmura Dayton. Ahora que está tan cerca, puedo ver todos los matices de azul en sus ojos, que van del ondulante turquesa al profundo tono zafiro de un océano—. ¿Era guapo?

Es una pregunta ridícula. Una pregunta que no viene a cuento. Debería empujarlo por hacerla. Pero el rostro del hombre del calabozo aparece ante mí como en un sueño lúcido. La profundidad de sus ojos dorados, el temblor de sus carnosos labios. No puedo evitar decir la verdad.

—Sí.

Dayton enarca las cejas y vuelve a reír. Esta vez, el sonido reverbera en lo más profundo de mi ser y aprieto las piernas con fuerza.

El fae se acerca más y mi espalda se aprieta contra las resbaladizas rocas. Alarga la mano para agarrar un húmedo mechón de mi pelo.

—¿Qué quieres de él?

—Liberarlo —respondo, y luego rectifico—. Al menos llevarlo a una habitación, como hicieron conmigo. No me parece justo que esté

en el calabozo.

—¿Por qué? —Dayton está tan cerca que su cálido aliento me acaricia la oreja—. ¿Quieres su gratitud? ¿Esperas que te recompense?

No, claro que no. Mi respuesta es simple. Ambos somos prisioneros, y de alguna manera, puedo sentir que él se merece tan poco como yo llevar esa cadena. Pero las palabras de Dayton son como un fuego dentro de mí, y no puedo evitar que me consuman. Siento que los pezones se me endurecen contra mis dedos y bajo las manos, cerrando los puños a los lados para intentar calmar este deseo que arde en mi cuerpo.

Sus ojos azules me abrasan. Su grande y callosa mano me agarra la mandíbula, obligándome a mirarlo.

—Sabes, el señor no es el único que gobierna este castillo. También lo gobiernan otros tres príncipes.

—Otros tres príncipes. —Mi voz es apenas un suspiro. El contacto de su mano con mi piel es como una corriente de energía, y necesito más. Mi cuerpo tiembla y lucho contra el impulso de estirar la mano y tocarlo.

—Así es. Estoy seguro de que puedes adivinar quiénes son.

Parpadeo, buscando las palabras como quien tamiza arena. Cuatro alas, cuatro reinos.

—Un príncipe para cada una de las cuatro estaciones.

—Buena chica. —Me roza el labio inferior con el pulgar—. Quizá tengas más suerte suplicando clemencia a alguno de ellos que a nuestro frío señor. ¿Sabes suplicar, Rosalina?

Todo el aire escapa de golpe de mis pulmones y no soy más que lava hirviendo en el agua.

—¡Mi príncipe! —Una voz aguda y sorprendida resuena en la

caverna. Astrid está de pie en la orilla, con un montón de ropa en los brazos.

Dayton me suelta la mandíbula.

Al no sentir ya su tacto, recupero la cordura. ¿Cómo narices he perdido el control? Y al volver a pensar con claridad, las palabras calan por fin en mí.

Mi príncipe.

¡Mi puñetero príncipe!

Este fae de aguas termales es un jodido príncipe. Quiero morirme. Y yo intentando sonsacarle información como si fuera uno de los sirvientes. Supongo que debería dar gracias de que no me haya devuelto al calabozo.

—Mis disculpas, milord —balbucea Astrid—. No pensé que estaría aquí.

—No pasa nada, Astrid —dice Dayton, dirigiéndose a la orilla—. Quería conocer a nuestra nueva invitada.

Con creciente horror, me doy cuenta de que Dayton está saliendo del agua. Debería apartar la vista.

Pero no lo hago.

¡Y Madre del Amor Hermoso! Su culo parece esculpido por los dioses, y vislumbro algo muy largo y erecto entre sus piernas antes de que se envuelva las caderas con una toalla blanca.

—Rosie —dice con una sonrisa burlona, pillándome con las manos en la masa mientras lo contemplo de forma descarada—, ¿por qué no pruebas a seducir al príncipe del Verano para conseguir lo que quieres? He oído que es el más guapo. Y el mejor en la cama.

La estúpida y perfecta risa de Dayton resuena en la estancia mientras se marcha.

15

Rosalina



El sol poniente baña toda la habitación de una suave luz en tonalidades rosadas y rojizas.

Marigold ha puesto al personal a trabajar. A lo mejor sí que da tanto miedo como insinuaba Dayton. Cuando volví de las termas, encontré flores frescas en jarrones pintados y habían quitado las fundas de los muebles, dejando a la vista un tocador y un armario blancos. Enseguida lo llenó de bellos vestidos y trajes. Habían puesto sábanas limpias en la cama, que desprendían un suave olor a rosas bajo el aroma siempre presente de los cerezos en flor.

Marigold me sirvió una cena temprana. No podían ser más de las cuatro, pero comer siempre me hace feliz. La sopa caliente me resultó reconfortante y no pude evitar reírme con la boca llena mientras Astrid y Marigold me sonsacaban cada detalle de mi encuentro con Dayton.

Dayton, el príncipe del Verano.

Había estado desnuda en las mismas aguas que un puñetero príncipe fae. Creo que aún tengo las mejillas rojas como tomates. Sobre todo desde que Marigold me pidió que describiera sus

abdominales con todo lujo de detalle. Probablemente habría entrado en combustión espontánea si hubiera mencionado su culo perfecto.

Astrid y Marigold recogieron los platos cuando terminé de comer, pero dejaron un cuenco con fruta deshidratada y frutos secos sobre el tocador por si me entraba hambre durante la noche. Abrieron la puerta del aseo y me enseñaron a usar el retrete; menos mal que los fae tienen cañerías interiores. Luego me dieron las buenas noches.

—Recuerda, cariño —me dijo Marigold—. No salgas de tu habitación hasta el amanecer. Es una orden directa del señor del castillo.

Ahora que ya se han ido, me invade una sorprendente sensación de soledad. Es muy extraño. Yo no me siento sola. Estoy más que satisfecha en mi casita esperando a mi padre. Pero este lugar, aunque hermoso, es diferente. Y no me han encomendado ninguna tarea que hacer. Mañana tendré que preguntar si hay libros en el castillo. A saber cuándo se me presentará la oportunidad de escapar, y estaría bien tener algo que leer mientras estoy aquí. Tal vez descubra algo sobre este extraño lugar que me ayude a huir.

Cojo mi teléfono de entre los restos de mi ropa, doblados con esmero. Por supuesto, no hay cobertura, y la batería casi se ha agotado. Pero me tomo un momento para mirar una foto de mi padre y luego una de Lucas. A pesar de que me abandonó, espero que haya llegado bien a casa. Estaba tan cerca del rosal que debió de escaparse. Paso un par de fotos más en mi álbum favorito y me detengo en una vieja imagen escaneada de mis padres delante del sauce. Mi madre tiene rizado su largo cabello castaño y lleva el medallón de piedra de luna con forma de rosa al cuello, que mi padre nunca se quita. Es una de las pocas cosas que nos quedan de ella.

De repente, me gustaría que él también tuviera algo mío.

Después de compadecerme un momento, guardo el teléfono en el cajón de la mesilla de noche, y al instante me invade el aburrimiento. El sol no se ha puesto y no estoy cansada. Aún siento el cuerpo excitado a causa del encuentro en las aguas termales.

Dayton no me dio ninguna información sobre el hombre del calabozo. ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza? Si supiera lo que hizo, por qué lo encerraron…

Tal vez esté tan ansioso por escapar como yo. ¿Y si conoce estas tierras? Quizá sepa una forma de sortear a los goblins. Algo chispea en mi pecho, una urgencia que me impulsa a seguir adelante. «Tengo que encontrar al hombre de la mazmorra».

Ya me he puesto el pijama que me dio Marigold, un suave camisón con flores rosas bordadas en el bajo, así que cojo una sencilla capa azul lisa del armario. Luego me calzo mis viejas botas y me dirijo a la puerta.

¿Qué tiene de malo que salga de mi habitación por la noche? Tiro del picaporte y la puerta se sacude.

Está cerrada con llave.

Por supuesto que está cerrada con llave. Recorro la habitación con la mirada, buscando algo con lo que forzar la cerradura. Un ruido entre plantas llama mi atención, y cuando me giro, veo que una zarza se mueve y crece un poco más. Una de sus espinas se alarga y se afila, como una ganzúa.

«Eso es inquietantemente oportuno». Pero a caballo regalado no se le mira el dentado, así que le doy las gracias a la espeluznante enredadera y arranco la espina. La punta encaja en el pestillo y oigo que la puerta se abre al instante.

Me coloco la espina en el pelo con nerviosismo y salgo despacio a

los silenciosos pasillos. «¿Dónde está todo el mundo?». No tengo ningún plan, solo una imperiosa sensación en el estómago que me dice que debo hablar con ese fae. Siento que es importante.

Me viene a la memoria el camino que recorrí con Ezryn y llego al vestíbulo principal. Bajando las escaleras están la puerta principal y ese extraño espejo.

Esta habitación también está vacía. ¿Es que todo el mundo se va a dormir temprano?

Desde el vestíbulo, sigo el mismo camino por la escalera hasta el calabozo de la torre, sorteando con cuidado las espinas para no pincharme con ellas.

El aire frío que se desliza sobre mi piel me provoca un escalofrío. No hay antorchas encendidas, y avanzo guiándome por la tenue luz rojiza del atardecer que se filtra por las ventanas abiertas con barrotes.

La escalera en espiral termina y llego a las celdas.

El corazón me da un vuelco. Ahí está.

Pero está tumbado, con los ojos cerrados. Me invade el temor, hasta que veo la suave cadencia de su pecho. «Solo está dormido».

Sigue desnudo de la cintura para arriba y solo lleva unos pantalones marrones.

—Hola —susurro a través de los barrotes. Él no se mueve. No parece que haya nadie más, pero aquí fue donde me sorprendió ese bruto tan frío la última vez, así que no quiero hablar demasiado alto.

En lugar de eso, me saco la larga espina de la coleta y la introduzco en la cerradura. Después de manipularla unos instantes, se abre con un chasquido. Sin hacer ruido, dejo la espina en el suelo y abro la puerta de barrotes.

Me agacho junto al hombre. Tiene las manos libres, pero el gran

collar metálico le rodea el cuello, sujeto por una cadena a la pared de piedra.

Algo primitivo arde en mi interior al verlo encadenado de esa forma. Sin pensarlo dos veces, le quito el collar del cuello, aunque desconozco cuál era su finalidad. Era demasiado grande para él y podría habérselo quitado sin problemas.

Le sacudo suavemente el hombro.

—Oye, despierta.

Se incorpora despacio. Algunos mechones de pelo castaño le caen sobre la frente, dejando al descubierto las afiladas puntas de sus orejas. Dayton me preguntó si era guapo, y aunque no cabe duda de que lo es, tiene algo más. Una belleza cautivadora.

—Tú —dice con voz ronca.

—He venido a rescatarte —digo.

—¿A rescatarme? —pregunta somnoliento. Entonces su rostro se transforma en una máscara de horror. Se lleva las manos al cuello de forma frenética y luego mira el collar en el suelo—. ¿Qué has hecho?

—Liberarte. —Señalo la puerta abierta de la celda.

Si quitarle el collar había sido lo peor del mundo, la puerta abierta de la celda es una auténtica hecatombe.

—Oh, no… —Se vuelve hacia la ventana de la celda cuando los últimos rayos rojizos del atardecer se pierden en el horizonte, sumiéndonos en una oscuridad total. Sus ojos dorados se clavan en los míos mientras dice con voz estrangulada—: ¡Tienes que correr!

16

ROSALINA



Miro al fae, intentando comprender el miedo que veo en sus ojos dorados.

—¿Que corra? —repito.

—¡Corre! —grita, pero la orden se convierte en un grito desgarrado, y él se retuerce de dolor

—¿Estás bien? —Me acerco.

Su piel se agita y un extraño resplandor amarillo emana de él. Su grito de agonía se convierte en un profundo rugido mientras el pelaje recubre lo que antes era piel. Su forma se duplica, luego se triplica y cambia, muta. Una nueva criatura toma una bocanada de aire de forma entrecortada, inundando de vaho la gélida habitación mientras se levanta.

Un monstruo espeluznante se alza sobre mí. Guarda cierto parecido con un lobo, gracias al hocico largo, las orejas puntiagudas y las cuatro patas. Pero es como si hubiera ocurrido algo horrible y monstruoso. De su cuerpo sobresalen afiladas ramas negras, su pelaje marrón rojizo está cubierto de hojas podridas y su aliento emana un hedor a madera quemada.

Me recuerda a los goblins y a sus sabuesos. Pero esta criatura es gigantesca, supera los dos metros de alto y es el doble de ancho. El terror me atenaza el corazón con tanta fuerza que no puedo ni gritar.

De repente, el enorme collar del suelo cobra mucho más sentido.

El monstruoso lobo tiene la mirada clavada en mí. Esos ojos dorados son iguales a los del fae. Pero no se percibe el más mínimo rastro de reconocimiento en ellos mientras me observa.

Un profundo rugido se desgarra de sus fauces y se lanza hacia mí. El instinto de conservación se despierta en mi interior, haciendo que me quite de en medio a toda prisa y trate de alcanzar la puerta de la celda. Ese movimiento la cierra sin querer, encerrándome aquí con el monstruo. Profiero un grito de terror. La criatura me da un zarpazo, y siento un dolor punzante en mi pantorrilla cuando sus enormes garras me rasgan la pierna.

Presa de la desesperación, intento de nuevo abrir la puerta de la celda, forzándola hasta abrirla y colarme por el hueco. Cada movimiento provoca un dolor lacerante mientras la sangre chorrea por mi pierna. «¡Me cago en la puta!». Voy cojeando lo más rápido que puedo hacia las escaleras.

El monstruoso lobo profiere un feroz aullido detrás de mí y se abalanza sobre la puerta de la celda, arrancando con su enorme cuerpo los barrotes de hierro de los goznes. Me lanzo escaleras abajo todo lo deprisa que me es posible, con la esperanza de que el estrecho espacio frene a la criatura.

Me escabullo entre las ramas espinosas, abriéndome paso con los brazos y el cuerpo. Cuando miro hacia atrás, veo que las zarzas se ciernen sobre el monstruo. Las espinas le desgarran el pelaje, pero la bestia no se amilana y una lluvia de ramas rotas cubre el suelo de pedazos ensangrentados de color púrpura. Del techo del castillo se

desprenden fragmentos de piedra y corteza.

Un grito desgarrador brota de mi garganta y un terror descarnado inunda mi cuerpo.

«¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!».

La capa se engancha en las espinas, rasgándola. Se me enreda el pelo, la coleta se me suelta y mi larga melena se me viene a la cara. Tropiezo con las últimas espinas y caigo en el vestíbulo principal del castillo. La sangre que mana de la herida de la pierna forma un charco debajo de mí.

De la escalera llega un estruendo; rocas que caen y piedras agrietándose al arrancar las espinas de las paredes.

Intento levantarme, pero la mano me resbala en la sangre y vuelvo a caer, golpeándome la mandíbula contra la dura piedra. «¡Levántate, levántate, levántate!».

Tengo la garganta en carne viva y las lágrimas ruedan por mi cara mientras el dolor atraviesa mi cuerpo como un cuchillo. Lucho contra él, músculo por músculo, hasta que logro ponerme en pie. El dolor de mi pierna es pura agonía, pero me obligo a continuar cojeando por el vestíbulo.

Unos ojos extraños me miran desde las sombras. Ojos… de animales. Un mapache, un pájaro en las vigas, un conejo…

Se me corta la respiración al caer de bruces al suelo. «Me ha atrapado». Intento desesperadamente cubrirme la cara con los brazos. Una gigantesca garra se clava en mi hombro, inmovilizándome contra el suelo, mientras la otra me desgarra los brazos.

Una hilera de afilados dientes brilla mientras gruñe. El olor a madera quemada llena el aire. La bestia abre las fauces de par en par.

El único pensamiento que se me viene a la cabeza es que morir a

manos de un monstruo al menos es un final mucho más épico que caerme del taburete de la librería. Y desde luego es mejor que ahogarme. Un gélido escalofrío recorre todo mi ser y me pregunto si que te devore un lobo será como ahogarse; primero un frío glacial, hasta que sientes que todo tu cuerpo arde en llamas.

Un gruñido diferente rasga el aire.

Un ensordecedor aullido de dolor retumba en mis oídos cuando otras fauces se cierran alrededor del cuello del monstruo. Ha llegado otro lobo, aún más grande que el primero. Cierra las fauces y lo levanta con una fuerza aterradora, alejándolo de mí. La bestia más pequeña vuela por los aires en una sanguinolenta masa de pelo, profiriendo un desgarrador gemido hasta que se estrella contra la pared de piedra y cae al suelo con un escalofriante ruido seco.

Un miedo paralizante se apodera de mí a medida que el lobo más grande avanza. Relucientes trozos de hielo sobresalen de su cuerpo y su blanco pelaje desprende un hipnótico resplandor azul, formando remolinos.

El lobo pardo se levanta con esfuerzo del suelo mientras de la herida de su cuello chorrea sangre. Clava los ojos en mí y gruñe. Su saliva salpica el suelo. El lobo blanco da un paso, luego otro, hasta cubrirme con su enorme cuerpo. Se agacha lo suficiente como para que pueda estirar la mano y tocar su suave panza de pelo blanco.

Un leve olor a húmeda nieve impregna el aire y el frío se instala en mis pulmones, como la primera bocanada del invierno.

El lobo blanco abre la boca y aúlla.

El sonido reverbera en lo más profundo de mi ser y estremece todo el castillo, haciendo temblar la piedra. Incluso las zarzas tiemblan.

Si pensaba que mi corazón no podía soportar nada más, me equivocaba. Porque otras dos enormes siluetas irrumpen en el

vestíbulo.

Dios mío, son más lobos. Se colocan de un salto delante del lobo blanco y avanzan hacia el lobo pardo. Estos dos son un poco más grandes que el pardo, pero no tanto como el lobo blanco.

Uno es gris oscuro, casi negro, y gruñe mientras clava la mirada en el pardo. Una muestra de dominio. El monstruoso lobo negro tiene un espeso pelaje salpicado de huesos de pequeños animales; veo cráneos de pájaros y astas enredadas. Sobre su lomo y sus patas crecen hongos de vivos colores y musgo. Los ojos del lobo brillan en la oscuridad y enseña sus torcidos dientes.

El pardo profiere un gruñido molesto, pero no se achanta.

Mientras tanto, la pesada respiración del lobo blanco se cierne sobre mí. Está agazapado, listo para saltar. Desde mi posición entre sus enormes patas, dirijo una mirada hacia la escalera y él gruñe, como si supiera que estoy pensando en huir.

El cuarto lobo salta. Lleva algas putrefactas enredadas en su dorado pelaje, con corales y estrellas de mar pegados a sus patas. Conchas y cristales de mar rodean sus ojos y fauces. Sus dientes aferran la nuca del lobo pardo.

Este gimotea, pero el lobo dorado coloca una enorme pata sobre su lomo y lo obliga a someterse. Al final, el lobo pardo profiere un último aullido y cierra los ojos.

El lobo negro emite un gruñido de satisfacción y el dorado suelta el cuello del pardo, pero no aparta la pata. Ambos se giran para mirar al lobo blanco.

El mastodóntico lobo blanco debajo del que sigo estando.

Oh, no, no sé qué está pasando, aunque espero con toda mi alma que no sea una pelea entre lobos para ver quién me devora. Tengo que largarme de aquí. Salgo de debajo del lobo blanco con un grito

de terror en los labios.

—¡Keldarion! ¡Socorro!

El lobo blanco se mueve con fluidez y da un paso para bloquear mi ruta de escape. Es enorme y tengo su cabeza justo delante de mí. Unas brillantes líneas azules surcan su cara, pero son sus ojos los que me cautivan. Azules como el hielo, tan claros como un lago helado.

—Eres tú… —susurro.

Me vuelvo hacia los otros lobos. Si el lobo pardo era el chico de la torre, entonces…

El lobo con corales y algas… Conozco ese tono dorado. Lo he visto en la cabeza del príncipe fae de las termas. Y el pelaje del lobo negro se ve gris a la luz de las antorchas, como la armadura del fae enmascarado…

Primavera, Verano, Otoño e Invierno. Los cuatro príncipes fae.

—Sois bestias —digo con voz estrangulada—. Todos sois bestias.

El lobo blanco gruñe, el calor que aún perduraba en la habitación desaparece del ambiente. Entonces Keldarion, el príncipe fae del Invierno, fija su gélida mirada en mí y abre sus enormes fauces.

Mierda, puede que al final sí que esté aquí para ser la cena del lobo. Me agarra con sus fauces, pero mi pánico inicial se desvanece cuando me doy cuenta de que sus dientes no se clavan en mí. Me lleva por el castillo.

Un momento después, me veo rodando por el suelo de mi habitación. El lobo me empuja con el hocico hasta que quedo boca abajo. Coloca una pata sobre mi ensangrentada pantorrilla. Siento un latigazo de dolor, y después un hormigueo que me deja la zona entumecida. Miro hacia abajo y veo que una fina capa de hielo cierra mi herida.

—¿Qué está pasando? —jadeo, mirando al lobo, pero él ya se ha

dado la vuelta—. ¿Keldarion?

Vuelvo a estar sola en un castillo lleno de bestias.

17

DAYTON



Oigo voces discutiendo antes incluso de abrir la puerta. Ezryn debe de tener las pelotas tan duras como el yelmo que siempre lleva puesto. Aunque sé que Ez tomará la iniciativa en lo que sea que esté pasando ahí dentro, vacilo. El hielo que se propaga por el marco de la puerta no es buena señal.

Aprieto los dientes y abro la puerta. Esta es la habitación que menos me gusta de todo el castillo. Siempre hace demasiado frío.

Kel y Ez están de pie junto a la ventana, enfrascados en su discusión. Como si apenas existiera. No es nada fuera de lo normal.

Farron está acurrucado en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho. Se me encoge el corazón. Parece abatido. Me dejo caer en el reposabrazos y se acomoda a mi lado de inmediato. Su mano se aferra a la tela de mis pantalones, e instintivamente me permito acariciar las suaves ondas castañas de su pelo con los dedos.

—¿Por qué se están peleando ahora papá y mamá? —susurro, inclinándome hacia él.

Eso me granjea una fugaz sonrisa antes de que se desvanezca y sus ojos dorados se tornen vidriosos.

—Todo esto es culpa mía…

—No —digo con firmeza, agarrándolo de la barbilla—. No empieces.

—Ah, Dayton, parece que por fin has conseguido levantarte de la cama. Estarías al tanto de los acontecimientos si hubieras llegado a tiempo. —La profunda voz metálica de Ezryn resuena mientras me observa—. Mandé a Rintoulo a buscarte hace una hora.

—No esperabas menos del príncipe borracho del Verano, ¿verdad? —gruñe Kel, con su largo cabello blanco enmarcando los severos ángulos de su mandíbula.

Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro; un mecanismo de defensa instintivo.

—Lo siento. Ya sabes, arrastrar a una bestia gigante hasta la mazmorra es una tarea ingente. Hay un montonazo de escaleras y de espinas.

Kel se tensa y el hielo cruje bajo sus pies. Es increíble lo fácil que es hacerlo enfurecer.

—¡Basta! —espeta Ezryn—. Esto es serio.

Deslizo un poco más los dedos por el cuello de Farron y él se estremece. Aún tiene marcas rojas ahí, pero no se las he hecho yo. Yo solo le he agarrado el pellejo de la parte posterior del cuello. Esa herida está en donde Kel lo ha mordido. Que aún perdure en Farron incluso en su forma fae demuestra la fuerza que ha utilizado.

Hace mucho que todos sabemos lo desequilibrado que está Kel, pero lo de anoche fue muy distinto. Y ni loco pienso dejar que Farron pague las consecuencias.

—Tienes razón. Esto es grave. —Me pongo en pie, mientras la ira emana de mí como una ola de calor. El agua me cala las botas donde el hielo se derrite bajo mis pies—. Farron resultó herido anoche.

Podría haber muerto.

—Farron debería aprender a controlar a su bestia. —Keldarion se acerca a mí—. El cachorro ha tenido veinticinco años para hacerlo.

Una expresión avergonzada aparece en el rostro de Farron.

—¡No debería haber sido necesario! —grito—. Estabas dispuesto a romperle el cuello. ¿Y para qué? ¿Para proteger a una humana?

No me asusto con facilidad. He visto a Kel destrozar su torre, arrancar espinas de las paredes, romper las piedras con sus propias manos. Lo he visto matar a veinte faes con su espada en el tiempo que su enemigo tarda en desenvainar. Pero nunca lo había visto como cuando pasó por encima de la chica y estremeció todo el castillo con su aullido. La forma en que la protegió…

Kel gruñe por lo bajo y se abalanza sobre mí, atrayéndome hacia él.

—¡No fue culpa de Rosalina! —grita Farron.

Al oír su nombre, Keldarion me suelta el brazo y todos nos quedamos inmóviles.

—Échame la culpa a mí —dice Farron con tristeza—. Kel tiene razón. Es imperdonable que no pueda controlar a mi bestia. Todos vosotros podéis hacerlo.

Kel mira a Farron, y si no supiera con certeza que ese gélido cabronazo carece de toda emoción, juraría que algo parecido a la culpa centellea en sus ojos.

—¿Por qué estaba fuera de su habitación? Te dije que no la dejaras salir. —Kel vuelve a gritarle a Ez. Una de sus cosas favoritas.

—Revisé la puerta antes de retirarme anoche —declara Ezryn—. No sé cómo salió.

Cuando las piezas encajan, exhalo un profundo suspiro.

—Quería rescatar a Farron. Joder, en los baños no paraba de preguntar por él. Dijo que eras guapo. —Le alboroto el pelo mientras

sus mejillas se tiñen de rojo—. No le dije nada porque… Joder, Kel. Nunca nos cuentas nada.

Keldarion me fulmina con la mirada y sé que está centrado en mis palabras. Sí, la había visto en los baños, y no puedo insistir en ello porque me empalmaría solo de pensar en ese momento.

Todos los sirvientes habían estado cuchicheando sobre la mujer que Keldarion había encerrado. Lo cual era muy extraño. Kel no tomaba prisioneros. Ni siquiera había prestado atención a todas esas hermosas fae, generalmente a medio vestir o desnudas, con las que Caspian insistía en provocarlo a las puertas del castillo. Entonces, ¿por qué la había encarcelado a ella? No podía ser solo por su belleza, que era de lo que todo el personal había estado chismorreando.

Pero tenía que verla con mis propios ojos. A ver, ¿tan guapa podía ser una humana?

Resulta que es… increíblemente hermosa.

Tal vez fuera parcial, pero estaba preciosa en las aguas termales del ala del Verano, con esos ojos castaños claro y el pelo oscuro resaltando contra su pálida piel. Empapada, desnuda, con las mejillas teñidas de un delicado tono rosado y ese gritito de sorpresa que había escapado de sus labios…

Joder, me habría encantado tumbarla en la arena y tomarla solo para descubrir qué otros sonidos podía hacer. No pude ver mucho de su cuerpo. Se mantuvo sumergida en el agua, pero a través de las ondas alcancé a distinguir sus generosos pechos y la voluptuosa curva de sus caderas. La polla se me había puesto más dura que una piedra nada más verla y sabía que sus labios sabrían a sal, que todo su cuerpo haría que deseara lamer cada centímetro de ella.

Aunque sabiendo que era la prisionera de Kel, sospechaba que

estaba fuera de mi alcance. Mentiría si dijera que eso no hacía que la deseara más.

—Day —susurra Farron, mirándome de arriba abajo con esos ojos dorados. El rubor tiñe sus mejillas, un tanto pecosas. Kel me fulmina con la mirada. Joder, pensar en esa chica me ha excitado, y ellos pueden olerlo.

Que lo huela, el muy cabrón. Tiene las putas pelotas más heladas que un iceberg después de su desastrosa última incursión con el amor, y no siento ni una pizca de lástima por él. Cuando confías en quien él confió, te mereces cuanto te pase. Ez se lo advirtió. Farron y yo, también. Todo su puñetero reino lo hizo.

Ezryn exhala un suspiro de frustración y se interpone entre nosotros.

—Por mucho que me fastidie admitirlo, Dayton tiene razón. Kel, tienes que decirnos por qué está aquí.

—Ya os lo he dicho —gruñe, y clava sus glaciales ojos en mí—. Su padre es un ladrón y ella cambió su libertad por la de él.

Todos debemos de compartir la misma sospecha. No puede ser solo por eso. Hay algo más que no nos está diciendo.

La maldición de la hechicera resuena como siempre en mi mente: «La única forma de romper este hechizo es conquistar el verdadero amor de tu compañera predestinada y aceptar el vínculo tejido hace tiempo en las estrellas».

Menuda sarta de sandeces. En toda mi vida he conocido a dos personas, tal vez a tres, que han encontrado a su pareja. No me extrañaría nada que ella nos maldijera sabiendo que jamás se podía romper el hechizo.

—Si insistes en retenerla aquí, habrá que decidir qué hacer con ella —aduce Ezryn—. Debe atenerse a unas reglas establecidas y le

diremos…

—¡No le diremos nada! —gruñó Keldarion—. ¿Quieres alojarla en el ala de la Primavera? Vale. Pero se quedará en su habitación de forma permanente. El personal puede llevarle comida y…

Ezryn no se achanta.

—Estás siendo tan poco razonable con Rosalina como lo fuiste con Caspian —dice en un tono grave y amenazador.

Farron me agarra la mano. Hemos entrado en la recta final. Todo este castillo se va a venir abajo.

Se hace un breve silencio, como una pausa en una canción. Keldarion se yergue en toda su altura y el invierno estalla a su alrededor. Esquirlas de hielo se hacen añicos en el aire. Empujo a Farron al suelo y caigo con él, poniéndole los brazos sobre la cabeza.

La bestia que habita en mí lucha por salir, pero la contengo. El lobo dorado cabrearía más a Kel. Farron tiembla bajo mi contacto y acerco mis labios a su oreja.

—Estás bien. No necesitas a tu lobo. Yo te protegeré.

Él asiente, con el cuerpo temblando bajo el mío.

Caen rocas del techo cuando miro hacia arriba y veo a Kel estampar a Ezryn contra la pared. Ha congelado todas las espinas de la habitación. Se están muriendo lentamente, aunque sé que volverán a crecer enseguida.

—Podría arrancarte la lengua por esas palabras —gruñe Kel, empujando con fuerza al príncipe de la Primavera contra las piedras.

Ez ladea la cabeza, con el hielo brillando en el yelmo metálico.

—No se ofenda, alteza, pero antes tendría que llegar a mi lengua.

Que le jodan. Un día llevará a Kel demasiado lejos y acabaremos viendo sus tripas metálicas esparcidas por el castillo. Y lo peor es que su cuerpo estará tan mutilado que nunca sabremos qué aspecto

tiene, ni siquiera después de muerto.

Pero Kel exhala un largo suspiro y deja caer a Ezryn al suelo.

—Haz lo que creas correcto, Ezryn. No quiero tener nada que ver con la chica.

—Entonces deja que se vaya.

Kel se da la vuelta y su blanco cabello le cae sobre la cara.

—Eso jamás.

—Si te niegas a mantener el orden en este castillo, entonces tendré que hacerlo yo —dice Ezryn—. Le contaré a Rosalina lo suficiente para que esté a salvo aquí. Obviamente, no estará al tanto de nuestros asuntos más íntimos. Pero este castillo será su hogar, como lo es para todos los que habitan en él.

Me levanto despacio, ayudando a Farron a ponerse en pie. En la habitación solo se oye el ruido de las espinas que vuelven a crecer y serpentean por las paredes y el techo de la habitación. Maldita sea, la magia de ese demonio es imparable.

El pecho de Keldarion sube y baja al ritmo de su agitada respiración.

—Cuéntale lo que debas. Dale de comer. Vístela. Haz lo que quieras. —Entonces, esa mirada penetrante como el hielo se clava en todos nosotros—. Pero ninguno de vosotros la tocará.

Se aleja entre las sombras de su habitación y la fuerza de sus palabras me recorre el cuerpo. Joder. ¿Por qué tengo la sensación de que, de todas las descabelladas reglas de Kel, esta va a ser la más difícil de cumplir?

18

Rosalina



Anoche dormí en una celda. Esta noche, estoy en una hermosa habitación, con una mullida cama con dosel.

Bien podría ser esa fría mazmorra.

Intenté ayudar al fae, pero se transformó. La advertencia de mi padre resuena en mi mente con su voz ronca: «¡Son monstruos, Rose! ¡Bestias!».

Sí, lo supuse cuando Keldarion me metió en una celda y Ezryn me estranguló y me acusó de ser una espía. Nunca imaginé que en realidad fueran lobos demoníacos.

Me hago un ovillo, bien envuelta en las mantas. Esa cosa… me atacó. Tengo la pierna cubierta de sangre seca. El hielo con el que Keldarion cubrió la herida hace rato que se derritió. Sé que debería haber intentado lavármela de alguna forma, o al menos vendármela, pero no puedo hacer otra cosa que acurrucarme en la cama.

«¿Qué voy a hacer?».

Soy prisionera de cuatro príncipes fae. Y estoy indefensa contra ellos.

El cielo empieza a clarear. Creo que he conseguido dormir una o

dos horas entre tantas vueltas en la cama. El miedo se ha desvanecido con la noche, dando paso a la tristeza. Me abrazo a la almohada y lloro.

Mi puerta cruje al abrirse y me levanto de un salto. Pero solo hay un pequeño conejo blanco. El animalito ladea la cabeza y me mira con sus brillantes ojos rojos.

—Hola, cosita —susurro con la voz entrecortada por el llanto—. ¿Tú también estás atrapado en este castillo?

El conejo se acerca dando brincos y, de un gran salto, se encarama a la cama. No puedo evitar sonreír. Siempre quise tener una mascota, pero con los horarios erráticos de mi padre, me parecía injusto.

El conejito se contonea junto a mi cara y estiro la mano para acariciar su suave pelaje.

—¿Tú también necesitabas compañía? —Sorbo por la nariz—. No pasa nada. Estoy aquí.

Es un conejito adorable, con su naricilla rosada, sus largas orejas y sus brillantes ojos rojos, que parecen estar pendientes de mí. El día comienza a despuntar por el horizonte y los primeros rayos dorados del sol se filtran por la ventana.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto—. ¿Bola de nieve? ¿Peluchito? ¡Saltitos…! ¡OOOH!

Peluchito está… creciendo. Y mudando su pelaje como si fuera una puta pesadilla. Retrocedo, pero cuando pestañeo, el conejo ha desaparecido y en su lugar está… Astrid.

—Puedes llamarme Peluchito si quieres. —Sonríe. Está tumbada en mi cama de forma despreocupada, con la cabeza a mi lado en la almohada. Y tiene el culo al aire.

—¿Dónde está tu ropa? —chillo—. ¿O tu pelaje?

Se mira el delgado y pálido cuerpo.

—Ay, es verdad. Había olvidado que los humanos no os sentís tan cómodos con la desnudez. —Suelta una risita mientras se levanta y cruza la habitación para coger una bata del armario.

Me pongo a cuatro patas y la miro boquiabierta. Ella se vuelve y me mira fijamente, con sus ojos humanos del mismo tono rojo claro que los de la conejita. Espera, espera. Sus ojos no son humanos. Es fae, como ellos.

Astrid cruza las manos al frente y esboza una suave sonrisa, como si estuviera esperando a que cayera en la cuenta.

—¿Por qué eras un conejo? —pregunto despacio.

Ella se ríe y se desliza por el suelo para sentarse en el borde de la cama. Su pelo liso y blanco le llega hasta la barbilla y lleva el flequillo cortado justo por encima de sus pálidas cejas.

—En realidad, soy una liebre. Son muy comunes en el reino del Invierno. Deberías venir a verlas.

Lo único que sé de las liebres es lo que me dijo Lucas una vez que estaba tumbada en la cama con él. Me estaba acariciando la cara, mirándome con lo que podría haber sido amor. Sonrió, abrió la boca, y en ese momento creí que iba a decirme todas las cosas que yo tanto deseaba oír. Sin embargo, lo que salió de su boca fue: «¿Alguna vez has escuchado el estertor de muerte de una liebre? A veces me gusta abatirlas con el rifle, aunque no consigo que lo hagan si el tiro es demasiado limpio. Pero con el cuchillo sí. No se parece a nada que hayas oído jamás». Luego se subió encima de mí, me puso la mano en la cara y me susurró al oído: «Quiero oírte hacer un sonido así».

No sé si alguna vez le di lo que quería.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de obligar a mi mente a volver al presente. Porque prefiero mil veces estar en esta habitación con esta puñetera mujer conejito que revivir aquel momento.

«Lucas ya no es así —argumenta una parte de mi mente—. Me pidió que me casara con él».

—¿Va todo bien? —Astrid se acerca a mí y me pasa una mano por el pelo con ternura.

—Es un poco abrumador —digo—. Hace unos días trabajaba en una librería. Ahora estoy prisionera en un castillo encantado.

Astrid esboza una sonrisa triste.

—Por si te sirve de consuelo, estamos entusiasmados de que estés aquí. No ha pasado nada emocionante en los últimos veinticinco años.

—¿Tanto tiempo lleváis atrapados aquí? —pregunto.

Asiente y junta las manos sobre el regazo.

—Supongo que podríamos irnos. Pero ¿A dónde iríamos? Los malditos no tienen un hogar al que volver.

—Malditos —susurro—. ¿Todo el mundo aquí… está maldito?

Astrid se levanta y camina hacia la ventana mientras la luz del amanecer pinta de naranja su pálido cuerpo.

—Fae de día, bestias de noche. Supongo que los sirvientes deberíamos considerarnos afortunados. Te acostumbras a convertirte en animal. No creo que nadie se acostumbre nunca a… lo que les pasa a los príncipes.

Los horribles y retorcidos lobos llenan mi mente, y el recuerdo de sus miradas salvajes y sus gigantescos cuerpos hace que me dé un vuelco el corazón.

—¿Qué ocurrió aquí? ¿Por qué estáis todos malditos?

Astrid mira con nerviosismo hacia la puerta.

—Viene alguien.

La puerta se abre y Marigold entra con una bandeja de desayuno. Me mira y veo que no le hace ninguna gracia que las sábanas limpias

estén manchadas con mi sangre. Pero no tengo que volver a contar lo que ocurrió anoche. El castillo entero lo sabe ya. Esos ojos que sentí observándome eran los del personal.

Picoteo mi desayuno y opto por una simple tostada porque tengo el estómago revuelto. Marigold y Astrid me cuentan en qué tipo de animales se convierten los miembros del personal. Marigold es un mapache; hay un oso, un pingüino, un par de perros, y el jardinero se convierte en un gran búho. Cuando les pregunto por qué ocurre todo esto, esquivan la pregunta igual que haría un puñetero *border collie* con un obstáculo en un concurso de agilidad.

Suena un golpe seco en la puerta. Tomo aire y me enderezo.

—Pase.

La puerta se abre despacio, revelando una imponente figura cubierta de metal.

El caballero enmascarado del puente. El lobo gris oscuro que goteaba tierra y tenía pequeños huesos enredados en el pelaje.

Ezryn, el príncipe de la Primavera.

19

Rosalina



Astrid hace una profunda reverencia.

—¡Mi príncipe! —chilla, y sale disparada por la puerta con Marigold detrás.

Se me cae el alma a los pies. Tengo ganas de gritarles que se queden, que no me dejen sola con este… ¿Qué es? ¿Un monstruo? ¿Una bestia? Pero se me hace un nudo en la garganta, y lo único que puedo hacer es retroceder hasta chocar con el cabecero de la cama.

Al maldito Hombre de Hojalata le importa una mierda aliviar mi sufrimiento. Se queda ahí, de pie en la puerta, con el rostro oculto por ese yelmo metálico.

Me cuesta respirar y me doy cuenta de lo vulnerable que soy, acorralada contra el cabecero de la cama mientras él me mantiene secuestrada con esos ojos que no puedo ver. Aún llevo puesto el camisón de anoche y, para ser sincera, las espinas lo han destrozado casi todo. La fina tela rosa se me pega al pecho y a las generosas caderas; las largas mangas son holgadas, pero se ciñen a las muñecas.

Mi pelo oscuro cae sobre mis hombros, revuelto tras mi huida por

el castillo y mi agitado sueño. Debo de parecerle una presa.

—¿Qué? —espeto al fin, porque mi desbocado corazón ya no aguanta más—. ¿Qué quieres?

La gran placa metálica de su armadura sube y baja cuando respira hondo. Se encamina hacia mí.

El miedo se va apoderando de mí con cada golpe de sus botas metálicas en el suelo. «¡Peligro, peligro, peligro!», grita mi mente lógica. Y sin embargo…

Algo en mi pecho me araña las costillas, clamando por liberarse. Algo que quiere que me acerque a él.

«Me va a matar». ¿Por qué me parece bien?

En un segundo que parece una hora, su sombra se proyecta sobre mí en la cama. Levanto la mirada hacia la inescrutable máscara, sabiendo que el miedo está plasmado en mi rostro.

—Soy prisionera de Keldarion —acierto a decir—. No puedes hacerme daño. Soy su… ¡Ah!

El príncipe enmascarado se sienta en el extremo de la cama, y el peso de su cuerpo y su armadura me hace rebotar en el colchón como si fuera un trampolín. Luego me agarra del tobillo y me levanta la pierna en el aire.

—¿Qué coño estás haciendo? —grito, intentando de manera desesperada sujetarme el camisón para no enseñarle hasta el carné de identidad.

Él no contesta, sino que me gira la pierna de un lado a otro mientras me examina la pantorrilla. Emite un sonido a caballo entre un suspiro y un gemido.

—¿Puedes soltarme? —empiezo, pero mis gritos se apagan cuando me agarra de la cadera con la mano enguantada y me da la vuelta con un movimiento brusco. De repente me encuentro tumbada boca

abajo, con la cara contra la almohada. Aún me tiene agarrado el tobillo con brusquedad con su fría mano de metal.

—¿Qué coño? —Quiero que mi voz suene indignada, pero surge como un susurro entrecortado.

Me ha dado la vuelta como si fuera una muñeca de trapo. ¿Qué me está haciendo en la pierna? El miedo estalla en mi pecho, pero también hay algo más.

De repente me empuja hacia abajo con la mano entre los omóplatos, apretándome más la cara contra la almohada.

—No te muevas —me ordena con voz fría y serena.

Dejo de moverme en el acto. La presión de su mano sobre mi espalda es firme. Por una parte, me aterra que el Gigante de Hierro esté a punto de asesinarme; por otra, me siento extrañamente acalorada mientras permanezco inmóvil, como me ha ordenado.

La presión en mi espalda desaparece y oigo el roce de la tela y el tintineo del metal. Incapaz de reprimir la curiosidad, meneo los hombros para ver qué está haciendo.

Se ha quitado los guantes, dejando a la vista unas manos grandes y una piel bronceada.

—Así que hay carne y hueso ahí dentro —murmuro—. Creía que eras un esqueleto de hierro.

Ladea su cabeza metálica hacia mí, pero no dice nada. Deja las manos suspendidas sobre mi tobillo y mi corva, a ambos lados de la fea herida que tengo en la pantorrilla.

—No muevas la pierna —dice Ezryn con voz grave.

El sereno tono dominante de su voz hace que sea incapaz de resistirme. Tomo aire. Sus dedos callosos recorren mi pálida piel y me estremezco cuando tocan la herida.

Ezryn mete la mano en una pequeña bolsa que lleva en la cadera y

saca un puñado de hojas de intenso color verde. Las introduce bajo su máscara con destreza, dejando ver un atisbo de su cuello. Luego las saca. Parecen húmedas.

—¿Acabas de masticarlas? —pregunto.

Pero me ignora, algo que parece que le encanta hacer, y coloca las hojas masticadas justo sobre la herida.

—¡Qué asco, tienen tu saliva…!

Cubre la herida y pasa las manos sobre ella con un movimiento sorprendentemente delicado. Un cosquilleo recorre mi pierna y el punzante dolor desaparece, reemplazado por un cálido palpitar. Entonces aparta la mano y quita las hojas.

Me levanto y él no me detiene. Me agarro la pantorrilla y abro los ojos de manera desorbitada. La herida está completamente curada; el único resto es una brillante cicatriz roja.

—¿Cómo lo has hecho? —susurro.

De nuevo me ignora y me agarra de los brazos. Suelto un grito ahogado, pero me sujeta con firmeza y no me suelta.

Me pasa un áspero pulgar por un arañazo que recorre mi muñeca derecha. Una sensación de calor se propaga de inmediato por mi piel y el arañazo desaparece.

—Estos son más pequeños —murmura—. Es más fácil.

—¿Eres una especie de mago? —pregunto, fascinada, mientras me sube la manga del camisón y va ascendiendo por mi brazo derecho.

Como no responde, agacho la cabeza y clavo una mirada furibunda en los negros orificios para los ojos.

—Oye, ¿por qué no me contestas cuando te hablo?

Como respuesta, tira un poco más de mí y me sube la manga hasta el hombro. Me agarra el bíceps derecho y me cubre un ensangrentado corte donde me había clavado una espina.

—Hace mucho tiempo, la reina bendijo al máximo soberano de cada reino con una gran magia. Yo heredé la magia de mi madre. Todos los fae tienen la posibilidad de nacer con afinidad por la magia, pero los máximos soberanos reciben una gran bendición para proteger su reino. Como la bendición de la Primavera —murmura, con una voz tan serena que resulta casi inquietante—. La renovación.

Supongo que eso explica todo el hielo alrededor de Keldarion.

Ezryn me baja la manga, cubriéndome el brazo de nuevo, y me coge la muñeca izquierda. Lo aparto de un manotazo.

—No —digo, sintiéndome de repente cohibida—. Este brazo está bien.

Su máscara se inclina casi con incredulidad, pero no insiste.

Hay algo extrañamente hermoso en su armadura; los delicados dibujos de enredaderas y hojas, el brillo del sol matutino sobre el metal. Me pregunto qué sentiría al tocarla con las yemas de los dedos.

No importa que haya curado mis heridas. Su compañero de casa intentó comerme. Y no puedo olvidar que ayer tenía sus manos alrededor de mi garganta.

Pero tal vez, solo tal vez, había algo en la ternura con la que ha sanado mi piel. Tengo que intentarlo.

—¿Los humanos vienen a menudo al Valle Encantado? —pregunto con cautela. Como no contesta, continúo—: Por eso vino mi padre aquí. Está buscando a mi madre. Está convencido de que los fae la secuestraron.

Oigo un profundo suspiro.

—Va contra nuestras leyes traer humanos de vuestro mundo.

—Pero ¿podría haber ocurrido? ¿Han sobrevivido otros humanos?

—Es posible, pero raro. Hay algunos humanos que se han

adentrado y se han establecido en uno de los cuatro reinos.

—Mi madre no nos habría abandonado —digo, más para mí que para él—. Mi padre decía que su amor relucía más que todas las estrellas del cielo.

Ezryn mira por la ventana.

—Lo has visto con tus propios ojos. Aquí hay muchos peligros.

¿Está insinuando que vagó por el Valle y murió? ¿Asesinada por uno de esos goblin o algo así? El miedo y la ira luchan en mi pecho.

—¿Por qué me retenéis aquí? Yo no tengo nada que queráis. Mi padre no quería robarle a Keldarion. Por favor, ¿dejaréis que me vaya?

—Intercambiaste tu lugar por el suyo. —El príncipe Ezryn se levanta y su sombra vuelve a cubrirme—. Eres nuestra prisionera, y has desobedecido las reglas al salir de tu habitación anoche. No intentes escapar de nuevo o se te castigara.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta.

—Te reunirás con los príncipes en el comedor —murmura con voz grave, sin volverse.

La rabia se apodera de mí.

—Me mantenéis prisionera, casi me matáis anoche… ¿y queréis que me reúna con vosotros? Ni de coña. No quiero ver ninguna de vuestras caras…

—Te reunirás con nosotros. No es una petición. —Con un chasquido de su capa, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta—. ¡Astrid! —gruñe, y la joven de pelo blanco entra de forma sigilosa, claramente habiéndolo escuchado todo—. Déjala un poco presentable. Si puedes.

20

EZRYN



Camino erguido por el pasillo, alejándome de la habitación de la prisionera, y luego doblo una esquina. En cuanto ya nadie puede verme, me desplomo contra la pared y golpeo la piedra con el yelmo.

El corazón me late desbocado y me tiemblan las manos. ¿Qué es esto? ¿Miedo?

¿De una humana en camisón?

Me obligo a respirar hondo y me esfuerzo por calmarme. He pasado semanas en la naturaleza cazando manadas de goblins. Me han tendido emboscadas y me han rodeado, he estado desesperado y en inferioridad numérica.

Pero es la primera vez en años que siento… ¿miedo?

No.

Me siento vivo.

Vuelvo a mi habitación, a poca distancia de la suya. «Rosalina». Es un nombre precioso, suena como si perteneciera a la primavera. ¿Y por eso la alojé en mi propia ala? Debería haberla dejado a merced de Kel…

Cierro los puños. ¡No! Puede que sea una intrusa, pero no merece dormir en el calabozo, ni siquiera ser condenada a una de las habitaciones cubiertas de hielo del ala del Invierno. Primavera es el mejor lugar para ella.

Sacudo la cabeza al llegar a mis aposentos. He hecho lo que he podido. Le he dado un alojamiento seguro. Le he curado la herida de la pantorrilla. La he puesto bajo la atenta vigilancia de Astrid y Marigold. Asistiré a nuestra reunión, me aseguraré de que Keldarion no cometa ninguna locura y luego regresaré al zarzal. Pronto dejará de ser problema mío.

Abro la puerta. Mi habitación es parecida a la de Rosalina, solo que más lóbrega, con las paredes hechas de madera oscura de la estructura de Castletree. Las cortinas son de hiedra entretejida y las mantengo bien cerradas. Mi habitación está iluminada por lámparas incandescentes; orbes que flotan en el aire, llenos de lucecitas que parecen luciérnagas. De la pared de madera sobresalen las ramas de un sauce, creando un dosel de amentos alrededor de mi cama.

El reconfortante olor a pan dulce y a café me da la bienvenida. Hay una bandeja a los pies de mi cama llena de esponjosos panecillos espolvoreados con azúcar y una jarra humeante. Marigold debe de haber dejado esto para mí.

Siempre hago las comidas aparte. Es la única forma de comer, ya que nadie en el castillo puede verme sin mi yelmo. Pero he pasado tanto tiempo fuera, en el zarzal, que no recuerdo la última vez que Marigold me trajo comida. El sabor de las raciones rancias me es más familiar que el del pan.

Tal vez espera que me quede más tiempo esta vez. Odio decepcionarla, pero no hay nada que hacer al respecto. No hay razón para que me quede en este castillo.

Suelto un bufido desdeñoso. Esperanza. Eso es lo que esa chica ha traído al castillo. Puede que sea más peligrosa de lo que imaginaba.

Me alejo de la cama y voy hacia el lavabo, un hueco en el árbol que se llena de agua fresca. Un espejo cuelga de la madera ante mí, reflejando el brillo de mi armadura. Me quito los guanteletes y me froto las manos.

El olor a café sale de la jarra y lo huelo despacio. La verdad es que hace mucho tiempo que no pruebo uno de los panecillos dulces de Marigold…

Me quito el yelmo y lo dejo con cuidado a un lado del hueco. Mi mirada se dirige al espejo y luego vuelve a bajar.

Hace mucho que no veo mi propio rostro.

¿Cuándo fue la última vez que alguien me miró a los ojos? Fueron mis padres, cuando tenía cinco años y me puse el yelmo por primera vez. Seguirá siendo así hasta que encuentre a mi compañera predestinada.

Me echo agua en la cara para ahuyentar la idea. «¡Esa humana y su maldita esperanza!».

Levanto la vista para obligarme a ver mi propio reflejo. ¿Qué creía que iba a encontrar al mirarme?

Sigo siendo un hombre, no una bestia. Aún. Pero estoy hecho un desastre; tengo el pelo demasiado largo y la barba desaliñada. Aunque nadie sabe lo que hay debajo del yelmo, no parezco digno de ser el gran príncipe de la Primavera.

Saco una daga del cinturón y me corto los rebeldes mechones. Luego, me la paso por el cuello y la mandíbula. Ya está. Un poco más digno. Ahora tenemos una invitada, aunque nunca notará la diferencia.

Me acerco a la bandeja y cojo un bollo dulce. Huele a Florendel, la

capital del reino de la Primavera. Huele a hogar.

Algún día volveré a sentarme en el trono del salón de Vernalion sin necesidad de que mi padre gobierne como regente en mi lugar. Un día, Marigold y el resto del personal de la Primavera serán libres de esta maldición. Caminaré bajo la luna creciente como un hombre, no como una bestia. Un día, miraré a los ojos de mi prometida y seré digno de su amor.

Algún día.

Por ahora, vuelvo a pensar en nuestra invitada. Las estrellas saben que Keldarion no es un anfitrión adecuado y que hay que proteger a la humana. De la bestia de Farron, del encanto de Dayton y de su propia curiosidad.

La esperanza no es algo a lo que me permita aferrarme. Pero este otro sentimiento, esta sensación de estar vivo…

Doy un mordisco al panecillo, saboreando su dulzura. Quizá no sería tan perjudicial quedarme en Castletree. Al menos por un tiempo.

21

Rosalina



Debo estar loca perdida para asistir a un almuerzo con estos príncipes fae. Uno me encarceló, otro me amenazó, otro intentó comerme y sospecho que otro quería hacerme cosas muy indecentes. Y todos ellos se transforman en malditos lobos demoníacos.

Pero no tengo elección. Tomo aire por la nariz de forma temblorosa y me aliso la falda. Sí, la falda. Astrid me ha puesto un vestido de fiesta. Según ella, es un vestido de día, pero para mí, cualquier cosa con varias capas es elegante. A ver, ¡esta cosa lleva hasta una maldita enagua!

Pero es bonito. Es azul celeste, con largas mangas drapeadas, pequeños copos de nieve bordados y un corsé azul marino. La falda me llega por encima de los tobillos, pues sin duda está hecha para una mujer más baja. No me molesta. Con mi estatura, ya estoy acostumbrada.

Astrid me aseguró que la costurera del castillo me haría ropa a mi medida. ¿Para qué necesita una prisionera una costurera? Voy a

tener que mantenerme firme en esta reunión y exigir respuestas sobre lo que de verdad está pasando.

No suelo decir lo que pienso, pero algo bulle bajo la superficie. Una parte de mí que no sabía que estaba ahí.

O una parte de mí que había olvidado.

—Por aquí, lady Rosalina. —Astrid abre una puerta doble de madera y me hace pasar.

El comedor parece sacado de un cuento de hadas. Las ventanas están enmarcadas por suntuosas cortinas de terciopelo y en el centro hay una mesa de palisandro. Las paredes están pintadas de un intenso color carmesí, con elaboradas rosas talladas en la parte superior de los arcos. Al igual que el resto del castillo, esta estancia tampoco está libre de la vegetación que lo habita. Unas espinas oscuras se enroscan alrededor de cada poste y marco de ventana, atrapando la luz del sol.

Hay tres príncipes fae sentados a la mesa, y todos se vuelven hacia mí cuando entro a trompicones. Uno de ellos se levanta, haciendo chirriar su silla al empujarla hacia atrás.

—Por favor, toma asiento.

Es el hombre del calabozo. Parece muy diferente ahora. Lleva una túnica de color amarillo claro con un cinturón dorado en forma de hojas y unos ajustados pantalones marrones metidos por dentro de unas relucientes botas negras. Un aro adorna una de sus orejas, y su sedoso cabello castaño le cae sobre la cara cuando inclina la cabeza hacia mí.

Trago saliva y contemplo la mesa un momento mientras intento averiguar dónde sentarme. Hay una silla en cada extremo de la mesa y tres a cada lado. Sentado junto al hombre está Dayton, el de las termas. Lleva una túnica similar de color beis, pero está tan

desabrochada que puedo verle el ombligo. Enfrente de ellos está Ezryn. Me ruborizo al recordar la forma en que me zarandeó en la cama esta mañana. Me pregunto si estoy lo bastante presentable para él… Aunque en realidad no tengo ni idea de en qué estará pensando esa estatua viviente.

Parece que Keldarion no es necesario para esta reunión.

—Elige un asiento —susurra Astrid—. Hay un sitio vacío al lado del príncipe Farron.

Farron. Así se llama. Bueno, sabiendo que anoche trató de comerme, voy a mantener las distancias.

Podría sentarme junto a Ezryn. Tiene las manos, cubiertas por los guanteletes, cerradas en dos poderosos puños sobre la mesa. Puede que me haya curado la pierna, pero aún no he olvidado nuestro primer encuentro. Y no pienso dejar que mi garganta esté cerca de él otra vez. No, gracias.

Hoy no.

Una imagen cruza por mi mente; lo imagino con su mano alrededor de mi garganta, lanzándome sobre la mesa con la misma fuerza que usó para arrojarme a la cama. Luego sus manos, ahora gentiles, desatándome el corpiño y…

Vale, ¡hay que joderse! Marigold me está afectando, porque para nada me resultan sexis los príncipes enmascarados.

Gira su cabeza metálica hacia mí y veo mi cara sonrojada en la pulida superficie de su yelmo. «Mierda, ¿este tío es una especie de lector de mentes?».

Doy un par de torpes pasos hacia delante. Necesito encontrar el menor de los males sea como sea.

La puerta al fondo de la habitación se abre de golpe, y durante un momento lo único que puedo ver es una silueta negra a contraluz.

Un cortante viento helado me azota.

Keldarion está aquí. Se tropieza al emerger a la luz y tiene una pinta… horrible.

Bueno, todo lo horrible que puede tenerla un príncipe fae increíblemente guapo. Mientras que el resto de los príncipes se han esforzado un poco por lucir regios para la gran ocasión que supone almorzar conmigo (aunque no puedo decir lo mismo de Ezryn, al menos su yelmo brilla más de lo normal), Keldarion parece salido de una cloaca.

Su blanco cabello cae lacio sobre sus hombros y está cubierto de tierra. Su túnica negra está manchada de sangre seca y unas profundas sombras enmarcan sus ojos claros. Lo único delicado en él es un colgante con un copo de nieve cristalizado que descansa sobre su musculoso pecho.

Keldarion clava sus ojos en los míos desde el otro extremo de la sala, pero aparta la mirada con una mueca tensa mientras se encamina hacia la mesa. Teniendo en cuenta que la última vez que lo vi yacía inerte entre sus enormes fauces de lobo, supongo que esperaba una reacción más cálida.

Yo también cruzo el comedor con paso firme, haciendo bastante más ruido del que debería con estas delicadas zapatillas. Y antes de darme cuenta de lo que hago, retiro la silla frente a Keldarion y lo fulmino con la mirada.

Farron se echa hacia atrás en su asiento con incomodidad. Dayton se inclina y le susurra algo al oído, lo que hace sonreír a Farron. Alguien con los colmillos tan afilados no debería tener una sonrisa tan bonita.

El comedor cobra vida de repente, mientras el personal va y viene. El centro de la mesa se llena de fuentes con pasteles recién

horneados, montones de ensalada fresca y coloridas verduras llenan el centro de la mesa. También se sirven jarras de zumo y humeantes teteras de té caliente.

Mientras el servicio se afana, no puedo evitar darme cuenta de que Dayton saluda a cada uno de ellos por su nombre, dedicando unos minutos a charlar y preguntarles qué tal les ha ido la mañana. Se muestra realmente encantador. Una de las sirvientas se demora un poco más de lo normal, posando una mano en su brazo.

Marigold y Astrid me han dicho que los príncipes mantienen las distancias con el personal, pero ¿es eso cierto? Cierro los puños bajo la mesa. ¿En qué estoy pensando? Una vez flirteó conmigo y dejó claro que eso es lo que hace con todo el mundo.

Además, es un lobo monstruoso.

Dayton es el primero en servirse, pero una vez su plato está lleno, lo coloca delante de Farron y comienza a llenar otro.

—Deberías probar la mermelada de fresa. —Dayton me guiña un ojo—. Esta semana le ha salido especialmente dulce a Marigold.

No puedo hacer otra cosa que sacudir la cabeza. Nunca he rechazado la comida, pero tengo un nudo en el estómago.

—Tienes que comer. —La voz cortante de Kel me saca de mis pensamientos y preocupaciones; cuando levanto la vista, lo encuentro mirándome desde el otro lado de la mesa.

—No tengo hambre —respondo. No es del todo mentira.

El involuntario palpitar de un músculo en la mandíbula de Kel es la única señal de su enfado. No estoy segura de por qué provocar su ira me produce un placer tan exquisito. Quizá sea mi forma de mantener cierta sensación de control mientras soy su prisionera.

—Si no comes ahora, tendrás hambre después —gruñe.

—Pues comeré entonces.

—Si no comes con nosotros, no comerás nada — refunfuña Keldarion por lo bajo

—¡No tengo hambre! —Me levanto de la mesa y señalo a Ezryn—. Él no está comiendo.

Ezryn se sienta sin un plato delante. Me preguntaba si por fin iba a quitarse el yelmo para comer, pero parece un accesorio permanente en su cara.

—Yo como solo —dice Ezryn con sencillez—. No me quito el yelmo delante de nadie.

«De acuerdo». Me vuelvo para fulminar a Kel con la mirada, pero él ya se está llenando su propio plato. Mi estómago gruñe, contradiciendo todo mi argumento anterior de que no tengo hambre.

De repente, Kel deja el plato delante de mí con tanta fuerza que me sorprende que la porcelana no se haga añicos. Está lleno de todos los pasteles sobre los que con tanto entusiasmo le había hablado ayer a Marigold. Esa mapache traidora. ¿Acaso Marigold le dijo a Kel lo que me gustaba? Y si es así, ¿por qué coño iba a importarle?

—Come —dice—. Está claro que tienes hambre.

El aire frío me envuelve, la gélida nieve y el olor a pino me atrapan en su abrazo. Intento interrumpir el momento frunciéndole el ceño, pero cuando mi mirada se cruza con el glacial azul de sus ojos, mi determinación se desvanece. Su ardiente mirada recorre mi rostro, baja por mi cuello y se posa en mi pecho.

Astrid me ha apretado demasiado el corsé, y noto que se da cuenta cuando un gruñido retumba en su garganta. Suena diferente de la ira, más a… deseo.

Podría darme de bofetadas. ¿Qué me pasa? ¿Tan perdida estoy que ahora creo que puedo diferenciar los gruñidos de los fae?

Keldarion se da la vuelta. Parece que el arrogante príncipe del

Invierno ha dicho la última palabra, lo que me llena de una ira descontrolada. Me levanto y cojo una dura manzana roja de la mesa.

—¡Y aquí tienes tu comida! —gruño, y se la arrojo a la espalda.

Keldarion la atrapa sin darse la vuelta. Vuelve a acomodarse en su silla y me mira, enarcando una oscura ceja.

Me vuelvo a sentar con un bufido.

—Ahora que estamos todos presentes —dice Ezryn, exhalando un profundo suspiro—, ¿podemos comenzar la reunión?

Mi reunión con los cuatro príncipes fae. Se me revuelve el estómago. Se trata de una reunión en la que está en juego mi destino, mi futuro. Y no puedo estropearla.

22

Rosalina



Lo único que puedo hacer es mirar el delicioso almuerzo que tengo delante.

Farron se levanta de su asiento.

—Quiero empezar diciendo… Rosalina. Quiero disculparme por lo que estuvo a punto de pasar anoche. No controlo la maldición tan bien como los demás.

—No tienes nada de qué disculparte —dice Dayton en voz baja antes de que pueda responder.

—Bueno, gracias —digo—. Preferiría que no me comiera un lobo.

—Pues deberías haber seguido las normas y haberte quedado en tu habitación —gruñe Keldarion.

—¡Y tú deberías aprender a controlar tu temperamento! —¿Es que este estúpido fae tiene que opinar de todo? Agarro un panecillo blanco y lo tiro con todas mis fuerzas al otro lado de la mesa.

También lo atrapa.

—No hace falta que me llenes el plato —aduce mientras coloca el panecillo junto a la manzana.

—Siéntate, Farron —dice Ezryn en voz baja, y luego se vuelve

hacia mí—. Esa regla no se creó para controlarte, sino para mantenerte a salvo.

—Estaría más segura en casa —empiezo—. Ojalá…

Keldarion se levanta, apoyando las palmas de las manos en la mesa.

—Por si lo has olvidado, sigues siendo una prisionera que cumple la condena de tu padre. Los demás desean darte libertades y cierta autonomía dentro del castillo. Si no es de tu agrado, será un placer escoltarte de vuelta al calabozo.

Me hundo en el asiento y cruzo los brazos. Pues claro que lo haría, el muy cabrón.

Ante mi silencio, Keldarion mantiene su fría mirada fija en mí.

—No saldrás de tu habitación por la noche. Además…

—¡Ya sé lo que sois! Y lo que le pasa al personal. Astrid me lo enseñó, literalmente. ¿Por qué tengo que quedarme encerrada?

Keldarion aprieta los dientes.

—Está bien. Pero no vuelvas al calabozo. Farron permanece encerrado para la protección de todos. Incluido él mismo.

Farron mantiene la cabeza gacha, jugueteando con su comida. Dayton se da cuenta de que estoy observando y capta mi mirada con una amplia sonrisa.

—Y no te quedes mirando a los animales porque les incomoda. Ah, y tampoco intentes comértelos. Ya he tenido un par de sustos antes.

—Yo no… Espera, ¿sustos?

—Durante el día puedes salir a los jardines si te acompaña Astrid u otro miembro del personal, pero no más allá del puente o la muralla. —Keldarion continúa con su lista de normas—. Además, podéis desayunar y almorzar donde queráis, pero cenaremos todos juntos por las noches.

Abro la boca para quejarme, pero alguien se me adelanta.

—Kel —dice Ezryn—. Puede que haya ocasiones en las que…

—Dijiste que querías poner orden en este castillo, Ezryn —responde Keldarion con voz grave—. Pues hazlo. Puedes continuar con tus pequeñas cacerías después de que anochezca.

Ezryn no responde, pero cierra los puños y me alegro de haber mantenido mi garganta bien lejos de él. Puede que Ezryn se haya dejado amedrentar fácilmente por el gélido bastardo, pero yo me niego a darle esa satisfacción.

—¿Por qué querría comer con alguno de vosotros? Sois mis carceleros.

—¿Prefieres volver al calabozo? —pregunta Keldarion sin más.

¿En serio? ¿Esa va a ser su carta de triunfo para todo? Tomo un bocado de mi pastel de arándanos. Joder, qué ligero y crujiente. Los arándanos saben a gloria bendita. Lo devoro en dos bocados y exhalo un pequeño suspiro de satisfacción cuando termino.

Sin embargo, mi alegría dura poco; levanto la vista y veo a Kel mirándome desde el otro extremo de la mesa. Tiene una sonrisita de satisfacción en la cara.

«Engreído cabrón fae».

—Otra regla. —Dayton se inclina hacia delante y se le forma un hoyuelo al sonreír—. Puedes bañarte en las aguas termales conmigo todos los días si lo deseas. —Tira una cereza al aire y la atrapa con la boca—. Desnuda, por supuesto.

Mis mejillas se tiñen del color de las cerezas que se está comiendo al recordar mi encuentro con él en las termas, la forma en que el jabón resbalaba por su musculoso pecho…

—Eso no es un requisito —interrumpe Ezryn—. Astrid se encargará de que tengas total intimidad en esas instalaciones.

Ninguno de nosotros, ni el personal, volverá a molestarte mientras te bañas.

Asiento, y lo que se agita en mi estómago debería ser alivio, no decepción. Ni hablar, no me estoy convirtiendo en otra Marigold.

—A menos que me lo supliques, claro. —Dayton me guiña un ojo, como si pudiera ver el fuego que hierve dentro de mí.

Aprieto los muslos con fuerza y me vuelvo hacia la mesa.

—¿Qué más hay?

—Astrid y el resto del personal te enseñarán el castillo —dice Ezryn—. Puedes explorar las alas de Primavera, Verano, Otoño e Invierno y sus instalaciones con un acompañante, si lo crees necesario. Por supuesto, nuestras dependencias personales estarán estrictamente prohibidas.

—A menos que… —empieza Dayton.

—Prohibidas —concluye Ezryn.

—Y el torreón —añade Kel, trasladando por fin su gélida mirada de Dayton a mí—. No debes ir allí bajo ningún concepto. Está terminantemente prohibido.

Algo tiembla en sus palabras, algo poderoso, y no puedo hacer otra cosa que asentir.

—De acuerdo —digo—. Seguiré tus reglas si…

Kel gruñe al oír mis palabras.

—Esto no es una negociación.

—Si me explicas qué está pasando —termino. Mi mente recuerda lo que dijo Farron: «No controlo la maldición tan bien como los demás»—. Habladme de la maldición que sufrís. Puedo dar por hecho que nadie en este castillo quiere convertirse en lobos y animales demoníacos por la noche, ¿no?

Todos guardan silencio por un momento y no me pasa

desapercibido el cambio cuando miran a Keldarion.

—Si insistes en que viva aquí, merece saber la verdad —dice Ezryn.

Kel hace un gesto desdeñoso con la mano y asiente.

—Farron, cuéntaselo tú —ordena Ezryn.

Dayton agarra los hombros del fae de pelo castaño.

—Farron ha estado investigando la maldición. Es el que más sabe sobre ella.

—Uh, vale —dice Farron—. Es tan simple como complejo. Por favor, no repitas los detalles de la maldición a nadie. Solo los residentes de Castletree conocen esta información.

—No puedo irme de aquí, literalmente —alego.

—Cierto. —Farron se pasa la mano por su ondulado cabello—. Este castillo es el hogar tradicional de los príncipes supremos de cada reino y de su séquito.

Me parece extraño que todos vivan en un castillo tan lejos de sus reinos, pero le dejo continuar.

—Dayton fue el último de nosotros en ser coronado. Vivió aquí alrededor de un mes antes de que un buen día oyéramos que llamaban a la puerta —continúa Farron—. Al abrir, encontramos a una hermosa mujer humana. Pidió ver a cada uno de los príncipes y accedimos a su petición. Pero cuando pidió entrar en Castletree, se lo negamos.

Supongo que yo tampoco querría dejar entrar a una desconocida en mi casa. Observo a todos los príncipes mientras Farron cuenta su historia. Dayton tiene la cabeza gacha, Kel tiene la mueca más amarga que he visto y Ezryn está quieto como una estatua.

—Fue entonces cuando todo cambió —continúa Farron—. La mujer cambió. Se transformó en una hechicera etérea. Nunca había

sentido una magia así. Sus palabras nos destrozaron; un hechizo creado a la luz de la luna mientras nos maldecía.

—¿Y la maldición?

—Los habitantes de Castletree se transformarían en bestias por la noche. Los cuatro príncipes sufrirían una maldición aún peor —explica Farron—. Se nos perdona en la noche de luna llena. A saber el porqué de esta pequeña misericordia.

—Nadie lo sabe —dice Ezryn con seriedad—. Al principio, pensamos que podía ser alguien del Inframundo o una poderosa fae que nos maldijo en un intento de apoderarse de la magia de Castletree. Pero no volvió a aparecer después de aquella noche, y mi búsqueda ha sido infructuosa.

—¿Y no hay nada que podáis hacer al respecto? —pregunto—. ¿Para romper la maldición?

—No exactamente. Las maldiciones de los fae siempre se pueden romper —dice Farron con voz grave—. La hechicera nos dijo que solo podríamos romper esta maldición una vez que encontremos a nuestras compañeras y antes de que…

—¡Basta! —gruñe Keldarion—. Ya le has contado suficiente.

—¿Compañeras? ¿Qué coño es una compañera?

—La otra mitad de tu alma —apostilla Dayton con una sonrisa casi poética—. Nacida de la misma estrella. Alguien por quien clama todo tu ser.

—Es una cosa de los fae. —Farron me brinda una sonrisa comprensiva.

Mi mente va a toda velocidad. Estos príncipes fae son poderosos, pero también están desesperados. Tal vez lo bastante como para darme lo que quiero.

—Os ayudaré a romper la maldición —digo. Todos se vuelven

hacia mí como si hubiera anunciado que puedo transformarme por arte de magia en un zorro. En realidad, puede que no les parezca tan raro—. Hablo en serio. Ya que estoy atrapada aquí, podría hacer algo útil.

—¿Por qué te importa lo que nos pase? —Dayton parpadea con sus grandes ojos azules—. A fin de cuentas, somos tus carceleros.

—Porque cuando rompa la maldición, dejaréis que me vaya. Ese es el trato. A los fae les gustan los tratos, ¿verdad?

El corazón me late con fuerza en el pecho. Una de las muchas advertencias de mi padre resuena en mi cabeza: «Nunca hagas tratos con los fae». Pero ya estoy metida hasta el cuello, y podría ser mi única salida.

Se quedan en silencio un momento antes de que Ezryn murmure:

—No estaría mal que ayudara a Farron en su investigación.

—Vosotros no perdéis nada por dejar que lo intente. —Dirijo la mirada hacia Keldarion—. Y yo tengo mucho que ganar.

—Ven aquí —dice Keldarion, y su orden parece recorrer todo mi cuerpo, haciendo que me ponga en pie de inmediato.

Se me seca la garganta mientras me aliso la falda como si hubiera planeado hacerlo todo el tiempo. Luego atravieso el comedor; el eco de mis pasos resuena en la habitación.

Kel se levanta de la silla y baja la mirada hacia mí. Joder, me olvido de lo alto que es hasta que me estremezco bajo su sombra. Me tiende la mano.

—Rompe la maldición y quedarás libre de este castillo.

Sus palabras me producen un cosquilleo en la nuca. Hay algo que no me cuadra. Pero no tengo otra opción.

—Tenemos un trato —susurro, y entrelazo mis dedos con los suyos. Su gran mano es demasiado cálida para un príncipe de hielo

y nieve.

—Tenemos un trato —murmura de forma respetuosa—. Hasta que rompas la maldición, o yo decida liberarte, seguirás siendo huésped de Castletree.

Una fuerza mágica recorre nuestras manos unidas. Siento un hormigueo y observo con asombro mientras un lazo de luz azul envuelve mi muñeca y la suya. Un exquisito calor emana de nuestras manos entrelazadas y una chispa eléctrica prende en mi corazón. El viento me acaricia el pelo, y no puedo apartar la mirada de sus ojos azules como el fuego.

Al final se desvanece el hechizo, y al bajar la mirada veo un brazalete alrededor de cada una de nuestras muñecas; hielo escarchado con relucientes pétalos de rosa atrapados en su interior. Un símbolo de nuestro juramento.

Otra cosa en su muñeca capta mi interés. Otro brazalete por encima del nuestro, en forma de…

Kel me suelta la mano y profiero un grito ahogado. La energía me recorre.

—Tenemos un trato —susurro.

—Y todo es en vano. —Kel se da la vuelta y se encamina hacia la puerta—. Esta maldición nunca se romperá.

23

Rosalina



La mañana de mi tercer día en el castillo, Marigold me sienta delante del tocador y me recoge el pelo en un moño, dejando algunos mechones rizados para que enmarquen mi rostro.

—Hace mucho tiempo que no peino a nadie —dice cuando protesto por tantas molestias—. ¡Deja que me divierta un poco!

Qué cosa tan extraña. Astrid y ella parecen tener un interés especial en mí. Después de mi encuentro con los príncipes, se pasaron el día siguiéndome, preguntándome qué necesitaba cada dos segundos y discutiendo sobre qué parte del castillo enseñarme primero. He de admitir que la compañía es agradable. Entre la energía y el optimismo de Astrid y las constantes fantasías de Marigold sobre los príncipes, me pasé riendo y sonriendo la mayor parte del día.

No es algo que me imaginara haciendo al ser una prisionera. Pero la conversación durante la comida de ayer me ha dado esperanzas. Puedo romper esta maldición y obtener mi libertad. Veré de nuevo a mi padre y la vida volverá a la normalidad. Es solo cuestión de tiempo.

Deslizo los dedos por el brazalete escarchado que llevo en la muñeca y observo los hermosos pétalos rojos que contiene. Para ser la marca de un pacto fae, es muy bonita.

Mi primera cena obligada con los príncipes se recordará como una de las cenas familiares más incómodas de todos los tiempos. Keldarion no dijo ni una palabra; Ezryn se quedó sentado sin comer; Farron parecía demasiado nervioso para tragar nada; y solo Dayton y yo nos acabamos el plato.

Pero por Dios, ¡qué platos! Decadentes setas rellenas de nueces y ajo y una sabrosa verdura roja que nunca había visto. Pan caliente que se deshacía como si fuera una nube. La ensalada más fresca que había comido nunca, decorada con cremosos anacardos y rábanos rosados. Y una deliciosa bebida efervescente de naranja que casi sabía a limonada de mango.

¿No quieren hablar conmigo? Pues vale. Comeré su comida, me haré amiga de sus sirvientes y encontraré la forma de curar su puñetera maldición para poder salir de aquí.

Admiro el trabajo de Marigold, haciendo rebotar un rizo en la palma de la mano mientras la luz de la mañana entra por la ventana.

—Por Dios, Marigold, podrías hacer carrera en el cine. Me has hecho parecer una estrella de los años dorados.

Marigold se pone las manos en sus regordetes mofletes y hace pucheros.

—¡Claro que sí! Encajarías perfectamente con Vivien Leigh. Si uno de estos hombres pudiera parecerse un poco más a Rhett Butler…

—¿Qué? —Casi salto de la silla del tocador—. ¡No me digas que tenéis vuestra propia versión fae de *Lo que el viento se llevó*!

—Claro que no, mujer. —Se dirige al armario y rebusca entre una pila de vestidos—. De vez en cuando, los humanos se adentran en el

Valle Encantado y traen noticias de su hogar. O algunos fae hacen una visita. Los príncipes solían hacerlo hace muchos años, antes de la maldición. Pero hace mucho que eso no ocurre. —Se estremece un poco—. Aunque, ¿quién sabe? Tu padre y tú conseguisteis entrar. A lo mejor el Valle tiene sus propias ideas.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Me cuesta imaginar a estos antiguos seres fae derramando una lágrima por Scarlett O'Hara.

Marigold sostiene un precioso vestido rosa con una capa de encaje repleta de rosas y bonitas mangas casquillo. Es precioso.

—Toma, querida.

Golpeo el suelo con un dedo del pie y jugueteo con el puño de mi camisón.

—Es hermoso, pero ¿hay algo de manga larga? Me siento más cómoda con los brazos tapados.

Ella enarca una fina ceja y por un segundo creo que va a discutir conmigo, pero vuelve al armario y saca un vestido naranja de manga larga con la falda decorada con cientos de hojas otoñales.

—Te quedará de maravilla. Y es perfecto para la temporada.

Cuando termino de cambiarme, llaman a la puerta. Corro a abrir, esperando a Astrid.

En vez de eso, me encuentro delante de más de un metro ochenta de pura belleza.

«Contrólate, chica —me digo—. Hace dos días intentó comerte, literalmente».

Porque Farron, el misterioso prisionero fae al que tan desesperadamente quería ayudar, también conocido como el monstruoso lobo rabioso que me desgarró la pierna y el príncipe del reino del Otoño, está de pie en mi puerta.

—Hola —digo.

—Hola —responde, y se le quiebra la voz. La pone más grave y dice—: Hola. Buenos días.

Suelto una risita y espero a que hable. Pero él se limita a mirarme con sus enormes ojos dorados, como si yo fuera la respuesta al crucigrama que ha estado buscando la última hora. Lleva unas gafas de montura dorada, cuyos cristales redondos le hacen parecer un profesor sexy. Su atuendo no ayuda a disipar esa idea; un chaleco marrón encima de una túnica de cuello alto color crema y unos pantalones marrones que ciñen sus largas piernas.

Una parte de mí quiere darle con la puerta en las narices por intentar asesinarme. Pero hay otra parte, que está loca de remate, que se alegra de verlo así. Pensé que era un prisionero.

Y cuando recuerdo lo que dijo sobre que no puede controlar a su bestia como los demás, me pregunto si en realidad no es libre del todo.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto cuando parece que se ha quedado totalmente paralizado, mirándome.

Él se sacude y se pasa una mano por el pelo.

—¡Oh! ¡Ah, sí! —murmura—. Lo siento, yo… yo… Estás muy guapa.

Enarco una ceja.

—¡Me refiero al vestido! —barbota.

Marigold aparece detrás de mí y me da una palmada en el culo.

—¡Claro que está guapa! Y este vestido es aún más bonito en el suelo. —Marigold se ríe por lo bajo y se aleja por el pasillo.

Me arden las mejillas y Farron se frota el puente de la nariz.

—Marigold…

Los dos nos reímos hasta que por fin Farron se endereza y se tira del puño de su abrigo con nerviosismo.

—Señorita Rosalina, no quiero importunarte, pero me preguntaba si lo que dijiste ayer en nuestra reunión iba en serio. —Me mira, con esos ojos dorados brillando bajo sus oscuras cejas—. ¿De verdad tienes intención de ayudarnos a romper la maldición?

—Sí —susurro, y levanto el brazalete de hielo como prueba—. Por supuesto que sí.

Su sonrisa brilla más que el sol de la mañana.

—¡Estupendo! Pues ven conmigo.

Lo sigo por los pasillos mientras los criados saludan con la cabeza y hacen pequeñas reverencias al príncipe.

—Como habrás deducido, llevamos veinticinco años bajo una maldición —dice Farron, hablando con rapidez—. Como ocurre con todas las maldiciones, hay una forma de romperla. Y he dedicado cada día de las últimas dos décadas y media a intentar hacerlo. Cuando las soluciones obvias no dieron resultado, me dediqué a investigar para intentar descifrar significados más profundos de la maldición. Así que paso mucho tiempo aquí. —Nos detenemos ante dos enormes puertas dobles con lujosos picaportes esmaltados en pan de oro. Se pasa una mano por la oreja puntiaguda—. Espero que esto no te aburra.

Él abre las puertas y entro en la biblioteca más bonita que he visto nunca.

24

Rosalina



Entro en la biblioteca con paso tambaleante y se me acelera el corazón. Giro en círculo, pues quiero abarcarlo todo.

—¡Es magnífico! —susurro.

La biblioteca del castillo está llena de maravillas otoñales. Los árboles crecen en su interior, repletos de tonalidades rojizas, anaranjadas y doradas, y las hojas caen al suelo en suaves cascadas. Algunos troncos se funden en altas estanterías, repletas de hileras de libros.

Es la biblioteca más grande que he visto en toda mi vida. Hay más libros de los que mi jefe podría imaginar.

Dejo escapar un chillido y corro a colocarme debajo de una de las estanterías. Hay una escalera, ¡una escalera!, para llegar a lo más alto. Y hasta tiene ruedas. Voy a utilizarla.

—¿Te gusta? —pregunta Farron con timidez.

—¡Me encanta! —No se trata solo del tamaño de la biblioteca, sino de su opulencia. Las hojas susurran con la brisa mientras la luz se cuela por las vidrieras y puedo imaginar lo acogedora que resultaría durante una tormenta, oyendo la lluvia golpetear contra el cristal.

Las paredes están decoradas con murales que representan cada una de las cuatro estaciones; un prado cuajado de flores, salpicado de ciervas y cervatillos; un mar embravecido golpeando una costa arenosa; un suelo otoñal cubierto de hojas rojizas; y un lago helado iluminado por la luz de la luna. Sofás y sillones rodean una enorme chimenea, y hay mesas y sillas repartidas por doquier.

Y los libros en sí… Los lomos tienen hermosos colores, que van de los pasteles más claros a las tonalidades más intensas. Las letras son exquisitas, algunas en pan de oro, otras en plata que brilla como la luz de las estrellas.

Lo único que perturba la belleza de la biblioteca son los montones de arbustos espinosos de color púrpura que serpentean por los estantes, trepan por las barreras, se enrollan alrededor de los árboles otoñales y emergen de las estanterías.

Farron está de pie en medio de todo, con una dulce sonrisa en su atractivo rostro.

No consigo entenderlo. Las pocas veces que lo he visto con los otros príncipes, parecía intimidado por su presencia. Incluso ahora, posee cierta torpeza. De una manera entrañable. ¿Cómo reconcilio a este hombre con el monstruo de la otra noche? Y aunque no pueda, sigue siendo un príncipe fae.

Y me tiene prisionera.

Pero voy a necesitar su ayuda si tengo alguna posibilidad de romper la maldición.

—¿Lees mucho en tu mundo? —pregunta.

—Básicamente vivo entre libros. —Mi dedo recorre el lomo de un volumen con letras doradas—. Trabajo en una librería, pero es una fracción del tamaño de este lugar. —Me vuelvo hacia él y se me dibuja una sonrisa pícara en la cara—. Oye, ¿hay novelas románticas

aquí?

Él se ríe y tira de mi mano. Se me enciende el rostro cuando sus cálidos dedos se entrelazan con los míos. El suelo está cubierto por un manto de hojas que crujen bajo nuestros pies mientras caminamos. Me hace rodear una de las pilas de libros y levanta la mano para coger algo que hay en lo alto. Se le levanta la camisa al hacerlo y deja al descubierto un vientre tonificado y un fino reguero de vello castaño que se pierde bajo la cinturilla del pantalón. Me recorre una descarga eléctrica.

Baja el libro y revela un precioso tomo azul claro.

—A los fae les encantan las leyendas románticas —dice con voz entrecortada—. Esta trata de una princesa del reino de la Primavera prometida a un príncipe del Otoño. —Se arrima a mí, hombro con hombro, para que pueda ver las páginas mientras las pasa. En el aire se perciben ricas notas de papel y tinta envejecidos, y un toque de naranja y canela, junto con un tenue toque a almizcle propio de los libros antiguos. La ilustración es impresionante, como una obra de Mucha que parece salida de otro mundo—. Pero justo antes de su boda, sale del castillo para montar a caballo por la orilla del río y se encuentra con un carpintero que vive en lo profundo del bosque. En ese momento, su vínculo de pareja se despierta en su pecho.

—¿Su vínculo de pareja? —repito sin aliento.

—No creo que existan en el reino humano —repone, mirándome a través de sus oscuras pestañas. Sacudo la cabeza, confirmando sus palabras. Él frunce el ceño y levanta la vista, como si tratara de dar con la forma de explicar lo que es respirar—. Un vínculo de pareja es algo muy raro y sagrado. Se dice que es la llamada de tu alma a otra, la unión de los corazones, la quintaesencia de la vida misma.

Farron me mira de forma penetrante y lleva una mano a mi boca.

Sus dedos tiemblan sobre mi labio inferior, bajan por mi barbilla y recorren la curva de mi garganta. Me pone una mano en el pecho, recorriendo los montículos de mis senos, empujados hacia arriba por el ceñido vestido. Me pregunto si siente los latidos de mi corazón.

—Dicen que el vínculo de pareja se siente aquí —murmura con voz ronca—. Como un segundo corazón.

—¿Y vive feliz para siempre con su carpintero? —pregunto en un susurro, aunque solo sea para distraerme de la sensación de su mano sobre mí, de su cálida palma, que sube y baja con mi respiración acelerada.

—¿Eh? —Farron retrocede con rapidez y se aclara la garganta.

—La princesa fae.

—Ah, sí. No. Ella no vive feliz para siempre. —Cierra el libro de golpe—. Cuando su prometido descubre que se ha vinculado, mata al carpintero en un ataque de celos. La princesa entonces mata a su prometido y se queda con su trono.

—No es exactamente el clásico final de un cuento de hadas —comento. Se me pone la piel de gallina ahí donde ha estado su mano.

Esboza una sonrisa avergonzada.

—No, desde luego que no.

—Bueno, príncipe Farron, ¿por dónde empezamos?

—Solo Farron, por favor. —Me lleva de vuelta al vestíbulo principal de la biblioteca—. Ya no ejerzo mucho de príncipe. Es difícil gobernar tu reino cuando te conviertes en una bestia babosa cada noche.

—Eres del reino del Otoño, ¿verdad? ¿No hay un rey o una reina del Otoño o alguien que gobierne?

Farron agarra un libro de una estantería y me lo da; luego sube de un salto a la escalera y me lanza dos más.

—La cosa no funciona así. Los cuatro reinos, Primavera, Verano, Otoño e Invierno…, forman parte del Valle Encantado. Y el Valle Encantado estaba gobernado por una reina que vivía en este mismo castillo. Ella nombró a cuatro gobernantes supremos, uno para cada reino. Pero la reina desapareció hace quinientos años.

Me esfuerzo por seguir el ritmo con el pesado montón de libros que Farron sigue apilando en mis brazos.

—¿Has gobernado el reino del Otoño durante quinientos años?

Se ríe mientras baja de la escalera.

—No. Ha habido muchos gobernantes diferentes a lo largo de los años. Mi madre fue princesa suprema, pero ya estaba harta. Me pasó el título, y la magia que lo acompaña, a mí, su hijo mayor.

Ezryn también había dicho que había heredado la bendición de la Primavera de su madre. ¿Significaba eso que Dayton y Keldarion también habían recibido bendiciones de uno de sus padres?

Con un suspiro de alivio, dejo los libros sobre una mesa de roble y me desplomo en una silla.

—Vale, la política fae es una locura. Todavía estoy intentando asimilar que existe, literalmente, toda una dimensión alternativa justo en el bosque al lado de mi casa.

Farron me sonríe con una expresión casi infantil.

—Créeme, es mejor que nuestro mundo sea un secreto para el tuyo. La magia en nuestros reinos… —Baja la mirada y se pasa la lengua por el labio inferior—. Digamos que es más seguro para los humanos que mantengamos las distancias. Como bien sabes.

—No es que a Keldarion le interesen los humanos. —Me aparto un rizo de la cara de un soplido—. Ignoro qué quiere de mí. Por qué no deja que me marche.

Farron acerca una silla a mi lado y me agarra las manos. Me

enderezo, sorprendida por la intensidad de su expresión.

—Escucha, Rosalina. Cuando nos maldijeron hace veinticinco años, al principio teníamos cierta esperanza de que pudiéramos romperla. Que todo volvería a ser normal. Pero con el paso de los años, los otros príncipes… Han perdido la esperanza. Y ninguno tanto como Kel. Pero tal vez, solo tal vez… —Sus ojos brillan—. Un poco de intervención humana es justo la patada que necesita en su testarudo trasero.

—Bueno, si así me libro de él, estoy a favor. —Me levanto y me acerco a una mata de espinas que trepa por el alféizar de una ventana—. Imagino que esto también forma parte de la maldición, ¿no?

—En realidad, no. —Farron se acerca a mí por detrás y su cálido aliento acaricia mi cuello—. Son un regalo de Caspian. El príncipe de las Espinas.

El príncipe de las Espinas. Ezryn me había acusado de ser su espía cuando nos conocimos.

—Todos parecen temerle. —O en el caso de Marigold… parece sentirse cachonda y asustada—. ¿Quién es exactamente ese hombre?

Farron sacude la cabeza.

—Un villano del Inframundo. La maldición no solo nos obliga a transformarnos en bestias cada noche, sino que además debilita nuestra magia. Caspian lo ha aprovechado para extender su maldad oscura con estas espinas. —Farron hace un gesto, abarcando toda la biblioteca—. Lo invaden todo, minando la magia de Castletree. Nuestro hogar es más especial de lo que puedas imaginar. Es su magia la que da fuerza y vitalidad a los cuatro reinos. Caspian quiere convertir nuestras tierras en un páramo cubierto de zarzas y de sombras.

¡Vaya! No me extraña que Ezryn se enfadara tanto cuando pensó que yo era un espía.

Me doy la vuelta y vuelvo a la pila de libros.

—Bueno, solo podemos ocuparnos de lo que podemos controlar. Una vez rota la maldición, recuperaréis toda vuestra magia y podréis darle una buena patada en su espinoso culo al príncipe de las Espinas.

Farron esboza una sonrisa torcida.

—Me gusta tu estilo.

—Dame más detalles. ¿Qué has intentado para romper la maldición? —Me echo el pelo hacia atrás, dispuesta a concentrarme.

—¿Qué podríamos hacer? Somos monstruos. —Farron levanta la vista al techo con la mirada perdida—. Sobre todo en los primeros años. Entonces, ni siquiera los demás dominaban a la bestia. Nos quedábamos en el castillo. Por la noche, corríamos en libertad por las tierras salvajes del zarzal. Al menos así, los únicos seres a los que hacíamos daño eran los goblins.

—Seguro que habéis intentado encontrar a vuestras compañeras, ¿no?

—Dayton, Ez y yo lo intentamos de todas las formas posibles. Asignamos vasallos para vigilar nuestros reinos mientras estamos atrapados aquí. Nadie sabe nada de esta maldición excepto los que viven en el castillo. Todos los demás creen que estamos aquí tratando de detener las espinas. —Farron cierra los ojos—. Mis padres están gobernando el reino del Otoño en este momento. Como la bendición del Otoño ya ha pasado a mí, es un trabajo agotador. Es difícil mentirles. Pero si supieran la verdad…

Alargo la mano y agarro la suya.

—Lo solucionaremos, Farron. Te lo prometo.

Él me coloca un rizo detrás de la oreja.
—Eso espero. Por el bien de todos.

25

EZRYN



El atardecer pinta con su áurea luz el puente de Castletree. Las puertas del castillo me llaman y, por una vez, estoy deseando volver a casa.

A pesar de que la mañana está despejada, una ráfaga de frío se cuela bajo mi ropa y reprimo un escalofrío. Pasé la noche persiguiendo a una manada de goblins hasta el extremo occidental del zarzal. Al final, atrapé a mi presa y la maté con uñas y dientes, pero me desvié mucho de mi ruta prevista. Cuando amaneció, estaba lejos de donde había escondido mi armadura. Por suerte, tengo escondites repartidos por todo el zarzal, siempre equipados con un yelmo extra, guantes y un juego de ropa de abrigo. Se me hace raro acercarme a Castletree con ropa sencilla y un yelmo liso.

Aunque ya no paso semanas enteras en el zarzal como antes, sigo patrullando nuestro perímetro la mayoría de las noches. La sola idea de que un goblin se acerque al castillo me produce una furia abrasadora.

Necesito mantener nuestro hogar a salvo. Si eso significa matar hasta el último monstruo del Inframundo, que así sea.

Abro las puertas y entro en el vestíbulo. Es tan temprano que todo el mundo debería estar durmiendo. El crujido de la puerta resuena en la estancia vacía.

Pero no está completamente vacía. Hay alguien de pie a un lado, examinando la chimenea. No se ha encendido en mucho tiempo, y el hogar está invadido por las zarzas.

La persona se vuelve hacia mí y esboza una inmensa sonrisa. Una sonrisa que parece demasiado deslumbrante para mí.

—Buenos días, Ezryn.

—Rosalina —susurro—. ¿Qué haces levantada y en el vestíbulo? —Me doy cuenta de que aún lleva su ropa de dormir, una sencilla camisola blanca, ceñida a la cintura con un cordón y con los puños de las mangas largas bordados con encaje. Su largo cabello está despeinado y el flequillo le cae en suaves rizos sobre los ojos. Está descalza.

Hay algo salvaje en su frenético, parece nerviosa, como si la hubiera sorprendido en el momento menos oportuno. Respiro antes de recordar mis modales.

—Buenos días.

Se sujeta un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Lo siento, espero no haberte sorprendido. Me he levantado pronto y quería ver una cosa.

—Esta es tu casa tanto como la mía. —Se ríe de manera poco entusiasta—. Lo digo en serio. —Rosalina lleva dos semanas viviendo con nosotros y se ha adaptado perfectamente a la vida del castillo. El personal, que había abandonado sus tareas hacía tiempo, ha retomado el trabajo que antaño les llenaba de satisfacción. La cocina está siempre impregnada de deliciosos aromas, no hay ni una mota de polvo en los muebles y cada barandilla que no está cubierta

de espinas está reluciente y bien pulida.

Cada vez que la veo, Rosalina siempre está hablando con alguien o ayudando con alguna tarea, por pequeña que sea. Claro que eso es cuando no está metida en la biblioteca con Farron. Él le ha cogido mucho cariño, y me alegra. El chico se merece un amigo.

Es cierto que los he observado mientras trabajaban juntos varias veces en las últimas semanas. Ahora estoy familiarizado con algunos de sus pequeños hábitos, como que siempre se queda de pie mirando un texto cuando está frustrada o que tiene que tener al menos tres libros abiertos al mismo tiempo. Su determinación es admirable. Incluso hace que me cuestione a mí mismo. «¿Puede hacerlo? ¿Puede solucionar esto?».

—¿Y tú? —Inclina la cabeza—. ¿Tampoco podías dormir?

—No soy de dormir mucho. Los goblins campan a sus anchas por las noches. Alguien tiene que ocuparse de ellos.

Me doy cuenta de que sus ojos han descendido de mi yelmo a mi pecho. Es la primera vez que me ve sin armadura; solo llevo la camisa y los pantalones negros ajustados de mi zulo, además de un sencillo yelmo gris oscuro.

Me mira sin prisas, fijándose en los detalles de mi cuerpo como si fuera una estatua expuesta. No sé si se ha enterado de lo que he dicho.

—Estaba en el zarzal —repito.

—¿Uh? —Vuelve a mirar mi yelmo con la cara enrojecida—. Así es. Marigold me dijo que patrullabas el zarzal todas las noches. Es muy valiente por tu parte.

—No es valentía. Es un deber. Puedo sentarme de brazos cruzados, consumido por la vergüenza de mi maldición, o puedo hacer algo bueno con ella. Como proteger a mi familia.

Se encoge de hombros.

—A mí me parece muy valiente.

Enarco una ceja, aunque ella no puede verlo.

—Valiente es cambiar tu libertad por la de tu padre. Valiente es permitir que te tengan prisionera en un mundo del que no sabes nada.

Rosalina suelta un bufido.

—Eso no es valentía. Es amor. Solo amor.

Su boca se curva en una extraña media sonrisa y las palabras parecen atascarse en mi garganta. Flexiono los dedos para poder hablar.

—Mi madre solía decir que hay que ser valiente para amar y dejarse amar. El amor es un acto de fe en sí mismo.

—Parece una mujer sabia. —Rosalina agita el dobladillo de la camisola—. El deber que te impones también es una forma de amor, ¿no crees? Proteges Castletree porque amas a los príncipes y al personal.

Pienso en Farron y en su entusiasmo cada vez que comparte conmigo nuevos mitos del reino de la Primavera. En las tardes que paso entrenando con Dayton. En Marigold, cuando estaba en Florendel y servía directamente a mi madre.

Y pienso en Keldarion. En que nunca se portó bien conmigo y yo nunca me portaré bien con él.

—Supongo que tienes razón —admito ante Rosalina—. Aun así, le has plantado cara a Kel. Si eso no es valentía, no sé lo que es.

Ella vuelve a encogerse de hombros, siempre quitándose importancia.

—Eso es fácil. Puede que Kel se haga el duro, pero… es bueno. Puedo sentirlo.

—¿Puedes sentirlo?

—Cuando estoy en casa, en Orca Cove, no me siento bien. Es como… si todos fueran triángulos y yo fuera un círculo. Cada vez que paseo por el pueblo, todos saben que no pertenezco a ese lugar. Soy un enorme estorbo en sus vidas. —Se da la vuelta y se mira los pies.

Me acerco despacio hasta situarme frente a ella y le levanto la barbilla con un dedo enguantado hasta que me mira.

—Aquí todos somos granos.

Una hermosa sonrisa aflora en su rostro.

Está sonriendo así para mí.

Bajo la mano y doy un paso atrás.

—Creo que es algo que he aprendido desde que llegué aquí. —Rosalina se vuelve hacia la chimenea—. Voy a cumplir mi trato con Kel y a obtener mi libertad. Y cuando regrese a Orca Cove, intentaré recordar que no es tan malo ser un grano. Aunque aquí es fácil ser yo misma.

Me pongo a su lado.

—¿Y eso?

—Lo mismo que Kel, Castletree es bueno. Incluso con todo esto. —Señala las zarzas—. Puedo sentirlo.

Es difícil pensar en Castletree como un lugar de bondad cuando recuerdo cómo era antes de la maldición, antes de que el príncipe de las Espinas robara su magia. Incluso con la alegría que lo ha impregnado todo en las últimas dos semanas, Castletree es solo una sombra de lo que una vez fue.

Pero tal vez algo de la magia de la reina permanezca aún en lo más profundo de sus raíces. Puede que Rosalina tenga razón y aún quede algo de bondad.

—Confía en ti. Tienes una gran intuición. —Me toco el yelmo.

—Has dicho que te habías levantado esta mañana con ganas de ver una cosa.

—¡Ah, sí! —Mira hacia la chimenea—. Quería ver las rosas. Mi padre arrancó una de la chimenea. Kel se puso furioso.

—Las rosas solían florecer por todo Castletree antes de que las zarzas lo invadieran —explico—. En los últimos veinticinco años, las hemos visto morir una a una. Para nosotros representan la pérdida de nuestra propia magia, de nuestra capacidad de proteger el Valle. —Exhalo un profundo suspiro—. Ahora ya no quedan.

—Sí que quedan.

La miro.

—No, tu padre arrancó la última…

Rosalina me agarra del brazo y tira de mí hacia la chimenea. El corazón me da un vuelco, sorprendido por el repentino contacto. El calor me enrojece la cara.

Rosalina no me suelta mientras señala una maraña de zarzas dentro de la chimenea.

—¡Mira!

Rosas. Rosas rojas en flor, bien cobijadas entre ramas marrón claro. No son zarzas de Caspian. Son de Castletree.

—¿Cómo es posible? —susurro.

—No lo sé. —Los ojos de Rosalina brillan mientras contempla las flores—. ¿Has visto alguna vez algo tan hermoso?

Miro su mano en mi brazo. Luego su cara, sus ojos brillantes y su suave sonrisa.

—No —susurro—. Nunca.

26

FARRON



No cabe duda de que la vida está llena de peculiaridades. Un día eres príncipe supremo de tu reino y vives la vida como si tuvieras el mundo a tus pies. Y al día siguiente eres un monstruo sediento de sangre dispuesto a arrancarle la cabeza al primer ser vivo que se cruce en tu camino.

Y otro día eres el mismo monstruo sediento de sangre, pero una humana entra en la mazmorra decidida a liberarte de ti mismo. Y a pesar de que intentas arrancarle la cabeza, te perdona.

Como he dicho. Peculiaridades.

Ha pasado casi un mes desde que Rosalina se unió a nosotros como invitada. Bueno, eso no es del todo correcto. Técnicamente es una prisionera. No puede regresar a casa por orden de Keldarion. A menudo me pregunto si está planeando un intento de fuga. Pero sin un acompañante que la guíe a través de las zarzas, sería una presa fácil para los goblins.

Mientras subo la escalera de la biblioteca para coger una de nuestras reliquias más antiguas del estante superior, echo un vistazo abajo y la veo sentada a la mesa. Está inclinada sobre unos papeles

sueltos que encontramos en una estantería de atrás, cotejando la información con otro texto.

Tiene la nariz arrugada, una expresión resuelta y el ceño fruncido.

No puedo evitar preguntarme si está disfrutando de su estancia en Castletree. Cada día nos reunimos en la biblioteca para investigar, y cada día desprende aún más determinación y optimismo.

Después de veinticinco años rodeado de fatalidad, pesimismo, nihilismo y negación total, he de decir que resulta refrescante.

Me meto el librito en la cinturilla, apoyo los pies a ambos lados de la escalera y me deslizo hasta abajo.

—¡Por Dios, no hagas eso! Te romperás un tobillo —dice.

Me río entre dientes y le doy el libro. Ella lo coge y empieza a hojear el índice de inmediato.

Ha pasado tanto tiempo desde mi última visita al mundo de los humanos, y paso tan poco tiempo fuera de Castletree, que nunca veo a los pocos humanos que se han adentrado por accidente en el Valle Encantado y han decidido quedarse. Rosalina no se parece en nada a los recuerdos que tengo de ellos.

Su oscuro cabello desciende en una ondulada cascada por su espalda. Tiene algunas hojas enredadas en la melena. Sus ojos castaños brillan a la luz del anochecer mientras recorren la página de un lado a otro. Y las curvas de su cuerpo se muestran a la perfección en una ajustada camisa color crema con encaje en la parte delantera y una vaporosa falda marrón que se ciñe a sus caderas de manera cómoda. Los cordones de la blusa se le han desatado, abriendo la parte delantera y permitiendo entrever un atisbo de los lechosos montículos de sus pechos…

Ay, por Dios. ¿Qué estoy haciendo? Estamos investigando. No la estoy mirando como un pedazo de carne, como siempre hace

Dayton.

Pero aunque mi cerebro lógico está de acuerdo con esta idea, mi cuerpo no. Me siento con rapidez para poder acomodarme de forma sutil bajo la mesa. Por suerte, está absorta en su trabajo.

Tal vez podría ignorar estos molestos indicios de deseo si solo fuera hermosa. Pero además tenía que ser inteligente, aguda como las muchas espinas que rodean Castletree. Una sensación de alborozo me invade cada vez que intercambiamos ideas y ella parece captar y conectar con un concepto como nadie que haya visto antes. Y nunca he conocido a nadie que quiera quedarse en la biblioteca tanto tiempo como ella. Si no fuera por las cenas obligatorias de Kel y la llegada de mi bestia cada noche, sospecho que nos quedaríamos aquí hasta el amanecer.

Rosalina empieza a leer en voz alta, pero no puedo concentrarme, lo cual es totalmente anormal en mí. La investigación es lo único en lo que puedo sumergirme. Lo único que me da esperanza.

Pero cada parte de mi mente se concentra en dos cosas y solo dos cosas: los pechos perfectos que tengo delante.

¿Por qué me he sentado aquí? Podría haberme sentado en cualquier otro sitio, pero ahora estoy delante de semejante despliegue. Intento mirar a otra parte, pero no puedo evitarlo; mis ojos vuelven a ella, inclinada sobre la mesa, con la camisa totalmente abierta. Sus pechos son generosos y suaves, y los pezones apenas quedan cubiertos por la camisa. Joder, si se moviera un poco, se le vería todo.

Ya no puedo moverme. Mi polla está en posición de máxima atención, tensándose contra mis pantalones con urgente necesidad. Si me levanto, me verá claramente suspirando por ella. Y eso no es una opción. Esta es ahora su casa, y lo último que necesita es asumir

que uno de sus captores quiere arrojarla sobre esta mesa y follársela encima de los libros que hemos estado leyendo durante el último mes.

Me froto la cara con las manos. ¡No, no, no! ¿Qué me pasa? Yo no soy como Dayton, un mujeriego sin escrúpulos. En el último mes, Rosalina y yo nos hemos hecho… ¿Me atrevo a decirlo?

¿Amigos?

Al menos somos algo más que simples conocidos, de un modo en que no lo es con los otros príncipes. Keldarion parece detestarla. Durante nuestras cenas obligatorias, se pasan el rato intercambiando comentarios sarcásticos, hasta que Kel pierde los estribos y se marcha furioso a su habitación. Ezryn, a pesar de mi insistencia en que la conozca, se niega a interactuar más allá de lo básico. Puedo ver la tensión en sus hombros cuando ella intenta hablarle, o incluso cuando entra en la habitación. Y Dayton… Dayton hace lo que se espera de él. Cuando no está demasiado borracho para concentrarse, se queda mirándola como si fuera la última gota de agua del Valle y él se estuviera muriendo de sed.

Se me calienta la cara y tengo que concentrarme para mantener una expresión neutra.

—… interesante, ¿verdad?

Parpadeo y Rosalina me fulmina con la mirada.

—Farron, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? —Me enderezo, sintiéndome de repente como si fuera un niño al que han pillado soñando despierto en clase.

—Lo que acabo de leer. Es interesante, ¿verdad?

—Sí. Muy interesante. Buen hallazgo. —Me aclaro la garganta. Aún no se ha atado los cordones de su corpiño.

Desvío la mirada de su rostro a la espectacular vista de sus pechos.

Qué fácil sería estirar las manos y tomar su plenitud en ellas, darle la vuelta y empujarla contra la mesa. Hemos estado juntos casi todos los días del último mes. La he visto mirarme cuando cree que no me doy cuenta. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo, se detienen en mi pecho, en mis brazos.

¿Qué haría si lo intentara?

Rosalina enarca una ceja y baja la mirada hacia donde están fijos mis ojos. Repara en los cordones sueltos.

—Dios, soy un desastre —murmura, y se los ata con rapidez—. Lo siento. —Sus mejillas adquieren un vivo color rosado.

Me levanto tan deprisa que mi silla cae al suelo. Le aparto las manos temblorosas de los cordones y estos se sueltan.

—No tienes nada de qué disculparte. Soy yo el que debería disculparse. Es que… me pones nervioso.

Abre los ojos como platos y solo se le ve el blanco.

—¿Te pongo nervioso? Eres un príncipe de otro mundo que vive en un castillo. Y eres inteligente y amable conmigo… No sé por qué. Y eres superguapo y… Ay, Dios mío…, he dicho demasiadas cosas… —Se interrumpe, mirando al suelo. Y concluye con un murmullo—: Suelo llevar sudaderas con capucha.

Entre nosotros se produce un momento de silencio y me río. Ella enarca una ceja, pero luego también se ríe.

—¿Por qué nos estamos riendo?

—No sé lo que es una sudadera con capucha —confieso—. Pero suena ridículo.

—¿No sabes lo que es una sudadera con capucha? —grita—. ¡Ay, por Dios! Tengo que comprarte una. No volverás a llevar chalecos, elegantes túnicas y tirantes… —Me da una suave palmadita en el pecho antes de apoyarme los dedos en la clavícula—. Farron —

susurra y cierra los ojos—. Si dependiera de ti, ¿me liberarías?

Algo muy dentro de mí gruñe en mi mente: «¡No! ¡Mía! ¡Mía para siempre!». Pero sacudo la cabeza y unos ondulados mechones me caen sobre mis ojos.

—Claro que sí, Rosalina.

Se muerde el labio inferior.

—¿Qué se siente al saber que tienes una compañera por ahí, alguien solo para ti?

Suelto un profundo suspiro, recojo mi silla y me siento en ella.

—La verdad es que no lo sé. Como has descubierto, un compañero predestinado es algo bastante raro. La mayoría de nosotros no crecemos pensando en ello.

—Así que los fae no esperan a sus compañeros. —Se pasa una mano por el brazalete helado que lleva en la muñeca derecha—. ¿Os casáis como los humanos?

Cojo un libro de la mesa y lo abro por una página. Una imagen enmarcada en flores representa un matrimonio fae.

—En cierto modo, sí. Tenemos ceremonias para entregarle tu vida a otro. Aunque no tienen la misma magia que un vínculo de pareja.

—La magia. —Rosalina abre los ojos como platos—. La magia sobre la que hemos leído. ¿Es real? Oír a tu pareja en tu mente, esa sensación chispeante, los impulsos sexuales desbordantes… —Su cara se sonroja.

—No lo sé. —Yo también me ruborizo—. Los padres de Ezryn estaban apareados. Y creo que los abuelos de Kel. Puede que ellos sepan un poco más al respecto.

Rosalina pone los ojos en blanco.

—Como si fueran a hablar conmigo.

Sigo hojeando las páginas.

—La falta de un vínculo de pareja no impide que algunos fae bastante atrevidos intenten emular la magia con la pareja que eligen. Puede ser bastante peligroso. —Termino en una página llena de sinuosas ilustraciones en tonos morados y verdes.

—¿Emular la magia? —pregunta Rosalina.

Paso el dedo por el rugoso papel.

—Todos los fae tienen la magia de los pactos, y algunos la usan con sus amantes para hacer un pacto de amor. Puede tratarse de algo tan inofensivo como acordarse de decir «te quiero» todos los días si no quieres que te salgan canas, o tan grave como tu propia muerte si alguna vez te acercas a los caprichosos labios de otro.

—¿De verdad la magia puede hacer eso?

—La magia fae es poderosa —explico—. Cuanto más fuerte es el amor, más fuerte es el trato. Esos fae están desesperados por recrear el poder que vislumbran en los compañeros.

Rosalina pasa los dedos por la ilustración y luego me mira.

—Bueno, espero que cuando encontremos a tu compañera, sea todo lo que siempre has soñado, Farron.

¿Cómo puede saber que llevo años temiendo ese momento? Pero hay tanta amabilidad en sus palabras que no puedo evitar sonreír.

—Gracias, Rosie.

Ella se sonroja.

—¿Rosie?

—Quiero decir, Rosalina. Lo siento, yo…

—No. —Me coge la mano y me pregunto si notará mi pulso acelerado—. Es bonito.

Me mira con los ojos muy abiertos. Ella sí que es bonita, sí que es guapa. Me pregunto a qué sabrán sus labios, qué sonido haría si le pasara la lengua por el cuello…

Rosalina se acerca más.

—No te mereces esta vida. Eres muy bueno y amable. La hechicera sí que fue malvada.

Dentro de mí rugen la ira, la vergüenza y la culpa al recordar a la hechicera. No es justo. ¡No es justo, joder! No soy como el resto, que sí lo merecía. No como el que traicionó a su reino o el que lo abandonó. No como el que abusó de su poder.

Y sin embargo, estoy atrapado aquí de todos modos.

—¿Farron? Farron, lo siento. He hablado demasiado. —Rosalina se da la vuelta y se frota el brazo.

—No, es que… —Justo cuando estoy a punto de decidir si debo contarle lo que pasó la noche en que nos lanzaron la maldición, se oye un estruendo al otro lado de las puertas de la biblioteca que dan al vestíbulo.

Risas escandalosas y el sonido del cristal haciéndose añicos llegan a nuestros oídos. Y luego… una voz de mujer.

—¡Ay que joderse! —murmuro. Solo puede ser una cosa.

Salgo corriendo de la biblioteca con Rosalina pisándome los talones. Tengo que averiguar qué está pasando antes de que lo haga Keldarion.

Corremos por el pasillo del Otoño, haciendo que hojas y ramitas crujan bajo nuestros pies.

—¿Qué está pasando? —grita Rosalina—. Por si no lo he dicho, no me gusta mucho correr…

Me paro en seco al doblar la esquina y llegar a lo alto de la escalera que da al vestíbulo de entrada.

Oh, joder. Es peor de lo que pensaba.

Ha traído a alguien aquí de verdad.

Dayton está apoyado en el marco de oro rosa del espejo, con una

jarra de alcohol maloliente en una mano y el culo de una fae rubia y pechugona en la otra.

A duras penas consigo respirar con los dientes apretados. El lobo que habita en mí se lanza contra mi pecho, arañándome las costillas, desesperado por salir. Y sé que si dejo que mi rabia se apodere de mí, esto terminará en un baño de sangre.

Pero ni siquiera eso será tan malo como lo que pasaría si Keldarion ve a una extraña dentro del castillo.

Bajamos corriendo las escaleras hasta el vestíbulo principal. Rosalina se inclina hacia delante, resollando. Pero no tiene los ojos puestos en Dayton ni en la mujer fae, sino en el espejo. Ah, claro. Supongo que no le hemos explicado eso. Probablemente pensó que era un objeto decorativo.

Una ondulante luz iridiscente sale del espejo. Tiene el tamaño de una puerta e ilumina la estancia con fractales en tonos azules, rojos y verdes. Los destellos parpadean sobre el torso desnudo de Dayton. De hecho, solo lleva el atuendo tradicional del reino del Verano, unos pantalones cortos de cuero que se ciñen a su musculoso trasero. Su larga melena rubia cae sobre sus hombros y luce esa media sonrisa soñolienta que siempre se le dibuja en los labios cuando está como una cuba.

Es evidente que la fae rubia también está borracha, manoseándole el pecho y riendo a la vez que le da hipo.

—Dayton —gruño—. ¿Qué estás haciendo?

Dayton me mira y sus ojos brillan de alegría.

—Farron, has venido a darme la bienvenida a casa. No te preocupes. No hacía falta. —dice arrastrando las palabras. Tira la botella al suelo y rueda hacia Rosalina. Ella la pisa con el pie para detener su movimiento.

—Dayton, esto es muy irresponsable, incluso para ti —dice Rosalina, y su tono serio casi me hace esbozar una sonrisa. Casi—. Sabes lo que Keldarion le hizo a su último visitante.

—Bueno, ¿no eres ahora la reina del castillo? —Dayton se ríe.

La mujer fae se inclina hacia delante, aplastando su enorme pecho contra el cuerpo desnudo de Dayton. El corazón me late con fuerza y me clavo las uñas en las palmas de las manos para concentrarme en el dolor.

—Dayton, ¿por qué están estos dos de cháchara con nosotros? Creía que íbamos a tu habitación. —Se agacha y agarra el miembro de Dayton por encima del cuero.

Me arde la cara; odio la forma en que Dayton sonríe mientras su mano lo masajea. Está montando un puto espectáculo, echando la cabeza hacia atrás y entornando los ojos.

—Tienes razón, cariño. Mira a estos dos. Son igual que un par de moscas parlanchinas. —La agarra por los hombros y la empuja contra la pared, pero me mira a mí—. A lo mejor quieren unirse a nosotros. —Le pasa la lengua por la mandíbula y por el cuello antes de enterrarle la cara en las tetas.

Rosalina se pone rígida a mi lado; tiene la cara roja como un tomate.

—¿U… unirme a vosotros?

Dayton levanta la vista de los pechos de la mujer.

—¿Te interesa, florecilla? Ven aquí y te enseñaré cómo hacen el amor los fae. —Se lame los labios, con mirada intensa.

No puedo decir nada. No puedo ni moverme. La rabia llena cada fibra de mi ser. ¿Cómo se atreve Dayton a desobedecer la regla sagrada de Keldarion? Puede que Kel sea un idiota gruñón y paranoico, pero esta regla nos protege. Nadie entra en Castletree.

Nadie.

Y exhibir a esta fae delante de nosotros, a esta mujer cualquiera con su vestido transparente que apenas le cubre la parte superior de los muslos… Bueno, debería haberlo esperado. Estoy acostumbrado a que Dayton me mire mientras tiene la polla sepultada dentro de otro hombre o mujer. Pero pedirle a Rosalina que se una…

Tengo ganas de arrancarle la garganta. De gritarle. Quiero largarme de aquí y dejar que se enfrente a la ira de Keldarion.

Pero estoy atrapado en este lugar.

«Cobarde».

Pero… ella no lo es. Rosalina sacude la cabeza y arruga la nariz.

—¡Basta! Dayton, tienes que madurar. No tengo ni idea de cuántos años tienes. Es probable que unos cuatro millones. Pero te comportas como una adolescente estúpido. —Se abalanza sobre la mujer y la agarra del brazo—. ¡Y tú! ¿Sabes lo peligroso que es esto? Ni siquiera sabes a dónde te ha llevado este idiota.

—Es el puto príncipe del Verano… —empieza a decir la fae, pero Rosalina la interrumpe tirando de ella hacia el espejo.

—Sí, y es un gilipollas por traerte aquí. Es peligroso. Pero tú no le importas. —Dirige a Dayton una mirada que me deja helado—. Solo se preocupa por sí mismo.

Dayton parece querer responder, pero se tambalea antes de desplomarse contra la pared.

—Tenemos que llevarte a casa. ¿Cómo hago funcionar esta cosa? ¿Farron? —Se vuelve hacia mí, pero mis músculos siguen paralizados—. Farron, espabila. Te necesito.

«Te necesito».

Es como si esas dos palabras encendieran un fuego debajo de mí. Rosalina me necesita. Avanzo, dando un traspiés antes de

enderezarme ante ella.

—¿Sí?

—Haz magia con este espejo encantado —dice Rosalina—. Tenemos que enviar a nuestra nueva amiga de vuelta a casa.

—Vale. —Toso y cojo a la fae por los hombros. Parece que va a pegarme… o a vomitar.

Después de respirar hondo, coloco una mano sobre su frente y siento la magia profunda dentro de Castletree. Él árbol se debilita más cada día, a medida que la maldición se hace más fuerte. Incluso ahora, tengo que esforzarme para que la más mínima pizca de magia llegue a la punta de mis dedos.

—Esto no es más que un sueño. Cuando despiertes, lo recordarás como el producto de una noche agitada —susurro. Los vestigios de la magia otoñal, la decadencia (las hojas caídas, el final subyacente), se filtran en su mente, confundiendo este recuerdo.

La mujer parpadea, con los ojos vidriosos.

—Ahora, piensa en tu cama. ¿Te la imaginas? ¿Puedes verla?

—Sí — murmura.

La coloco mirando hacia el espejo.

—Muy bien. Mantén esa imagen en tu mente y entra ahí. Te encontrarás justo donde quieres ir.

—Qué sueño tan extraño —murmura mientras se mira en el espejo. Su cuerpo se ondula, desprendiendo una luz resplandeciente. Y luego, desaparece.

Me giro y veo a Dayton sentado en el suelo, con la cabeza apoyada contra el pecho.

Sé por qué lo hace. Es la misma razón por la que Keldarion no sale del castillo. La misma razón por la que Ez prefiere ser la bestia en vez del hombre. La misma razón por la que me sumerjo en la

investigación. Todos intentamos escapar.

Pero, maldita sea, se me rompe el puto corazón cuando lo hace.

—¿Está bien? —pregunta Rosalina, acercándose y dándole con un dedo en el pecho.

Él le da un manotazo en la mano.

—Estoy despierto.

—Lo siento, Rosie —digo—. Sé que me estabas contando que has encontrado algo emocionante, pero creo que voy a tener que interrumpir nuestra sesión. Tengo que llevar a Dayton a su habitación.

—¿Puedo ayudar en algo? —Parece muy sincera, con la preocupación reflejada en sus rasgos.

—No, confía en mí. No es la primera vez —repongo.

—Y no será la última —murmura Dayton antes de dejar caer la cabeza a un lado.

—Vale. Voy a seguir mirando ese libro que has encontrado —dice.

Le doy un apretón en la mano, pues deseo tener un último contacto entre nosotros antes de que se vaya.

—Estaré en el ala del Verano si necesitas algo.

Ella asiente y se marcha, contoneando sus anchas caderas mientras sube las escaleras y desaparece de la vista.

Exhalo un profundo suspiro y le digo a mi polla que se ponga al mismo nivel que mi cabeza.

Ahora mismo, eso significa lidiar con los ciento trece kilos de músculo borracho que tengo delante.

—Eres idiota —espeto mientras me inclino para pasar el brazo de Dayton alrededor de mi hombro.

—Te gusta —dice con un tono cantarín.

Tiro de él hasta que consigo ponerlo de pie. Por los astros, sí que

pesa.

—¿Qué?

—Te *guuustaaa* —repite Dayton—. He visto cómo la mirabas. Te gusta…

Golpeo a Dayton contra el muro de piedra.

—Tú sí que me gustas —gruño—. Y si vuelves a cometer esa estupidez, Keldarion te arrancará la garganta…

Dayton me agarra del pelo y tira para que lo mire a los ojos. Joder, para estar tan borracho, sus reflejos siguen siendo rápidos. La respiración sale entrecortada de mi garganta. Nuestros pechos se tocan y sus pectorales brillan de sudor.

—Me has jodido un polvo, Farron.

—No la necesitas. —Mi voz es un gruñido ronco.

—No sé… —dice—. Mi polla está desesperada por encontrar algo apretado y caliente.

—Estás demasiado borracho —replico.

Me coge la mano y la coloca sobre su entrepierna. Su abultada dureza es evidente incluso a través del grueso cuero.

—Ponme a prueba, Farron.

27

Rosalina



Soy la primera en el comedor cuando Astrid me hace bajar después de mi paseo vespertino por los jardines. Me sentí rara después de que Farron se fuera con Dayton. Había algo en toda la situación que me molestaba. No podía dejar de imaginarme a la fae chupándole el cuello a Dayton como un vampiro.

Pero unas cuantas vueltas por el jardín y romper en pedacitos algunas hojas hicieron que me sintiera un poco mejor. No es que estuviera celosa. ¿Cómo iba a estar celosa cuando estaba literalmente intentando encontrar a las compañeras de los príncipes? Pero sabía que la compañera de Dayton no era esa fae rubia.

Menos mal que Farron se deshizo de ella. Me sentí mejor cuando la empujó al espejo. Siempre me pareció una decoración extraña, pero ahora entiendo lo que es en realidad. Un espejo de transporte encantado. La fae solo tuvo que imaginarse el lugar al que quería ir y el espejo la llevó allí. Por desgracia, fue necesaria la magia de Farron para que funcionara; de lo contrario, podría usarlo para volver a casa.

El personal coloca la cena sobre la mesa mientras tomo asiento.

Hoy hay calabaza al horno con nueces, una guarnición de verduras asadas y más de ese pan esponjoso.

«¿Dónde está todo el mundo?».

Saco el libro que había cogido de la biblioteca para seguir investigando, más motivada que nunca para demostrar que la mujer fae no era la compañera de Dayton.

—Es de mala educación leer en la mesa. —Una voz grave desvía mi atención del libro; al levantar la vista me encuentro a Keldarion en su asiento habitual, frente al mío.

Su cabello, blanco como la nieve, está mojado, empapando la tela de su camisa. La prenda parece quedarle casi demasiado pequeña y se ciñe a todos los lugares correctos. Su aroma, una combinación de pino y algo más primitivo, como un almizcle salado con toques marinos, me llena de una extraña emoción.

—Has estado en las termas de Dayton.

—Me baño de vez en cuando —aduce Keldarion mientras llena su plato de comida.

No puedo evitar soltar una carcajada, y cuando levanto la vista hacia él, se queda quieto y me mira con expresión perpleja. Me ruborizo y miro hacia otro lado. La mesa sigue vacía, salvo por nosotros dos.

—Dayton bebió demasiado —digo, procurando no mencionar a la invitada que trajo—. Farron fue a ayudarle.

—Farron hace ver que intenta desentrañar la maldición. —Keldarion emite un sonido de desagrado desde el fondo de su garganta—. Pronto descubrirás que él es su peor enemigo.

—¿Dónde está Ezryn? —Me fijo en su asiento vacío.

Keldarion se sirve una porción de calabaza asada en su plato.

—Cazando.

—¿Cazando? ¿Para comer?

—Goblins —dice Keldarion—. Aunque sus esfuerzos son en vano. Por cada uno que mata, el Inframundo crea dos más.

—¿Por qué va Ezryn si no sirve de nada?

Keldarion inclina la cabeza. Una gota de agua resbala por la firme curva de su mandíbula.

—Ezryn siente un profundo odio por todas las criaturas del Inframundo. Cazar es su manera de controlar esa rabia.

Parece que esta noche seremos solo Keldarion y yo en la cena. Perfecto, nada incómodo en absoluto…

Keldarion se pasa la mano por el pelo antes de seguir sirviéndose, pero su aroma llega de nuevo hasta mí.

No puedo evitar respirar hondo otra vez. Su aroma se mezcla con el de Dayton de forma armoniosa, en una fusión perfecta del invierno y el verano.

Sacudo la cabeza. ¿Qué me pasa? Quizá sea por estar en el mundo fae, pero nunca había notado tanto los olores.

Eso me da una idea. Tal vez las compañeras huelan igual y podamos usar eso para ayudarles a encontrar a las suyas. Vuelvo a mi libro y lo hojeo en busca de información sobre los olores.

Levanto la vista al oír un sonido metálico cuando Keldarion deja un plato de comida perfectamente preparado delante de mí. Incluso con el rollito de más, como a mí me gusta.

—Iba a comer justo después de este capítulo —mascullo, volviendo a mi libro.

Keldarion agarra mi libro y pega un tirón.

—Te lo he dicho. Es de mala educación leer durante la cena.

—También es de mala educación robarle el libro a alguien —replico, sin soltarlo.

Él tampoco. Así que de repente me veo colgando en el aire, ya que nos sostiene tanto al libro como a mí.

Lo fulmino con la mirada y pataleo. Oigo un ruido, como si algo se rasgara. Supongo que este libro no estaba hecho para aguantar el peso de una mujer adulta, porque ahora me estoy precipitando al suelo.

Keldarion suelta el libro y me agarra por la cintura. Profiero un poco femenino: «¡Uf!». Ahora me sostiene como si estuviéramos a punto de cruzar el umbral de nuestra primera casa.

Esto es muy vergonzoso.

Pero también es extraño. No me preocupa si peso demasiado para él. No parece estar haciendo ningún esfuerzo. Solo parece enfadado.

Estoy acostumbrada a eso.

—Mi libro —gimoteo mientras las páginas revolotean a nuestro alrededor. Alargo la mano y engancho una.

—¿Qué era tan importante? —refunfuña.

—Era por vosotros, idiota. Estoy investigando sobre las compañeras, ¿recuerdas?

Un rugido de irritación resuena en su pecho, lo cual siento porque estoy literalmente pegada a él.

—Es una pérdida de tiempo.

—No, no lo es. —Ni siquiera puedo mirarlo. En lugar de eso, leo la página que tengo delante. Es un pasaje que no había visto antes. Enarco las cejas y me revuelvo en sus brazos, tratando de bajar al suelo.

Pero no me suelta. En lugar de eso, forcejeamos torpemente hasta que, sin saber cómo, acabo rodeándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Pero no puedo centrarme en eso porque estoy completamente absorta en la página. Esto podría ser bueno.

Esto podría ser algo muy bueno.

Termino de leer la página. ¡Aquí está! Esta es la primera pista real que he encontrado.

Pero todavía estoy en los brazos de Kel como una especie de mono araña demoníaco, y no sé por qué él no me ha dejado aún en el suelo. Sé que es una poderosa fuerza de la naturaleza, pero es gentil conmigo. Su duro cuerpo se aprieta contra mis curvas y su calor recorre todo mi ser como un reguero de pólvora. ¿Cómo puede ser un príncipe del Invierno si estoy derritiéndome en su fuerte abrazo? Siento un cosquilleo en la piel y mi corazón late desbocado. El embriagador aroma a pino mezclado con sal hace que la cabeza me dé vueltas. Solo deseo más.

El contacto de nuestras manos cuando sellamos el trato no fue así. Eso no fue nada comparado con esto. Sus musculosos brazos me estrechan con fuerza, como si no fuera a soltarme jamás. Su respiración es un delicioso estremecimiento.

«Espera, ¿qué? ¿En serio está oliendo mi pelo ahora mismo?».

Se me corta la respiración.

—¿A qué huelo?

Su cuerpo se pone rígido.

—Bájate de encima de mí —gruñe.

Me bajo, con el corazón desbocado y un nudo en la garganta. Su rostro no muestra la rabia que esperaba, sino algo indefinible, como si intentara transmitirme un significado que no logro discernir.

—Tu compañera… Yo…

—¿Qué? —espeta con los dientes apretados.

—Creo que sé cómo encontrarla —digo, y su expresión se suaviza. Agito la página que tengo en la mano—. Aquí dice que a veces, durante un hecho muy traumático, el vínculo de apareamiento

puede permanecer latente durante años, incluso décadas. A lo mejor esa malvada hechicera suprimió todos vuestros vínculos de pareja durante la maldición. Así que tenemos que activarlos. Sacarlos a la superficie. Aquí se menciona que puede despertar cuando ocurre algo importante, como cuando una compañera está en peligro o durante un momento significativo. —Clavo los dedos en la manga de su camisa—. Si pudiéramos averiguar cómo organizar un suceso así, tal vez todos podríais encontrar a vuestras compañeras.

—Estás divagando —dice, pero su tono ha dejado de ser amenazador.

—¡Se me ha ocurrido una gran idea! Dios mío, tengo que encontrar a Farron. —Me agacho y me apresuro a recoger páginas del libro roto —. ¡Gracias por la ayuda! —Vuelvo la vista hacia él mientras salgo del comedor, pero Kel se limita a mirarme con la misma expresión ilegible en su atractivo rostro.

28

Rosalina



Mi mente es un hervidero de ideas. Por supuesto, ahora todo tiene sentido. Tengo que encontrar a Farron y comentarle esta teoría. Me dijo que estaría en el ala del Verano, acostando a Dayton. Ya debe de haber terminado con ese borracho idiota.

He oído muchos rumores sobre Dayton y sus escarceos. Sé que básicamente es la versión fae de un mujeriego. Pero ver a esa chica en sus brazos, en mi hogar…

«¿Mi hogar?».

¿Qué cojones me pasa? Este no es mi hogar. Mi hogar es Orca Cove. Mi hogar es la pequeña casa desordenada que comparto con mi padre. Mi hogar está… con Lucas.

Pero hay algo en eso que me produce una sensación rara. Llevo aquí un mes y he encontrado mi rutina. Que Astrid me reciba cada mañana. Elegir ropa y peinados con Marigold. Pasar los días en la biblioteca con Farron. Incluso comer con los príncipes. A pesar de lo aterradores que son, estoy aprendiendo sus pequeñas manías. Como que Dayton y Farron discuten de forma acalorada sobre qué reino

tiene la mejor comida. O que siempre sorprendo a Ezryn guardándose magdalenas por debajo de la mesa; supongo que se las come a solas, pero es como si no quisiera que nadie supiera que las que más le gustan son las de chocolate. Y de vez en cuando, sorprendo a Keldarion sonriendo por algo que ha hecho alguno de los demás. La sonrisa siempre desaparece en un instante, pero ese atisbo hace que mi interior se ilumine como un árbol de Navidad.

Al pensar en Keldarion, me inunda la misma sensación que cuando me abrazó. «¿Abrazó?». No, solo se aseguraba de que no me cayera al suelo. Tengo que aclarar mis ideas. Este no es mi hogar.

Tengo un trabajo que hacer.

Y eso significa que tengo que hacerle saber a Farron lo que he encontrado de inmediato.

Me apresuro a entrar en el ala del Verano y echo a correr por el pasillo de paredes brillantes como una gruta submarina. Incluso el olor aquí es diferente: a sal, arena y frutas tropicales. En el techo hay pintado un hipnótico mural de aves marinas revoloteando por el cielo y hasta los tiradores de las puertas están hechos de conchas. Como en cada rincón del castillo, las espinas negras atraviesan la piedra y el cristal, asfixiando las paredes y el suelo.

¿Dónde está Farron? Ya debe de haber acostado a Dayton.

Doblo una esquina y me precipito hacia la puerta más grande: una de madera azul turquesa con conchas incrustadas en el marco. Las dependencias de Dayton. La puerta está entreabierta y entro de forma sigilosa, tratando de atisbar en la oscuridad para ver a Farron.

Nunca he estado en ninguno de los dormitorios de los príncipes, pero como imaginaba, es enorme. Seguro que es más grande que toda mi casa. La sala principal está a oscuras, gracias a unas enormes cortinas que van del suelo al techo y bloquean en su mayor parte la

tenue luz del exterior. Pero un rincón de la recámara está iluminado por altas antorchas. Me acerco sin hacer ruido y echo un vistazo.

Se me seca la boca y se me encoje el estómago como una trampa para osos. Parpadeo, sin saber si lo que veo es real o una especie de espejismo.

He encontrado a Farron.

Pero no está solo.

Está con Dayton.

Me echo hacia atrás con rapidez, escondiéndome tras la esquina para que no me vean. El corazón me late a mil por hora. Tengo que irme. Esto es una invasión absoluta de la intimidad. Podría salir de nuevo por la puerta…

Pero no puedo evitarlo. Es como si cada fibra de mi ser me empujara a asomarme otra vez. Solo un vistazo más…

No, no es un espejismo. Dayton está tumbado en la cama, bañado por la anaranjada luz de las antorchas. Su largo cabello dorado se extiende a su alrededor como un halo y en sus labios se dibuja la sonrisa más arrogante que jamás he visto.

Y está totalmente desnudo.

Su cuerpo está tendido con indolencia, como un maldito dios griego. Su pecho musculoso reluce y tiene la mano estirada hacia abajo para agarrar la base de su polla.

Joder. Las manos de Dayton deben de ser enormes para abarcar semejante monstruosidad. Su polla está en erección mientras desliza rítmicamente la mano sobre la dura carne. Una gotita de líquido preseminal brilla en el glande. Trago saliva.

Pero lo que veo encima de él es lo que hace que el corazón casi se me salga del pecho. Farron se inclina sobre él, con su esbelto y tonificado cuerpo tan desnudo como el de Dayton.

Había visto un atisbo del cuerpo de Dayton en las termas. Pero nunca había visto a Farron así, sin sus gafas, su chaleco y sus elegantes ropas.

Me estaría engañando si dijera que nunca había pensado en ello. ¿Cómo no hacerlo? Con cada día que hemos pasado juntos, he llegado a conocer a Farron más allá del lobo rabioso que intentó matarme. Es amable, divertido y posee un encanto con un toque de torpeza. Y ese rostro tan hermoso… ¿Cómo no imaginar lo que escondía bajo toda esa ropa elegante?

Y su cuerpo es tan exquisito como el de Dayton.

Dayton es fornido y musculoso, mientras que Farron es esbelto. Su espalda está repleta de músculos, y recorro con la mirada su columna vertebral hasta llegar a su culo respingón…

No, no, no. Me estoy portando como una pervertida. Tengo que irme…

—Joder, Farron. Eres tan guapo… —murmura Dayton mientras agarra la nuca de Farron, atrayéndolo hacia sí para besarlo—. Y te pones muy sexy cuando estás celoso.

—¿De qué hay que estar celoso? —susurra Farron. Su mano recorre el grueso muslo de Dayton y llega a la parte superior de su polla. Desliza un dedo en círculo por el brillante líquido preseminal y luego se lo mete en la boca—. Siempre vuelves a mí.

Dayton gruñe y agarra la cara de Farron.

—Sigue siendo insolente y me correré sobre tu espalda, cachorro.

—¿Demasiado asustado para mantener tu promesa? —Farron baja la cabeza entre las piernas de Dayton—. Dijiste que no estabas demasiado borracho para follar. Demuéstralo. Quiero que tu semen corra por mis piernas durante días.

¡Madre del Amor Hermoso! Me agarro a la pared y aprieto los

muslos con fuerza. El calor se arremolina en mi interior como un horno en ebullición. Sabía que Dayton y Farron tenían algún tipo de… conexión. Pero son amantes.

Y por mucho que quiera apartarme, no puedo. Es como si todo mi cuerpo se sintiera atraído por ellos y mi corazón estuviera a punto de estallar ante la idea de no presenciar esto.

Dayton se incorpora y agarra a Farron por el pelo, tirando hacia atrás para dejar al descubierto su largo cuello.

—¿Quieres que te folle, cachorro? Pídemelo. Ruega para que te dé mi polla.

La voz de Dayton resuena en mi cabeza: «¿Sabes suplicar, Rosalina?».

Farron suelta una entrecortada bocanada de aire que yo imito. Me apoyo con más fuerza contra la pared mientras me tiemblan las rodillas. Dayton clava sus penetrantes ojos en Farron.

—Quiero tu polla —dice Farron con voz ronca, y mis propios labios se mueven al compás de sus palabras—. La necesito, te necesito.

—Pues ponte de rodillas como un buen chico. —Dayton se sienta mientras Farron obedece, dándose la vuelta a cuatro patas, con el culo en alto, de espaldas a Dayton.

La humedad resbala por mis muslos mientras froto uno con otro, desesperada por sentir el más mínimo roce.

Dayton se inclina y coge una botella de su cabecera, untándose la mano de aceite.

—Dime, cachorro, ¿quieres que vaya despacio? ¿O quieres que te dé merengue del bueno?

Farron se agarra a las sábanas.

—Fóllame con fuerza. Quiero sentir cómo me abres en canal.

Dayton se ríe y frota el aceite sobre su polla.

—Mi pequeño masoquista. —Luego se sienta sobre los talones y admira la vista—. Precioso.

Dayton le da una palmadita en el culo a Farron, lo agarra de las caderas y se la mete.

Farron grita y hunde la cara en las sábanas. Yo me agarro a la pared como si me fuera la vida en ello, con mi sexo vibrando por el calor y la necesidad. Puedo sentirme allí, siendo follada por Dayton y follando con Farron a la vez. Una parte de ambos.

Dentro y fuera, dentro y fuera, Dayton reclama el culo de Farron. Sus enormes testículos rebotan con la fuerza del movimiento, golpeando la piel del príncipe del Otoño, que retrocede como un animal salvaje, sacudiendo las caderas con todas sus fuerzas contra Dayton.

Nunca había visto nada igual a esta necesidad desesperada entre ellos. Esto sí que es follar. No esos polvos desganados que Lucas me echaba. Así es como follan los hombres de verdad.

Y cada centímetro de mí grita por colocarse entre ellos. ¿Cómo sería? Que Dayton me follara con la fuerza con la que se está follando a Farron. Ver el rostro de Farron en tensión por culpa de mi cuerpo.

Clavo las uñas en la pared de madera para no tocarme.

—¿Está mi polla lo suficientemente dura para ti, cachorro? —gruñe Dayton, hundiendo una mano en el pelo castaño de Farron y aplastando su cara contra las sábanas—. ¿Ves lo que pasa cuando dudas de mí?

Farron gime en respuesta.

Dayton lo agarra por el pelo y lo aprieta contra su pecho de forma que ambos están ahora de rodillas. Su enorme polla sigue en el culo

de Farron, pero ahora tengo una vista clara de él.

¡Santo Dios! La polla de Farron parece dura como el acero, larga y apuntando hacia su vientre plano. De repente, me imagino de rodillas frente a él, lamiendo con mi boca el líquido preseminal que gotea mientras Dayton sigue embistiendo contra su culo.

Pero es algo más que la intensidad de su acto. Los brazos de Dayton rodean el cuerpo de Farron y este vuelve la cabeza para mirarlo a los ojos. Parece que haya electricidad entre ellos. Ambos esbozan una sonrisa llena de pasión, mezcla de confianza, amistad y pura lujuria.

—Quiero ver tu pecho pintado con tu propio semen —dice Dayton —. Luego te llenaré. ¿Te gustaría, cachorro?

—Sí, Day —responde Farron con los dientes apretados, y se agarra a su dura longitud. Mueve la mano arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo. Oh, Dios mío. La idea de ver a Farron correrse encima… Mi ropa interior está empapada y noto mis jugos resbalar por mi pierna. Deseo con todo mi ser el semen de Farron, y también el de Dayton. Lo deseo tanto como para arrodillarme ante ellos y rogar que una gota caiga en mi lengua.

Mis entrañas se retuercen casi hasta el punto del dolor, se me doblan las rodillas y tropiezo, cayendo al suelo.

Sus ojos se clavan en mí y el estupor se refleja en sus rostros.

Pero Dayton no se detiene. Aprieta los dientes y folla con más fuerza. Farron me mira boquiabierto.

—¡Rosalina! —grita.

Farron estalla como un volcán y su humeante semen se precipita sobre su pecho.

—¡Joder! —grita Dayton, y por la expresión de su cara sé que se está corriendo dentro de Farron.

Retrocedo, con las mejillas ardiendo como brasas.

—¡Lo siento! —grito—. ¡No quería interrumpir!

Salgo corriendo de la habitación, desesperada por poner algo de espacio entre nosotros. Porque solo puedo pensar en Farron eyaculando con mi nombre en los labios.



Aire. Necesito aire fresco ahora mismo. Abro la puerta del castillo y salgo tambaleándome a los jardines, respirando la brisa de finales de otoño. El frío de la noche me envuelve mientras el sol arroja sus últimos destellos, que brillan sobre las espinas que se enredan entre los setos. Los atardeceres como este hacen aflorar los olores de la vida, una intensa mezcla de decadencia y renacimiento.

Farron y Dayton son amantes. Me aprieto contra el muro del castillo, pues necesito sentir algo sólido. La imagen no se me va de la cabeza. Dos cuerpos perfectos bañados en sudor, entrelazados, la adoración con la que se miraban…

Aprieto con delicadeza mi pecho con los dedos, haciéndome arder en llamas. Me sobrecogen las sensaciones que Dayton había evocado mientras hundía su enorme polla en Farron, mirándome a mí todo el tiempo. Los estremecedores suspiros de Farron mientras su placer estallaba como un géiser, extendiéndose por todo su pecho. «Rosalina». ¿De verdad fue mi nombre el que pronunció?

Una ardiente brasa se enciende en mi interior. Mi sexo se contrae y me tiemblan los muslos. ¿Qué habría pasado si me hubiera quedado? ¿Si hubiera caído en la tentación? Mis manos deambulan por debajo de la blusa, desatan los cordones y acarician mis sensibilizados pechos mientras revivo en mi mente la imagen de

Dayton y Farron. Mi otra mano serpentea bajo la falda y roza apenas mis empapadas bragas. Oleadas de placer me recorren mientras mis labios se entreabren en éxtasis.

Una embriagadora sensación se propaga por mi cuerpo como un incendio. Tomo aire y una inquebrantable fuerza me envuelve los tobillos. Dos zarcillos cuajados de espinas atrapan mis piernas. «Qué extraño». Es una sensación excitante y extraña, diferente a todo lo que había experimentado antes. Se me endurecen los pezones y me aprieto los pechos, apoyando la cabeza contra la pared y dejando escapar un pequeño suspiro de placer. No sabía que el sexo podía ser así. Los dos estaban en un mundo aparte. ¿Están enamorados?

Introduzco los dedos entre mis piernas, explorando la humedad. Los zarcillos me rodean con fuerza los muslos, acercándome al borde del placer. Las imágenes de Farron y Dayton inundan mi mente, la forma en que se movían juntos con pasión animal. Las manos de Farron agarrando a Dayton del pelo, acercándolo mientras sus labios se fundían en un ferviente beso que me hacía arder de deseo. Farron besaba a Dayton como si fuera el sol y necesitara cada parte de él para sobrevivir. Quiero que me besen así.

Un dolor agudo detiene mi mano en movimiento, haciendo que abra los ojos de golpe. Saco la mano de entre las piernas y veo una gota de sangre en mi dedo. Se me cae la falda y por fin noto las espinas rodeándome con fuerza las piernas.

Esto no está bien.

—Suéltame —grito, y las espinas caen.

—Lo siento, es que eres fascinante de observar… Me he dejado llevar un poco —dice una voz suave y encantadora—. Te ruego que no pares por mí.

Levanto la cabeza y veo una oscura silueta en lo alto de las zarzas.

Hay un hombre recostado con una pierna colgando de manera indolente.

No necesito que nadie me diga quién es. Puedo sentirlo en todo mi ser.

El príncipe de las Espinas ha llegado a Castletree.

29

Rosalina



Las zarzas se deslizan bajo el príncipe de las Espinas y lo depositan con suavidad en el suelo. Emerge de las sombras para adentrarse en la rojiza luz crepuscular.

La persona que creó este malévolo zarzal no tiene derecho a poseer una belleza tan incomparable. Sus ojos son como el cielo nocturno, oscuros y profundos, con motas ocultas de un vibrante púrpura. Unas oscuras ondas enmarcan su rostro y una fina corona de plata adorna su frente con una única gema de color azul vivo. Sus labios se curvan en una sonrisa pícara mientras se acerca.

—Bueno, parece que mi princesita se siente como en casa en un castillo lleno de bestias —dice en voz queda.

—No soy tuya. —Trago saliva, con la garganta seca—. Ni siquiera te conozco.

Ladea la cabeza con fingida tristeza.

—Pero ya sabes quién soy.

—Eres el príncipe de las Espinas —digo. «Caspian». Así lo había llamado Farron. Pero no puedo obligarme a decirlo. De alguna

manera, parece demasiado íntimo.

—Así es como les gusta llamarme. Ignoro por qué. —Gesticula a nuestro alrededor.

Por fin estoy cara a cara con el monstruo que intenta destruir el castillo de los príncipes.

Me agarra de la muñeca y me tira hacia él. Observa la gota de sangre en la yema de mi dedo y frunce el ceño.

—Lo siento. Pero ¿qué es el placer sin un poco de dolor?

—Me estabas mirando —digo con un grito ahogado.

Él se lleva mi dedo largo, húmedo y caliente a la boca y lo chupa, saboreando cada gota de mi esencia. Su mirada se cruza con la mía y veo una chispa de picardía en sus ojos.

—Delicioso —susurra.

Me suelta la mano despacio y una descarga eléctrica recorre mis venas. Su contacto ha despertado en mí un deseo profundo, y mi cuerpo traicionero quiere más. La sangre no era lo único que saboreaba en mi dedo…

—Casi esperaba que tuvieras la lengua bífida —gruño, enfadada por la reacción de mi cuerpo.

—Siento decepcionarte —me murmura al oído. Siento su tibio aliento en la piel. Sus labios, increíblemente suaves, danzan a lo largo de mi mandíbula, hasta que su boca llega a mi mejilla. Un jadeo escapa de mis labios cuando su lengua la roza con delicadeza, dejando tras de sí una húmeda estela de calor.

Cierro los ojos mientras un extraño y chispeante placer se expande por todo mi cuerpo.

—Estás desaprovechada aquí, con Keldarion y sus cachorros. —Baja la voz, como si estuviera compartiendo un secreto—. Nosotros sabemos apreciar la belleza en el Inframundo. Jamás se me ocurriría

meterte en una jaula.

—Quítame… —Pero no llego a terminar. Lo siguiente que sé es que alguien tira de mí hacia atrás, y todo lo que alcanzo a ver es a Caspian volando hacia las espinas.

Keldarion está de pie frente a mí, protegiéndome con todo su cuerpo.

«¡Mierda!».

Caspian se levanta de entre las espinas, se quita las zarzas de su negro jubón y se alisa los pantalones. Luego mira a Keldarion, pero su expresión no es ni por asomo temerosa. La sonrisa, el brillo de sus ojos… Si fuera una ingenua, diría que es travieso.

Mientras tanto, el gigante de pelo blanco que tengo delante irradia toda esa furia a la que me tiene acostumbrada.

—¿Qué haces aquí? —gruñe Keldarion.

—Oh, ya sabes, solo admirando mi obra de paisajismo. —Caspian señala las altas espinas.

Intento salir de detrás de Keldarion, pero me empuja otra vez.

—Vete.

Caspian se acerca a nosotros con la elegancia de un gato negro.

—¿No vas a presentarme a tu…? —Hace una pausa, clavando en mí sus oscuros ojos antes de mirar a Kel—. ¿Nueva amiga?

«¿Por qué parecía que iba a decir otra cosa?».

—Los cuatro habéis estado muy unidos durante mucho tiempo —continúa Caspian al ver que Kel no le contesta—. Y no habéis aceptado ninguna de mis ofrendas, por apetitosas que fueran. No puedes culparme por sentir curiosidad.

—Ella no es de tu incumbencia —dice Keldarion.

Caspian se detiene delante de nosotros. Es más alto que yo, pero al lado de Kel, todavía tiene que mirar hacia arriba.

—¿No has aprendido que todo lo que te concierne a ti es de mi incumbencia?

Keldarion se pone rígido y respira con dificultad. Me recorre un escalofrío, y miro hacia abajo a tiempo de ver el hielo extenderse con rapidez bajo sus pies.

—No eres nada para mí.

Caspian desvía sus oscuros ojos hacia el hielo y luego mira de nuevo a Kel.

—¿No te gustaría que eso fuera verdad?

Kel se estremece, y giro la cara lo suficiente para ver su expresión. Tiene los dientes apretados y el ceño fruncido. Y me doy cuenta de que intenta no explotar, esforzándose por controlar su magia.

Caspian se dirige hacia las zarzas otra vez, pero se detiene en el borde y se da la vuelta. El viento juguetea con los gruesos rizos de su pelo.

—La magia del castillo se está debilitando, puedo sentirlo. Se te acaba el tiempo.

—Márchate.

Caspian clava en mí sus centelleantes ojos.

—Estoy seguro de que te veré pronto, princesa. Ya lo ha hecho muy obvio.

Del suelo brota una maraña de oscuras zarzas, rodeándolo. Salta una chispa de magia y desaparece.

Respiro de manera entrecortada, y entonces aflora la ira que no me atrevía a expresar.

—¡Vaya, menudo maleducado! Ahora entiendo por qué todo el mundo le odia.

Keldarion me agarra por los hombros y hace que me gire para mirarme a la cara.

—¿Te ha hecho daño?

—No. Estoy bien. —Al menos físicamente, si no cuento el pinchazo en el dedo. Pero mi mente está hecha un lío por su maldad cargada de tensión sexual.

—Aquí todo el mundo sabe que no se puede confiar en nadie del Inframundo —dice, y su voz adquiere un matiz sombrío—. Pero tú no eres de aquí, así que te diré esto una sola vez. Todo lo que sale de su boca es mentira. Puede parecer encantador, y te prometerá hacer realidad tus mayores deseos, pero nunca negocies con él. Jamás hagas un trato con el príncipe de las Espinas.

Su voz denota un desesperado apremio. Asiento e intento aliviar la tensión.

—Gracias por salir. Daba mucho repelús. —Y posee una inmensa belleza. Pero opto por no decírselo a Kel. No creo que le agrade ese detalle.

—¿Estás segura de que no te ha hecho daño? —Kel examina mi rostro y luego recorre mi cuerpo. Sus manos tiemblan sobre mis hombros cuando sus ojos se detienen en mi pecho, donde los cordones están flojos.

Porque me los había desabrochado para tocarme pensando en Dayton y en Farron. El calor inunda mi cuerpo y noto que mis mejillas enrojecen.

—¿Qué estabas haciendo en el jardín, Rosalina?

—Yo…

Sus manos me aprietan con fuerza los hombros y nos movemos. Prácticamente me levanta en vilo. Mi espalda golpea contra el sólido muro del castillo, y su pecho se aprieta contra el mío mientras una de sus manos se aferra a la piedra que hay encima de nosotros.

—Distráeme.

—¿Que te distraiga? —digo con un jadeo. Está tan cerca que puedo sentir su helado aliento apartándome el pelo de la cara—. ¿De qué?

Me agarra el hombro con suma ligereza en comparación con la fuerza con que se agarra a la pared. Algunos fragmentos de piedra se desprenden y caen al suelo.

—Maldita sea, Rosalina.

Podría zafarme de él; podría apartarlo de un empujón. Pero no lo hago. Este encuentro con el príncipe de las Espinas ha hecho que pierda el control.

O que lo pierda más que de costumbre.

—Kel. —Le aparto algunos mechones de la cara. Su expresión se descompone en una extraña especie de agonía.

Un profundo gruñido reverbera en todo su cuerpo.

—Háblame de algo. Háblame de uno de tus aburridos libros.

—¡Oye! —Le empujo del pecho, pero no sirve para nada, ya que es tan duro como la piedra que tenemos detrás—. ¡Mis libros no son aburridos!

Respira de forma temblorosa y una sonrisa fugaz aflora a su rostro.

—Los libros de investigación de Farron lo son. Hay libros más interesantes en la biblioteca.

—Voy a tener que… —Mi voz es apenas un susurro mientras acerco la mano de nuevo a su cara—. Voy a tener que explorar…

Keldarion suelta un gemido agónico y hace que me dé la vuelta, de modo que queda apoyado contra la pared.

—El sol se está poniendo y yo no tengo el control, Rosalina.

—¿Qué?

—Tienes que correr a tu habitación y cerrar la puerta con llave.

—Kel.

—La noche ha llegado. —Los ojos de Keldarion brillan como fuego

azul—. Y no puedo controlar a mi bestia. No después de… Vete.

Y esta vez, le hago caso. Me alejo y corro a mi habitación.

30

Rosalina



Paso el resto de la noche intentando calmar los nervios por todo lo ocurrido. Primero, descubrí algo que quizá pueda ayudar a los príncipes a encontrar a sus compañeras. Pero aún no he indagado en eso porque cuando fui a buscar a mi compañero de investigación, estaba disfrutando del mejor sexo de reconciliación de su vida, o al menos eso parecía.

¿Qué tipo de relación tienen Farron y Dayton? Es obvio que no son exclusivos, teniendo en cuenta que Dayton trajo a esa mujer. A lo mejor estoy pensando las cosas en términos humanos. Es posible que los fae tengan expectativas totalmente distintas en cuanto a las relaciones.

Y conocí al príncipe de las Espinas. A Caspian. La furia con la que Keldarion se había dirigido a él, la forma posesiva con que me protegió. O puede que esté sacando conclusiones precipitadas. Todos los príncipes parecen tener sus propias razones para odiar a Caspian, y hasta yo puedo entenderlo. Las espinas le dan mal aspecto al castillo.

«Se te acaba el tiempo». ¿Qué quiso decir con eso? ¿Hay alguna otra cosa sobre la maldición que los príncipes me están ocultando?

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos.

—¡Adelante! —digo.

Marigold entra empujando su habitual carrito de la comida. Bueno, Marigold, el regordete mapache marrón que lleva delantal. Me dijo que necesita conservar algo de su humanidad, incluso en esta forma. No sé si algún día llegaré a acostumbrarme a ver al personal así.

A pesar de que se me permite deambular por el castillo cuando ya ha oscurecido, siempre que no libere al rabioso Farron, paso casi todas las noches acurrucada en la cama, leyendo libros que he tomado prestados de la biblioteca con una taza de té caliente.

—Hola —digo.

—Hola, corazón. —Suelta el carro, pero se mantiene de pie sobre sus dos patitas traseras—. He oído que has tenido un buen encuentro esta tarde. Pusiste al señor de muy buen humor.

Esa era otra cosa a la que tenía que acostumbrarme; los animales pueden hablar. Me pregunto de manera distraída si los príncipes también pueden hacerlo en forma de lobo.

—Parece que el príncipe de las Espinas apareció solo para burlarse de él.

Marigold sacude la cabeza.

—No lo dudo. Esos dos tienen una historia bastante desagradable.

—¿Qué tipo de historia? —Entrecierro los ojos. Podía cortarse la inquina con un cuchillo por la forma en que Kel hablaba con Caspian.

—Ahora no es el momento. Me gusta cotillear como al que más, pero hay cosas sobre las ni siquiera yo me atrevería a murmurar.

Casi me dan ganas de pincharla, pero capto un olor delicioso y Marigold levanta las patas para quitar la tapa de la bandeja. Es el aroma de la calabaza asada y el esponjoso pan de la cena.

—El señor insistió en que te dieran de comer —explica Marigold —. Dijo que no habías cenado.

Claro que se dio cuenta. Pero mi estómago gruñe al ver la comida.

—Te dejo para que comas. —Marigold sale, meneando su rayada colita al salir.

Miro mi plato. ¿Por qué de repente me siento culpable por no haber cenado antes con Kel? ¿Es porque fui la única que apareció? Él es mi captor. No debería sentirme mal por nada.

—¡Grrr! —Suelto un gruñido de frustración y vuelvo a tapar la bandeja. Engancho un libro de la mesilla de noche, me pongo la bata más esponjosa y las zapatillas más cómodas y cojo mi estúpida cena antes de salir de mi habitación, donde la temperatura es perfecta, como en el resto del ala de la Primavera.

—Es imposible que se me pase por alto el ala del Invierno —murmuro mientras camino—. Solo hay que seguir la brisa más fría y el pasillo más peligroso.

Agito un brazo a un lado al resbalar en el hielo mientras que con el otro aferro la bandeja de la cena contra mi estómago. Sé cuál es la puerta que conduce a los aposentos de Kel porque Astrid me dijo que no fuera allí bajo ningún concepto cuando me hizo la visita guiada.

No tengo miedo. Si Keldarion le dijo a Marigold que me diera de comer, debe de haber recuperado el control de su bestia. ¿Qué lo hizo enloquecer? ¿Fue la aparición de Caspian o algo más?

Me detengo ante la puerta y doy tres fuertes golpes antes de perder el valor.

—Soy yo… —Antes de que pueda terminar la frase, la puerta se abre con un chirrido, como si tuviera voluntad propia.

No hay nadie detrás, y una brisa gélida me azota a través de la rendija. Al menos no tendré que preocuparme de que la cena esté demasiado caliente.

Dentro hace un frío que pela, y una fina capa blanca cubre el suelo. Del techo caen ligeros copos de nieve.

—He venido a cumplir mi trato. Cenar contigo. ¿Recuerdas? —Levanto mi bandeja.

La habitación es un desastre absoluto. La cama apenas se mantiene en pie, las mantas raídas caen por el borde y se acumulan en el suelo. El desvencijado sofá está cubierto de nieve, los cojines hundidos en el centro y las patas cubiertas de hielo. La única iluminación procede de una franja de luz de luna que se cuela por el ventanal que va del suelo al techo, proyectando espeluznantes sombras en las paredes. En todos los rincones de la habitación sobresalen amenazadoras espinas, cuyas largas y enjutas ramas se extienden y se aferran al aire helado. «Nunca he visto tantas en un mismo lugar».

Trago saliva, pues tengo la garganta seca. «¿Está aquí?».

Es entonces cuando capto un movimiento en un rincón oscuro, el susurro de la nieve, y me encuentro cara a cara con un par de brillantes ojos azules. El resto de la bestia está oculto por las sombras, pero la luz de la luna incide en esos pinchos helados que sobresalen de su enorme cuerpo.

—No deberías estar aquí —brama el lobo, y yo ahogo un grito. Así que puede hablar. Su voz es más grave y fuerte que en su forma humana, como el crujido de un glaciar.

Me obligo a no mostrar expresión alguna, a permanecer neutral ante el desorden de su habitación y su aterradora forma.

—He venido porque mañana no podré soportar que me regañes por no haber cumplido mi parte del trato.

«¿Puede captar la mentira en mis palabras?». Hay una mesita junto al sofá, y rebusco en el cajón hasta encontrar una vieja cerilla. La prendo contra la mesa y enciendo un candelabro a medio quemar. Mientras un suave y cálido resplandor se extiende por la habitación, quito un montón de nieve del sofá y me siento.

Mi comida aún está caliente y ambos estamos en silencio mientras como. Pero no soporto el silencio.

—Hoy me he encontrado sin querer en una situación bastante incómoda con Dayton y Farron. —Dejo el tenedor y miro a Keldarion—. ¿A eso te referías con que Farron es su peor enemigo?

El gruñido del lobo es mi única respuesta, así que no me queda más remedio que rellenar mis propias lagunas. Farron parece decidido a romper la maldición, pero ¿podría haber una parte de él que dude debido a lo que siente por Dayton? Termino de comer mientras reflexiono.

—La verdad es que me alegro de que los humanos no tengamos un compañero que nos esté predestinado. Qué incómodo sería que encontraras a tu compañero y lo odiaras. O que ya estuvieras enamorado de otra persona.

—Los compañeros son algo muy poco frecuente —gruñe Keldarion desde la esquina.

—Probablemente por una buena razón. No parece justo no poder decir de quién te enamoras. —Me pregunto si eso es lo que Farron siente. Si eso es lo que la princesa fae comprometida del libro sintió después de conocer a su compañero carpintero. ¿O encontrarlo fue el mejor momento de su vida? Me doy cuenta de que Keldarion se ha quedado callado y me siento un poco culpable—. No me hagas caso.

Amarás a tu compañera. Ella romperá tu maldición. Estoy segura de que soy una humana ingenua, como de costumbre.

El lobo profiere un gruñido y se levanta, haciendo que caigan montones de nieve de su cuerpo. Por un momento, casi creo que va a venir hacia mí. Pero da vueltas como un gato que se pone cómodo y vuelve a echarse.

Se tumba de espaldas a mí.

—Alguien está de mal humor esta noche —murmuro mientras dejo el plato en el suelo. ¿Me voy? Ya he cumplido con mi deber de cenar. Se me encoge el estómago. Sé que, en los días en que me pierdo en lo más oscuro de mi mente, siempre hay algo que puede sacarme de ahí.

Del bolsillo de mi bata saco un libro.

—Todavía estoy un poco ofendida. Antes me preguntaste por mis libros aburridos. Pues mis libros son de todo menos aburridos.

Abro el libro fae. Es una gran historia; una aventura romántica, que me recomendó Farron, sobre una princesa druida y su mejor amigo guardabosques que intentan recuperar su magia. Anoche leí la mitad del libro. Pero ahora vuelvo a la página uno y empiezo desde el principio.

—El árbol volvía a hablarme —digo, leyendo en alto la primera frase—. Tenía una voz lejana, delicada como el susurro del viento entre las hojas y afilada como el crujido de una rama seca.

Me sumerjo en las palabras; Keldarion no me interrumpe ni me echa. Después del primer capítulo, me doy cuenta de que se ha movido un poco y me está observando con sus brillantes ojos entreabiertos. Y espero que venga conmigo a un mundo de aventuras, bestias ancestrales y viejas maldiciones, lejos de la oscuridad de su mente.



Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y algo húmedo me roza la cara. Me giro, refunfuñando somnolienta. «¿Por qué tengo tanto frío?».

—Sube —dice una voz grave y autoritaria.

Abro los ojos despacio y agito las manos. Palpo algo suave. De repente estoy rodando, hasta que me veo rodeada de sedoso pelaje blanco. Cierro los ojos poco a poco al compás de un suave vaivén. Creo que nos estamos moviendo. Lo siguiente que sé es que caigo sobre una mullida cama.

Conozco estas almohadas, estas mantas. Mi cama. El instinto de conservación se apodera de mí y me apresuro a meter mi helado cuerpo bajo las sábanas. Pero echo de menos la suavidad. El olor del invierno.

Extiendo la mano adormilada y agarro un mechón de pelaje blanco mientras murmuro algo.

El pelaje se desliza entre mis dedos mientras me dejo vencer por el sueño.

Por la mañana, el sol me baña y despierto poco a poco. Saco los pies de la cama y aterrizan sobre un montón de esponjosa nieve.

¿Cuánto tiempo se ha quedado a mi lado el príncipe del Invierno?

31

Rosalina



Voy por la mitad de mi tarta de limón cuando veo a una chica desnuda junto a mi ventana.

—¡Una chica! —Lanzo un grito de alarma lleno de pánico y el relleno de limón salpica el suelo cuando se cae el desayuno—. ¡Afuera hay una chica desnuda!

Astrid y Marigold se acercan a mí con gran revuelo. He estado escondida en mi habitación, desayunando sin ninguna prisa, intentando decidir si era demasiado incómodo ir hoy a la biblioteca a investigar.

Por un lado, por fin tengo una pista real que quiero seguir. Por otro, no sé cómo puedo enfrentarme a Farron después de lo mucho que vi de él ayer. ¿Y si piensa que soy una pervertida?

Al menos mi decisión se retrasa por esta interrupción.

—¡Ay, por Dios! —Marigold exhala un suspiro, apretando la nariz contra el cristal—. Otra vez no.

—Ha pasado mucho tiempo —dice Astrid—. Esperaba que hubiera parado para siempre.

—Un momento, ¿qué? —Me vuelvo hacia ellas—. ¿Que haya una

chica desnuda en la puerta es algo habitual?

—Sí, bueno. No. —A Astrid le tiembla el labio inferior—. Solía pasar mucho más cuando empezó la maldición.

—Es inútil seguir preocupándose por ello —aduce Marigold—. Astrid, informa al señor.

Astrid tiembla visiblemente.

—Ni loca. Ya sabes cómo se pone cuando aparece una de estas chicas.

—Yo se lo diré —me ofrezco—. Keldarion no me da miedo.

Marigold y Astrid me miran como si estuviera loca de remate, y puede que lo esté. Pero es la verdad. No le temo al señor de Castletree. Al menos, no por las mismas razones que ellas.

—Mejor quédate en tu habitación. Estas molestias siempre lo ponen de un humor de perros. Los príncipes se encargarán —asevera Marigold—. Seguro de que se dará cuenta de que está aquí tarde o temprano; siempre sabe cuando hay alguien en el castillo.

Desde el ángulo de mi habitación, tengo una vista perfecta del puente que se extiende desde la puerta principal. La chica lleva algo en los brazos y grita, pero no consigo entender lo que dice.

—¡No voy a dejarla ahí fuera desnuda! —Agarro una capa del armario y voy corriendo escaleras abajo hacia la entrada del castillo. Marigold y Astrid me siguen.

Salgo corriendo y me paro en seco frente a la mujer fae.

—Pareces tener frío —digo, y extiendo la capa delante de mí.

Ella no coge la capa ni parece preocuparle lo más mínimo su desnudez.

—¿Dónde está Keldarion? Tengo que verlo —dice, ladeando la cabeza.

Se me ponen los pelos de punta y agarro más fuerte la capa con los

dedos. ¿Por qué esta fae desnuda necesita ver a Kel? De cerca, puedo ver que es hermosa. Más baja y delgada que yo, con una larga y rizada melena marrón y ojos castaños. Tiene los pechos grandes y firmes, apenas ocultos tras el montón de ropa que lleva en los brazos.

«Esto es muy raro».

—¿No quieres ponértela? —sugiero.

Ella mira la ropa que tiene en las manos y se encoge de hombros antes de desplegar un ajustado vestido negro y ponérselo. Le pongo la capa sobre los hombros con cautela.

La mujer parpadea y se acerca.

—Vaya, eres muy guapa. —Desliza la mano por un lado de la cara y se detiene al llegar a mis orejas—. Y humana.

—Uh… ¿gracias? —Me ruborizo—. Soy Rosalina.

—Yo soy Ciara. Lo siento, Rosalina —dice con voz grave y sensual —. Estoy cachonda. Me envió aquí incluso antes de terminar, ya sabes.

—¿Quién te envió aquí?

—El príncipe de las Espinas —dicen al mismo tiempo Ciara, Astrid y Marigold.

Las miro boquiabierta.

—¿Qué? ¿Estabas en plena faena con Caspian y de repente usó su extraña magia lujuriosa para enviarte aquí? ¿Y no es la primera vez que lo hace?

Ciara se pasa las manos por el pelo.

—¿Por qué los hombres más guapos son los más retorcidos? En fin, ¿dónde está Keldarion?

El calor me recorre el cuerpo. ¿Para qué necesita ver a Kel?

—¡Rosalina! —Me giro y veo a Farron bajar corriendo las escaleras,

con los botones del chaleco mal abrochados. Ezryn lo sigue.

Ambos se paran en seco y miran a Ciara.

—¡Mierda! ¡Otra vez no! —maldice Farron.

—¿No podíamos haber esperado hasta el mediodía para armar todo este alboroto? —Dayton sale tambaleándose. Se lleva una mano a la cabeza para protegerse los ojos y camina con paso inseguro. Supongo que haberse convertido en lobo durante la noche no le ha librado de la resaca.

Pero solo lleva puestos unos pantalones de chándal holgados, o el equivalente fae de los pantalones de chándal. Los lleva tan bajos que puedo ver esos exquisitos músculos en forma de «V». «¡Joder!».

Paseo la mirada entre él y Farron. No puedo evitarlo, se me enciende el rostro al recordarlos juntos.

Lo más seguro es que Dayton no se daría cuenta si un meteorito aterrizara delante de nosotros, pero Farron sí. Se sonroja y se muerde el labio, tan incómodo y adorable que se me encoje el estómago.

Ezryn se acerca a Ciara y ella se agarra a mi brazo.

Pero Ezryn decide que no hay por qué estrangularla, a pesar de que ha reconocido que la había enviado el propio Caspian.

—Sígueme —le dice, mirándola—. Te llevaremos a casa.

Ella me lanza una mirada nerviosa antes de que todos nos dispongamos a seguir a Ezryn de regreso al castillo. Me quedo detrás de Farron.

—Todo el mundo repite que «otra vez no», igual que un disco rayado. ¿Caspian suele enviar gente desnuda al castillo?

—Es un patrón extraño. —Farron exhala un profundo suspiro y se pasa una mano por su rebelde cabello—. Ocurría mucho los primeros años de la maldición. Mujeres fae medio desnudas o en cueros aparecían en nuestra puerta y explicaban que acababan de

mantener relaciones sexuales con el príncipe de las Espinas.

—Esto es retorcido. —Me paro y veo a los demás entrar en el castillo—. ¿Por qué?

—Sé tanto como puedas saber tú. —Farron se encoge de hombros —. Es probable que para atormentar a Kel. Si su vínculo de pareja se despertara con una de esas fae, Caspian podría echarle en cara que la pareja de Kel siempre fue suya primero. O puede que Caspian odie el compromiso y piense que la puerta principal del castillo es un lugar tan bueno como cualquier otro para dejar a sus… conquistas.

—Menudo desgraciado. —Vuelvo a mirar a Farron—. Además, Farron…

—Lo siento —suelta él al mismo tiempo que yo.

Exhalo un suspiro de alivio y una pequeña carcajada.

—No pretendía ser una fisgona…

—Rosie, no. —Él se acerca y me coge las manos—. Yo te dije que nos viéramos en el ala del Verano. No estaba pensando. Debería haber sabido que…

—Dayton es increíblemente encantador. —Le sonrío. Sus manos están muy calientes en el gélido aire de la mañana.

Sacude la cabeza.

—Es una forma de decirlo.

—Si no te importa que te pregunte, ¿estáis juntos? ¿Cómo funciona eso con lo de encontrar una compañera predestinada?

El color inunda sus mejillas.

—Conozco a Dayton desde siempre. Pasé un tiempo en el reino del Verano y pasó sin más. Después de que nos coronaran como supremos y de mudarnos a Castletree, continuamos. Solo es diversión.

«Solo es diversión» suena más a algo que diría Dayton.

—Parecía más que diversión —replico antes de poder contenerme —. Quiero decir…

Intento alejarme, pero Farron tira de mí para acercarme más a él.

—¿Cuánto tiempo estuviste mirando, Rosie?

El calor se arremolina en mi interior. Dijo mi nombre. ¿Fue por sorpresa o por otra cosa?

—No mucho.

—Quizá sea algo más que diversión para mí —dice Farron en voz baja, desviando la mirada hacia la puerta principal por donde desaparecieron los demás—. Siempre estoy pensando en el mañana, en el futuro, en una cura. Pero cuando estoy con Day, es como si fuera el único momento en el que vivo de verdad.

—Todos necesitamos a alguien que nos haga sentir vivos.

—Claro que sí. —Me masajea la palma con el pulgar—. No solo estamos el uno con el otro. Dayton busca sus placeres a menudo, y a veces me arrastra con él.

—¿O sea que os juntáis con más personas? —No puedo evitar que la curiosidad aflore a mi voz.

Exhala un suspiro embriagador y me doy cuenta de que me he movido, así que ahora todo mi pecho está apretado contra el suyo, con las manos metidas entre los dos.

—A veces —murmura con voz ronca. ¿Se está imaginando algo que ocurrió una vez… o sus pensamientos son un reflejo de los míos?

Algo que podría ocurrir.

—Rosie, si…

Unas fuertes voces llegan del interior del castillo; le dirijo a Farron una mirada comprensiva.

—Probablemente deberíamos ir a ayudar.

Subimos corriendo las escaleras hasta el vestíbulo. Ezryn, Dayton, Astrid y Marigold están todos reunidos alrededor del espejo.

Ciara tiene los brazos en jarra mientras los fulmina a todos con la mirada.

—¡No me iré hasta que vea a Keldarion!

—Mi magia no funciona en el espejo —refunfuña Ezryn—. La de Dayton tampoco. Es igual que las últimas. Dudo que tu magia funcione, Farron.

Farron exhala un profundo suspiro.

—Sospecho que Caspian añade algún tipo de encantamiento para mantenerlas aquí. Es otra forma de atormentarnos. Solo la magia de Kel es lo bastante fuerte como para romperlo.

Ezryn se da la vuelta y se dirige a las escaleras.

—Iré a buscarlo. Pero puede que necesite ayuda.

Una expresión afligida asoma al rostro de Farron antes de arrastrar a Dayton escaleras arriba tras Ezryn.

Me pongo como puedo al lado de Marigold, Astrid y Ciara, que ahora está tan atrapada aquí como yo.

—Bueno, ¿cómo fue? —Marigold menea sus oscuras cejas—. Lo de acostarse con el mismísimo príncipe oscuro.

—¡Marigold! ¡No puedes preguntarle eso! —interviene Astrid.

Pero Ciara no tiene reparos en explicarlo.

—Todos dicen que no baje al Inframundo, pero la verdad es que los mejores polvos que he echado han sido en una de las fiestas de Sira. Cuando Caspian se fijó en mí anoche, supe que tenía que lanzarme. Es un sueño, claro, pero es más que eso. Todos sentimos curiosidad —dice mientras mira a Astrid de arriba abajo—. Eres del reino del Invierno, ¿verdad? Yo también. Necesitaba saber si la polla de Caspian realmente valía el reino.

Astrid da un pequeño respingo y la ira deforma su rostro.

—¡El reino no está perdido…!

—¿Y? —A Marigold prácticamente se le cae la baba—. ¿Valió la pena?

—No. —Ciara pone los ojos en blanco—. Fue encantador hasta que llegamos a su dormitorio. Ni siquiera se desnudó del todo. Usé mis mejores trucos, pero parecía aburrido todo el tiempo. Increíble, ¿verdad? Quiero decir, ¿me habéis visto?

Es hermosa de la cabeza a los pies, pero no es solo eso, tiene un aura de confianza que envidio.

—Después de un par de minutos, se bajó de encima… ¡y ni siquiera se corrió dentro de mí! Eyaculó en las sábanas, me puso la ropa en las manos y me dijo: «Saluda a Kel de mi parte». ¡Menudo gilipollas! No bajé al Inframundo para que me mandara a su…

Una ráfaga de aire gélido nos azota. Al darnos la vuelta, vemos a Keldarion en lo alto de la escalera, flanqueado por los otros tres príncipes.

Ciara abre los ojos como platos. Avanza hacia él. Cuando Keldarion llega al pie de la escalera, ella trata de tocarlo.

Cierro los puños con fuerza. ¿Por qué está tan empeñada en…?

Pero Keldarion se limita a agarrarla por las muñecas y arrastrarla hacia el espejo sin miramientos.

—No eres bienvenida aquí.

Ciara suelta un grito ahogado y mira a un lado y a otro. Algo se aclara en sus ojos.

—Yo…

Keldarion se detiene ante el espejo y coloca la palma de la mano sobre él. El cristal se mueve de forma ondulante bajo su tacto.

—Piensa en tu hogar. No vuelvas al Inframundo.

Ciara asiente y da unos pasos hacia el espejo antes de darse la vuelta.

—Casi lo olvido. Esto es para ti. —Se mete la mano en el bolsillo, saca un pergamino enrollado y me lo entrega.

Lo cojo; siento un leve vestigio de magia mientras ella desaparece en el espejo.

Siento la pesada respiración de Kel por encima de mí mientras mira el papel que tengo en las manos. Se trata de un pequeño pergamino, sellado con un lacre de cera en forma de rosa.

—Supongo que tendré que ver lo que dice —suspiro, desenrollando el pergamino con el corazón acelerado. Los príncipes, Marigold y Astrid se agolpan a mi alrededor.

Hay una sola línea escrita con tinta en letra arremolinada.

Estuve pensando en ti todo el tiempo, princesa.

C.

—Esa fae se parecía a ti. —Dayton rompe el silencio con una carcajada—. Bueno, ahora eres realmente parte de la familia al ganarte el tormento del príncipe de las Espinas, florecilla.

32

KELDARION



A veces me pregunto por qué mantengo a Perth Quellos como visir del reino del Invierno cuando escuchar su voz es como meter el cerebro en nieve que se está fundiendo.

Mantengo el cuerpo rígido, con las piernas cruzadas, apoyado en un pilar del vestíbulo. Es la única estancia de Castletree en la que Quellos tiene permitida la entrada. No dejo que entre en el salón ni en el comedor. Y desde luego no lo llevaría al ala del Invierno.

Tiene suerte de que lo dejen entrar en el castillo.

—¿Me estás escuchando, Keldarion? —dice el visir, pronunciando cada sílaba con suma claridad. La luz de las antorchas brilla sobre su calva y sus ojos vidriosos parecen atravesarme.

No, no estoy escuchando. Mi mente se retrotrae una y otra vez a hace una semana. Maldito Caspian. Siempre disfruta torturándome.

Pero involucrar a Rosalina…

—¿Keldarion? —responde Quellos.

—Goblins asolando las ciudades. Pequeñas rebeliones. Caballeros que desertan del ejército. ¿Por qué te molestas en venir si no traes nuevas noticias? —espeto con brusquedad.

Quellos me mira con frialdad. Me conoce desde que era un niño. Asesoró a mi padre. Por los dioses, ese hombre es un fósil. Pero a mí aún no me ha calado, y eso lo vuelve loco.

—Keldarion. Eres príncipe del reino del Invierno. Tu pueblo necesita que vuelvas a casa.

Toco el colgante con forma de copo de nieve que cuelga sobre mi pecho. Mi sencilla camisa blanca tiene un amplio escote en forma de uve y llevo unos ajustados pantalones de cuero con las botas sucias. No quiero que Quellos piense que me he arreglado para él.

—Ya hemos hablado de esto antes. Si Castletree cae ante las espinas, no solo el reino del Invierno estará condenado. Todo lo estará.

Quellos se humedece los labios azules, teñidos por el consumo de tamen, las semillas de una baya que solo crece en los alrededores de Frostfang, la capital del reino del Invierno. El tamen está muy cotizado por su capacidad para mantener el estado de alerta y la concentración, y por ser muy adictivo.

—Entiendo que las espinas son una amenaza. Pero quizá necesites ayuda externa. Si me permitieras instalarme aquí para estudiar este fenómeno…

—Te necesitan en el reino del Invierno —gruño.

Nunca debí haber empezado a traer a Quellos al castillo. Pero era mejor eso que volver a mi reino, como hacen esporádicamente los demás para supervisar el gobierno de sus tierras. No he vuelto desde la maldición.

Es probable que no vuelva nunca.

Se está frustrando conmigo. Cada visita es peor. Cada visita insiste más en que vuelva.

Goblins que entran en las ciudades… Ciudadanos furiosos que

buscan el fin de mi principado…

¿Qué puede hacer una bestia frente a todo eso?

Con un suspiro, me masajeo el puente de la nariz.

—El gobierno es tuyo, Quellos. Eres visir y administrador del reino del Invierno. Encuentra una solución a estos problemas.

Un músculo se contrae de forma espasmódica en su mandíbula.

—Yo no soy el príncipe del reino del Invierno. No poseo la magia ancestral. Y solo tú portas el emblema que te permite empuñar la Espada del Protector.

Mi mano se dirige de manera inconsciente al colgante de copo de nieve.

—Y debo detener las espinas…

—¡Pero no lo estás haciendo! —ruge Quellos.

Nunca me había hablado así. Y si alguien más lo hiciera, tendría su garganta en mis fauces en este mismo momento.

El visir respira de forma agitada mientras señala las espinas moradas que se abren paso entre las grietas de la piedra.

—Mira a tu alrededor, Keldarion. Cada vez que vengo es peor. La magia de Castletree se desvanece. Tu magia se está desvaneciendo. Haz tu trabajo —respira hondo—, o cede el gobierno a alguien que lo haga.

La vergüenza me invade. Vergüenza, ira y traición.

Quellos ya conoce muchos de mis males. Si también supiera lo de la maldición…

«No, no debe saberlo jamás».

Vuelvo sus palabras contra él. Me enderezo y ladeo la cabeza para mirar al visir.

—Así que por fin has tenido el valor de pedir el trono.

Quellos mete ambas manos en las anchas mangas de su túnica.

—Algunas personas están hechas para gobernar, mi príncipe. Otras no. —Se levanta y se dirige hacia la gran puerta que lleva fuera al castillo—. Y cada día que dedicas a averiguar a qué grupo perteneces, más sufre tu pueblo.

—Soy el único que puede detener al príncipe de Espinas —gruño.

Quellos me mira con los ojos entrecerrados.

—¿O él es el único que puede detenerte a ti?

—¡Largo! —La palabra sale de mi boca como un gruñido rabioso.

—Ya me voy —dice con tono sereno—. Vaya, ¿es una nueva sirvienta?

Rosalina está al pie de la escalera, con una bandeja de galletas y té en las manos. Profiere un pequeño grito cuando la miro y casi se le cae la bandeja.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! No quería molestar. Es que oí voces y tenía demasiada comida para mí sola, y pensé que Kel querría un poco. Keldarion, quiero decir. Príncipe del Invierno. Príncipe del Invierno. Ah, me voy a… —Da media vuelta.

—Aguarda —dice Quellos—. ¿Eres humana?

—¡Sí! —chilla—. Soy Rosalina O'Connell.

—Interesante. No sabía que aceptaras humanos a tu servicio, Keldarion —reflexiona Quellos.

El hielo cruje bajo mis botas y me coloco entre los dos.

—Tú ya te ibas.

—Sí. Sí, así es —dice Quellos—. Encantado de conocerte, Rosalina. Quizá nos veamos en el futuro. —Abre la puerta.

Una ráfaga de aire frío me golpea. No se parece al frío de mis aposentos, donde las zarzas lo han afectado todo, incluso a mi propia magia. No, este viento trae consigo el aroma a humo de leña y a castañas asadas. Un leve toque de pino y abeto, procedente del

bosque de Buttercup, se mezcla con el olor terroso del suelo cubierto de nieve. La aguda dentellada del frío glacial persiste en el aire después de que la puerta se cierre de golpe tras él.

Huele a hogar.

—¿Qué demonios? ¿Adónde ha ido? —chirría Rosalina—. Eso de ahí fuera no parecía el zarzal.

—¿Sabías que estabas escuchando a escondidas una reunión política privada?

—¡No estaba escuchando a escondidas! —Su rostro adquiere un exquisito tono rosado—. Solo intentaba ser amable y traerte una galleta.

Mis botas golpean con fuerza el hielo que se forma a cada paso mientras acorto la distancia que nos separa. Rosalina me sostiene la mirada. Me detengo justo delante de ella, con la bandeja como único obstáculo entre los dos.

Me viene a la mente su imagen cuando la arrinconé contra los muros del castillo. Se la veía pequeña y asustada, como un ratón ciervo frente a mi lobo. ¿Lo sabía? ¿Sabía que estaba más segura conmigo, su captor, que con ese monstruo de espinas? Solo imaginar sus manos acariciando su pálida piel…

—Keldarion, ¿por qué me miras como si quisieras comerme? —susurra.

Acerco la mano despacio a la bandeja, cojo una galleta y la muerdo.

—Gracias, Rosalina.

Suelta lo que parece un largo suspiro.

—Así que…

—¿Qué?

—¿Me vas a explicar a dónde fue ese hombre espeluznante de

labios azules?

Se me dibuja una sonrisa en la comisura de los labios.

—Ese hombre de labios azules era mi visir real, y se marchaba al reino del Invierno.

—Tienes que enseñarme cómo funciona —dice.

Supongo que no estaría de más explicárselo, teniendo en cuenta que no quiero que acabe por accidente en un sitio donde no debería estar.

—¿Por qué no me dices qué crees tú?

Enarca una oscura ceja y deja la bandeja sobre la mesa auxiliar, junto a un viejo reloj polvoriento y un candelabro. Se inclina, pasando los dedos por el marco de la puerta. Su cabello castaño cae como una cascada por su cuerpo, enmarcando las curvas de su pecho. Marigold la ha vestido hoy con unos pantalones de talle alto que se ciñen a sus largas y torneadas piernas. Respiro hondo para serenarme mientras otra imagen invade mi mente.

Menuda desfachatez por parte de Caspian enviar a esa fae, compararla siquiera un poco con Rosalina. «Me está provocando». Y no hay nada que pueda hacer al respecto, no sin que sus sospechas aumenten.

Me doy la vuelta. Pensar en él solo hace que mi corazón hierva de ira. Este momento es para Rosalina. Le daré otro minuto para que intente descubrir de qué forma funciona la puerta antes de mostrarle sus secretos.

El nostálgico aroma de la nuez moscada, la canela y las manzanas maduras llena el vestíbulo. Algunas hojas doradas flotan alrededor de Rosalina. En un abrir y cerrar de ojos estoy a su lado y la atraigo con fuerza contra mi cuerpo. Alcanzo a ver un sendero de tierra y árboles otoñales cubiertos de maleza antes de cerrar la puerta de

golpe.

—¿Cómo la has abierto? —gruño, girándola hacia mí.

—Con el picaporte de la puerta —dice, y me empuja del pecho para liberarse. La suelto.

Rosalina señala la puerta.

—Empujé el picaporte y apareció este pequeño disco. Tenía un copo de nieve. Luego lo moví. Vi una rosa, un tulipán, una concha, y me detuve en esta hoja. Y se abrió a… —Gira hacia mí, con los ojos como platos por la emoción—. ¿Era el reino del Otoño? ¿Cómo es posible?

—La reina fae construyó este castillo para que fuera accesible desde todos los reinos. El castillo se encuentra físicamente dentro del zarzal, pero gracias a la magia aparece en los cuatro reinos —explico mientras miro el intrincado disco chapado en rosa que hay sobre el pomo de la puerta. Suele estar oculto. No debería haber sido capaz de percibir la magia con tanta facilidad—. La puerta se abre fuera del castillo en cada reino, pero los exteriores de los castillos son meros caparazones. Solo Castletree tiene un interior.

—Todas conducen aquí, al zarzal —reflexiona.

—En efecto. Aunque cada reino tiene su propio castillo real, donde suele residir la familia del máximo gobernante.

—Familia —dice Rosalina, y oigo el dolor en su voz. Ahora está pensando en su padre, el intruso—. ¿Tu familia…?

—Mi padre fue un príncipe mejor de lo que yo jamás podría soñar ser, y mi madre fue una gobernante gentil y caritativa.

—Kel —susurra—. ¿Dónde están tus padres ahora?

—Víctimas de los del Inframundo —gruño.

—Lo siento mucho…

La interrumpo y apoyo la palma de la mano en la puerta. Una

corriente mágica aún la atraviesa.

—Antes de la maldición, el personal y los visitantes podían entrar en Castletree con libertad. Pero hemos prohibido el uso de estas entradas. El único autorizado a usarlas es Perth Quellos, mi visir.

Rosalina me observa durante largo rato y luego se acerca al espejo colgado junto a la puerta.

—¿Y esto?

—¿Alguna vez dejas de hacer preguntas?

Esboza una sonrisa que hace que me dé un vuelco el corazón.

—Vives en un castillo encantado. Hay mucho por lo que sentir curiosidad.

—El espejo es otra reliquia de la reina fae. Solo los príncipes pueden utilizarlo.

—Para ir donde quieran —dice.

Enarco una ceja.

—Buena suposición.

Desliza un dedo por el elegante borde dorado del espejo, que se ondula como el agua en la superficie de un lago.

—A medida que las espinas continúan drenando la vida de Castletree, la magia del espejo también se desvanece —añado en voz queda.

Rosalina aparta la mano y se vuelve hacia mí.

—Y el símbolo de la rosa en el disco… —Su voz tiene un tono extrañamente enigmático—. Había algo en ese emblema. Si pudiera verlo otra vez…

Tiro de su brazo y la acerco a mí. Ella me mira un momento, presa de la confusión, esperando que diga algo.

—No quiero poner a prueba la magia más de lo necesario hoy.

Rosalina asiente despacio en señal de comprensión, pero no se

aparta de mí. De hecho, se acerca un poco más.

—Kel, ¿es cierto que no has vuelto al reino del Invierno desde la maldición?

—Lo es.

Su sonrisa resplandece como la primera nevada.

—Bueno, gracias a mi fisgoneo, se me ha ocurrido una idea maravillosa sobre cómo romper la maldición.

Antes de que pueda decir nada más, se marcha bailando.

Exhalo un suspiro. Que tenga esperanza. La misma esperanza que tiene Farron. Aquella a cuyos jirones se aferran Dayton y Ezryn.

Pero yo sé la verdad.

Para mí, nunca habrá forma de romper esta maldición.

33

Rosalina



Nuestro primer desayuno familiar, y por familia me refiero a mis cuatro captores fae y a mí, es tan incómodo como nuestras cenas.

Las cenas de las últimas semanas han seguido un patrón bastante marcado; Farron explica nuestras investigaciones, pero Keldarion lo interrumpe y suele dirigir su ira hacia Dayton o Ezryn, según de qué humor esté. A veces, Ez y Kel se alían para atacar a Dayton cuando este se muestra especialmente irritante, y eso siempre resulta divertido.

Aunque Ezryn solo asiste la mitad de las veces. Y Dayton a veces está tan borracho que pierde la consciencia antes de llegar al comedor. Y si llega, lo único que puede hacer es quedarse sentado, medio dormido, mientras Farron intenta darle la sopa con una cuchara. En cierto modo, resulta enternecedor.

Por suerte, no he tenido que soportar más cenas incómodas a solas con Keldarion.

Además de las cenas, paso la mayoría de los días con Farron, investigando en la biblioteca. Me muero por saber más de él, de los

otros príncipes y del mundo. Pero todos son muy reservados con la información. Ni siquiera Marigold y Astrid son de mucha ayuda. La primera solo quiere hablar de lo guapísimos que son los príncipes, lo cual es comprensible. Más les vale a sus futuras compañeras enviarme unas bonitas cartas de agradecimiento. Y la segunda tiene demasiado miedo de Keldarion como para contarme nada jugoso, pero eso también es comprensible. Su temperamento es más voluble que el de un gato.

Pero lo más aterrador de todo es que cuanto más tiempo paso aquí, menos me siento como una prisionera y más como otro miembro de la casa, desesperado por romper esta maldición.

Pero voy por buen camino. Muy pronto los príncipes tendrán a sus almas gemelas en sus amorosos brazos y yo estaré en casa, en Orca Cove, escuchando cotilleos en la librería.

Sacudo la cabeza y me meto media magdalena de arándanos en la boca.

—Bueno —empieza Dayton, dando vueltas a su zumo de naranja, que huele demasiado fuerte—, ¿qué va a hacer todo el mundo para la luna llena?

La luna llena. Están entusiasmados con ello, o al menos Dayton lo está. La única noche del mes en que la maldición no tiene efecto. Es algo que Farron y yo investigamos brevemente. Suponemos que la magia de la hechicera no es tan potente durante la luna llena, o igual es que su magia fae está en todo su apogeo. El caso es que la maldición no les ha afectado ni a ellos ni al personal del castillo en luna llena durante los últimos veinticinco años.

Había hecho un broma sobre que las películas de hombres lobo se equivocaban, pero Farron no la había pillado.

—En serio —continúa Dayton—, ¿qué vais a hacer para la luna

llena?

—Transformarme en lobo y cazar goblins —dice Ezryn, sentado con aire impasible. No hay comida delante de él, por supuesto.

Dayton se lleva una mano al corazón, atónito.

—Es la única noche del mes que no tienes que convertirte en ese chucho sarnoso.

—Los goblins aterrorizan nuestros reinos sin descanso —alega Ezryn—. Así que yo haré lo mismo.

—Yo no, hermano —dice Dayton—. Necesito un descanso. La ocasión de ser un hombre.

—¿Un descanso de qué? ¿De beber durante el día? ¿De bañarte en tus termas? —murmura Farron con amargura.

Ahora que lo pienso, ayer también estaba de mal humor. Hubiera pensado que estaría encantado por tener la oportunidad de no pasar la noche en ese sucio calabozo.

—Emborracharse durante el día no es nada comparado con saborear un vino dulce de bayas mientras sientes la brisa marina de la noche en la cara —continúa Dayton—. Yo, por mi parte, volveré al reino del Verano para disfrutar con su belleza.

—No pienses demasiado bien de él —dice Keldarion—. No tiene intención de ocuparse de ningún asunto político mientras esté allí.

—¿Cómo voy a preocuparme de eso teniendo al alcance todos los placeres de las gloriosas noches del Verano? Sus deliciosos vinos y sus aún más deliciosas faes. —Dayton sonríe—. Además, mi hermana tiene todos los asuntos políticos bajo control.

—Tu hermana es una cría. —Farron echa la silla hacia atrás y lo fulmina con la mirada—. Te engañas con eso igual que con todo lo demás.

La sonrisa no se borra de la cara de Dayton, pero juro que veo algo

parecido al dolor en sus ojos.

—Todos aquí estamos de paso. Puedes aprovechar el tiempo o malgastarlo encerrado en tu vieja y polvorienta biblioteca buscando algo que nunca vas a encontrar. ¡Pero oye, nunca se sabe! A lo mejor mi compañera me cae encima en el reino del Verano y yo mismo rompa esta puñetera maldición.

A Farron se le llenan los ojos de lágrimas y se encamina con paso airado hacia la salida situada al otro lado de la estancia.

—¡Farron, espera! —grito.

—Tengo que prepararme. —Se detiene en la puerta, con una expresión suave en el rostro—. Me voy al reino del Otoño a ver a mis padres. Es bueno pasar la noche allí de vez en cuando.

Y dicho eso, se va. Me sorprende que la ardiente mirada de Dayton no perfore un agujero en la pared.

Vale, tengo que hablar sobre mi plan. Pero ahora que mi mano derecha se ha ido, estoy un poco nerviosa.

—¿Adónde vas tú para la luna llena, Keldarion? —pregunto, intentando ganar algo de tiempo.

—Estaré aquí —afirma.

Se acabó lo de ganar tiempo.

—Kel no ha salido del castillo en veinticinco años —dice Dayton—. Se rumorea que eso no es lo único que no ha…

—Deberías medir tus palabras cuando hablas con el príncipe del Invierno —dice Ezryn. Se le encomendó la Espada del Protector…

—Sí, y mira para lo que nos sirvió —contesta Dayton de forma acalorada. Lo de Farron debe de haberle afectado de verdad—. Kel nos jodió a todos. ¿Para qué? Para acostarse con las sombras…

—¡Basta! —gruñe Keldarion, golpeando la mesa con las manos. Una capa de escarcha cubre la comida, que parece consumida por el

frío.

Vale, es ahora o nunca.

—¡Sé cómo romper la maldición! —grito y me pongo en pie, haciendo que todos claven sus ojos en mí—. Bueno, tengo una suposición. Una hipótesis, en realidad. Algo que Farron y yo pensamos que valdría la pena probar.

En realidad, cuando le conté a Farron mi idea, hizo una mueca y murmuró algo sobre que a estas alturas intentaría cualquier cosa. Pero me ha dejado sola, así que la verdad será lo que yo diga.

Parece que a Kel le apetece mucho menos escuchar mi idea que moler a palos a Dayton, que parece ser su objetivo actual. Pero, por suerte, Ezryn gira hacia mí su metálica cabeza.

—Comparte tus conocimientos, Rosalina —dice.

Los nervios revolotean en mi estómago y un rubor tiñe mis mejillas.

—Farron y yo hemos estado investigando mucho. Y tengo que decir… que Dayton tiene razón.

Dayton parece el más sorprendido de todos, pero el rostro de Kel muestra un desagrado igual de evidente, y puedo imaginarme la expresión estupefacta de Ezryn bajo su máscara.

—Lo que quiero decir es que sí. Tal vez su compañera caerá justo en su… uh…

—Si te pones así de roja solo con pensar en mi polla —dice Dayton —, imagínate cómo estarías con ella en…

—¡Deja de ser grosero! —espeto—. La cuestión es que Dayton tiene razón al decir que podría encontrar a su alma gemela en el reino del Verano. Desde luego, no vais a encontrar a vuestra compañera sentados en Castletree sin conocer a nadie nuevo. No vais a despertaros un buen día y a sentir que vuestro vínculo de

apareamiento cobra vida de golpe dentro de vosotros.

—¿Y por qué no? —Kel me fulmina con la mirada.

—¡Porque no funciona así!

—¿Ah, no? —Su mirada es un fuego azul que arde al otro lado de la mesa.

Durante este último mes he leído todos los libros sobre el tema de los compañeros de la puñetera biblioteca, y parece que Keldarion está empeñado en poner a prueba mis conocimientos.

—Vale, técnicamente podrías despertarte una mañana y sentirlo. Pero es poco probable. Lo más seguro es que algo tenga que desencadenarlo.

—¿Y cuáles son esos posibles desencadenantes, Rosalina?

Respiro para tranquilizarme.

—Esto no tiene nada que ver con mi…

—¿Deberíamos traer a Farron aquí para que nos lo explique como es debido?

—Los posibles desencadenantes para despertar vuestro vínculo podrían ser un incidente en el que vuestra compañera o vosotros estuvierais a punto de morir. Cualquier emoción intensa, de cualquiera de los dos, dentro de una cierta proximidad, podría activarlo. Y la proximidad es algo que Farron y yo hemos estado investigando. Por lo que hemos podido deducir, no es infinita. No estoy segura de la magia de este castillo, pero no creo que vuestros vínculos lleguen hasta vuestros reinos. Posiblemente al zarzal, ya que es ahí donde el castillo se asienta en la realidad, pero a menos que tu pareja sea un goblin, no vas a sentirla al azar, Keldarion.

Clava la mirada en la mía y se mete una uva en la boca. Al menos eso hace que guarde silencio por ahora. Me vuelvo hacia Ezryn y Dayton.

—Creo que la maldición ha hecho que vuestros vínculos de apareamiento permanezcan latentes. O podría ser el hecho de que la mayoría no salís del castillo. —Farron me dijo, que al principio, Dayton, Ezryn y él habían intentado pasear por los reinos durante el día, pero no encontrar nada había ido erosionando su esperanza año tras año. Y sus compañeras tendrían que quererlos, bestias incluidas —. Dayton, es probable que seas el que ha estado más expuesto, y a veces sales a beber durante el día y en luna llena. ¿Alguna vez has sentido…?

—He sentido muchas cosas —dice Dayton.

—Escuchad. —Sacudo la cabeza, pasándome las manos por el pelo mientras intento recordar los pasajes de mi libro—. En todos los libros dicen que el vínculo es indescriptible, lo cual resulta muy poco útil. Pero por lo que sé, es como si… como si la luz de las estrellas encendiera todo tu cuerpo, haciendo que te des cuenta de que había un vacío en tu corazón que ahora está lleno…

Mi voz se apaga al ver que todos me miran con expresiones ilegibles. Bueno, todos excepto Ezryn. En sus ojos solo veo la expresión incómoda de mi rostro.

—Dayton, ¿has sentido algo así antes?

—No —dice de forma automática, pero desvía la mirada hacia la puerta antes de mirarme de nuevo a mí.

Inútiles, todos y cada uno de ellos. Cada día me sorprende menos que estos idiotas no hayan roto la maldición. ¡Juro que podría sentarles en el regazo a cada una de sus compañeras y ni siquiera así serían capaces de romper la puñetera maldición!

Por desgracia, debo seguir adelante.

—Encontrar a vuestras compañeras es la parte importante para romper esta maldición, ¡y vamos a hacerlo con terapia de exposición!

—¿Qué? —Dayton parpadea.

—En otras palabras: ¡un gran baile! —exclamo, levantando los brazos para darle más énfasis.

—¿Un baile? —repite despacio Ezryn.

—Sí. —Tomo aire para explicarme antes de que puedan detenerme —. Es la oportunidad perfecta para conocer a muchas personas disponibles… y tocarlas. A veces, el mero hecho de estar en la misma habitación que tu alma gemela puede hacer que se despierte el vínculo. Farron y yo pensamos que cada uno de los reinos podría organizar uno. De ese modo, podríais conocer faes de todo el Valle Encantado.

—Ya me conoces, amor. —Dayton esboza una sonrisa—. Siempre estoy listo para una fiesta.

—Faltan unas semanas para el solsticio de invierno. Si celebramos nuestro primer baile en el reino del Invierno, también podría ayudar a inspirar al pueblo —sugiero con cautela. Por lo que había dicho el visir de Kel, al reino del Invierno no le vendría mal que le levantaran un poco el ánimo.

—El solsticio no cae en luna llena —dice Ezryn—. Tendría que ser durante el día.

La esperanza crece dentro de mí. Eso no es una negativa.

—Sí, podríamos anunciarlo como una celebración de un día entero. Difundir rumores de que los príncipes están buscando pareja. Eso atraerá a una multitud entusiasta.

—¿Bailar con un montón de mujeres fae y beber durante el día? —Dayton suelta una carcajada—. Tienes mi apoyo.

—Supongo que la idea tiene ciertas ventajas —aduce Ezryn—. Pero tendríamos que ser muy cautos y regresar al castillo antes del anochecer. Nadie puede enterarse de la maldición.

—¡Por supuesto, podemos organizar todo eso! ¡Estoy segura de que vuestros vínculos de pareja florecerán en un entorno tan romántico! —Casi pego un brinco de la emoción. Están muy interesados. Hasta que me giro hacia Keldarion.

Tiene una expresión tormentosa, y me veo atrapada en el torrente mientras me fulmina con la mirada.

—Puedes usar mi reino e invitar a mi pueblo, pero yo no asistiré.

—Kel, tienes que ir —digo de golpe.

—Mi respuesta es definitiva —gruñe.

Este plan se desmorona si Keldarion no asiste. Sobre todo porque vamos a empezar por su puñetero reino. ¿Acaso cree que un bien día se despertará con su vínculo de pareja activo? O tal vez no le importa. No le importa este castillo, los demás príncipes ni nadie, excepto él mismo.

—¡Eres un puto egoísta, Kel! —digo con desprecio.

Busco la magdalena más quemada de la cesta, la cojo y se la tiro tan fuerte como puedo. No la coge, aunque creo que hubiera podido hacerlo con facilidad. Es simplemente que él no considera que merezca la pena el esfuerzo, y la magdalena rebota de forma inofensiva contra su pecho duro como una roca.

Engancho otra magdalena, pero él ya ha rodeado la mesa y me agarra la muñeca, cubriendo con la mano el brazalete que simboliza el trato que hicimos.

—Hablando así, encajarás perfectamente con el resto del reino del Invierno, Rosalina.

34

Rosalina



Después de desayunar, recorro los pasillos con paso airado, sin mirar por dónde voy. ¿Qué coño le pasa a Keldarion? ¿Cómo voy a romper esta maldición si él no pone de su parte? Y si no rompo la maldición, nunca conseguiré mi libertad ni volveré a casa.

—No te hagas daño, cariño. —Unas manos firmes me agarran por los hombros y me apartan de una espina bastante grande. Me giro y veo a Dayton detrás de mí—. ¿Va todo bien?

—No —gruño, y sigo caminando—. No entiendo a Keldarion. Se diría que disfruta siendo una bestia.

—A ninguno de nosotros nos gusta. —Dayton me sigue—. Pero Kel…

—¿Lo ves? ¡Ni siquiera a ti se te ocurre una excusa!

—No es eso. Kel es muy sensible con el tema de las compañeras.

Me paro, sintiendo que algo me oprime el pecho.

—¿Por qué?

Dayton mira de un lado a otro con inquietud y luego apoya la

mano en una de las espinas.

—Mira, Kel tuvo un gran amor, y decir que acabó mal sería el puto eufemismo del siglo.

¿Keldarion se ha enamorado antes? Es sorprendente.

—¿Ese gran amor era también su compañera predestinada?

—Espero que no. —Dayton se ríe—. Pero no, no lo creo.

—¿Qué les pasó? —pregunto.

—¡Basta de preguntas! —espeta Dayton, y luego añade—: Por el amor de Dios, ¿estás llorando, florecilla?

Me limpio los ojos.

—¡No! Es solo que… ¿Cómo voy a ayudaros si Kel ni siquiera lo intenta?

Dayton suspira y me rodea con el brazo, atrayéndome contra su cuerpo. Desprende un calor muy agradable, y al respirar su aroma, una dulce combinación del olor de la brisa marina y del sol, me envuelve una sensación de paz.

—Si tuviera corazón, entendería por qué Kel no está tan ansioso por encontrar a su compañera —dice Dayton—. Pero como está claro que soy un iluso incapaz de sentir nada, estoy de acuerdo contigo. Keldarion es un auténtico capullo, y si tengo que seguir sacrificando mis noches por ese puñetero lobo dorado el resto de mi vida, lo más seguro es que acabe matándolo.

—Sí, un auténtico capullo. —Disfruto de esta nueva sensación de paz, sintiendo el pecho firme de Dayton contra mi mejilla. Pero él me aparta y la ira vuelve al instante.

—Pero esta noche, ese puto lobo se queda encerrado. —Dayton esboza una sonrisita arrogante mientras algunos cabellos rubios le caen sobre la cara—. Y tengo que prepararme.

—Vaya.

—Rosalina, amor. —Todavía debe ver el desaliento reflejado en mi cara, porque acerca la mano y me da un suave golpecito bajo la barbilla—. Hay tres maneras de deshacerse de la ira. Pelear, beber o follar. Pídele a Marigold que te prepare algo especial esta noche. Es sorprendente lo bien que se le dan los cócteles.

Se da la vuelta y se dirige al pasillo. Algo burbujea en mi pecho, un anhelo rebelde, como si aún no estuviera preparada para que se vaya.

—Llévame contigo al reino del Verano —digo.

Guarda silencio durante medio segundo.

—No —espeta antes de seguir caminando.

—Quiero hacer lo que has dicho. —Corro detrás de él—. Llévame contigo.

—En caso de que lo hayas olvidado, eres prisionera de Kel.

Frunzo el ceño.

—Técnicamente, soy prisionera de este castillo y de los príncipes fae. Si estoy contigo, no estoy escapando.

Dayton se para y me topo con su sólido cuerpo.

—Por si no te has dado cuenta, a Kel no le gustan los tecnicismos. Y yo valoro mi cabeza. Mucho. ¿Has visto lo atractiva que es?

—Vale. —Respiro—. Supongo que de verdad eres el cachorro de Keldarion.

Me doy la vuelta y me alejo un paso, luego dos, hasta que él me gira con brusquedad y mi espalda choca con un duro muro de piedra. Dayton está frente a mí, con una de sus piernas entre las mías.

—¿Quién diría semejante crueldad sobre mí? —Acerca su rostro a mi oreja, con suaves mechones de pelo haciéndome cosquillas en la mejilla.

Intento calmar la respiración.

—Fue el príncipe de las Espinas.

Dayton suelta una carcajada sin rastro de humor.

—Cuando me enteré de que había estado aquí, de que se había acercado tanto a ti…

—¿Qué? —Levanto la cara y mi pecho roza su torso. El calor me recorre el cuerpo.

Dayton cierra los ojos con fuerza.

—Kel debería haberlo matado por acercarse tanto.

¿A mí o al castillo?

Dayton se aparta de la pared.

—Nos vemos junto al espejo al anochecer. —Mira por encima del hombro con una sonrisa peligrosa—. Y vístete para una noche calurosa. A fin de cuentas, vamos a mi reino.

35

Rosalina



—No necesitas un león de peluche. —Dayton me aparta del puesto del vendedor, lleno de animales de peluche y otras criaturas fantásticas.

—Pero tiene alas, Dayton —me quejo.

Hace una hora que cruzamos el espejo encantado y entramos en un callejón del reino del Verano. Estuve a punto de preguntar si podía cambiar el disco de la puerta para entrar en el reino del Verano por allí, pero Kel me había dicho que esos caminos estaban cerrados desde hacía mucho tiempo.

Además, Dayton quería llegar cerca de la vida nocturna del reino, por lo que salimos del callejón a un bullicioso mercado al aire libre. El bazar era un hervidero de actividad y colorido, lleno de gente deambulando con ropas vistosas, mercaderes pregonando sus mercancías desde pequeños carros y artesanos exponiendo sus intrincados trabajos, que iban desde joyas hasta cuadros, pasando por piezas de vidrio soplado. Esta zona está situada junto al mar; los barcos pasan por el puerto y el sol poniente se refleja en las olas.

Dayton pone los ojos en blanco y saca unas monedas del bolsillo.

—Un león de peluche.

El vendedor abre de forma desmesurada sus arrugados ojos.

—Para el príncipe, es un humilde regalo.

—No, insisto. —Dayton deja las monedas de oro sobre el mostrador.

El vendedor mueve los ojos a derecha e izquierda.

—Mi príncipe, si no es mucha indiscreción preguntarlo, ¿cuándo volveréis a casa para quedaros?

La expresión traviesa que Dayton tenía hace un momento palidece antes de volver a convertirla en una sonrisa arrogante.

—Por desgracia, todavía hay muchas espinas que rodean Castletree. Los demás no pueden contener la magia oscura sin mí.

El vendedor levanta la vista y yo sigo su mirada. La ciudad asciende en pendiente, y desde aquí puedo ver Castletree a lo lejos.

Pero es una ilusión. Se me ha explicado que solo la puerta principal está físicamente aquí, en el reino del Verano. Si alguien la cruzara, se encontraría dentro del castillo real, en el corazón del zarzal. O al menos así era antes de que cerraran las puertas para ayudar a ocultar la maldición.

Más abajo de Castletree se alza un hermoso palacio sobre un acantilado con vistas al mar. El Palacio de Verano, me dijo Dayton, donde ahora reside su hermana menor, la guardiana encargada de gobernar en su ausencia. Los muros están construidos con una mezcla de piedras de marfil y jade, con torrecillas doradas que brillan como el propio sol.

El vendedor asiente, mirando a Dayton con admiración.

—En mi opinión, deberían haberlo coronado Protector Jurado de los Reinos después de lo que hizo el príncipe del Invierno.

Dayton esboza una débil sonrisa y coge el león. Me empuja el

peluche contra el estómago con más fuerza de la necesaria. ¿De qué iba eso? ¿Qué hizo Kel?

—Gracias —digo.

Pero Dayton se limita a gruñir. Las palabras del vendedor lo han puesto nervioso. Me giro de nuevo hacia el mercado. Resulta muy extraño estar entre una multitud después de haber estado encerrada en el castillo durante más de un mes.

El viento del océano me acaricia la piel y me envuelvo en mi capa. Por sugerencia de Dayton, vamos vestidos con prendas de color negro para pasar desapercibidos. Aun así, eso no ha impedido que la gente lo reconozca.

—No es la primera vez que oigo que llaman Protector Jurado a Kel —digo—. ¿Qué significa?

Dayton me mira, me coge de la mano y tira de mí hacia un callejón. Empezamos a caminar siguiendo un muro de piedra adornado con tallas. Algunas son una especie de esculturas que parecen que vayan a saltar del muro. Trato por todos los medios de captar los detalles, pero Dayton sigue caminando.

—El Valle Encantado era un lugar próspero y maravilloso cuando la reina se marchó —explica Dayton—. Quiso dejar un protector para preservar la paz en su ausencia. Tomó una de las cinco armas divinas de la Antigüedad y se la confió al gobernante supremo del reino del Invierno.

Se detiene frente a la pared y contemplo una talla de cinco armas increíbles; una espada, un martillo, un tridente, una lanza y un arco impresionante. Acerco la mano con suavidad para acariciar el arco, decorado con constelaciones grabadas. Es tan realista que siento que podría arrancarlo de la pared.

—¿Qué son las armas divinas?

—Reliquias antiguas —dice Dayton, deslizando los dedos por el tridente antes de apartar la mano—. La reina y los gobernantes supremos las utilizaron durante la creación del Valle Encantado para derrotar a los del Inframundo. Pero después de la guerra, dijo que un poder así no tenía cabida en un mundo de paz. Las guardó en un monasterio hasta que el Valle volviera a necesitarlas.

—Como cuando se marchó —digo, recorriendo la pared con mi mano hasta posarla en la espada.

—Sí. En su ausencia, quiso dejar a alguien que cuidara del Valle Encantado, así que nombró al gobernante supremo del Invierno como Protector de los Reinos y le permitió empuñar la Espada del Protector en todo momento. Desde entonces, ha pasado de un gobernante supremo del Invierno al siguiente. Ahora está en manos de Kel. Aunque una espada no sirve de mucho contra una maldición.

—Entonces, Kel vela por todos.

Dayton suelta un bufido.

—Esa es la idea. Se supone que ese capullo helado es un guardián del Valle. Se espera que lidere a los otros gobernantes supremos en tiempos de crisis. Farron, Ez y yo… aún lo respetamos. Pero desde luego no es ningún gran héroe para los reinos. No desde la Guerra de las Espinas.

Dejo caer la mano.

—Tal vez solo necesita encontrar la confianza en sí mismo.

—Sí, bueno, perdió la confianza de su gente hace mucho tiempo.

Antes de que pueda seguir preguntando, Dayton me da un tirón del brazo.

—Vamos —dice, y me conduce de vuelta a la concurrida calle principal—. No te he traído aquí por las historias polvorientas del

pasado. Te he traído aquí para vivir.

Una gran ovación llena el aire; al levantar la vista, veo que pasamos por delante de un enorme edificio con imponentes arcos de mármol y piedra arenisca. Las paredes también están cubiertas de intrincadas tallas y estatuas, y a través de la abertura alcanzo a ver asientos dispuestos en gradas. Los gritos de la multitud resuenan en el aire. Fuera, hay más mercaderes vendiendo discos de arcilla con grabados de guerreros.

—¿Qué es ese sitio? —pregunto mientras la multitud ruge de nuevo.

—El Coliseo del Sol, piedra angular del reino del Verano —dice Dayton, siguiendo mi mirada—. Es donde se forjan los mejores héroes. Los fae ponen a prueba su fuerza y valentía entre ellos o contra monstruos del Inframundo.

—¡Vaya! —exclamo—. Como antiguos gladiadores.

Dayton me guiña un ojo.

—¿De dónde crees que sacaron la idea?

Ahora entiendo por qué reconocía parte de la arquitectura de aquí. Parece algo sacado de un libro de historia, una fusión de antiguos diseños romanos y griegos. Los fae y los humanos están más entrelazados de lo que nunca imaginé.

—Aunque no tenemos esclavos, por supuesto —dice Dayton—. Es un gran honor luchar en la arena. De hecho, se espera que los miembros de la casa real luchen para demostrar su valía.

—Espera. —Lo agarro del brazo—. ¿Me estás diciendo que has luchado ahí de verdad? ¿Y sobreviviste?

—Por favor, eso no fue un desafío. —Sonríe con aire arrogante—. Podría vencer a seis de esos luchadores con los ojos vendados.

—¿Podemos mirar?

—¿Te sientes un poco sedienta de sangre hoy, florecilla? —Algo titila en sus ojos cuando mira hacia la arena, y no sé si es tristeza, nostalgia o… miedo.

—¿Dayton?

Me pasa un brazo por el hombro.

—Quizá en otra ocasión. El sol se está poniendo y aún no he bebido nada. Algo que hay que rectificar ahora mismo.



Nos adentramos en la ciudad hasta que Dayton me lleva a un bar, aunque estoy segura de que los fae lo llaman de otra manera. Una hermosa mujer fae nos recibe en la entrada.

—Permíteme tu capa —dice Dayton.

—He seguido tu consejo. —Me desabrocho la capa y se la doy—. El personal me ayudó encantado a encajar en el reino del Verano.

Marigold y Astrid se habían asegurado de que pasara desapercibida. Después de hacerles prometer que guardarían el secreto, mostraron un gran entusiasmo cuando les dije que pasaría la noche en uno de los reinos. Marigold reclutó a Flavia, una sirvienta del reino del Verano. Es una antigua modista que pasa las noches convertida en una pequeña cabra.

La sonrisa en su cara cuando trajo el surtido de vestidos del reino del Verano hizo que estuviera dispuesta a hacer casi cualquier cosa que me pidiera. Casi. Parece que a los fae del reino del Verano no les gusta mucho taparse, y tuvimos que rebuscar entre varios vestidos hasta que encontré uno con mangas. O lo más parecido que pude encontrar. Me conformé con un tejido morado claro que me envolvía los antebrazos y unas mangas con aberturas en la parte superior de

los brazos. El vestido cae en pliegues por delante y va sujeto en los hombros con un broche dorado en forma de concha marina. La diáfana tela va fruncida en la cintura y se trasparenta un poco.

Lo que llevó a Astrid a su siguiente motivo de preocupación; mi cuerpo y lo poco que me había estado cuidando desde que estaba allí. Bueno, discúlpame. No pensé que cosas como afeitarme las piernas o arreglarme las uñas fueran importantes mientras estaba encarcelada y trabajando en romper una maldición feérica.

Estaba claro que me había equivocado.

«Querrás sentirte lo mejor posible cuando tengas una cita con un príncipe fae», había dicho Astrid, preocupada. A lo que yo le respondí de inmediato que en ningún caso iba a tener una cita con un príncipe fae.

Todo rastro de decoro humano salió volando por la ventana del castillo cuando me desnudé y Astrid me afeitó las piernas con una larga navaja. Mientras tanto, Marigold me aplicaba aceite en la piel y nos decía que si no tenía una cita con un príncipe fae, debería intentar pillar cacho con algún fae del reino del Verano, porque «son lo que mejor follan y luchan de los cuatro reinos».

Astrid se limitó a asentir. Y no se limitó a afeitarme solo las piernas.

Después de restregarme, lavarme y embadurnarme de aceite hasta dejarme tan resbaladiza como una cría de foca, volvimos a vestirnos. Flavia insistió en peinarme también. Me hizo unas intrincadas trenzas en forma de corona en la parte superior de la cabeza. Incluso las sujetó para que me cubrieran las puntas de las orejas y así me resultara más fácil pasar desapercibida. Era el equivalente a meter a un gatito en la jaula de los leones, pero agradecí el gesto.

Se me encogió el corazón al ver a esas mujeres ayudándome a

prepararme para mi no cita con un príncipe. Me hicieron prometer que a mi regreso les contaría todos los detalles, así como también lo que pensaba sobre el reino del Verano.

Pero quizá no tengo tan buen aspecto como creía, porque Dayton no dice ni una palabra. Me mira en silencio, con la capa en la mano, parpadeando como un bobo. Vale, no me cabe duda de que ha estado con mujeres fae cien veces más guapas que yo, pero cabría pensar que al menos podría agradecer lo mucho que me he esforzado e inventarse un cumplido.

Se da la vuelta y entra en el bar sin mediar palabra.

36

Rosalina



Sigo a Dayton al bar fae. No se parece a nada que haya visto antes.

Mesas de piedra y elegantes columnas de mármol llenan una gran sala al aire libre. Hay un estanque poco profundo con una fuente y nenúfares en el centro. Unas hermosas hadas se pasean por el agua, con bebidas espumosas en las manos, charlando y riendo.

La brisa acaricia mi piel expuesta, y de repente me siento como si estuviera en un escaparate mientras los ojos de los fae se posan en mí. Es como si me estuvieran diseccionando. El rubor tiñe mis mejillas.

—Vamos —refunfuña Dayton, agarrándome de la muñeca y arrastrándome entre la multitud—. No me apunté para hacer de niñera toda la noche.

Le lanzo una mirada desdeñosa mientras intento zafarme de la fuerte presión que ejerce sobre mi muñeca.

—No necesito tu ayuda ahora que estamos aquí.

Me lleva a una mesa impresionante junto a una barandilla. Miro por encima del borde y veo el océano golpeteando contra el lateral

del edificio. En el centro de la mesa hay una vela con forma de cola de sirena.

Se me corta la respiración al contemplar al príncipe fae. Su túnica blanca se ciñe a su duro cuerpo y los pantalones marrones dejan poco a la imaginación. Su único adorno es el colgante de conchas marinas que acaricia su pecho y una espada corta que cuelga de su cinturón. Incluso sin las elegantes ropas doradas de un príncipe, los fae que nos rodean suspiran al apreciar el cuerpo perfecto de Dayton. Si bien su vestimenta es sencilla, su belleza emana desde el interior, prendiendo una chispa innegable.

—Espera aquí —dice y se levanta—. No te muevas.

Asiento con vehemencia, pero él vuelve un momento después con una botella de espumoso vino rosado y dos copas.

—El vino fae no es como el de tu mundo. Es potente, y dependiendo de quién lo embotelle, puede tener efectos distintos —explica mientras lo sirve—. Sobre todo en los humanos. Así que bebe unos sorbos a ver qué tal te sienta.

—Puedo aguantar el alcohol —miento descaradamente, recordando que la última vez que bebí fue medio botellín de cerveza, sola la pasada Nochevieja, antes de caer redonda a las once y media —. Tú preocúpate por ti y yo me preocuparé por mí.

Ladea la cabeza.

—Lo que tú digas, amor.

—¿Crees que alguien se ha dado cuenta de que me he ido contigo? —pregunto, cogiendo mi copa.

—Lo dudo. —Un claro mechón de pelo cae sobre sus ojos azules.

—¿Te pone nervioso hacerte el rebelde?

Marigold y Astrid habían dicho que me cubrirían lo mejor que pudieran. Aunque no creo que sea un problema. Farron y Ezryn se

han marchado, y el estúpido, testarudo y cabezota príncipe del Invierno nunca sale de su puñetera habitación después de cenar, así que nadie sabrá ni le importará que no esté allí una sola noche.

Pero lo único que puedo hacer es asentir y beber el primer sorbo de vino. Exhalo un pequeño suspiro mientras se desliza por mi garganta. No se parece a nada que haya probado antes. Burbujeante y dulce, con un toque de acidez, un sabor delicado con notas de miel y manzanas maduras.

—¡Madre mía, está delicioso! —Sonrío antes de beber otro buen trago—. ¿Así saben las chispas? —El final es refrescante, casi efervescente, y hace que me sienta como si hubiera mariposas revoloteando en mi estómago.

Dayton choca su vaso contra el mío.

—Brindo por una noche llena de bebida y de baile y por disfrutar de un buen revolcón —dice, y yo me sonrojo antes de beber un buen trago—. Para eso has venido, ¿no? —pregunta Dayton—. ¿Para fastidiar a cierto gilipollas de hielo?

—¡No quiero pensar en nada frío ahora mismo! —Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, inhalando el calor del aire—. A fin de cuentas, estamos en el reino del Verano.

—Así es —dice Dayton, y luego baja la voz—. Aunque debo decir que hay una cosa de ti que me sorprende.

—¿De mí?

—Hablas mucho de que quieres volver con tu padre —dice, con esa penetrante mirada azul—. Pero ¿no hay ningún hombre a cuyos brazos estés deseando volver?

Me llevo una mano a la muñeca izquierda y me retuerzo en el asiento, repentinamente incómoda.

—Bueno, en realidad…

—¿Quién es? —pregunta Dayton, y no sabría decir si lo que percibo en sus palabras es curiosidad o furia.

—Se llama Lucas. Tenemos una relación intermitente desde que tenía quince años, pero creo que ahora va en serio. Superserio. —Respiro hondo—. O al menos podría haberlo sido, si no me hubieran hecho prisionera los fae.

—Superserio, ¿eh?

—Me pidió que me casara con él justo antes de venir aquí. —Me tiro de una de mis trenzas—. Mi mundana vida romántica humana debe parecerte muy aburrida.

Por la forma en que me mira, no parece aburrido. Su mirada se clava en la mía. Pero acto seguido profiere una larga y sonora carcajada.

—Entonces, ¿deberíamos esperar algún intento de rescate condenado al fracaso de nuestra Rosa robada?

—¿Condenado al fracaso? Estás muy seguro de ti mismo. —Esbozo una sonrisa—. Lucas no es un fae, pero es un gran cazador.

—Nunca he perdido una pelea, y la primera no será contra tu humano, Rosie. —Hay una oscura promesa en sus palabras que me hace estremecer, aunque no de miedo.

—Bueno, no creo que tengas que preocuparte. —Bebo otro trago de vino, tratando de ahogar el nudo en mi estómago—. Lucas vio a esos goblins y se largó a casa. Seguro que cree que todo ha sido un mal sueño.

—¿Te dejó en manos de los goblins? —La furia bulle en las palabras de Dayton.

—A ver, nunca habíamos visto algo así —replico—. ¡Yo también estaba huyendo! Por desgracia, soy mucho más torpe y me caí a las espinas.

Dayton apura de un trago el resto de la botella de vino, pero antes de que pueda pedir otra, el camarero pone algunas más sobre la mesa, junto con un plato de fruta y frutos secos y una jarra de espumosa cerveza.

—De parte de los clientes. Querían presentarle sus respetos.

Dayton hace un gesto de agradecimiento a la multitud. Por Dios, no me había dado cuenta de la cantidad de ojos que estaban pendientes de nosotros. Supongo que el príncipe llama la atención. Pero Dayton sigue centrado solo en mí.

—¿Qué pasa con…? —empiezo, pero Dayton me interrumpe.

—Cuéntame más cosas sobre el tal Lucas.

—Es guapo. Pelirrojo. Cuando estábamos en el instituto, básicamente tenía su propio club de fans. Yo era su archienemiga número uno. —Sirvo más vino, que esta vez es de un vivo color morado. Sabe a moras y a los últimos rayos de luz en una noche de verano—. Le da mucha importancia a la familia. Siempre habla de comprar una casa, tener hijos… Ya sabes, el sueño de la casita con la valla blanca.

—¿Vas a decirle que sí?

Mi copa se detiene a medio camino de mis labios.

—A decir verdad, no he tenido tiempo de pensarlo.

—Ahí tienes tu respuesta —dice Dayton—. No.

—¿No? —Dejo la copa de golpe—. ¿Por qué dices eso?

—Si fuera un sí, lo sabrías. No tendrías que pensar nada.

Pongo los ojos en blanco.

—Mira, no soy una fae con un vínculo mágico de pareja que brilla y me dice quién es el elegido. Los humanos debemos pensar con la cabeza. En plan, ¿podemos hacernos felices a largo plazo? ¿Compartimos los mismos valores y objetivos? ¿Él…?

—¿Hace que te corras?

Escupo mi vino por toda la mesa. Dayton no se da cuenta. Se inclina hacia mí y me habla en voz baja:

—¿Es bueno contigo? ¿Te deja satisfecha? ¿Cuántas veces por noche te da placer, florecilla?

El sexo con Lucas era placentero, y la mayor parte del tiempo lo disfrutaba. Me gustaba estar cerca de él, lo intensos y apasionados que eran sus besos. Pero cuando pienso en los orgasmos alucinantes que experimentan las mujeres de mis novelas, mi mente se queda en blanco.

—No… no lo sé —balbuceo.

—Si no lo sabes, entonces la respuesta es «nunca».

—Bueno, yo…

—Antes de que le digas que sí a ese humano, necesitas vivir la experiencia de que alguien venere tu cuerpo como te mereces. Necesitas a alguien que te lleve al límite una y otra y otra vez.

Un calor líquido se acumula en mi vientre cuando sus palabras me envuelven.

—Marigold me dijo que los fae del reino del Verano eran los mejores amantes.

—¿De veras? —Dayton se arrima hasta que nuestras frentes casi se tocan. Tiene una mano apoyada en un lado de la mesa, y los grandes músculos de sus brazos se tensan.

—Sí —susurro, y cierro los ojos despacio.

—Entonces estoy seguro de que aquí encontrarás algún fae lo bastante desesperado como para darte eso. —Dayton se sienta de golpe en su silla otra vez, riendo.

Una absurda sensación de decepción crece en mi vientre. Por supuesto que Dayton no está interesado en mí. Es un puñetero

príncipe fae. Puede tener a quien quiera. Además, estoy tratando de encontrar a su compañera predestinada.

No puedo pensar en él de esa manera, por muy encantador y guapo que sea.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. ¿Qué puedo perder? ¿Tan malo sería experimentar placer por una noche? Soy una prisionera. Cuando regrese a Orca Cove y le diga que sí a Lucas, no me sentiré culpable. Ahora mismo no estamos juntos, ya que no acepté su propuesta.

Él ha estado con muchas chicas durante su estancia en la universidad. ¿Por qué no puede ser mi turno? ¿Por qué no puedo divertirme por una noche?

Me sirvo más vino feérico y alzo mi copa para brindar con Dayton.

—Brindo por una noche llena de bebida y de baile y por disfrutar de un buen revolcón.

Abre los ojos como platos durante un instante antes de levantar su copa hacia la mía.

—Brindo por eso, florecilla.

37

Rosalina



Esta es la mejor noche de toda mi vida, y no es solo el vino feérico lo que habla. Bueno, quizá sí sea el vino feérico, pero me importa un pimiento. ¡Todo aquí es increíble!

¿La comida? Deliciosa. He comido dos platos de frutos secos y fruta, además de tres cestillos de pan y más aceitunas de las que puedo contar.

No tengo ni idea de cuánto he bebido, pero es porque no paran de traer vino a nuestra mesa. Dayton y yo apenas podemos mantener una conversación porque no para de venir gente a hablar con él, ofreciéndonos comida y bebida.

Ahora mismo, está al otro lado de la barra, contándole alguna historia inverosímil a un grupo de clientes embelesados. Me gusta observarlo desde lejos. Es tan alto y guapo que atrae a la gente igual que los planetas orbitan alrededor del sol. Y es tan encantador que brinda su atención plena a todo el mundo. Aunque una parte de mí anhela que vuelva a la mesa.

Debería centrarme en la Operación Ligar, pero me encuentro muy a gusto donde estoy. No faltan cosas bonitas que ver, desde los

pilares de mármol hasta las luces doradas con gemas de colores que cuelgan, pasando por los murales pintados. Pero lo más hermoso de todo son los fae.

Apenas puedo fijarme en sus elegantes rostros, sus orejas puntiagudas, sus elaborados peinados y sus vaporosos trajes transparentes que dejan muy poco a la imaginación.

—¿Me buscabas? —Dayton vuelve a su asiento.

—Estoy explorando mis opciones —digo.

Dayton enarca una ceja y se inclina sobre la mesa para ponerme una flor turquesa detrás de la oreja—. Te he traído un regalo.

Una cálida sensación brota en mi pecho y acerco la mano para coger mi copa de vino.

—Más despacio. —Dayton coloca una palma sobre mi vaso. Joder, es enorme. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Le agarro la mano, pues de repente quiero inspeccionar los callos de su palma.

Suelto una risita y entrelazo nuestros dedos.

—El vino está delicioso.

—Muy bien, doña Yo Puedo Aguantar El Alcohol. —Se ríe.

Clavo la mirada en él solo para poder contemplarlo con atención. Es más guapo que todos los fae de aquí. Su piel dorada por el sol resplandece bajo la tenue luz.

—¿Por qué me miras como si fuera un nuevo libro para tu investigación?

—La sonrisa que tienes ahora mismo. Es una de mis favoritas —digo, un poco achispada.

—¿Tienes una sonrisa mía favorita?

Asiento y le aparto el pelo de la cara.

—Tienes muchas sonrisas. Arrogantes, coquetas, sarcásticas. Sonrisas en las que estás muy triste, aunque no quieres que nadie lo

sepa.

—Vale, vale. —Dayton sacude la cabeza y bebe un buen trago—. Eres observadora, ¿verdad? ¿Qué sonrisa es tu favorita?

Bajo la mano hasta su fuerte mandíbula.

—Yo la llamo tu «sonrisa secreta». Aparece cuando crees que nadie te está mirando. Solo la he visto cuando miras a Farron. Pero esta noche, me has mirado y… es especial.

La hermosa sonrisa desaparece de su rostro de inmediato y se levanta, arrastrándome con él.

—Tú también tienes una sonrisa particular ahora, florecilla.

—¿De verdad?

—Sí —gruñe—. Una sonrisa bobalicona de borracha. Has bebido demasiado vino.

—He bebido lo justo. —Suelto una risita. Me siento mejor de lo que jamás ninguna bebida alcohólica humana me ha hecho sentir—. Por cierto, ¿qué pasa entre Farron y tú?

—Mira, veinticinco años es mucho tiempo para estar atrapado con la misma gente, incluso para los fae —dice Dayton—. No puedes culparme por divertirme un poco mientras estoy allí.

Es lo mismo que dijo Farron. «Solo diversión». Pero no creo que lo dijera en serio. Dayton me arrastra por el bar mientras yo le lanzo una mirada furibunda.

—No creo que Farron piense que lo que tenéis es un poco de diversión. Creo que está enamo…

—¡Basta! —Dayton se gira; de repente tengo un vaso de agua fría en las manos—. Bebe.

Lo hago a regañadientes. Joder, aquí sabe bien hasta el agua, que se desliza con suavidad por mi garganta, hidratándome. Mientras bebo en silencio, algunas personas se acercan a Dayton, le dan palmadas

en el hombro y le dicen cuánto lo echan de menos.

El grupo pide más copas, pero esta vez Dayton no las comparte conmigo. Las engulle como si quisiera deshacerse de ellas lo más rápido posible.

La gente del reino del Verano aprecia a Dayton. Aquí no se habla de rebeliones, como aquellas de las que el visir advirtió a Keldarion. «Probablemente porque Dayton no es el idiota gélido del mundo de la escarcha».

De repente siento que un brazo firme me rodea los hombros y Dayton me acerca a él.

—¿Cómo te sientes?

—Más normal. —Tengo la cabeza más despejada con un solo vaso de agua—. Hay muchos fae aquí. Lo que me hace pensar que deberíamos practicar.

—¿Practicar?

—¡Para encontrar a tu compañera!

Dayton gime y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Me he saboteado al devolverte la sobriedad?

—Venga, estamos en el reino del Verano. Tal vez tu compañera esté por aquí.

—Rosalina, mi amor, se supone que esta es una noche para divertirse.

Lo arrastro hacia el centro de la multitud de bailarines, que se mueven como en un ensueño encima del estanque de nenúfares. Cuanto más cerca de los demás fae, mejor.

—Inténtalo, por favor.

—Vale, pero luego tendrás que hacer lo que yo quiera.

—Vale, está bien. —Dayton me hace girar mientras nos mecemos al ritmo de la música—. ¿Qué… qué estás haciendo?

—Estamos bailando —dice, y a continuación se inclina para acercarme la boca al oído—. No voy a ponerme en medio de la sala a gritar: «¡Eh, busco compañera!». Se me echaría encima un centenar de fae antes de que pudiera respirar de nuevo.

—Vale, tienes razón. —El único motivo por el que estoy dispuesta a bailar es porque todavía tengo el organismo encharcado de vino feérico. Todos en la pista de baile nos miran. Y aunque no sé cuántos de ellos pueden distinguir que soy humana, estoy segura de que todos se preguntan quién es la chica que baila con el príncipe del Verano.

Pero esto es más íntimo que bailar. Dayton me estrecha contra su pecho mientras nos balanceamos de un lado a otro. El agua fría me salpica los tobillos mientras nos movemos sobre el estanque de nenúfares.

—Muy bien, florecilla, dime cómo funciona esto —dice Dayton en voz baja.

—Primero tienes que estar relajado y receptivo.

—El vino ya se ha encargado de eso. ¿Y ahora?

—Tienes que cerrar los ojos y buscar algo que nunca hayas sentido antes. Como una chispa. Una cerilla encendiéndose en tu interior.

—¿Dónde exactamente?

—La mayoría lo siente aquí. —Coloco la mano sobre su corazón, deslizando los dedos entre los cordones abiertos de su camisa. Su piel es cálida como la luz del sol.

Dayton deja de bailar y nos quedamos inmóviles sobre el agua. Las otras parejas continúan balanceándose a nuestro alrededor. Él cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, con los músculos del cuello en tensión.

—Descríbeme lo que tengo que sentir.

—Calor, como la arena calentada por el sol. —Mantengo mis dedos sobre su corazón, sintiendo que late más rápido—. Tal vez una descarga eléctrica o una sensación de opresión.

Un gruñido resuena en su pecho y deja escapar un suave gemido.

—Creo que siento algo.

Se me encoge el corazón y me estremezco.

—Vale, bien. Muy bien. Intenta identificar de dónde viene la sensación. —Trato de filtrar toda la información que he aprendido en mi investigación—. Una vez que comienza, algunos la describen como una cuerda que los atrae hacia su compañera.

—Mmm. —Dayton frunce el ceño—. Pero no lo siento en mi pecho.

¿De verdad es posible que hayamos tenido tanta suerte como para encontrar a la compañera de Dayton aquí, en este bar?

—¿Dónde lo sientes?

Dayton mueve la cabeza de un lado a otro y una trenza dorada escapa de detrás de su oreja.

—Más abajo.

Deslizo la mano por su pecho.

—¿Aquí?

—No, más abajo.

Mis dedos descienden por su estómago. Supongo que las corazonadas tienen algún aspecto positivo.

—¿Aquí?

—Más bajo. —Su voz suena grave y ronca.

Recorro el bar con la mirada. De todas las hermosas fae aquí presentes, ¿cuál le gusta? Mi mano baja de forma automática, hasta que me doy cuenta de que mis dedos están acariciando el contorno de su polla, tan dura como el acero.

—¡Justo ahí! —exclama, gimiendo de placer.

—¡Dayton! —Aparto la mano para abofetearlo, pero él me agarra la muñeca y me hace girar delante de él antes de apretarme contra su pecho.

—Lo siento, amor. —Se ríe—. No he podido evitarlo. Y además, ¿por qué no iba a sentirlo ahí? ¿No debería querer follarme a mi compañera hasta dejarla seca?

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿no has sentido nada?

—Aquí no hay sentimientos románticos. Lo que pasa es que tengo muchas ganas de tirarme a alguien.

Suelto un bufido mientras seguimos bailando.

—No me extraña. Aquí hay mucha gente guapa. —Y ya sé que Dayton no discrimina. Para él, todo el mundo es una posible pareja —. Y van medio desnudos.

—Si eso te interesa, deja que te lleve a otra habitación, donde la ropa es opcional. —Se echa hacia atrás con una mirada traviesa—. Aunque ya sabemos que te gusta mirar.

Jadeo e intento apartarme de él. La imagen de Farron y él juntos aparece de nuevo en mi cabeza.

—No era mi intención.

—Lo sé. —Me agarra la mandíbula con la mano—. La próxima vez, no te vayas tan rápido. Te perdiste cuando le lamí el semen del pecho.

Me tiemblan las rodillas y creo que voy a desmayarme. Probablemente ni siquiera podría mantenerme en pie si él no me sostuviera.

—Y el segundo asalto fue aún más duro. —La húmeda boca de Dayton se acerca a mi oído—. Entre tú y yo, creo que se puso cachondo al saber que nos estabas observando. Desde luego, a mí me

gustó.

Cierro los ojos.

—¿El segundo asalto?

—Nunca te ha follado una polla fae, pequeña florecilla. —Acerca la boca a mi cuello y mordisquea la sensible piel con sus afilados dientes—. El número de veces que puedo hacer que te corras no tiene límite.

Una ardiente fantasía recorre todo mi ser, junto con el impulso de despojarme de la ropa y dejar que devore mi cuerpo aquí mismo, en la pista de baile. Respiro bruscamente mientras imagino lo que podría ser; un gemido se escapa de mis temblorosos labios.

Dayton me aparta y al abrir los ojos lo veo riendo, mirándome con una sonrisa distante y arrogante.

—O uno de estos cabrones con suerte. Aunque dudo que ninguno de ellos sea tan hábil como yo, todas las pollas fae son bastante buenas. Créeme, he probado muchas.

Me siento mareada, rechazada y frustrada. ¿Por qué siente la necesidad de burlarse de mí? Está claro que no me desea. ¿Por qué sigo cayendo en la trampa?

—Claro —digo—. Aunque dudo que alguno de ellos me desee.

—Realmente debes de ser muy despistada —dice Dayton—. La gente lleva toda la noche mirando hacia aquí.

—A ti —replico, señalándolo.

Dayton sacude la cabeza.

—A mí no, ¡a ti! No sé si besar a Astrid por lo que ha hecho contigo o prohibirle que se vuelva a acercar a ti. ¿A qué viene esa cara de cabreo?

—¿Puedes no hablar de besar a Astrid?

Me brinda una sonrisa contrita.

—Trato hecho, pero creo que ha llegado la hora de que nos separemos. Busca a un fae y haz que te lleve a una habitación privada. No salgas de este bar. Nos vemos junto a esta fuente dentro de dos horas. ¿Trato hecho?

—Así que, ¿tú también…?

—Amor, hemos bebido, hemos bailado y no hay ni rastro de mi compañera. Es hora de follar. —Me da un empujón suave en la espalda—. Abre tus pétalos y florece, pequeña florecilla.

Engancho una copa de vino y me adentro entre la multitud. Claro que ningún fae es tan guapo como Dayton, pero eso no significa que no pueda ser divertido probar con uno de ellos. Y a lo mejor no estaba mintiendo. Puede que alguno me desee.

—Trato hecho, Dayton —digo—. Pero que sean tres horas. Creo que puedo seguirte el ritmo.

Levanta la copa hacia mí y desaparezco entre la multitud.

38

DAYTON



Casi no puedo ver a Rosalina, ya que está enterrada en un sofá rodeada de machos fae. Los muy cabrones se le echaron encima en cuanto me separé de ella. El olor de su deseo es nauseabundo. Están listos para follársela en cuanto ella dé el visto bueno.

Y lo hará; eso es justo lo que le dije que hiciera.

—¿No te gusta esto? —me pregunta la mujer fae que descansa a mi lado. Su dedo recorre mi pecho desnudo. Perdí la camisa hace una hora.

Ni idea de quién la cogió. Estaba borracho, pero necesito estar así de borracho para evitar cometer una estupidez monumental.

—¡Hora de despertarse! —La mujer aprieta mi polla flácida a través de los pantalones. No puedo centrarme en ella.

Fue una idea estúpida traer a Rosalina aquí. Pero parecía desesperada. No puedo darle verdadera libertad sin desafiar a Kel, pero podía darle libertad por una noche.

Lo que pasa es que no me di cuenta de lo difícil que sería. Cuando se quitó la capa y vi lo que llevaba puesto, o lo poco que llevaba

puesto, me entraron ganas de llevarla directamente a una habitación para que nadie más pudiera verla. Verla con la ropa del reino del Verano, mi reino, despertó algo primitivo en mí. Deseaba… No. Cualquier cosa que quisiera hacerle sería una traición a Kel. Una traición aún peor que si la dejara marchar. Kel dijo que ninguno de nosotros debía tocarla. Y si era por la razón que todos sospechábamos, la única razón lógica para todo esto, entonces no podía.

Eso no significa que no pueda divertirse por su cuenta. Dudo que Kel apruebe esto, pero ella merece relajarse. Sobre todo después de la forma en que él la trata.

Si puedo darle eso, lo haré.

Pero es muy difícil.

Uno de los hombres fae le acaricia el brazo con la mano. Otro le masajea los hombros. Ella me mira de reojo. Lo sigue haciendo. Tal vez para ver si ya me he ido a mi habitación privada. Pero no. No pienso perderla de vista hasta que sea necesario.

Su excitación es tan fuerte que puedo olerla desde aquí. Casi tan intensa como cuando estaba fuera de mi habitación.

«¡Joder!». Cuando nos descubrió a Farron y a mí, a punto estuve de echar a correr tras ella con el culo al aire y arrastrarla para colocarla entre nosotros. Farron y yo hemos compartido mujeres antes, aunque nunca se excitó tanto. Pero Rosie le pone mucho. Sé que lo disfrutaría.

—Ya está —dice la mujer con una risita mientras sus turgentes tetas se bambolean en mi cara—. Ya la tienes dura.

Miro a Rosalina. Uno de los hombres la sienta sobre su regazo, justo encima de su dura polla. Aprieto los puños y me pongo en pie, tirando sin querer a la fae al suelo.

El fae besa a Rosalina.

La ira arde en mi pecho. El monstruoso lobo dorado ruge en mi interior. Necesito salir de aquí antes de que me transforme.

Rosalina lo empuja.

—¡Suéltame!

Cruza la habitación, pero el fae la sigue.

—Creía que querías eso —farfulla.

—He cambiado de opinión.

El alivio inunda mi pecho y el lobo se tranquiliza.

—Yo no —gruñe el fae. Atrae a Rosalina hacia sí.

Las trenzas de su cabello se le sueltan, dejando al descubierto sus redondeadas orejas.

—¿Una humana?

«Así que no hemos terminado, joder». Me abro paso entre la multitud para llegar a ella.

—¡No me toques! —grita, mientras sus ojos deambulan por la habitación. Me está buscando.

—No te preocupes, pequeña humana —se burla el fae—. Intentaré no romperte… demasiado.

—¡He dicho que pares! —gruñe Rosalina, con la furia grabada en el rostro, y el fae vacila un momento.

Ese momento es todo lo que necesito. Salgo de entre la multitud y me lo llevo por la fuerza.

—Deberías haberle hecho caso la primera vez.

Al fae se le demuda el rostro a causa del miedo.

—Príncipe Dayton —tartamudea—. Apenas la he tocado…

—Es lo último que vas a tocar, joder. —Una multitud se apiña a nuestro alrededor, pero los aparto a empujones y estampo al macho contra la mesa. Su grito enfurece aún más al lobo que llevo dentro.

Lo obligo a estirar los brazos al frente.

—¿Qué va a hacer? —grita mientras las lágrimas ruedan por su cara.

Mi espada es respuesta suficiente. La desenvaino y asesto una rápida estocada descendente, cortando justo a la altura de los huesos de la muñeca, con tanta fuerza que se incrusta en la mesa. Sus asquerosas manos caen al suelo, tiñéndolo de rojo. La sangre mana a borbotones, empapando mi torso y cubriendo su boca chillona.

La histeria se apodera de la multitud, haciendo que se empujen unos a otros para escapar. Me doy la vuelta y veo a Rosalina paralizada, con una mezcla de incredulidad y terror en el rostro. Sin perder un instante, la cojo del brazo y la saco del bar.

Oigo los susurros en medio del caos:

«¡Damocles nunca habría hecho una cosa así!».

«¡Tal vez por eso está ausente! ¡Lo tendrán encerrado por su ira!».

«¡Deberían haber dejado al principito en la arena con los monstruos salvajes. Ahí es donde tiene que estar!».

Tengo que salir de aquí.

—Mándale la cuenta a mi hermana —le digo al dueño mientras nos vamos.

El aire de la noche no hace nada por refrescar el abrasador calor de mi piel.

—Dayton… —Rosalina me agarra del brazo—. Dayton, ¿estás herido?

Casi me echo a reír. Cómo no, en un momento así, ella se preocupa por mí.

—¿Es que no lo has visto? No es mi sangre.

—Day, tus ojos… Te brillan —dice.

—¡Mierda! —murmuro. La arrastro hacia un callejón cercano—.

Tenemos que volver al castillo.

—Lo siento, todo esto es culpa mía —murmura—. Pensaba que quería…, ya sabes. Pero en cuanto me tocaron, me dio un asco tremendo. Supuse que se me pasaría cuando nos besáramos, pero…

Apoyo las manos en el muro de piedra.

—Rosalina, necesito que dejes de hablar de besar a ese fae. —Siento como si me quemara por dentro. No sé si voy a transformarme en lobo o a explotar y a arrasar el reino del Verano. Mierda, hace décadas que no pierdo el control de esta manera.

—Iba a decir que fue aún peor cuando me besó —continúa, porque siempre tiene que terminar lo que quiere decir. Me encanta cuando le habla así a Kel, pero ahora que lo está haciendo conmigo, me entran ganas de cerrarle esa preciosa boquita.

Cierro los ojos a la fuerza e intento ignorar el fuego que me arde en el pecho. Suelto el cierre de la concha más grande de mi colgante y descubro el pequeño espejo que hay en su interior. Giro el objeto hacia la pared para que la luz se refleje en él hasta que se crea un portal giratorio en la superficie.

—¿Cómo? —jadea Rosalina—. ¿Tenéis espejos portátiles?

—Conectan con el espejo de Castletree, así que podemos volver a casa en cualquier momento. —La agarro de la muñeca y tiro de ella. Tiene que estar a salvo dentro del castillo antes de que yo estalle.

La magia nos envuelve hasta que llegamos de forma brusca al fresco vestíbulo de entrada y nos recibe la familiar imagen de esas espinas ensangrentadas.

Respiro hondo y me pellizco el puente de la nariz.

«¿Qué coño me pasa?».

Rosalina me mira, con los ojos como platos por la preocupación.

—¿Qué ha pasado, Dayton?

—Siento haberte asustado.

—No estaba asustada. Se lo merecía. —Su rostro es severo—. Ahora no puede tocar a nadie más en contra de su voluntad. Al menos, no con tanta facilidad.

—Bueno, siento que no hayas disfrutado de una noche sin preocupaciones. —Una de sus mangas se le ha bajado y acerco la mano para subírsela.

—De todas formas, no deseaba a ninguno de ellos. —Su mano se aferra a la mía antes de que pueda apartarme. Y que me cuelguen si el contacto de su piel no enciende otro tipo de fuego dentro de mí—. No entiendo qué te pasó en los ojos. Parecías tan…

—Nadie te trata de esa forma, Rosalina —gruño—. Si no hubiera salido de allí, los habría despedazado a todos, y mi bestia habría aparecido para rematar la faena.

Rosalina se aferra a mi mano mientras respira de forma agitada. Entonces me mira con esos grandes ojos castaños y me quedo completamente desarmado.

—Day…

La atraigo hacia mí y la beso con todas mis fuerzas.

39

ROSALINA



La boca de Dayton se apodera de la mía. Mi cuerpo actúa de voluntad propia, mis dedos se enredan en su cabello, atrayéndolo con más fuerza contra mí, como si temiera que vaya a apartarse antes de que yo me sacie. Y creo que nunca lo haré.

Su áspera barba me raspa la barbilla mientras nos movemos juntos y sus labios me exploran con la mezcla perfecta de fuerza y ternura. Siento el deseo en él tanto como en mí. La vorágine de emociones en mi cabeza no tiene sentido, pero mi cuerpo sabe lo que quiere, y quiere esto. Me estrecha en sus brazos; el calor entre nosotros es palpable.

Pensaba que necesitaba una noche divertida con un fae cualquiera, pero cuando esos hombres se acercaron, una extraña sensación de rechazo recorrió mi cuerpo. Y cuando uno de ellos me besó, me invadieron unas náuseas horribles, como si fuera a vomitar allí mismo, en aquel bonito bar. Solo se me pasó cuando Dayton me apartó.

Todavía tiene el pecho salpicado de sangre seca. Paso los dedos sobre ella mientras interrumpo el beso.

—Joder, Rosie —jadea, mientras sus labios rozan el punto sensible bajo mi oreja.

«¡No pares, no pares, no pares!». Nunca me había sentido así antes, como si fuera una pequeña concha arrojada a un mar embravecido.

Dayton se inclina para besarme de nuevo y abro la boca contra la suya. Me rodea con los brazos y me levanta como si no pesara nada, lo cual no es cierto. Mi espalda choca con suavidad contra el muro de piedra, en un delgado hueco entre las espinas, y le rodeo la cintura con las piernas.

Me apoyo en uno de los gruesos tallos, que se estremece bajo mi tacto. Al menos sirven para algo.

Dayton me mira de arriba abajo, con las pupilas dilatadas mientras recorren mi cuerpo.

—Joder, eres preciosa. —Entonces posa los labios en mi cuello, succionando la piel con fuerza.

Dejo escapar un gemido, arqueando las caderas, y siento su sólida longitud bajo sus holgados pantalones. Un masculino gruñido resuena en su garganta mientras se aprieta con más fuerza contra mí.

Sus labios vuelven a los míos. Me aparta el pelo de la frente con sus grandes manos mientras nuestras caderas se mecen, encontrando un ritmo casi instantáneo. Como si mi cuerpo estuviera hecho para moverse con el suyo.

—Dayton —gimo su nombre entre besos.

—¿Te gusta esto?

—Sí. Sí, me gusta.

Él sonríe mientras nos besamos.

—Voy a hacerte sentir cosas que nunca antes has sentido. Te vas a sentir muy bien, amor.

Puro calor líquido se acumula en mi sexo. Dayton desliza una de

sus ásperas manos por la parte delantera de mi cuerpo y luego aparta la tela, exponiendo mi pecho al aire frío antes de cubrirlo con su mano.

Arqueo la espalda al sentir su tacto. Dayton me aprieta el pecho, masajeándolo con suavidad antes de pasarme el pulgar por el erecto pezón. Siento que una descarga me recorre como un rayo y mis músculos se tensan.

Dayton emite un sonido de satisfacción y acto seguido aparta la tela de mi otro pecho. Pero este no lo cubre con la mano, sino que acerca la boca para tomarlo con los labios.

Parpadeo deprisa cuando mi cuerpo lo siente y un gemido escapa de mis labios.

—¡Oh! —Bajo una mano en el acto para aferrarme a su hombro mientras que con la otra agarro una enredadera que se retuerce entre las espinas.

Dayton me lame el pecho, dejando una abrasadora estela de calor al paso de su lengua. Se lleva a la boca el otro sensibilizado pecho y succiona con delicadeza, provocándome descargas eléctricas por todo el cuerpo. Cuando lo suelta con un suave chasquido, las temblorosas yemas de sus dedos danzan sobre el otro. Entreabre los labios para rozarme con los dientes, provocándome un torbellino de placer.

Se endereza, apretándose con fuerza contra mí, y la sensación de mi pecho húmedo aplastándose contra el suyo resulta enloquecedora.

—¿Te ha gustado que te bese ahí, pequeña florecilla?

—Sí —murmuro contra su cuello. Dios, qué bien huele. A sal y a sudor.

Aprieta la suave carne de mi muslo con una mano y comienza a

subir.

—¿Algún otro sitio donde te gustaría que lo hiciera? Dudo que el inútil de tu exnovio fuera bueno, pero…

—Más bien exprometido. ¿O tal vez prometido? —jadeo.

Dayton pone los ojos en blanco, pero su mano asciende más, haciéndome cosquillas en la parte superior del muslo y apartando la tela.

—Como quieras. Exprometido. —Sonríe con arrogancia—. ¿Te gustaba tener sus labios aquí?

Me acaricia entre las piernas, deslizando los dedos sobre el resbaladizo tejido de mis bragas. Se me escapa un suave sonido y cierro los ojos con fuerza.

—Qué mojada estás, Rosie. —Con una delicadeza infinita, roza la empapada tela con la mano. Cuando me acerca, su erección presiona contra mi anhelante sexo—. Ahora, sé una buena chica y responde a la pregunta.

Dejo escapar un gemido; me esfuerzo por encontrar las palabras entre mi respiración entrecortada.

—No lo sé.

Dayton se aparta y me mira con expresión de pura frustración. Deja de tocarme.

—¿Hablas en serio, Rosalina?

—¿Qué? —Me meneo contra él, desesperada por sentir cualquier tipo de fricción.

Dayton me empuja con fuerza contra la pared, sin dejar de sujetarme una mano detrás de la cabeza.

—¿Me estás diciendo que estás pensando en casarte con un puto inútil que nunca te ha comido el coño?

—Bueno…

—No. —Me tapa la boca con su enorme mano—. Ni una palabra más, a menos que sea un gemido de placer o mi nombre.

—Pero Dayton…

—Perfecto. —Me interrumpe con un beso. Este es más suave que antes, más lánguido.

Me agarra de las caderas y baja el cuerpo, guiando mis piernas hasta colocarlas sobre sus hombros. Me agarro a las zarzas a ambos lados.

—Dayton, ¿qué…? —Mis palabras se cortan cuando me besa el interior del muslo. Su áspera barba incipiente me raspa la sensible piel.

Me recoge las faldas y me las sube hasta las caderas, poniendo su boca entre mis piernas. Una oleada de placer recorre mi cuerpo al sentir sus labios contra la tela húmeda. Me aferro a las enredaderas con más fuerza y dejo escapar un gemido.

Agarra la tela con los dientes, chupando y tironeando. Luego se echa hacia atrás y me mira con sus brillantes ojos azules.

—Lo siento, pero esto me estorba.

Rasga la tela con sus hábiles manos y deja que mis bragas caigan al suelo. Una exquisita brisa me roza la piel y suelto un suave quejido.

—Perfecto —gruñe Dayton antes de moverse entre mis piernas y arrastrar su boca por mis pliegues. Introduce la lengua y el placer me atraviesa.

Ahueca una mano sobre mi trasero para ayudarme a mantenerme erguida, en tanto que con la otra traza círculos alrededor de mi clítoris.

—¡Hostia puta! —jadeo, con los músculos en tensión. Una sensación de calor se propaga por mi cuerpo.

—Eres una buena chica, Rosie —dice—. Tan húmeda para mí.

Sabes al néctar más dulce.

Muevo las caderas contra su boca. ¿Había sentido alguna vez tanto placer? Estoy tentada de decirle que ya ha hecho demasiado por mí. Y ni siquiera se ha quitado los pantalones.

Pero no hace que me sienta como si fuera una carga, como hacía Lucas. Creo que en realidad lo está disfrutando. Pero no puedo contenerme.

—Puedes parar si no te gusta hacerlo.

Dayton se detiene un momento, hundiendo los dedos en la suave carne de mi culo.

—¿Te gusta, Rosalina?

—Sí —respondo casi sin aliento—. Sí, nunca había sentido algo así. Es que…

—Entonces los putos dioses tendrán que arrancarme de tu dulce coño. —Su voz grave retumba contra el interior de mi muslo.

Alargo una mano temblorosa para tocar con delicadeza su suave y dorado cabello. El calor invade mi pecho al sentirme tan deseada.

—Day…

—¿Eso es todo? —Se ríe entre dientes antes de volver a acercar su boca a mi palpitante sexo. Me penetra más profundamente con la lengua, aumentando el ritmo. La presión crece en mi interior.

—Dayton…—susurro su nombre una vez, y después continúo—: Day. ¡Day!

Él se levanta y me baja las piernas de sus hombros a su cintura.

—Espera —gimo, soltando las enredaderas y rodeando sus musculosos hombros con las manos. ¿Ha cambiado de opinión?—. Lo siento, yo…

—Y lo sentirás, amor. —Su voz está forzada, como si apenas pudiera mantener la compostura.

—¿Vamos a…?

—Aquí no —gruñe.

La decepción anida en mi vientre.

Dayton debe de ver mi expresión, porque me agarra la cara.

—Vas a correrte para mí, y luego te llevaré a mi habitación y te follaré como nadie lo ha hecho antes.

Sella la promesa con un beso y saboreo mi esencia en sus labios. Mi coño empapado roza la áspera tela de sus pantalones, frotándose contra su imponente miembro.

—Sí, Dayton.

—Voy a ver cómo llegas al orgasmo en mis brazos. —Siento una punzada de dolor en el cuello cuando me muerde y me tira del pelo —. Después te llenaré con mi polla.

Mi cuerpo se detiene mientras me invade una nueva conciencia. Dayton me frota el coño con la mano.

—Estás empapada, cielo. —Dayton se mueve más deprisa—. ¿Quieres mi polla dentro de ti?

—¡Sí, sí, sí! —gimo, cabalgando su mano. Traza una serie de círculos alrededor de mi entrada y noto que el líquido calor baña su palma.

—Prueba tu sabor, amor. —Me acerca un dedo empapado a la boca. Lo rodeo con los labios como si estuviera famélica. Mantengo los ojos abiertos mientras introduzco todo su dedo hasta el fondo de mi garganta. Suelta una carcajada con los ojos en blanco, antes de retirarlo y chocar sus labios contra los míos—. Muy bien.

Vuelve a colocar la mano debajo de mí y desliza un dedo en mi interior. Aprieto los dientes y gimo ante el repentino placer. Me acaricia en círculos antes de introducirlo y sacarlo

Me agarro a sus hombros y muevo las caderas. Siento un delicioso

calor en mi sexo. Dayton curva un dedo, dando en el punto exacto, y yo me inclino hacia delante y poso los labios en su hombro.

—Más —jadeo.

Introduce un segundo dedo y me ayuda a mover las caderas arriba y abajo. Nuestro ritmo aumenta hasta que estoy completamente a su merced, sacudiéndome en la tormenta salvaje de sus ojos. La cresta de una ola…

—¡Dayton! —grito al estrellarme contra su orilla. Mi cuerpo libera una oleada tras otra de placer mientras los músculos se contraen alrededor de su mano. Me estoy rompiendo, como una estrella que explota en mil pedazos.

Al final, alcanzo el clímax y él retira la mano, con cuidado de seguir sujetándome contra la pared. Apenas puedo respirar.

Dayton presiona su pecho con la palma de la mano y me mira con una expresión extraña; los labios entreabiertos y una comisura un tanto curvada. Una nueva sonrisa.

Una solo para mí.

Sus labios son suaves cuando los acaricio con mis dedos temblorosos. Siento que fragmentos de mí flotan por todas partes, como partículas de polvo bajo un rayo de sol. Danzando también con partes de él. Si lo besara ahora, si hiciéramos el amor, podría unir todas las piezas. Cierra los ojos y acerca con suavidad su rostro al mío.

—¿Day? —dice una aturdida voz desde lo alto de la escalera.

Levanto la cabeza y veo a Farron de pie, con el pelo revuelto y una expresión llena de tristeza y turbación.

De repente, una potente luz brilla sobre nosotros. El espejo resplandece y Ezryn lo atraviesa. Tiene el yelmo y la armadura manchados de sangre negra. Avanza con paso firme y gruñe:

—¿Qué habéis hecho?

40

Rosalina



Dayton me aprieta con más fuerza cuando Farron y Ezryn se encaminan hacia nosotros. Bueno, Farron camina, pero Ezryn avanza con paso airado, haciendo que su armadura metálica resuene en el gran vestíbulo. Se detiene ante nosotros y… ¡Madre mía, me había olvidado de que Dayton me había roto el vestido y se me ve todo! Pero Ezryn aparta a Dayton de un tirón y caigo de culo al suelo.

Ezryn echa el puño hacia atrás y golpea a Dayton en la cara.

—Desobedeciste a tu príncipe.

La sangre brota de la nariz de Dayton, pero ladea la cabeza y se ríe.

—Ha merecido la pena.

—¿Qué has hecho, Day? —exclama Farron.

Lo único que puedo hacer es arreglarme el vestido mientras la culpa me corroe por dentro. Joder, supongo que debería haber averiguado más detalles sobre su relación. Pero me sentía como si estuviera poseída y tuviera un fuego abrasador en el vientre, que solo el tacto de Dayton podía apagar.

Dayton levanta las manos en señal de paz, tambaleándose todavía

un poco tras el tremendo puñetazo que le ha propinado Ezryn.

—Solo nos hemos divertido un poco. Además, a ti ni siquiera te gusta salir a tomar algo.

—Dayton, eres un idiota. —Farron se tira del pelo, con una expresión de auténtico horror—. ¿La has sacado del castillo? Kel te va a matar.

—No tendrá la oportunidad. —Ezryn agarra a Dayton por la nuca antes de asestarle un puñetazo en el estómago.

—¡Ha sido culpa mía! —Me levanto y les grito. Pero ninguno de estos musculosos idiotas me presta atención—. ¡Yo pedí ir! ¡Dejad de pelear!

Farron se lanza hacia Ezryn, pero él lo aparta de un empujón y le asesta otro duro golpe en las costillas a Dayton. Farron cae al suelo con fuerza y un hilillo de sangre sale de su cráneo. Dayton lo mira y luego vuelve a mirar a Ezryn.

—Muy bien, ¿así que quieres bailar, Ez? —gruñe.

Ezryn parece querer golpear de nuevo a Dayton, pero esta vez, cuando lo intenta, Dayton se zafa y de un salto se coloca detrás de él. Golpea a Ezryn donde debe de haber un hueco en su armadura, porque Ezryn sale despedido hacia delante.

—¡Basta! —grita Farron, levantándose y saltando entre ellos, pero solo consigue que Dayton lo golpee por accidente en el hombro.

Farron cae hacia atrás y choca con Ezryn, haciendo que los dos se estrellen contra el suelo.

—Por favor, ¿podéis…? —Me interrumpo cuando una fría brisa sopla por en el vestíbulo.

—¡Joder! —exclama Dayton.

—No —jadea Farron; luego se inclina, agarrándose el estómago.

—Mierda. No te gires ahora, Farron… —Dayton corre a su lado.

Farron se aparta.

—¡Vete! Tú eres el problema, Dayton.

Dayton retrocede como si Farron le hubiera asestado un golpe físico.

Una capa de hielo se propaga por el suelo hasta cubrir todo el vestíbulo, y el príncipe del Invierno emerge de una nube helada. Keldarion lleva puesta una camisa y unos ceñidos pantalones negros, y su larga cabellera blanca le cae en cascada sobre los hombros. La furia hierve en sus gélidos ojos.

Extiende una mano y una ráfaga de viento invernal hace que Dayton salga despedido hacia atrás, estrellándose contra la pared antes de quedar atrapado en hielo hasta la cintura.

Ezryn se levanta con torpeza y se arrodilla ante Keldarion. Farron sigue rodando por el suelo, con una intensa expresión de dolor en la mirada.

Y yo estoy en medio de todo, sin saber qué hacer.

—¡Que te jodan, Kel! —gruñe Dayton, y es como si pudiera sentir el destello de magia que emana de él, como un fuego candente. El hielo que lo aprisiona se funde y Dayton avanza hacia nosotros con paso airado y el pelo rubio alborotado.

Ezryn y Kel intercambian una mirada.

—¡Esto es culpa tuya, Kel! —espeta Dayton—. ¡No puedes encerrarla aquí y pretender que…!

Farron emite un sonido horrible, mitad bestia, mitad hombre. Me debato entre las ganas de correr hacia él y las de huir. Dayton se detiene, con los ojos colmados de preocupación.

Kel hace un gesto con la cabeza a Ezryn, que se levanta y se acerca a Farron. Le brillan los ojos.

Ezryn se arrodilla ante Farron y luego se quita los guantes,

mostrando sus elegantes manos. Toma su rostro entre las palmas y murmura algo demasiado bajo como para que yo pueda oírlo.

Unas pequeñas raíces iridiscentes brotan del suelo y serpentean por el cuerpo del príncipe del Otoño. Ezryn apoya el yelmo en la frente de Farron y su respiración se ralentiza.

Dayton observa con los ojos como platos desde el otro lado de la habitación, inmóvil.

Kel aprieta el paso en dirección a… mí. Vale, a lo mejor debería haber aprovechado la oportunidad para huir.

Me cuesta horrores no retroceder cuando el príncipe del Invierno se cierne sobre mí. Podría decir un millón de cosas para defenderme, pero antes de que se me ocurra ninguna, me agarra y me echa sobre su hombro.

—¿Qué cojones? —Jadeo y trato de patalear. Lo cual es tan efectivo como golpear una pared de ladrillos. Él no me responde mientras sube las escaleras.

Levanto la cabeza y miro a Dayton, que se encoge de hombros. Al menos, la magia vegetal ha impedido que Farron se transforme. Está apoyado contra la armadura de Ez.

—¡Kel! ¿Adónde me llevas? —exijo.

La respuesta me llega cuando el suelo de piedra del castillo se convierte en hielo sólido.

Keldarion me lleva al ala del Invierno.

41

FARRON



—Respira conmigo, Farron. Respira.

La sangre retumba en mi cabeza mientras la suave voz de Ezryn me llega; el fuerte abrazo de sus raíces me retiene, manteniéndome a salvo en su capullo.

«Atrás —le digo a mi lobo—. Aquí no te necesitamos. Quédate atrás».

—Eso es, Farron. Escucha mi voz. Quédate conmigo.

Respiro hondo y abro los ojos poco a poco, encontrándome con el brillo del yelmo de Ezryn. Sus manos desnudas me sujetan los hombros con firmeza.

—Eh, hola.

Las raíces se sueltan y caigo contra su pecho.

—Me alegro de tenerte de vuelta, hermano —dice, con una mano firme apoyada en mi espalda.

Noto el frío de su armadura bajo mi mejilla; apesta a sangre goblin, pero no me importa. Necesito este momento de conexión.

No soporto que el lobo asuma el mando. No soporto que después de todos estos años, siga teniendo tanto poder sobre mí. Y a

diferencia de los demás, cuando el lobo sale, yo no tengo ningún control. Cualquier instinto primario que el feroz demonio que habita dentro de mí quiera, lo consigue.

He aceptado que el lobo sale cada noche. Pero durante el día o la luna llena, nunca he tenido problemas para dominar la ira y a la bestia, como les ocurre a los demás. Siempre lo tengo bajo control. Pero esta noche…

Dayton.

Me aparto de Ezryn y voy tambaleándome hasta donde está Dayton, apoyado contra la pared, tocándose con cuidado la mejilla magullada por el golpe de Ez.

—Déjalo ya —gruñe.

—¿Que deje el qué?

—Deja de mirarme como un cachorrillo triste. —Se gira, dándome la espalda—. Si no hubierais perdido los papeles, Keldarion jamás se habría enterado.

—¿Ibas a ocultar que tienes una relación con la prisionera de Keldarion? —digo entre dientes.

Dayton pone los ojos en blanco.

—No tengo una relación con ella. Íbamos a follar.

Ezryn se levanta, haciendo que suene su armadura, y camina con rigidez hacia el espejo.

—¿Y a ti qué te importa? —grita Dayton—. ¿Qué más te da lo que haga con ella?

La luz brillante del espejo se refleja en la armadura de Ezryn como una aurora boreal.

—No es uno de tus juguetes, Dayton —añade con un tono demasiado sereno—. Tienes la responsabilidad de protegerla. Como prisionera de Keldarion…

—¡Estoy harto de oír que es la prisionera de Keldarion! —brama Dayton, y yo retrocedo a trompicones—. No es de su puñetera propiedad. Y ella me deseaba. Así que Keldarion puede meterse eso por su congelado culo.

Ezryn exhala un profundo suspiro.

—Me marcho de nuevo a patrullar.

—¿Por qué has venido? —refunfuña Dayton.

Un manto de silencio se instala en la habitación, como un suspiro contenido entre armaduras y piedras.

—Sentí una… perturbación —dice Ezryn en voz baja—. Tenía que estar aquí.

Antes de que nadie pueda responder, atraviesa el espejo y desaparece.

Qué extraño. Tras regresar del reino del Otoño, estaba en la biblioteca ojeando la parte superior de una estantería cuando casi me caigo de la escalera. Fue como si un aroma embriagador se hubiera agitado frente a mí, un tirón desde lo más profundo de mi pecho. No era desagradable…, hasta que vi a Rosalina y a Dayton.

Juntos.

—Me voy a la cama. —Dayton me empuja al pasar; sus pesados pasos resuenan mientras sale de la habitación al pasillo.

Me quedo quieto. Un torrente de emociones se precipita en mi cabeza a una velocidad tan vertiginosa que soy incapaz de distinguirlas.

—¿Y bien? —dice Dayton—. ¿Vienes?

Y entonces una emoción brilla con más claridad: la ira.

Salgo corriendo tras él, hecho una furia. Dayton me dedica la sonrisita más arrogante que se pueda imaginar. Llevo el brazo hacia atrás y le estampo el puño en la cara.

—¿Qué coño te pasa? —grita Dayton, llevándose la mano a la mejilla—. ¿Cuál es tu problema?

La mano me palpita de dolor y la sacudo, intentando que no se note.

—No has podido terminar de follar con Rosalina, así que ahora buscas el siguiente cuerpo disponible, ¿no es así? Eso es lo único que soy para ti, Dayton. Algo que follarte, llenar y desechar.

Dayton se inclina y me agarra la barbilla.

—Cuando lo expresas de una forma tan romántica, ¿cómo podría resistirme?

Le aparto la mano de un manotazo.

—Vale, vale. —Dayton da un paso atrás—. Estás celoso. ¿Pero por mí o por Rosalina?

—No, yo… —Me callo y me doy la vuelta, con la cara sonrojada. ¿Estoy celoso? ¿Es eso lo que siento? ¿O es otra cosa?

No es que me doliera ver a Dayton y Rosalina juntos. De hecho, la imagen de él estrechándola en sus brazos, la expresión de éxtasis en el rostro de ella, era la visión más hermosa que podía imaginar.

Pero me he contenido desde el día en que llegó. Ha habido muchos momentos en los que me he inclinado sobre ella para ver su trabajo y ella ha levantado la mirada… ¿Y si hubiera actuado antes que Dayton? ¿Y si la hubiera besado primero?

Pero no lo había hecho. Porque seguí las reglas de Keldarion. Porque, aunque ninguno de nosotros lo dijera en voz alta, todos lo sospechábamos.

Solo podía haber una razón para que Keldarion la retuviera aquí.

Aunque esa razón no tuviera ningún sentido.

Y tal vez… Tal vez una pequeña parte de mí sienta celos. Porque entiendo a Dayton lo suficiente como para saber que mentía cuando

le dijo a Ezryn que Rosalina era solo otro polvo.

Solo ha mirado a otra persona como la miraba a ella.

Puede que nunca encontremos a nuestras compañeras, pero pensé que siempre tendríamos algo especial.

—Sabes que no me importa con quién te acuestes —espeto—. Si le haces daño a Rosie, te enseñaré lo que es el verdadero dolor. Será una agonía que no olvidarás.

Dayton me inmoviliza contra la pared con un rápido movimiento, colocándome el antebrazo contra la garganta.

—Nunca le haré daño —asevera con voz ronca.

Se me forma un nudo en la garganta. Su rostro está tan cerca del mío que el olor a sal marina y vino afrutado se mezcla entre nosotros. Por las estrellas, aun con esa expresión severa e inflexible, es condenadamente hermoso. Unas oscuras pestañas enmarcan sus ojos azul tormenta y su ancha mandíbula parece cincelada en mármol. Su larga melena rubia cae de cualquier forma sobre su grueso cuello y su clavícula.

De repente, su expresión se suaviza y aparta el antebrazo de mi garganta.

—Y nunca te haría daño a ti, Farron. No a propósito. Lo que pasa es que soy un idiota.

—Eso no te lo discuto —murmuro, masajeándome el cuello.

Dayton retrocede y mira al techo, como si la siguiente confesión se la hiciera al cielo y no a mí.

—Ese es el problema. Aunque sé que el dolor será insoportable, aunque sé que me destrozará por completo… —Por fin me mira y continúa con la voz entrecortada—, no puedo evitar desearte.

Acorto la distancia que nos separa y tiro de su cuello para besarlo como si fuera la primera vez, la última, un beso para toda la

eternidad. Me rodea con los brazos, gira hasta apoyar la espalda contra la pared y me abraza con todas sus fuerzas. Y deseo esto con todo mi ser, deseo estar más cerca de él, deseo sentir que la distancia que siempre ha habido entre nosotros se desvanece. Me fundiría con él si pudiera.

Dayton interrumpe el beso y me agarra la mandíbula.

—Me has pegado, joder.

—Te lo merecías.

Prorrumpe en carcajadas y me agarra el culo con brusquedad.

—Ven conmigo, cachorro. Vamos a follar hasta que nuestras preocupaciones desaparezcan y estemos en el séptimo cielo.

—Qué fácil es todo para ti. Ahogas los problemas bebiendo o follando.

Dayton atrapa el lóbulo de mi oreja con los labios.

—Ojalá se me diera tan bien como finjo que se me da.

Esas palabras hacen que se me encoja el corazón porque siempre supe que eran ciertas; cuanto más imprudente es Dayton, peor se siente su corazón.

—Ábreme tu corazón —susurro contra su boca—. Déjame ayudarte.

La expresión desaparece de su rostro antes de que una sonrisa traviesa se dibuje en sus labios. Es una máscara. Lo sé, pero no lo presiono.

—No hables más —dice—. Voy a hacerte gritar hasta que tengas la garganta en carne viva y no puedas pronunciar una sola palabra.

Le devuelvo una pequeña sonrisa. No pasa nada. Estoy acostumbrado.

Y no me rendiré. Porque quizá un día se dé cuenta de que está a salvo conmigo. Que puede derribar los altos muros que ha erigido.

Un día, dejará que lo proteja.



Recorremos a trompicones los pasillos hacia los aposentos de Dayton en el ala del Verano. Me arroja sobre la cama y se coloca entre mis piernas, mirándome desde arriba como una especie de rey del mar salido de una leyenda: el pecho desnudo, brillante por el sudor, el pelo alborotado y despeinado por mis manos y el collar de conchas colgando entre sus pectorales.

La sangre en su pecho solo le hace parecer más sexy.

—¿Ves esto? —Agarra su grueso miembro a través de los pantalones.

¿Cómo podría no verla? Es la polla de un dios, enorme y rígida, y la conozco tan bien que prácticamente puedo saborear el salado líquido preseminal que sé que resbala por su circunferencia.

—Contéstame. —Me tira del cuello de la camisa y me levanta hasta que mi rostro está a la altura de su polla.

—Lo veo. —Mi voz surge temblorosa y vacilante.

Me agarra de la nuca y me aplasta contra su entrepierna. Me restriega su longitud por la cara y la maldita tela de sus pantalones se interpone entre la sedosa piel que hay debajo y yo.

—¿Lo sientes? —gruñe.

—Sí —murmuro contra su dureza.

—Esta noche, esta polla es tuya. Toda tuya, Farron. Voy a hacer que te sientas muy bien.

Sus palabras hacen que mi pene palpite, suplicando que lo toque. Incapaz de resistirme, saco la lengua en un desesperado intento de lamer su longitud a través de la tela.

Pero antes de que pueda llegar lejos, Dayton me agarra la mandíbula y tira hasta que me clava su intensa mirada. Lo más seguro es que parezca un tembloroso flan ante sus ojos.

—Voy a reclamarte como si fuera la primera vez. Me perteneces.

Soy el más joven de los cuatro príncipes. El más débil. Pero cuando Dayton me posee de esta forma, no me siento así. Me siento como un puto dios mientras mi cuerpo le hace vivir sensaciones tan intensas que no puede controlar sus gemidos de placer. Mi cuerpo puede hacer que se corra como un volcán en erupción. Mi cuerpo puede dejar seco al príncipe del Verano.

Dayton aplasta sus labios contra los míos. Cada tirón de mi pelo es puro éxtasis. Sentir sus ásperas manos en mi cuello, abriéndome la camisa, pellizcándome los pezones… Es un placer absoluto. Cuando nuestras pollas chocan, gimo de necesidad.

Con una urgencia que sé que él también siente, le bajo los pantalones y tomo sus pesados testículos. Sin darme cuenta, dejo escapar un suspiro de alivio al tenerlos en mis manos.

—Sí, cachorro. —Echa la cabeza hacia atrás—. ¡Joder, sí, amor!

Tiro con delicadeza, primero de uno y luego del otro. Podría escuchar sus gemidos de placer durante toda la eternidad. ¿Por qué no puede ser así? ¿Por qué tenemos que obsesionarnos con encontrar a nuestras compañeras y romper la maldición? ¿Por qué no podemos estar él y yo en este dormitorio el resto de nuestras vidas casi inmortales?

«Rosalina».

El pensamiento me hace estremecer; mi polla palpita en respuesta. No, no estaría bien estar solo aquí con Dayton. «Yo también la necesito».

Sus ojos castaños y su oscuro cabello inundan mi mente y de

repente me abalanzo sobre la polla de Dayton, engulléndola como si estuviera muerto de hambre. Él profiere un sonido estrangulado por la sorpresa, y luego prácticamente gime mientras se introduce más profundo en mi garganta.

La imagino mirándonos ahora mismo, como ya hizo antes. Imagino que la estoy mirando mientras obligo a su enorme miembro a entrar cada vez más. ¿Y si ella compartiera nuestra cama? ¿Y si mientras yo se la chupara a Dayton, ella me la chupara a mí?

Tengo que quitarme los pantalones y masturbarme solo de pensarlo. Imagino sus labios perfectos alrededor de mi polla, su dulce mirada mientras se traga mi semilla.

Unas gotas de líquido preseminal perlan mi glande y me embadurno mis dedos con ellas. Dayton me ve y me agarra la mano, metiéndose los dedos en la boca. Me la chupa al mismo ritmo que yo a él, y es como si me hubiera vuelto loco. No me canso de su polla: quiero sentirla más adentro, más dura, más, más, más.

—Tranquilo. —Dayton me empuja suavemente en la frente—. Cachorro codicioso. Quiero correrme en tu culo, no en tu boca.

Me da una palmada en la mejilla de forma condescendiente, pero no me importa. Ahora mismo, comería de su mano o giraría en círculos si me lo pidiera.

Me mira la polla y se muerde el labio inferior.

—Preciosa. —Luego me mira a la cara—. Eres realmente hermoso, Farron.

El mundo podría arder y no me importaría mientras Dayton siguiera mirándome así. Me empuja el pecho y me tumba en su cama.

—Levanta las piernas.

Hago lo que me dice, aunque la postura hace que me sienta muy

vulnerable. Todo mi ser, expuesto ante él. Me he acostado con bastantes fae a lo largo de los años, pero nunca me he sentido tan cómodo mostrándome así de desinhibido con alguien como con Dayton. La historia de nuestra amistad, las risas, las charlas en la oscuridad, la experiencia compartida de estar maldito… Todo que me sienta seguro con él, por muy expuesto que esté mi cuerpo.

Dayton desliza la mano por mi pecho de forma perezosa y luego agarra mi longitud con firmeza.

—Esta es una polla magnífica, cachorro. ¿Lo sabías? Me gusta mucho esta polla. —Se inclina, manteniendo sus ojos fijos en los míos todo el tiempo—. De hecho, la adoro.

Mi corazón palpita de alegría dentro de mi pecho. Sé que solo quiere decir que tenemos un sexo increíble. Pero cuando dice esa palabra, siento que podría saltar desde lo alto del castillo y sobrevolar las zarzas.

Hunde la nariz en mis testículos y respira hondo.

—Tu olor me vuelve loco, Farron.

Y cuando dice mi nombre, casi me corro en su cara.

—Si tanto te gusta mi polla, ¿por qué no la besas? —consigo decir.

Dayton se ríe de manera enigmática.

—Oh, pienso hacer más que eso.

Mi vista se llena de estrellas cuando la tibia lengua de Dayton recorre mi longitud. Pero no se detiene ahí. Se mete los testículos en la boca de uno en uno, con los ojos llenos de deseo.

—Joder, me encanta sentir tus labios —gimo.

Mis testículos se precipitan fuera de su boca con un húmedo sonido.

—Lo sé.

Entonces los agarra con una mano sin piedad, los levanta y desliza

la lengua hasta mi ano.

—Joder, sabes de maravilla —dice, dejándome unas marcas rojas con los dedos en mis muslos.

Quiero decir algo, pero no soy capaz de proferir otra cosa que gritos y gemidos guturales mientras mueve la lengua en círculo una y otra vez.

—Tengo que asegurarme de que estás bien relajado para acoger mi polla —dice—. Sabes, Farron, no te haré daño. —Levanta la vista y me guiña un ojo—. A menos que tú quieras.

Creo que farfullo una respuesta, pero él coge el frasco de aceite de la mesilla y se moja los dedos. Me unta el líquido caliente con un nudillo aceitado y me estremezco de placer.

Ese escalofrío se convierte en un espasmo que me hace encoger los dedos de los pies cuando me penetra con su grueso dedo.

—¿Te gusta, cachorro? Es solo un dedo. Sé que puedes aguantar más.

—Sí —respondo—. Pero ahora mismo deseo tanto tu polla…

—¿Quieres? —gruñe Dayton—. Dime que lo necesitas. Dime que te morirías sin esta polla. Dime que vives por ella.

—La necesito —digo mientras saca el dedo—. Me moriría sin ella. Vivo para sentir tu polla.

—Buen chico. —Se coloca entre mis piernas, golpea su pene contra el mío y se introduce dentro de mí.

La sensación nos arranca un gemido a los dos. Me siento lleno y empujo contra él, relajándome fácilmente para tomar toda su longitud y su grosor. Es como si mi cuerpo estuviera hecho para él; el dolor da paso al puro éxtasis cuando se retira para penetrarme a continuación.

—Dime que me necesitas —gruñe.

—Te necesito —digo.

—Dime que no me dejarás.

—Jamás —asevero, sellando el juramento con nuestros cuerpos.

Dayton profiere un poderoso rugido, embistiéndome con una intensidad que nunca había sentido. Mi polla golpea contra mi estómago con la fuerza de nuestro movimiento.

Un remolino de colores gira ante mis ojos; juro que se me sale la lengua de la boca mientras utiliza mi cuerpo para purgar la oscuridad que habita en su interior. Y no me importa. Esperaré para siempre si es necesario. Esperaré el día en que Dayton se dé cuenta de que siempre he sido yo.

No es mi compañera.

Pero es lo más parecido que tengo.

—Farron —gime.

—Hazlo —respondo—. Córrete dentro de mí. Llename.

La mera idea de que se corra dentro de mí, llenándome con su esencia hasta el fondo, me lleva al clímax.

—¡Dayton! —gimo. Entonces me agarro la polla y exploto sobre mi pecho, liberando mi semilla de forma espasmódica.

—Joder —gruñe, y casi me pierdo de puro placer cuando su polla palpita, derramando su semen caliente en lo más profundo de mi cuerpo.

Veo un sinfín de brillantes estrellas y clavo la vista en el techo. Creo que un hilillo de saliva me cae por la barbilla, pero no me importa. Dayton se retira y se levanta de la cama para coger un paño del lavabo contiguo. Con una sonrisa relajada, se tumba a mi lado y empieza a limpiarme el pecho y el trasero.

Al final me acerca a él y me besa en la coronilla. Cuando lo rodeo con las manos y rozo su espalda, noto la rugosa piel de las grandes

cicatrices que tiene ahí.

Me estremezco.

«Mi bestia ha estado a punto de salir esta noche».

Rosie estaba allí. ¿Y si la hubiera hecho daño? ¿O si se lo hubiera hecho a Dayton otra vez? ¿Por qué siento que el lobo se está haciendo más fuerte?

«Se nos acaba el tiempo».

—Oye, oye. —Dayton me agarra la cara y me obliga a mirarlo—. Estás temblando.

Respiro hondo.

—Estoy bien. Estoy bien. —Enrosco las manos en su pelo—. Se te han deshecho las trenzas. Te las volveré a hacer.

—Mañana, cachorro. —Dayton bosteza con ganas. Luego entrecierra los ojos—. ¿Qué sientes tú?

—¿Mmm?

—¿Cuando hacemos el amor?

Cierro los ojos y revivo la experiencia en mi cabeza. ¿Cómo expresar la euforia con palabras?

—Es como si la luz de las estrellas encendiera todo mi cuerpo. Como si se llenara un lugar vacío en mi corazón.

—¿De veras? —susurra Dayton.

Giro la cabeza para mirarlo.

—¿Y para ti?

Nubes de tormenta se arremolinan en sus ojos, y por un instante creo que está sucediendo. Que los muros están cayendo. Que ha llegado el momento.

Pero se ríe y me da una palmadita juguetona en la mejilla.

—Siento que es un polvo de puta madre. —Luego se da la vuelta y apoya la cabeza en la almohada—. Deberías volver a tu ala.

Me quedo tumbado un momento más. Un momento para fingir.

«Cobarde».

Así me llamó la hechicera.

Mientras me pongo la ropa, con el cuerpo dolorido y exhausto, en el fondo de mi corazón sé que tenía razón.

42

Rosalina



Keldarion me baja de su hombro para arrojarme sobre su mullida cama. Pataleo, consiguiendo que las piernas se me enreden en las sábanas.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de…? —Hago una pausa y me llevo la sábana a la nariz. Huele a jabón fresco—. ¿De verdad has lavado las sábanas?

Keldarion se apoya en el poste de la cama y me mira con ojos de hielo.

—Solo tengo una noche al mes como fae. Quiero aprovecharla al máximo.

Frunzo el ceño y me levanto de la cama.

—Pues te dejo a solas.

A los pocos pasos, siento las piernas como gelatina, aunque no estoy segura de si se debe a todo el vino feérico que he bebido, a que Keldarion me haya llevado al hombro como si fuera un saco de patatas o al alucinante orgasmo al que me ha llevado Dayton.

Una sensación de calor se propaga por mi cuerpo y tropiezo. Kel se inclina y me coge en brazos.

—¡Puedo caminar sola!

—Parece que no. —Me vuelve a dejar en el borde de la cama y se arrodilla en el suelo para que nuestros ojos estén a la misma altura.

—¿Por qué me has traído aquí, Kel?

No deja de mirarme. Debo de estar hecha un desastre, con el pelo revuelto y el maquillaje corrido. Por suerte, mi vestido vuelve a estar en su sitio, aunque no puedo evitar ser consciente de que no llevo bragas porque las sábanas de seda me rozan las piernas.

—Le pedí a Dayton que me llevara al reino del Verano. No intentaba escapar. Y él no me obligó a nada —confieso, incapaz de soportar más su silencio.

—Lo sé. Dayton es un canalla, pero nunca se aprovecharía de nadie. —Keldarion cruza al otro lado de la habitación. No puedo evitar darme cuenta de que no ha respondido a mi pregunta. Kel abre el armario y saca una túnica beis claro antes de volver a mi lado.

—¿Para qué es eso?

—No puedes dormir con eso puesto —dice, haciendo un gesto vago.

Cruzo los brazos para proteger mi precioso vestido lavanda.

—No. Me encanta este vestido.

Los ojos de Kel brillan.

—No creo que haya nadie a quien no le guste.

El rubor tiñe mis mejillas bajo la intensidad de su mirada antes de que me asalte la razón.

—No me voy a quedar aquí. Tengo muchos camisones en mi habitación.

Kel mantiene el brazo extendido.

Refunfuño y dejo escapar un suspiro.

—¿Tienes algo de manga larga? Aquí hace un frío que pela.

Pone los ojos en blanco, pero luego va sorteando las espinas de camino al armario. Hay más espinas en el ala del Invierno que en ningún otro lugar del castillo. «¿A qué se debe?».

Antes de volver conmigo, se arrodilla para encender un fuego en el hogar. Frota el pedernal y el acero y unas chispas naranjas y rojas saltan por el aire mientras aviva las crepitantes brasas. Una pequeña llama se eleva con firmeza, bañando la habitación con una radiante luz cálida.

El calor hace que se me caigan los ojos.

—¿Crees que Farron está bien?

—Ezryn se ocupará de él. —Keldarion me lanza una camisa negra de manga larga—. La magia de la primavera es relajante.

—¿Vas a comprobarlo? —pregunto—. ¿A asegurarte de que no se ha transformado en su… bestia?

—Está bien.

—Bueno, al menos sal de la habitación mientras me cambio. —Lo fulmino con la mirada.

Él, por su parte, me lanza una mirada que dice que podría pasearme desnuda por el castillo y no le importaría lo más mínimo, pero finalmente emite un gruñido de descontento y sale de la habitación.

¿Por qué me ha traído aquí? Podría haberme encerrado de nuevo en la torre de las mazmorras si estaba enfadado conmigo por haberme marchado. O llevarme a mi habitación. Pensé que tal vez me iba a regañar por ir al reino del Verano, pero está siendo sorprendentemente amable. Bueno, tan amable como puede serlo un hombre que es todo hielo. Pero la pregunta más importante es: ¿por qué no estoy luchando por irme? Me sé el camino a mi habitación. Si

me fuera, no vendría detrás de mí.

Dejo que mi vestido lavanda resbale hasta el suelo y me pongo la camisa negra por la cabeza. Ah, sí. Sin ropa interior. «Estúpido príncipe del Verano». La camisa es lo bastante larga para cubrirme el trasero, aunque por los pelos. Tengo que encontrar unos pantalones antes de que vuelva Kel. Voy hasta el armario, pasando por encima de las espinas.

Al lado de la mesa hay algo que me llama la atención; unos vasos transparentes y algunas polvorientas botellas cuadradas con líquidos de diversos colores.

Keldarion tiene unas bebidas muy chulas.

Bueno, me ha traído por la fuerza, así que voy a servirme algo de beber. Vierto un poco en un vaso y lo huelo. Uf, esto es fuerte. Ya he probado el vino feérico esta noche, así que… ¿por qué no un poco de su licor? Si voy a pasar la noche en la habitación del príncipe del Invierno, necesito todo el valor líquido que pueda reunir.

Echo la cabeza hacia atrás y el licor baja por mi garganta como una flecha. Es fresco y estimulante, un poco como la menta. Un ligero calor se propaga por mi pecho. Tengo que tener cuidado o podría beber demasiado. No me gustaría acabar inconsciente en el suelo helado.

Pero una parte de mí sabe que eso no sucederá. Dirijo la vista de nuevo hacia la cama; cuatro elegantes postes plateados cubiertos con un dosel blanco. Unas gruesas mantas de piel descansan sobre las sábanas recién planchadas. Es demasiado grande para una sola persona, y me ruborizo.

Me giro con el vaso en la mano y me encuentro a Keldarion de pie en el umbral, observándome. Me apresuro a dejar el vaso en la mesa e intento aparentar que estoy haciendo cualquier otra cosa menos

beber.

—¿Qué has bebido? —pregunta Keldarion mientras cruza la habitación en dos pasos.

—Solo ha sido un chupito. —Sonrío—. Relájate. O supongo que ya estás relajado. Siempre lo estás.

Keldarion coge la botella de la mesa.

—Rosalina, esto es *fyrana*.

—Tranquilo, Kel. —Sonrío, y de repente ya no le tengo nada de miedo—. Ya he probado el vino feérico, pero ya se me ha pasado el efecto. Dayton se ha puesto en plan pelmazo y me ha obligado a beber un montón de agua.

—Un trago de esto… —Kel me aprieta las mejillas con una mano —. Es como beberte dos botellas de vino feérico. En una hora.

—Eso parece mucho más eficaz —murmuro contra su mano—. Tienes unos ojos muy bonitos.

Keldarion me suelta y retrocede como si la mera idea de que lo mire a los ojos sea un insulto.

—¿Qué tienes en la mano? —Ladeo la cabeza.

—Por cierto, los demás están bien —dice Keldarion con voz grave —. Encontré algo que te dejaste.

Veo un poco borroso, pero aun así consigo enfocar la vista en lo que Keldarion me tiende. Encaje azul claro. Mis bragas rotas.

Se las arrebato de la mano.

—¡No las toques!

—¿Prefieres que Marigold las encuentre por la mañana? —Esboza una sonrisa apenas perceptible.

—Nunca dejaría que lo olvidara. —Lo miro con el ceño fruncido, y a continuación voy hacia la chimenea para arrojarlas al fuego. Está claro que no tienen arreglo.

—Por si quieres saberlo, te he traído aquí para asegurarme de que no tuvieras una mala reacción al vino feérico —dice Keldarion—. Pero ahora que has bebido ese licor, no tendré más remedio que pasar toda la noche en vela para cerciorarme de que no te ahogues con tu propio vómito.

—Estás mintiendo. —Me vuelvo hacia él—. Te lo acabas de inventar. Es una excusa.

—¿Una excusa? —replica, ofendido—. Mira, solo hay una noche…

—En que eres un hombre, lo sé. ¿Cómo sueles pasarla? ¿Lamentándote a solas? —Extiendo los brazos—. No sé por qué me has traído aquí. A lo mejor te sientes solo.

No estoy segura de si estamos hablando de esta noche o de toda la eternidad.

Kel se cruza de brazos y se apoya en la pared.

—Créeme, es mejor estar solo que…

«Kel tuvo un gran amor». Eso me dijo Dayton. Alguien hizo daño a Keldarion, y no sé si tiene algo que ver con la maldición, pero aún le afecta.

—Me quedaré —declaro.

Y no estoy segura de si me refiero a esta noche o para siempre.

—Pero que conste que no pienso hacer nada contigo. Así que no te hagas ilusiones —repongo. Aunque ojalá mi cuerpo estuviera de acuerdo con mi cabeza. Porque Keldarion está demasiado guapo a la luz de la lumbre, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho y una expresión severa en su hermoso rostro. Pensaba que Dayton me había dejado satisfecha, pero parece que deseo más.

Un calor líquido se acumula en mi interior y aprieto los muslos para contenerlo.

—Como es natural, dormiré en el sofá.

Es sorprendente lo rápido que este hombre puede quitarle la emoción a todo. Incluyéndome a mí. «Capullo helado».

—Muy bien.

Algo brillante bajo su cama capta mi atención. Me agacho porque cualquier cosa es mejor que marchitarse bajo su glacial mirada.

Al principio creo que es un largo carámbano, pero luego veo la empuñadura. La agarro antes de enderezarme y una brisa fría sopla sobre mi desnudo trasero.

«Oh, no».

Miro a Keldarion, que me lanza otra de esas miradas de absoluto espanto.

—Joder, lo siento. No era mi intención. —Seguro que todo mi cuerpo tiene el color de un tomate—. Verás, todas las camisas me quedan cortas…

—Deja eso ahora mismo, Rosalina —dice Keldarion.

Vale, es bueno saber que un pequeño descuido accidental no significa nada para él. Levanto el objeto que tengo delante. Es una espada. Parece estar forjada en hielo, y la hoja es tan transparente y fría como el cristal, pero la han pulido para que sea más reflectante, como un espejo. La hoja se ensancha en su base y sobresale por ambos lados de la esbelta empuñadura, adornada con enredaderas doradas y una rosa enjoyada donde la guarda se une a la hoja. La espada en sí es una historia…

Una historia que conozco. Las palabras de Dayton me vienen a la memoria. «Tomó una de las cinco armas divinas de la Antigüedad y se la confió al gobernante supremo del reino del Invierno».

—¿Esto?

—Sí, eso —replica, y estira el brazo para cogerla.

La espada brilla, emitiendo destellos dorados en la empuñadura y

azul zafiro en la hoja. La magia fluye a través de mí, palpitando en mis oídos. Tal vez sea todo el alcohol feérico, pero esto es lo más impresionante que he visto en mi vida.

—¡Guau! —Me tambaleo lejos de Kel—. ¡Es increíble!

—No es un juguete, Rosalina —gruñe.

—Es preciosa.

—Déjala.

—No parece que la estés cuidando muy bien. —Examino la espada. No sabía que se pudiera sentir la magia, como el efecto del calor en el horizonte de un desierto o el sabor de las nubes demasiado bajas.

—Rosalina, tienes que dejar eso antes de que te hagas daño. —Kel agarra la empuñadura, pero lo esquivo con rapidez.

—Siempre estás de mal humor, Kel. ¿Y cómo no? Estás rodeado de estas cosas todo el día y toda la noche. —Señalo las espinas—. Ese tío era un auténtico pervertido. Un pervertido buenorro. Pero un pervertido al fin y al cabo.

Si las miradas mataran, la que me echa Keldarion me mandaría directamente a la tumba. Pero por suerte no pueden, así que vuelvo otra vez hacia las espinas.

—¿Por qué no las podas?

Con toda la estúpida confianza que le infunde a uno un trago de *fyrana*, empuño la hermosa espada contra las zarzas.

—¡Rosalina! ¡No! —grita Keldarion.

La espina se vuelve negra y se desvanece en una nube de ceniza.

—¡Eh! —exclamo, parpadeando—. ¡Ha funcionado!

Un estruendo recorre el castillo y una gran grieta se abre a lo largo de la pared. Las piedras se mueven y una parte del techo se desploma de repente.

Keldarion me agarra por la cintura y me tira hacia un lado. Rodamos juntos por el duro suelo.

Se me nubla la vista; todo me da vueltas. Parpadeo mientras intento saber dónde estoy. Keldarion está encima de mí, respirando como un animal salvaje. Una nueva enredadera púrpura crece justo donde estaba la anterior.

—No podemos quitar las espinas —dice bruscamente. Luego se se agacha, me quita la espada de los dedos temblorosos y la aleja, lanzándola por el suelo helado.

Posa de nuevo su mano en la mía, trazando con suavidad las líneas de mi palma con las yemas de los dedos.

—¿Estás herida?

—No.

Su mirada baja hasta mi camisa, que se me ha subido hasta la cintura, dejando al descubierto mi suave vientre y el anhelante montículo que tengo entre las piernas.

Keldarion apoya los brazos a ambos lados de mi cuerpo y su blanco cabello forma un halo salvaje alrededor de su rostro mientras me mira con un hambre descarnada.

La tensión vibra entre nosotros, y el momento se dilata hasta que ya no puedo soportarlo más.

—Me has salvado —susurro, y su mirada se torna aún más penetrante.

—Claro que sí —dice con voz ronca, y sus ojos se posan en mi boca. Entonces se arrima más. Su aliento es como una promesa en mis labios.

Cierro los ojos; en ese momento siento que estoy volando, que soy completamente libre, que estoy exactamente donde debo estar. Luego, se levanta de repente y se aleja de mí. El momento ha pasado,

dejándome sin aliento y mareada.

—Las espinas aparecieron unos días después de que comenzara la maldición —dice Keldarion, cogiendo su espada y guardándola en una vaina de cuero—. Arranqué hasta la última del castillo. Pero al día siguiente aparecieron el doble, y eliminarlas aceleró el deterioro. De algún modo, ha vinculado su infame magia a nuestro hogar.

—Qué cabrón tan astuto —digo, levantándome y cubriéndome los muslos con la camisa.

—¿No querrás decir qué cabrón tan *buenorro*? —Un pantalón me golpea directamente en la cara.

—Quiero decir… —Me interrumpo mientras me pongo los pantalones.

Keldarion me agarra por las axilas y me levanta hasta ponerme de pie.

—Tienes que irte a dormir.

Esta vez no me quejo mientras me lleva al otro lado de la habitación. En lugar de eso, disfruto de su cercanía y apoyo la cabeza sobre su hombro.

—Siento haber destrozado más tu pared.

—Te lo agradezco.

—Tengo los hombros quemados por el sol —murmuro, con la mejilla apoyada en la piel expuesta de su cuello—. Y eso que apenas pasé tiempo en el reino del Verano antes de que atardeciera.

Me tumba en la cama y vuelve un momento después para ponerme un vaso de agua en la mano.

—Bebe.

Bebo un par de sorbos antes de dejarlo en la mesilla de noche. Él se desploma en el sofá, tan alto que los pies sobresalen por el extremo.

—¿Estarás bien ahí?

—Duermo en el suelo cada dos noches.

—Pero entonces eres un lobo.

—Duérmete, Rosalina.

Estiro los brazos por encima de la cabeza, disfrutando de la sensación de las sábanas de seda contra mi enfebrecido cuerpo. Me siento espabilada y llena de energía. Aún no estoy lista para dormir.

—He pasado una noche increíble. Hace bastante calor en el reino del Verano.

Keldarion emite un gruñido para indicar que me está escuchando.

—Además, Dayton ha sido muy amable. Le cortó las manos a un hombre por tocarme. Por eso tenía sangre en el pecho.

—¿Que hizo qué?

—Nunca me había sentido así. —No puedo evitar deslizar las manos por mi cuerpo, entre las piernas. Recordar la boca de Dayton allí, y con Kel a unos metros… Hace que me humedezca todavía más —. ¿Vas a traerlo aquí?

—No pienso traerlo aquí —dice Keldarion con frialdad y rapidez.

—Vale —digo de forma distraída—. Está con Farron.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo… —Mi voz se apaga; me cuesta encontrar las palabras en mi confusa mente—. Puedo sentirlo. Están juntos. Se quieren mucho, pero no se les da bien expresarlo con palabras.

Tal vez sea una corazonada, pero es casi como si pudiera sentirlos y su pasión fluyera a través de mí. O tal vez solo estoy imaginando lo genial que sería su sexo de reconciliación. Pero sé que Kel me necesita más.

Deslizo las manos por debajo de la cinturilla de mis pantalones, palpando mi anhelante calor, y un pequeño suspiro escapa de mis labios. Joder, ¿por qué siento el cuerpo así?

Noto un movimiento y Keldarion está sobre mí. Me levanta las manos y me sujeta ambas muñecas por encima de la cabeza. Santo Dios, qué rápido es.

—Tienes que dormir, Rosalina —dice con voz ronca, sin ataduras.

Una mezcla de miedo y algo más se arremolina en mi cuerpo.

—¿Es cierto que no has tenido sexo en veinticinco años?

Keldarion respira de forma entrecortada.

—Dayton dice muchas cosas, como bien sabes.

—Bueno, ¿es verdad? —Recorro su cuerpo con los ojos. A través de la fina tela de sus pantalones de dormir, veo una larga silueta—. Obviamente no es por falta de…

—Soy una bestia, Rosalina. —Me aprieta las muñecas con fuerza —. Puede que los demás estén dispuestos a olvidarlo, pero yo no.

Es muy guapo, con esa nariz recta, las cejas oscuras y esos ojos tan llenos de dolor. Debería estar de acuerdo con él. Él es quien me encarceló aquí, quien me impide regresar a casa. Pero un torrente de emociones diferentes surge cuando lo miro.

—También me dijo que estuviste enamorado —susurro.

Una expresión tortuosa aparece de forma fugaz en su rostro, y se aparta de mí para sentarse a los pies de la cama.

—No deberías avergonzarte de haber amado, Kel —digo con voz queda—. El amor no es algo malo. ¿Sabes lo que sí es malo? Odiar a alguien, juzgarlo. Comparado con eso, amar a alguien es bastante agradable. El amor es algo bueno.

Kel respira con dificultad y se pasa la mano por el pelo.

—No cuando se trata de mí.

A pesar de la confusión que domina mi mente en este momento, sé que nunca va a encontrar a su compañera con semejante actitud.

—No me lo creo.

Keldarion me mira y luego dirige la vista hacia la mesilla de noche.

—Bébete el agua.

Agarro el vaso y me acerco más a él, lo suficiente para que mi muslo roce el suyo.

—Te propongo otro trato. A los fae os gusta hacer tratos, ¿verdad?

—Solo si son perversos. —Me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Me beberé el agua si vas al baile.

Kel se ríe, y el grave y suave sonido vibra en su pecho.

—Eso es cruel incluso para una humana. ¿Quieres que vuelva al reino que no he visitado en veinticinco años para asistir a un evento que aborreceré, y todo para que te bebas un vaso de agua antes de dormir?

—Exacto. —Le brindo una sonrisa—. Yo quiero que vengas al baile. Tú quieres que me beba esto. ¿Lo ves? Los dos salimos ganando.

Kel me mira durante un largo rato antes de susurrar:

—Bebe.

El frío líquido baja por mi garganta. No estoy segura de que esto me impida sufrir la resaca del siglo mañana por la mañana, pero no puede hacer daño.

Dejo el vaso vacío en la mesilla y lo miro de forma expectante. Kel acerca sus manos a mis labios y me limpia las gotas sobrantes con el pulgar.

Agarro su mano y la presiono contra mi mejilla.

—Ven al baile, Kel.

—Nadie me quiere allí.

—Yo sí. —Lo miro a los ojos, deseando que me crea—. ¿No es suficiente?

—Es suficiente. —Apoya la cabeza contra la mía en una especie de

rendición. Sus labios rozan mi oreja mientras susurra—: Iré a tu baile, Rose. Pero allí no encontraré a mi compañera.

43

Rosalina



Me invade una sensación de plenitud. No recuerdo haber dormido tan bien en toda mi vida. Saboreo el calor de las sábanas, el aroma a pino y a invierno que flota en el aire. ¿Alguna vez me he sentido tan relajada?

Abro los ojos de golpe. El rojizo sol de la mañana brilla en el hielo que recubre la habitación. Me incorporo de golpe.

«¡Oh, mierda!».

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

¿De verdad he pasado la noche en la habitación del príncipe del Invierno?

—¿Keldarion? —digo con voz dubitativa.

No hay ningún movimiento. La habitación está vacía y me duele la cabeza.

Me pellizco el puente de la nariz, bebo un poco de agua y trato de recordar lo que pasó anoche. Todo lo ocurrido con Dayton y lo de molestar a Keldarion está bastante claro, pero ¿cuándo me quedé dormida?

Todo mi cuerpo se estremece al recordar que me apoyé medio

dormida en él. ¿Le puse la cabeza en el regazo? ¿O fue un mal sueño?

No volveré a beber alcohol.

Me apresuro a buscar por la habitación y recojo mi precioso vestido morado del suelo. Me viene a la mente la imagen de Dayton apartando la tela, sus labios lamiéndome el pecho…

La puerta cruje al abrirse y Keldarion entra en la habitación. Lleva una bandeja de desayuno en las manos.

En cuanto lo veo, otro recuerdo me viene a la cabeza. Sus manos sujetándome el pelo mientras me inclinaba sobre el borde de la cama y vomitaba en un cubo.

Un auténtico príncipe fae tuvo que quedarse despierto toda la noche con una estúpida humana porque ella no podía aguantar el licor. Y para colmo, también le estoy jodiendo la mañana.

—Buenos días —digo con voz ronca. Probablemente por todo lo que vomité anoche.

—Rosalina, no deberías estar levantada…

—Gracias por el agua y la camisa. Te la lavaré… y también los pantalones. Ya no te molesto más.

Salgo corriendo al pasillo antes de que pueda mencionar la humillación de anoche. Mi estómago no agradece el brusco movimiento.

Cada paso que doy me produce náuseas. Las resacas feéricas no son ninguna broma. Necesito volver a mi habitación y dormir.

Pero siento que algo tiembla en mi pecho y me detengo. Me encuentro donde convergen las cuatro alas. En lo alto de la escalera hay una puerta por la que nunca he pasado.

La puerta conduce al torreón. Me prohibieron entrar allí. «Pero ¿por qué?».

Está hecha de hermosa y clara madera de roble con tallas ornamentales de las cuatro estaciones. En la parte superior hay nubes esponjosas, y en la inferior una maraña de rosales. Los bordes están decorados con filigranas de plata y el tirador es de reluciente oro.

Cuanto más la miro, más me parece ver la magia que emana de las rendijas, como un aura brillante y chisporroteante. No puedo evitar poner la mano sobre la madera antes de agarrar el pomo. El calor fluye hacia mis dedos y un ligero hormigueo me recorre todo el cuerpo. Giro el pomo.

Por supuesto, está cerrada. Pero si yo…

—¡Alto ahí, Rosie! —Unas manos firmes me agarran por la cintura y me apartan de la puerta.

—¡Oye! —Me giro y me encuentro a Dayton.

—Estoy a favor de romper las reglas, pero hay algunas que ni siquiera yo rompería, cariño. Y tú tampoco deberías.

Miro fijamente al apuesto príncipe, todavía sorprendida de que pudiera acercarse a mí así.

—¿Qué hay en el torreón?

—Es un secreto —dice, guiñando un ojo.

—¿Qué clase de secreto?

—Ah. —Dayton sonríe, con una chispa de picardía en sus ojos—. Un centenar de gnomos. Kel los tiene ahí arriba para que le preparen sus galletas.

—Me estás tomando el pelo —digo.

—Solo un poco. —Dayton me recorre con la mirada—. Veo que el hermoso vestido finalmente ha desaparecido. Te queda bien, aunque es un poco grande para ti.

—No fue así. Keldarion…

—Es un cabronazo frígido, lo sé. Si una mujer hermosa como tú no puede conseguir que rompa su celibato, por las estrellas que nada lo hará.

Me arden las mejillas. Le enseñé el trasero sin querer un par de veces y él no reaccionó lo más mínimo. Tal vez ese hombre solo sea un gigantesco carámbano de hielo.

—Escucha, Rosie. —Dayton respira hondo y se pasa las manos por el pelo—. Lo que pasó anoche…

La ansiedad me forma un nudo en el pecho; sé que lo que va a decirme no será algo que me apetezca escuchar.

Dayton suspira. Casi parece incómodo. Y Dayton *nunca* se siente incómodo.

—No dejaré que vuelva a pasar. Fue un error besarte y…

Pues claro que cree que fue un error. Seguro que se ha dado cuenta de que no soy uno de sus ligues habituales y de que en realidad tiene que volver a verme.

—Claro. Sí, por supuesto. A fin de cuentas, estamos buscando a tu compañera. —Unas lágrimas traicioneras amenazan con derramarse de mis ojos. Estúpida, estúpida, estúpida Rosalina. «Sabías que él era así antes de que os fuerais. ¿Por qué te sorprendes?».

—Genial. —Se gira y murmura—: Buena charla. Y nunca abras esa puerta, ¿vale?

Se dirige hacia el comedor mientras yo me quedo temblando y paralizada antes de salir corriendo hacia mi habitación. No pasa nada. No ha ocurrido nada inesperado.

Abro la puerta de mi habitación; Astrid ya está preparando un vestido para el día. En cuanto se da cuenta de mi presencia, arruga la nariz y me pregunta:

—¿Qué te pasa, Rosalina? —Todos mis pensamientos y emociones

me desbordan y salen a borbotones en un sollozo.



Durante más de una hora, Astrid se sienta conmigo, acariciándome el pelo mientras le cuento cada detalle de la noche anterior. Mierda, ¿por qué me siento como si me hubieran engañado? Sé quién es Dayton. Y no quiero nada de él. Tiene que encontrar a su compañera predestinada.

Casi pierdo la compostura cuando Marigold entra con una bandeja de desayuno. Una bandeja de desayuno que se parece sospechosamente a la que Keldarion trajo a su habitación esta mañana. ¿Había intentado servirme el desayuno en su cama?

Entiendo mis sentimientos por Dayton; la atracción, la lujuria y el arrepentimiento tienen sentido. Pero no me atrevo a sumergirme en la parte de mi mente donde guardo mis sentimientos por Kel. Eso es mucho más confuso. Mi captor, que siempre me trae mi comida favorita. La bestia despiadada que me sujeta el pelo mientras vomito.

Astrid le cuenta los acontecimientos a Marigold mientras me tomo mi riquísimo desayuno. Con cierta amargura, me como unas tostadas con mantequilla, acompañadas de zumo de naranja, pensando en que Kel eligió los mejores alimentos para aliviar la resaca.

—Seguro que Dayton no habla en serio —dice Astrid—. La forma en que te mira me dice que eres algo especial para él, Rosalina.

Una parte de mí piensa que tiene razón; a ver, ese hombre le cortó las manos a un tío delante de mí. Pero esta mañana se ha mostrado muy desdeñoso.

—Tengo que dejar de preocuparme por los príncipes y centrarme en romper esta maldición. No solo por ellos, sino también por vosotras dos.

Marigold planta una mano en la cadera.

—Bueno, eso estaría bien. Cuesta mucho divertirse cuando todas las noches te conviertes en un mapache.

—Pero tú siempre encuentras la forma de hacerlo. —Astrid ríe entre dientes y me indica con un gesto que me cambie.

Siento una extraña sensación de pérdida cuando la ropa de Keldarion cae al suelo.

—No puedo ni imaginarlo. ¿Cómo era vuestra vida antes de la maldición?

Astrid me ayuda a ponerme el vestido y me abrocha el corsé.

—La verdad es que no muy diferente para mí. Había más visitas. Y el personal hacía más viajes al reino del Invierno con el señor del castillo. Castletree era un lugar más alegre, con muchas fiestas y bailes. Siempre había cosas que hacer.

—Echo de menos esas fiestas —interviene Marigold, exhalando un suspiro.

—¿Y vuestra familia? —le pregunto—. ¿Los echáis de menos?

—Yo soy huérfana —dice Astrid—. El trabajo en Castletree era muy prestigioso, con un buen alojamiento, toda la comida que pudieras comer y un salario decente. El príncipe Keldarion se aseguraba de que los trabajos fueran accesibles para cualquiera que los necesitara. Trabajar aquí es lo mejor que me ha pasado. Bueno, excepto por la parte de la liebre. Pero, oye, nada es perfecto.

—Astrid se está infravalorando. —Marigold le da un golpecito en la nariz—. Aprende rápido y trabaja más que nadie que yo conozca.

—¿Así que todos vivíais aquí antes de la maldición? —pregunto,

sentándome en el tocador mientras Astrid me deshace los enredos del pelo.

—Sí. Es costumbre que los príncipes y su personal vivan en el castillo —dice Marigold—. En casa, nos quedábamos mirando Castletree y soñábamos con que nos eligieran para servir en sus veneradas estancias.

Me levanto y miro por la ventana hacia el vasto horizonte, más allá de los jardines del castillo, hacia los zarzales. El rosal que me trajo aquí está ahí fuera, en algún lugar. Ahí fuera está mi hogar.

—¡Por la luna! —exclama Astrid detrás de mí—. ¡Está nevando!

Los copos de nieve revolotean al otro lado de la ventana. Marigold exhala con fastidio detrás de nosotros.

—Ahora voy a tener que sacar los abrigos de lana.

—¡Oh! —Astrid vibra de emoción—. ¡Guerra de bolas de nieve, ángeles de nieve, decorar para el solsticio, chocolate caliente con nata montada! El estanque del jardín se congela; el año pasado fuimos a patinar sobre hielo. ¿No suena divertido, Rosalina?

Es agradable ver a Astrid tan emocionada por algo.

—Sí a todo, menos al patinaje sobre hielo.

—¿Qué? ¿No sabes patinar? —Astrid frunce el ceño—. Yo podría enseñarte.

—No, no es eso —digo con suavidad, agarrándome la muñeca—. Yo… tuve una mala experiencia con el patinaje sobre hielo.

Astrid abre la boca para decir algo cuando el señor Rintoulo, el mayordomo que por la noche se transforma en un enorme oso pardo, llama a la puerta y entrega un pergamino.

Marigold lo desenrolla antes de mirarme.

—Aquí está la lista de invitados al baile. Astrid y yo podemos empezar a enviar las invitaciones hoy mismo

—Bien —digo, decidida a centrarme en mi objetivo—. Porque tengo más noticias.

Astrid y Marigold se vuelven hacia mí con los ojos como platos.

—Keldarion ha accedido a venir —digo con un nudo en la garganta—. Vamos a encontrar a su compañera. Vamos a encontrar a todas las compañeras. Romperemos la maldición. Y por fin conseguiremos nuestra libertad.

44

KELDARION



—No pensé que te encontraría aquí arriba. —La voz de Ezryn resuena en la estancia vacía. No me vuelvo hacia él, ya que estoy contemplando algo con atención. Las zarzas crujen bajo sus pesadas pisadas mientras se acerca a mí—. ¿Kel?

—¿Sabes cuántas veces he subido aquí y he mantenido la mano suspendida sobre los pétalos? —susurro—. ¿Imaginando que los aplastaba con mi puño, que terminaba con todo por propia voluntad?

Sigo con el dedo el tallo de una rosa azul zafiro. Está plantada en una franja de tierra suelta en el centro de la habitación. La magia de la hechicera perdura por todas partes. Otras tres rosas crecen a lo largo de la misma franja; una de pétalos rosas, otra turquesa y una última naranja.

Ezryn se acerca a la de pétalos rosas y la mira fijamente.

—Hablas de la tentación de destruir tu flor y convertirte en una bestia para siempre.

—¿Acaso no es mejor que vivir en este mundo intermedio? ¿Que

fingir que aún tenemos esperanza de recuperar la humanidad?

Una chispeante magia emana de sus pétalos. Qué fácil sería dejar de lado los sueños imposibles para siempre. Solo con cerrar con fuerza mi mano, podría destruir este objeto de burla y liberarme del dolor que conlleva la esperanza.

—En realidad es una locura que suframos tanto por algo tan frágil —aduce Ezryn.

—O que algo tan hermoso cree semejantes monstruos. —Aparto la mirada de la flor y camino hacia el centro de la cámara—. ¿Qué quieres de mí, Ez?

Ezryn inclina el yelmo para mirar alrededor de la habitación y la agonizante luz del sol se refleja en el pulido metal. Como dicta una ancestral costumbre de la realeza del reino de la Primavera, nadie que no sea familia de sangre o comparta un vínculo de pareja puede ver su rostro. A pesar de ser amigos desde la infancia, no sé de qué color tiene el pelo ni cómo es su sonrisa. Sin embargo, lo conozco tan bien que prácticamente puedo sentir la mirada inquisitiva que me dirige desde detrás de la máscara.

—¿Recuerdas cómo era este lugar? —pregunta Ezryn. ¿Las hojas doradas adornando las paredes blancas como la luna? Había una lámpara de araña justo encima de nosotros. Puede que siga ahí, aunque es difícil saber qué hay bajo las espinas. Y, si mal no recuerdo, en esa pared había un mural sobre la creación del Valle Encantado por parte de la reina. Recuerdo que pensaba que era lo más hermoso que había visto.

Miro a Ezryn con los ojos entrecerrados. Está dando rodeos. Una extraña sensación de melancolía flota entre nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que estuvimos juntos en el torreón? ¿En la torre de la reina?

Aunque lleva desocupada los últimos quinientos años, desde que la reina abandonó el Valle Encantado, siempre se ha mantenido. Un espacio cargado de historia. De inmensa belleza. De una magia antigua y visceral.

No es de extrañar que fuera aquí donde la hechicera nos maldijo y sembró los cuatro objetos que sellaron nuestro destino.

Ignoro los comentarios de Ezryn, pues sé que está retrasando aquello para lo que ha venido aquí en realidad. Pero no importa. Si quiere recordar el pasado, le daré el gusto.

—Dime la verdad, hermano —empiezo con voz ronca—. ¿Nos lo merecíamos?

Ezryn se queda inmóvil.

—Por supuesto que sí, Kel.

¿Acaso creía que me ofrecería amnistía por los males que causé? No. Ezryn jamás se perdonaría a sí mismo; no podría pedirle que me perdonara a mí.

—No sabíamos quién era —reflexiona Ezryn—. La hechicera.

Lo veo tan claro como hace veinticinco años. Era imposible. Era una desconocida, una mortal. Casi la habíamos echado del castillo cuando ella…

Se transformó en algo hermoso y terrible; una luz tan brillante que convertía todo lo demás en sombra. En aquel momento supe que podía ver hasta lo más hondo de mi ser y comprendía lo que había en mi corazón. Y que no iba a tolerarlo.

Éramos seres despreciables. Todos habíamos asumido el cargo de príncipe supremo, junto con la responsabilidad de liderar a nuestro pueblo y usar nuestra magia de forma que honrara a la reina.

En lugar de eso, Dayton se dedicó a beber. Farron se escondió en su torreón. Ezryn sucumbió a la pena y la ira. Y yo…

Me froto el brazalete del pacto que rodea mi muñeca con un dolor punzante. Traicioné al Valle y a todos sus moradores.

—Hay cosas que es mejor no saber. —Con un suspiro, me vuelvo hacia mi hermano—. Ezryn, ¿por qué has venido?

El leve cambio en su postura me alerta de que está incómodo.

—Kel, tenemos que hablar de Rosalina.

Me dirijo hacia la puerta.

—¿De qué hay que hablar? Su presencia no te desagrada. Apenas estás por aquí.

—¿Por qué la llevaste a tu habitación anoche?

—Para mantenerla a salvo. —Mi voz surge como un ronco gruñido. Aprieto los puños. Incluso en las profundidades del ala del Invierno había olido su excitación. Era como un lazo invisible que me atraía hacia ella en un trance febril.

Y al ver que era Dayton el que provocaba semejante reacción…

Tuve ganas de desgarrarle la garganta con los dientes. Necesitaba alejarla, ponerla a salvo.

Proteger lo que era mío.

—Kel —dice Ezryn con una voz muy suave—, sabes que para mí eres mucho más que el Protector—. He estado a tu lado y seguiré estándolo, pase lo que pase. Puedes contarme cualquier cosa y no huiré de ti.

Quiero que deje de hablar. Abro la puerta de golpe.

—¿Hay alguna razón por la que tengas prisionera a Rosalina? —dice, y no puedo bloquear su voz por mucho que quiera—. ¿Sabes algo sobre ella?

Sé que lo cambió todo en el momento en que entró en Castletree. No quería sentir nada por ella, no quería conocerla. Todo habría sido mucho más fácil si no fuera… si no fuera…

Si no fuera Rosalina.

La testaruda, hermosa y frustrante criatura que hace que todo el mundo se enamore de ella con una sola sonrisa.

Siempre pensé que haría cualquier cosa por mi reino, por mi gente. Pero cuando miro a Rosalina… Ez me ha preguntado si sé algo sobre ella. Sí. Sé que no merece el destino que se le ha impuesto. Por eso, sufriré yo para que ella no tenga que hacerlo. Aunque eso signifique que a pesar de su deseo, a pesar de su interminable investigación, Rosalina nunca romperá la maldición. Porque yo no se lo permitiré. Ahora sé que dejaría que hasta la última persona de mi reino sucumbiera a los goblins y a las zarzas antes que permitir que ella lo haga.

—Ez, déjalo estar.

—Lo dejé estar la última vez que permití que trajeras a alguien a nuestro círculo —dice Ezryn—. Y ambos sabemos las consecuencias que tuvo eso para tu reino. Para ti.

«Y para nosotros, hermano», pienso. Ezryn ha estado a mi lado estos últimos veinticinco años, pero nunca ha vuelto a ser lo mismo desde que me traicionó. Me agarro la muñeca, cubriendo el brazalete.

—Ojalá supieras lo enredado que sigo en sus espinas.

Ezryn camina justo detrás de mí. Su pesada respiración resuena a través del yelmo.

—¿Hiciste un trato con Caspian?

—Ez —digo, pero mi voz no suena como una orden, sino que surge entrecortada. Cuando me vuelvo hacia mi amigo, el sol se oculta en el horizonte y la bestia se estremece en mi carne. La forma monstruosa de Ezryn se enfrenta a mí, un lobo negro de huesos y hongos y tierra removida.

Aún hay esperanza de que él encuentre a su compañera. Tal vez eso rompa su maldición. Pero mientras estoy tendido sobre la fría tierra, con su hocico tocando el mío y su pata sobre la mía, como si pudiera protegerme de mí mismo, sé que no queda esperanza para mí.

No desde que el príncipe de las Espinas se lo llevó todo.

45

Rosalina



Me obligo a mantener los ojos abiertos mientras las páginas del libro se difuminan. Las últimas semanas han sido una sucesión de interminables noches en vela dedicadas a investigar, a planificar el baile y a pruebas de vestuario. Bueno, en su mayoría he estado insistiendo a los príncipes para que vuelvan a sus reinos durante el día para las pruebas. Han contratado a los mejores sastres de cada reino para hacer los trajes. Es la primera vez en veinticinco años que los cuatro estarán en público en el mismo lugar, así que tienen que lucir lo mejor posible.

Como era de esperar, el único príncipe que no quiso ir fue Keldarion. Así que Marigold le tomó las medidas, algo que disfrutó enormemente, mientras yo me reía en un rincón al ver lo incómodo que parecía él. Kel contratacó diciéndole que me tomara las medidas a mí, alegando que, por supuesto, yo también necesitaría algo decente que ponerme.

Insistí en que no fuera nada extravagante. Los protagonistas eran ellos, no yo.

Estoy sentada en la biblioteca leyendo un libro sobre etiqueta y

modales en cenas formales, un tema mucho menos interesante que el de los compañeros feéricos. Pero estoy decidida a que este baile sea un éxito. Y a no quedar como una tonta mientras lo hago.

Como no puedo viajar al reino del Invierno, lo hemos planeado todo por medio de cartas que el personal envía durante el día. Por algún milagro, Keldarion y Perth Quellos han accedido a abrir la puerta del reino del Invierno a un selecto grupo de empleados para que puedan viajar de un lado a otro mientras se ocupan de realizar los preparativos.

Falta una semana para el solsticio. Aunque me encantaría ir al reino del Invierno antes del baile, Keldarion no lo permitiría. Me conformo con que él vaya al baile, y eso ya es suficiente.

Paso la página de mi libro y llego a los pasos del vals. He estado practicando con Astrid y Marigold, pero más que nada por diversión. No es que vaya a bailar allí. Los príncipes bailarán con posibles parejas, y dudo que algún fae quiera bailar con la humana.

Echo un vistazo furtivo por encima de la página del libro y veo a Farron al otro lado de la mesa, con la silla reclinada sobre dos patas, un bolígrafo sujeto entre los dientes y las gafas algo más abajo del puente de la nariz. Siento mariposas revolotear en mi estómago al contemplarlo. Su pelo rizado le cae sobre la frente y se le mete en los ojos. Es simplemente arrebatador.

Farron levanta la vista y nuestros ojos se cruzan. Me brinda una media sonrisa y me dan ganas de correr hacia él y…

Una ráfaga de aire frío me envuelve de golpe. ¿Keldarion? ¿Está aquí? Me enderezo. Detrás de nosotros se ha abierto una ventana, dejando entrar una nube de nieve.

—¡Por las estrellas! —Farron se levanta de un salto y corre a cerrarla, echando el pestillo, pero no antes de que una fina capa de

escarcha caiga sobre su cabello castaño. Me río y me pongo en pie, agradecida por tener cualquier excusa para dejar de estudiar—. ¡Odio el invierno!—refunfuña.

Me pongo de puntillas para quitarle la nieve del pelo antes de mirar fuera. Las zarzas se han transformado en un paraíso invernal, e incluso el río se ha congelado. Astrid y otros miembros del personal están patinando en el estanque helado del castillo, riendo y divirtiéndose. A pesar de la maldición, aquí hay alegría.

Pero mientras contemplo el lago helado sin pestañear, no puedo evitar recordar aquel golpe de frío, los interminables temblores, el héroe.

—Hace frío y es húmedo, y todo el mundo deja rastros de nieve en la biblioteca —continúa Farron, quitándose los últimos copos de la chaqueta.

—Pues a mí me gusta el invierno —digo, intentando olvidar el escalofrío que me recorre el cuerpo.

—Todo es tan soso, tan blanco —repone Farron—. Lo que más echo de menos son las vibrantes hojas rojizas y anaranjadas.

Le doy un golpecito en la mejilla.

—Creo que está siendo un poco parcial, príncipe del Otoño.

Farron se sonroja y se cruza de brazos.

—Muy bien, ¿cuál es tu estación favorita? ¿La que más te gustaba de niña? No dejes que ninguno de nosotros te nuble el juicio.

—Vas a pensar que estoy mintiendo, pero no es así. Me encantan todas. Fui literalmente la niña que escribía las cuatro en mis trabajos escolares. —La nieve cae en enormes y elegantes copos—. Por ejemplo, el invierno. Dices que es soso, pero ¿te has fijado alguna vez en el tono rosado de la nieve durante un amanecer? ¿O que las bayas nunca son tan rojas como cuando están rodeadas de blanco? ¿El

placer de sentir un fuego caliente cuando tienes los pies fríos y mojados? Y es muy acogedor para leer.

Que es justo lo que habíamos estado haciendo; sentarnos con nuestros libros junto a la gigantesca chimenea de la biblioteca y quedarnos hasta la puesta de sol, cuando Farron tenía que volver a las mazmorras. Solo me quedé dormida frente al fuego dos veces, y en ambas ocasiones cierto gélido y molesto lobo fue quien me llevó a mi habitación, lo cual resulta vergonzoso.

—Luego llega la primavera, con las flores y la lluvia, y de repente recuerdas lo hermosa que puede ser la vida. Cielos azules y despejados, flores y arboles de un verde intenso, y se te alegra el corazón cuando caminas. Es tiempo para nuevos comienzos —digo —. A continuación el verano, con la arena entre los dedos de los pies, las mañanas luminosas y los días tan largos que piensas que nunca se hará de noche. El verano, cuando sientes el sol en la cara como el beso más cálido del mundo… —Abro los ojos de golpe y veo a Farron mirándome con expresión dulce.

—Sí, a mí también me gusta el verano.

—Entonces llegamos al otoño. —Camino a su alrededor—. Supongo que no está mal.

—Oye, oye. —Me agarra por la manga y me hace girar—. No puedes hablar maravillas de los demás y dejar de lado el otoño.

No me suelta el brazo, así que me ve contemplando el particular tono dorado de sus ojos.

—Ya has mencionado el color de las hojas, pero también está el sonido que hacen cuando crujen bajo tus botas. El olor del bosque, las setas que brotan y los campos llenos de calabazas. Las mañanas brumosas y esas noches claras en las que la luna brilla tanto como el sol.

—Hay quien dice que el otoño es la muerte de la vida —susurra Farron.

—Eso no es cierto, y lo sabes —susurro, ahuecándole la mano a un lado de la cara—. El otoño nos recuerda que todo es temporal, que hay que saborear los momentos. El otoño es hermoso.

—Tus ojos —dice Farron.

—¿Qué?

—Tus ojos son como un amanecer sobre las doradas colinas del reino del Otoño.

—¿Echas de menos tu hogar?

Farron traga saliva y su mirada se pierde en la lejanía.

—Puede que no tanto como debería —dice en voz baja, como si fuera un secreto.

Siento que se me encoge el corazón; no necesito que me lo explique. Me alejo.

—Cuando llegué aquí, lo que más deseaba era volver a casa.

Noto la presencia de Farron detrás de mí como una sombra.

—¿Y ahora?

—Ahora… —Respiro. Siempre estoy muy preocupada por mi padre. Pero me fío de Keldarion cuando dice que llevó a mi padre a casa sano y salvo.

—Kel no le haría daño —asegura Farron.

—Aunque no puedo evitar preguntarme si me estará buscando ahora mismo. ¿Y si intenta volver atravesando el rosal…?

Farron me rodea la espalda con el brazo y me estrecha contra él.

—El Valle es misterioso y los caminos siempre están cambiando. Estoy seguro de que tu padre está a salvo en Orca Cove.

Sus palabras me llenan de alivio; lo último que querría es que mi padre regresara corriendo y se encontrara con los goblins primero.

—Todo es tan complicado.

Farron me brinda una sonrisa triste.

—Te entiendo más de lo que crees. Durante veinticinco años, solo me he preocupado por romper la maldición. No tengo que preguntarme si soy lo bastante fuerte para gobernar todo un reino ni pensar en cómo afectan mis decisiones a toda una nación. Eso vuelve a ser problema de mis padres. Pero supongo que esa forma de pensar es la cobardía que me trajo aquí para empezar.

—¡Farron, no digas eso! No fue tu culpa.

La puerta de la biblioteca se abre de golpe y me separo de Farron. Mandaria y Paavak entran con sus listas. Ambos son empleados del reino del Invierno, y han sido mis principales colaboradores en la planificación de este baile. Marigold me informó de que habían sido los coordinadores del evento antes de la maldición. Mandaria aportaba el cerebro y Paavak, según él mismo decía, la chispa.

Dejo a Farron atrás y me acerco a ellos para que me pongan al corriente de los progresos del baile. Parece que ha despertado mucho interés y entusiasmo entre los fae del reino del Invierno.

—La verdad es que hace mucho tiempo que no tienen demasiado que celebrar —aduce Mandaria, sujetándose un mechón de su larga melena rubia detrás de una puntiaguda oreja—. Puede que incluso ayude a calmar los disturbios. Les vendrá bien tener algo que celebrar.

—Estoy de acuerdo —convengo.

Mandaria echa una mirada anhelante a la nieve por la ventana. Por la noche se transforma en pingüino, así que imagino que le encanta este frío.

—Por cierto… —Paavak baja la voz y me mira con expresión seria —. ¿Tienes más mercancía?

—¡No es un secreto! Los libros son para compartirlos. —No puedo evitar reírme, y luego corro hacia la mesa para coger los libros que les he reservado.

A los tres nos ha dado por los libros románticos, rayando incluso lo escandaloso. Oye, si consiguiera que Astrid y Marigold se sumaran, a lo mejor tendría más éxito montando un club de lectura aquí que en Orca Cove.

Todo empezó cuando me puse a buscar libros que nos ayudaran a planificar el baile, pero a medida que hablaba con cada uno de los miembros del personal y descubría lo que les gustaba y lo que no, fui añadiendo otros libros. La mayoría eran elecciones basadas en las sinopsis, porque no había tenido tiempo de leer mucha literatura feérica. Pero había bastantes libros de humanos en la biblioteca. Ninguno de los últimos veinticinco años, claro, pero reconocí algunos clásicos.

Cuando se corrió la voz de que repartía libros, los empleados empezaron a pedirme recomendaciones. Incluso tuve que empezar a apuntar los libros que prestaba para no perder ninguno. ¡Rosalina, la bibliotecaria fae, a tu servicio!

Le doy el libro a Paavak y profiere un gritito de entusiasmo que se parece muchísimo al del perrito en que se convierte por las noches.

—Todavía no he leído estos dos, así que ya me contarán qué tal —les digo.

Mandaria mira la contraportada de su libro.

—¿Lugares lejanos, atrevidas luchas a espada, hechizos mágicos y un príncipe disfrazado? —lee en voz alta—. Parece una lectura perfecta.

—¿Solo un príncipe? —Le guiño un ojo a Farron—. Parece aburrido.

Me despido de los dos coordinadores de eventos y siento que Farron se acerca por detrás.

—Has causado una gran impresión en el personal, Rosalina.

Me giro para mirarlo, pero él no retrocede, haciendo que estemos pecho con pecho.

—Solo intento ayudar.

Ladea la cabeza.

—Estás haciendo más que eso. En los últimos meses, es como si una luz hubiera regresado a Castletree. Has vuelto a traer esperanza y un propósito. Y no solo al personal, sino también a nosotros.

—Si apenas… —Intento retroceder, pero me aprisiona con los brazos.

—No seas tan modesta. Todo era diferente antes de que llegaras —dice Farron—. ¿Ezryn comiendo con nosotros? Eso es nuevo. Keldarion sale de su habitación. Juro que había meses en que no le veía el pelo. Y puede que no lo creas, pero Dayton ha estado bebiendo menos. Bueno, un poco.

Una repentina sensación de incomodidad me invade al mencionar el nombre de Dayton. Es un tema que he estado evitando con Farron en las últimas semanas. Me siento culpable.

—Respecto a Dayton —susurro—. Llevo tiempo queriendo decírtelo, pero siempre me falta el valor. Siento haberlo besado. Vosotros dos tenéis algo y…

Farron ahueca la mano sobre mi nuca.

—No tienes por qué disculparte, Rosalina. No es así entre Dayton y yo.

—Pero estabas celoso cuando trajo a esa mujer fae a Castletree. Yo lo vi, y cuando lo besé…

—No solo lo besabas. —La voz de Farron baja un tono, pero no de

furia. Hay otra emoción—. Estabas en sus brazos, moviéndote con él.

—Lo siento… —balbuceo, tratando de apartarme de él, pero no me deja. En lugar de eso, me presiona contra la estantería. Esta se tambalea y los libros caen a nuestro alrededor.

—Ya te lo he dicho, Rosalina. —En su voz seria y urgente se aprecia un tono imperioso. Una oscuridad que olvido que posee tras esa dulce sonrisa—. No tienes que disculparte por nada.

El pelo se sale del moño y cae alrededor de mi cara.

—Verte llegar al clímax en los brazos de Dayton fue la cosa más hermosa que he visto en toda mi vida.

Se me entrecorta la respiración y mi pecho roza el suyo.

—De hecho, si Ez no hubiera estado allí, te habría observado más. —Acerca sus labios a mi oreja—. Así que ahora estamos en paz, ¿eh?

Un grito ahogado escapa de mi boca. «Cuando lo observé». El calor se aprieta en mi interior.

—En realidad, para que de verdad estemos en paz, Dayton tendría que sorprendernos… —Me interrumpo cuando mi cerebro se da cuenta de lo que estoy diciendo.

Pero el cuerpo de Farron se pone en tensión. Se agarra con fuerza a la estantería al lado de mi cabeza, haciendo que se le marquen las venas de sus brazos.

—Dayton no actuaría como nosotros si nos sorprendiera. Ese hombre no tiene autocontrol. Él…

—Se uniría —susurro, recordando lo que había dicho en el reino del Verano.

Farron desliza la mano por mi nuca hasta rozar la parte superior de mi pecho.

—Rosie, no puedes decir esas cosas.

Agarro con los dedos la suave tela de su chaleco, atrayéndolo hacia

mí. ¿Qué haría el príncipe del Otoño si me pusiera de puntillas y acercara los labios a los suyos?

Me zafo, agachándome para escapar por debajo de sus brazos.

—Pero no lo digo en serio. De verdad —digo sin darme la vuelta —. El baile es pronto, y Dayton, Ezryn, Kel y tú… Con un poco de suerte, todos encontraréis a vuestras compañeras. Y ahí terminará esta historia. —Un eco profundo y hueco llena mi pecho—. Ahí terminará mi historia.

46

EZRYN



Es como un sueño.

Estoy sentado en un trono en el gran salón de baile del reino del Invierno, un lugar en el que no he estado desde hace más de veinticinco años. Estamos rodeados de gente que baila, come, coquetea y se divierte. El sol brilla sobre enormes esculturas de hielo con forma de cisnes y osos polares. Cada vez que giro la cabeza, algún cortesano compite por mi atención.

Sí, es como un sueño. Una puta pesadilla.

—Por los dioses, Ezryn, ¿tú también tienes una barra de metal metida en el culo? Relájate —dice Dayton con voz alegre, inclinándose hacia delante para mirarme desde su trono. Para él es fácil decirlo. Eso es lo único que hace—. Sé que te sientes más cómodo en compañía de goblins y bestias que de los fae, pero al menos esfuérzate un poco. Nuestra chica lo ha conseguido.

«Nuestra chica».

Ella no es mía. Ni siquiera es mi prisionera. Es una huésped temporal que ha engatusado a Farron, cautivado a Dayton y… le ha

hecho algo a Keldarion. Soy el único con el suficiente sentido común para saber que debo mantenerme a distancia.

Hay que reconocer que estoy impresionado por lo que Rosalina ha logrado en los pocos meses que lleva en el castillo. No solo ha obtenido nuevos conocimientos sobre el vínculo de pareja gracias a su investigación, sino que también ha organizado un evento en el reino del Invierno, un lugar que necesita urgentemente un poco de alegría. Es impresionante. Y lo que es más impresionante aún que todo eso: convenció a Keldarion para que asistiera.

En veinticinco años no he sido capaz de convencer a Keldarion de que se diera un puñetero baño.

Pero Rosalina no es mía.

—Es muy cabezota cuando se propone algo —le digo a Dayton a regañadientes.

—Tienes razón. —Se coloca bien el cuello de la larga túnica turquesa que viste. La prenda le cruza un hombro, dejando al descubierto la mitad de su torso desnudo, al estilo tradicional del reino del Verano. Hacía décadas que no lo veía arreglarse tanto.

Supongo que lo mismo podría decirse de mí. Como es habitual en la realeza del reino de la Primavera, mantengo mi rostro oculto tras el yelmo. Pero he cambiado mi armadura habitual, que está rayada y sucia, por algo más ligero y solemne. Las piezas metálicas verde oscuro recubren la túnica negra de tela fina y llevo unos pantalones a juego, con solo unas escarcelas metálicas como protección. Sigue siendo mucho más práctico que cualquier atuendo de los que lleven los otros tres, pero me siento expuesto. Exhibido.

No puedo creer que esté en una fiesta. Algo que nunca pensé que volvería a ver. No es que tuviera prisa por verme rodeado de esta gente: revolotean a nuestro alrededor como moscas sobre un

cadáver. Los príncipes ya casi no hacen acto de presencia, ya que somos objeto de cotilleos y especulación. Y al estar en el reino del Invierno, Keldarion se lleva la peor parte.

Por suerte, el visir del reino del Invierno, Perth Quellos, ha contenido por ahora la voraz horda colocándonos en cuatro tronos sobre un estrado al frente del salón de baile, rodeados de guardias. Como es natural, el trono de Keldarion es el más grandioso, no solo porque estamos en su reino, sino porque la reina eligió al príncipe supremo del Invierno como Protector Jurado hace cientos de años.

¿Alguien más se ha dado cuenta de que Keldarion no lleva la espada?

Incluso a través de la visera tintada de mi yelmo puedo ver el resplandor del hielo por doquier. Los carámbanos cuelgan de las mesas llenas de boniatos y castañas asadas, el regio trasero de Kel descansa en un trono helado y el hielo cubre las ventanas, dejando entrar la brillante luz del sol. Aunque estoy segura de que muchos de los invitados se preguntan por qué se celebra un gran baile en pleno día, ninguno nos cuestiona. Es una sorpresa para la que no están preparados.

Al fondo del salón de baile hay una magnífica escalinata con una deslumbrante alfombra de color zafiro, donde se presenta a los invitados. Los fae más guapos y cotizados del reino del Invierno están aquí. Se respira una atmósfera de febril entusiasmo, pero también hay algo más. Puedo verlo en los ojos de los cortesanos, los guardias y los mercaderes presentes. No miran a Keldarion con esperanza, sino con reproche: «¿Por qué nos has abandonado? ¿Cuándo vas a volver? ¿No sabes que estamos sufriendo?».

Aunque su rostro es tan estoico como siempre, sé que Keldarion está a un comentario bienintencionado de arrancarse su pelaje fae y

salir corriendo de aquí, enseñando las fauces.

Menos mal que esta descabellada idea de Rosalina está empezando en otro reino. No puedo imaginarme rodeado de mi propio pueblo. Que me miren con esa misma expresión inquisitiva. Ver a mi padre apenas capaz de levantarse del trono para devolvérmelo.

Puede que todo valga la pena. Quizá uno de estos preciosos diamantes, que giran ante mí con sus prolongadas miradas y sus expresiones ávidas, sea mi compañera. Sellaremos el vínculo de pareja y la pesadilla en la que he estado atrapado durante veinticinco años habrá terminado.

Casi suelto una carcajada. No hay un final de cuento de hadas para los monstruos.

—¡Lady Ingrid Whitley de Westfrost! —anuncia el heraldo mientras otra mujer fae baja las escaleras. Apenas la miro.

—¡Sir Kristoff Dederic de Silverwick!

—¡Lady Gretchen Foxglove de Annestron!

Farron, sentado en el trono entre Kel y Dayton, se echa hacia delante y nos mira a cada uno.

—¿Alguien siente algo ya?

—Solo las ganas de beber algo más fuerte —responde Dayton, sin apenas mirar a los fae que bajan por la escalera. Son algunos de los más bellos y majestuosos de todo el reino del Invierno.

No siento nada.

Mi medallón pesa sobre el pecho, oculto por la túnica, y de manera inconsciente poso una mano sobre él. Suele estar a buen recaudo debajo de mi armadura. Es un pequeño cuadrado de madera grabado con las antiguas runas de la Primavera, un símbolo de la reina que pasa de un gobernante supremo al siguiente. Abrirlo me permitiría liberarme de este lugar, regresar a casa a través del espejo.

—Tenemos que seguir intentándolo —dice Farron—. Por Rosie.

Keldarion se mantiene tan impertérrito como siempre.

Un extraño sentimiento de melancolía se apodera de mí mientras miro a los tres príncipes. Antes de la maldición, Dayton y Farron eran meros conocidos para mí, pero después de veinticinco años compartiendo el mismo sufrimiento, ahora nos une un vínculo de hermandad que no podría surgir ni siquiera a través de la sangre.

Mis padres apreciaban mucho a los de Keldarion, así que nos criamos juntos. Siempre creí que nuestra amistad trascendía la hermandad. Éramos compañeros de armas, confidentes. Incluso después de la Guerra de las Espinas, cuando la persona que más amaba lo traicionó y todos lo abandonaron, permanecí a su lado.

Entonces nos maldijo la hechicera.

Y por grande que fuera nuestra amistad, no pudo impedir que el hielo cubriera el corazón de Keldarion.

—¡Lady Aurelia Mastiff de Balsam Wood!

—¿Cuántas presentaciones más tenemos que sufrir? —susurra Dayton. Observo que, al igual que yo, mis hermanos no han mostrado ningún interés en el desfile de hombres y mujeres fae.

Muevo las piernas de forma nerviosa. No estoy acostumbrado a estar sentado tanto tiempo, y mucho menos a que me miren como a un trozo de carne para trinchar. A pesar de las rebeliones del reino del Invierno, el creciente número de ataques de goblins en todos los reinos y la decadencia de Castletree, es evidente que hay algo más importante; el hecho de que los cuatro príncipes fae están solteros y sentados aquí.

—Necesito un descanso —digo, y me pongo de pie—. No tiene sentido estar aquí…

—¡Lady Rosalina O'Connell de Orca Cove!

Una visión de ensueño desciende por la escalera, con un vestido largo azul marino de rico terciopelo adornado con centelleantes gemas. Las mangas largas están ribeteadas con encaje azul y el corpiño se abre en un pronunciado escote sobre su generoso pecho. Lleva un increíble collar de diamantes, y no puedo imaginar qué pecados cometió Marigold para conseguir este atuendo. Su hermoso cabello cae en suaves ondas sobre un hombro y se ha maquillado: labios oscuros y una sombra azul brillante alrededor de sus ojos castaño claro.

Un extraño aleteo se abre paso por mi pecho y siento la necesidad de refugiarme detrás de mi trono. Ella se encamina hacia nosotros con una rutilante sonrisa en el rostro. Pasea la mirada de un extremo al otro de los tronos; primero Kel, con su atuendo azul real y una corona de hielo y hueso en la cabeza; después Farron, con las mejillas salpicadas de polvo dorado; seguido de Dayton, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las rodillas; y por último…

¿Me está mirando?

¿Es para mí esa dulce sonrisa?

Necesito sentarme. Los demás están sentados. Doy un paso atrás, pero tropiezo y se me engancha el talón de la armadura en el borde del trono. Me caigo, sin tratar de agarrarme a nada, y aterrizo de culo armando un gran estruendo.

—¡Ezryn! —grita Rosalina.

Me recompongo con la misma rapidez con la que he caído, me enderezo el yelmo y trato de apoyarme en el trono como si lo hubiera hecho a propósito.

—¿Estás bien? —pregunta ella, levantándose las faldas y acercándose a nosotros. Dos guardias se interponen en su camino de forma inmediata.

—Dejadla pasar —brama Keldarion.

Los guardias dudan un momento y se apartan. Rosalina les brinda una sonrisita de satisfacción y hace la reverencia más patética que he visto en mi vida antes de acercarse a nosotros. Los demás se levantan para saludarla.

—¡Vaya! —dice—. ¡Los cuatro estáis increíbles!

Nos miramos entre nosotros y es como si pensáramos lo mismo: «Tú sí que estás increíble».

Por supuesto, Dayton se adelanta a todos, la agarra por el codo y la acerca a él.

—Y tú estás realmente deslumbrante. Una reina del Invierno en carne y hueso. ¿No te parece, Kel?

Kel no ha pestañeado desde que Rosalina apareció en lo alto de la escalera. Sus ojos azul hielo están muy abiertos y sus fosas nasales se dilatan mientras respira hondo.

—Estás preciosa, Rosalina —dice Farron, y ella le obsequia una sonrisa afectuosa. Sus sonrisas más cálidas siempre son para Farron. ¿Y por qué no? Puede que su lobo sea el más monstruoso de los cuatro, pero no hay duda de que su corazón es el más puro. Si uno de nosotros pudiera romper esta puñetera maldición, él sería en quien depositaría todas mis esperanzas. Es quien más merece una segunda oportunidad.

—Tu reino es absolutamente impresionante —le dice a Keldarion —. Me siento como en una especie de paraíso invernal. Como si Kris Kringle fuera a doblar la esquina en cualquier momento.

Kel da un paso y le agarra el antebrazo.

—¿Quién es ese Kris Kringle del que hablas?

Farron se aclara la garganta.

—Es una leyenda del reino humano, Kel. Una misteriosa criatura

que vigila a los niños mientras duermen e irrumpe en las casas de la gente por la noche.

—Ah. Una leyenda. —Kel retrocede—. No te preocupes, Rosalina. Aquí no hay seres malignos.

Rosalina pasea la mirada entre Farron y Kel y se echa a reír.

—Ay, Dios mío. No podéis visitar el reino humano en diciembre. ¡Le daríais una paliza al Papá Noel del centro comercial!

Una vez más, los cuatro nos miramos con expresión confusa. Rosalina recupera el aliento y se seca una lágrima de la mejilla. Le pone una mano en el hombro a Kel.

—Eres muy gracioso.

Juro que veo el alma de Kel salir disparada de su cuerpo. Y ahora somos nosotros los que nos partimos de la risa.

—¿Qué? —pregunta Rosalina.

—Creo que es la primera vez que alguien dice de Kel que es gracioso —resopla Dayton.

—A menos que se refieran a su pelo —digo con sequedad.

Y ahora todos reímos de nuevo. Ni siquiera Kel puede evitar sonreír.

Pero por el extremo de la visera veo a la multitud. Los jóvenes fae se reúnen y hablan en susurros, tapándose la boca con la mano. Todos están mirando a… Rosalina.

Pues claro que la miran. Una mujer humana vestida como una fae. A la que se le permite subir al estrado real para saludar a los cuatro hombres más poderosos del Valle Encantado. Nos ven hablar con ella, reír con ella, tocarla…

Podría enfocar mis sentidos para oírlos, pero no quiero saber lo que dicen. Nuestros asuntos con Rosalina no son de su incumbencia.

Mientras desvío mi atención de la multitud, una mirada me hace

vacilar. Perth Quellos, el visir, está de pie bajo un rayo de sol, debajo de una ventana, con los nudillos blancos por la fuerza con la que agarra su copa. La forma en que mira a Keldarion y a Rosalina hace que gruña el lobo que habita dentro de mí. Siempre ha habido algo en Quellos que me inquieta… Pero Keldarion confía en él.

Aunque yo confío más en mí mismo.

—¿Y bien? ¿Cómo va el plan? —Rosalina me guiña un ojo de forma exagerada y me saca de mis pensamientos—. ¿Habéis experimentado algún sentimiento especial?

—Solo un poco de indigestión —interviene Dayton, encogiéndose de hombros.

Rosalina frunce el ceño y golpea el suelo con el pie.

—Os he estado observando desde el otro lado de la puerta la mayor parte de la fiesta. Habéis estado aquí aislados como un grupito de viejas solteronas. Tenéis que salir ahí y tocar a la gente. —Hace una pausa para aclararse la garganta—. De manera totalmente consensuada y nada espeluznante. ¡Buscad a alguien y bailad!

Dayton esboza una sonrisa pícara y se encoge de hombros.

—Sí, sí, jefa. —Se aproxima al grupo de mujeres más cercano y enseguida consigue hacer que se rían a carcajadas. Agarra la mano de una de ellas con un suave movimiento y la lleva a la pista de baile.

Rosalina aplaude.

—¡Vale, tú eres el siguiente! —Agarra a Farron del hombro.

—Creo que antes necesito otra copa. O en realidad necesito ir al baño… —dice con voz chillona, pero no es rival para ella.

Rosalina lo empuja hacia la multitud y de inmediato se ve arrastrado por una mujer mayor y pechugona.

—¿Ezryn? —Rosalina me brinda una sonrisa.

—Ya voy, ya voy —murmuro, y mi voz retumba dentro del yelmo. Otra razón para dar gracias a las estrellas por este puñetero trasto metálico; prefiero luchar contra mil goblins que enfrentarme a esta pista de baile.

Por suerte, la multitud se da cuenta de que los príncipes están bailando y una mujer fae se adelanta de inmediato, colocándose a mi lado y ahorrándome la vergüenza de tener que buscar pareja por mi cuenta.

Apenas me fijo en ella antes de cogerle la mano.

No hay chispas. Ni destellos.

Solo las insistentes ganas de volver al estrado. Miro hacia atrás y veo a Kel y a Rosalina haciendo lo de siempre: discutir. Por supuesto, él se niega a intentarlo siquiera.

Hago girar a mi pareja de baile.

—Es un milagro verte aquí, príncipe Ezryn —murmura. Puede que sea guapa. O tal vez un espanto. Apenas le presto atención—. Se dice que no te han visto en el reino de la Primavera en mucho tiempo.

Gruño a modo de respuesta y la hago girar de nuevo para tener una buena vista del estrado.

Parpadeo y paso una mano por la visera por si la vista me engaña. No me engaña, no.

Kel ha elegido una pareja de baile.

Pasa junto a mí, con el brazo en alto, sujetando la mano de Rosalina.

Parece que todo el salón de baile esté conteniendo el aliento.

—¿Qué demonios hace el príncipe Keldarion con esa humana? —se burla mi pareja de baile.

Kel estrecha a Rosalina en sus brazos y la música se vuelve más lenta, llenándose de un apasionado matiz que colma el aire. Una

pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Por dentro, mi pecho se tranquiliza por primera vez en toda la noche.

—Está bailando con nuestra chica —murmuro.

47

Rosalina



Había muchas cosas en mi vida que sabía que nunca haría. Y la mayoría de ellas por razones muy prácticas.

Nunca iría a la universidad porque no había suficiente dinero. Nunca me mudaría lejos de mi padre porque necesitaba mi ayuda. Nunca le diría que no a Lucas porque él había arrancado una parte de mí y la guardaba como rehén en su bolsillo trasero.

Y nunca bailaría con un príncipe fae porque mi vida no era mágica. Los cuentos de hadas no existían y yo no era la protagonista.

Y sin embargo, después de reprender al príncipe Keldarion del reino del Invierno por no buscar pareja de baile, me mira con esos ojos azul hielo, me pone su áspera mano en la mejilla y me dice:

—La única persona de esta sala con la que quiero bailar eres tú.

Respiro con fuerza. Esa vocecilla cruel en el fondo de mi cabeza, la que suena como un coro compuesto por Lucas, mi jefe y toda la gente de mi pueblo, me grita: «Ya conoces a Keldarion. Prefiere rebajarse y bailar contigo antes que molestarse en buscar a alguien mejor».

Pero hay una voz diferente, más fuerte y sonora, que viene de lo

más profundo de mi ser. Y esta dice: «Sí a este baile. Sí a todos los demás. Sí a bailar a través de las estrellas, a través de los tiempos, a través de los reinos, a través de cada universo. Sí a él por los siglos de los siglos».

—Tienes que encontrar a tu compañera, Kel —digo al final—. Baila con alguien con quien sientas una chispa…

—No es una chispa. Es un fuego eterno que arde en lo más profundo de mi corazón y llega hasta ti. —La mirada de Kel es pura ferocidad—. Y cada momento que paso sin tocarte, me carcome el alma por dentro, desgarrándome, hasta que el mero hecho de mirarte me produce una agonía que solo le desearía a mi peor enemigo.

Lo miro como una boba antes de echarme a reír.

—Que haya dicho que eres gracioso una vez no significa que ahora puedas gastarme bromas así.

Kel hunde los dedos en mi cabello y posa la otra mano en mi cintura. Me acerca más a él.

—Baila conmigo, Rose.

Vale, no voy a discutir con él. Cuando consigo asentir, él entrecierra los ojos y me dedica una sonrisa tan dulce que anhelo todas las veces que me la he perdido.

Sostiene mi mano en alto y me lleva de la tarima a la pista de baile. Juro que todos los presentes se giran para mirarme. Debe de ser todo un espectáculo; el primer baile del príncipe del Invierno en más de dos décadas.

—Todo el mundo te está mirando —susurro.

Keldarion se ríe.

—No es a mí a quien miran.

Se me encienden las mejillas y me pongo rígida al darme cuenta de

la atención que he atraído. Debo de estar ridícula con este grandioso vestido y estas joyas.

—Relájate —murmura—. Estás preciosa.

Mientras nos dirigimos al centro de la pista de baile, pasamos junto a Farron y su anciana acompañante. Sus ojos centellean y su sonrisa hace que me dé un vuelco el corazón.

Cerca de nosotros, Dayton tiene un brazo alrededor de una fae rubia y pechugona, pero me está mirando. Me guiña un ojo y un agradable calor se propaga por mi cuerpo.

Y Ezryn está delante de nosotros, con las manos laxas sobre una mujer fae. Hace un gesto con la cabeza y una sensación de paz y consuelo me envuelve como un rayo de sol.

Keldarion se detiene y me hace girar, antes de ponerme una mano en la cintura y tomar la otra entre las suyas.

—Espero que sepas bailar, porque a mí se me da fatal —susurra.

Empieza a sonar un vals tan mágico que supera cualquier otra pieza que hubiera podido imaginar del mundo humano. Es como si la música me envolviera, trayendo consigo una brisa que me eleva y lo convierte todo en esponjosas nubes de algodón.

Keldarion es un mentiroso. No baila mal, ni mucho menos. Es extraordinario, y me lleva con una facilidad asombrosa.

Me dejo llevar por el mágico momento; su largo cabello blanco cayendo sobre los hombros, con algunos mechones retirados para dejar a la vista su mandíbula y sus pómulos perfectamente cincelados; la elegancia de su vestimenta, tan suave que puedo imaginar lo que sería sentirla sobre mi piel desnuda.

Su mano encaja a la perfección con la mía; durante esta pieza, durante este baile, no existe nada más.

—Me has ayudado a tomar una decisión importante, Rosalina —

dice Keldarion—. Y al tomarla, me siento… más ligero.

Ladeo la cabeza. Ahora que lo dice, hoy hay algo diferente en él. Como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Cuál?

—Después del baile, cuando estemos todos juntos, te lo contaré —dice en voz baja—. ¿Qué te parece el reino del Invierno?

—Es el lugar más bonito que he visto nunca —repongo—. Te pega.

—Y a ti. —Sus ojos recorren despacio mi cuerpo—. ¿Te gusta el vestido?

—Por supuesto. ¡Y este collar! No tengo ni idea de dónde lo sacó Marigold, pero…

Keldarion esboza una pequeña sonrisa.

—Lo mandé traer. Era de mi madre.

—¡Oh! ¡Oh! —Me quedo boquiabierta—. ¡Prometo que te lo devolveré justo después del baile! Justo después de este baile. Y por supuesto, no estaba comiendo trufas y luego tocándolo. Vale, lo he hecho, pero solo un poquito…

Keldarion ríe a carcajadas.

—El collar es tuyo, Rose. Considéralo un regalo.

—¿Por obligarte a asistir a un baile? —replico con tono mordaz.

—Por despertarnos.

Nuestros cuerpos se juntan más cerca de lo que exige el baile. De repente me siento atrevida.

—¿Sigo siendo tu prisionera? —pregunto.

—Vaya, Rosalina, ahora me estás leyendo el pensamiento —murmura—. Al contrario. Tú nunca has sido mi prisionera; yo he sido siempre el tuyo.

—¿Qué quieres decir? —Mis palabras son apenas un susurro.

La música sube y giro bajo el brazo de Kel. Luego me atrae hacia él

y me inclina hacia atrás.

—Eres la cala en la que atracan nuestros barcos azotados por la tormenta. El faro en la noche más oscura que nos lleva a casa. Una vela cuya llama titila contra el viento más frío. Tú les has dado esperanza.

Me endereza y sigo su mirada por la habitación. Ezryn, Farron y Dayton. Al mirarlos, un deseo arde con más fuerza frente a todo lo demás.

—Quiero romper la maldición —digo, volviendo a caer en el baile —. Quiero que todos puedan proteger sus reinos de nuevo. Recuperar vuestra verdadera magia y salvar Castletree de las zarzas. Que tengáis la libertad de ser quienes realmente sois.

—Yo también quiero eso para ellos —dice Keldarion.

Dejo de bailar y pongo las manos a ambos lados de la cara de Kel.

Coloca su mano sobre la mía y se inclina para tocarme.

—El tiempo se acaba, Rosalina. He perdido mucho por el frío y la oscuridad. El tiempo que me queda antes de que la bestia se apodere de mí… quiero pasarlo haciendo todas las cosas para las que desearía tener más tiempo. Hacer por fin lo que es correcto. —Me hace bailar de nuevo—. Y eso significa que no tomaré otra pareja de baile que no seas tú, mi Rose.

Ninguna otra pareja de baile salvo yo…

No. No. No, no, no, no.

Kel no puede hacer eso. Tiene que encontrar a su compañera predestinada. Tiene que romper la maldición. Por mucho que me duela en el alma imaginarlo con otra persona, no puedo perderlo por el hechizo. No lo perderé.

Me aparto de él.

—Kel, ¿qué estás diciendo? Para. Tienes que intentar romper la

maldición. ¿Por qué no lo intentas?

—Romper la maldición no te dará la libertad que buscas —sisea—. Solo yo puedo dártela. Y voy a hacerlo.

—¡No! ¡Te ayudaré a romper la maldición y ambos seremos libres!

—Rosalina, baja la voz —murmura.

—Kel, inténtalo.

—¡Prefiero morir antes que romper esta maldición! —gruñe con mirada penetrante.

—¡No! —Las lágrimas resbalan por mis mejillas y las parejas que bailan a nuestro alrededor se giran para mirarme—. No puedes hacer esto, Kel. ¡Eres un egoísta! ¿Lo sabes? ¿Y tus amigos? ¿Qué pasa con la gente que… te quiere?

—Rosalina. —Kel trata de agarrarme, pero me alejo.

—¡Eres un cabrón egoísta! —grito—. ¡Y siempre lo has sido! ¡Por eso estás maldito!

Antes de que pueda detenerme, me doy la vuelta y huyo por el salón de baile mientras mis lágrimas se convierten en hielo.

48

Rosalina



Salgo corriendo del salón de baile y recorro el pasillo. Necesito salir de aquí. Es como si las paredes se cerraran sobre mí. Es demasiado. La vida que he creado en los últimos meses… es muy frágil. Keldarion tenía razón. Nunca fui una prisionera. Era una escapista, huyendo de mi vida real.

Deseo con toda mi alma que los príncipes encuentren a sus compañeras. Y al mismo tiempo, me aterra perderlos.

Pero además de eso, no puedo ver a Kel marchitarse. Ahora sé de verdad que nunca creerá en mí. Nunca confiará en mí.

Abro de par en par las puertas hasta que la luz de la tarde me envuelve. Ante mí se extiende un jardín cubierto de nieve, con setos y topiarios ocultos por un blanco manto. En el centro hay una enorme fuente de piedra con una cascada de agua que brilla como fuegos artificiales congelados.

Me arrojo sobre la fuente y lloro. Al menos aquí fuera, mis lágrimas se congelan al instante y a mis sollozos se los lleva el viento.

—Vamos, vamos, hija mía. ¿Qué podría causar tal angustia a una

hija del reino terrenal?

Parpadeo y veo una silueta azul que se cierne sobre mí. Tardo un segundo en reconocerlo. Es el visir real del reino del Invierno, Perth Quellos.

—Oh, lo siento, ¿este lugar está fuera de los límites? Me voy. —Me levanto y me sacudo la nieve del vestido.

El visir se sienta a mi lado y me ofrece una sonrisa amable. Está calvo y tiene la piel pálida, casi azulada. Tiene los labios manchados, como si acabara de comerse un cubo lleno de arándanos.

—No te preocupes. El reino del Invierno está abierto a todos los hijos de la tierra.

Me limpio la zona de las ojeras, segura de haber arruinado el precioso maquillaje en el que Marigold ha invertido una hora.

—Gracias.

Perth se humedece sus labios de color violeta.

—A Su Alteza Real a menudo se lo conoce por su… temperamento. ¿Puedo preguntar qué le dijo para angustiarla tanto, lady Rosalina?

—Es culpa mía —murmuro—. De mis propias expectativas. Quería ser útil.

—He oído que usted ha desempeñado un papel decisivo en la organización de este evento. —Perth se acaricia la barbilla—. Me sorprendió que Su Majestad estuviera de acuerdo.

—Solo permitió que se celebrara porque nunca tuvo intención de esforzarse —refunfuño—. Si intentara encontrar a su compañera… —Respiro hondo y me sereno. Sé que ni siquiera el visir conoce la maldición de los príncipes.

Perth se levanta y se lleva las manos a la espalda. Es inquietante verlo… Como todos los fae, tiene una elegancia atemporal, pero su rostro parece joven y marchito a la vez. Como un joven condenado a

ver el mundo repetirse una y otra vez.

—Una idea muy interesante. Se sabe que los vínculos de pareja aumentan la magia en los fae. Si Keldarion encontrara a su compañera, podría tener el poder de liberar por fin a Castletree del príncipe de las Espinas. —La oscuridad se cierne sobre sus ojos blancos como el hielo—. Parece que has estado muy ocupada, ¿verdad, pequeña humana?

La atmósfera entre los dos cambia; mi instinto se pone en alerta máxima y me pongo en pie.

—Gracias por preocuparse por mí. Voy a volver a la fiesta.

—Pero si apenas hemos tenido ocasión de hablar. Y tenemos tanto de qué hablar, ¿no crees? —Sonríe y noto que hasta sus dientes están manchados.

—Quizá en otra ocasión. Debería irme… —Me giro, dispuesta a marcharme.

—¿Cuánto tiempo llevas enamorada de Keldarion?

Se me hiela la sangre en las venas. Me siento como una de las estatuas que adornan las mesas; rígida, transparente.

—N… no estoy enamorada.

Entonces Perth Quellos empieza a caminar a mi alrededor.

—¿Fue cuando te acogió como a una gata callejera? —comienza, con un tono de voz cargado de veneno—. ¿Cuándo ordenó a sus sirvientas que te vistieran para que pudieras fingir que eras fae? ¿O tal vez cuando bailó contigo y se burló de nuestro reino? ¿Y los otros príncipes? Veo la forma en que los miras. ¿Crees que te abrirás de piernas para el príncipe del Verano y él te coronará como su princesa? Oh, sí, humana, yo me entero de todo. Y es casi doloroso ver lo patética que eres.

No puedo hablar, pues el miedo y la vergüenza me paralizan.

—¿Por qué me dice estas cosas?

Perth deja de dar vueltas y se planta justo delante de mí, mirándome con desprecio.

—Porque tienes razón en una cosa. Keldarion es un gobernante débil e inútil, y a menos que se libere de las garras del príncipe de las Espinas de una vez por todas, el reino del Invierno seguirá sufriendo. Si eso significa que debe encontrar a su compañera para aumentar su magia, que así sea. Y para ese propósito, tú eres una distracción lamentable.

—Los estoy ayudando —replico, pero mi voz suena débil. Tan débil como no la había oído desde… Desde que estaba con Lucas.

Estar en Castletree, rodeada de mis nuevos amigos, ha hecho que olvide que este no es mi mundo. Pero la penetrante mirada de Perth me ha devuelto de golpe a la realidad.

Incluso aquí, soy un estorbo.

—¿De verdad los estás ayudando? —Aparta con su larga uña una lágrima que resbala por mi mejilla—. ¿O acaso esperas conseguir algo más? Vamos, querida. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de que uno de ellos pueda desearte? ¿Quererte?

—No —susurro, y lo digo en serio. Porque nadie me ha amado nunca del modo en que se describe a los compañeros en los libros, con ese amor incondicional forjado en las estrellas. Nadie podría hacerlo jamás. Que Keldarion haya bromeado con que siente eso por mí ha sido mucho más que cruel.

Porque en mis fantasías más profundas y ocultas durante mi estancia en el Valle…, lo he deseado.

—¿Cómo te imaginabas que acabaría esto, pequeña humana? —Su voz penetra en mi mente—. ¿Pensabas que uno de ellos te tomaría como su compañera? ¡Imagínatelo! No eres más que un gusano en

comparación con un roble. El roble perdura. Lo otro es una criatura repugnante y rastrera que apenas vive del alba al anochecer. —El visir se acerca y me alejo de él, tropezando y cayendo sobre la fuente. Se inclina hacia mí y coloca las manos a ambos lados de mi cuerpo —. El reino del Invierno está al borde de una rebelión general. Tu presencia está alterando el orden de las cosas. Sabes que lo que digo es cierto. —Me arrima su boca manchada al oído—. No hay futuro para ti en el Valle Encantado.

Hasta la última pizca de energía abandona mi cuerpo. No hay escapatoria. De repente vuelvo a estar en la habitación de Lucas, llorando mientras él me corta la muñeca. Estoy bajo el agua, hundiéndome en las profundidades. El baile que he compartido con Keldarion es una fantasía lejana. «Así terminan las historias para la gente como yo».

Cierro los ojos y espero a que termine.

El aliento de Perth huele a carne y a alcohol amargo cuando roza mi cara.

—Ahora que está todo claro, organizaré tu regreso al reino de los humanos. No te preocupes, me aseguraré de que recibas una compensación justa por el tiempo que has estado aquí —dice, riendo con aire sombrío—. Siempre me aseguro de pagar a las putas.

Justo cuando un mar de lágrimas resbala por mi cara, siento una brisa acariciar mi piel. Abro los ojos de golpe y veo que alguien aparta de golpe a Quellos y lo arroja al suelo.

Y de pie ante mí, con el cuerpo rígido y la respiración agitada, está el príncipe de la Primavera.

49

Rosalina



—¡Ezryn! —grito.

Pero Ezryn avanza con paso firme hacia donde ha arrojado a Perth Quellos sobre el suelo helado. Agarra al visir por el cuello y lo levanta.

—No me importa quién seas, Quellos. —La voz de Ezryn suena como el filo de una espada—. Pero si vuelves a hablarle así, te arrancaré esa lengua bífida de la boca.

—Ah, príncipe de la Primavera —dice Perth con voz aguda. Trata de apoyar los pies, pero Ezryn lo mantiene en alto como si no pesara más que la túnica blanca que lleva—. No te he oído acercarte.

—Tampoco lo harás la próxima vez que te atrevas a hablar con desprecio a la señora de Castletree —gruñe Ezryn—. Porque tu cabeza habrá rodado antes de que te des cuenta de mi presencia.

Perth frunce el ceño.

—Cuando Keldarion se entere de que has amenazado al visir real…

—Si Keldarion te oyera, estarías muerto —gruñe Ezryn.

Con un violento empujón, Ezryn arroja al fae al suelo. El visir se

levanta como puede y retrocede.

—Corre con tus guardias y tus cortesanos —dice el príncipe de la Primavera, colocándose delante de mí—. Y asegúrate de mantenerte fuera de nuestra vista.

El visir se endereza la túnica con una mirada furibunda y vuelve a entrar en el castillo.

Siento que puedo respirar por primera vez desde que he salido.

—Ezryn…

Se oye un gran estruendo y Ezryn, cubierto por la armadura, se sienta a mi lado en el borde de la fuente.

—¿Estás bien?

Las lágrimas me anegan los ojos.

—S… sí…

Ezryn me agarra la mano temblorosa.

—Puedes decir que no.

Miro su oscuro yelmo. Aunque su rostro está oculto y el cristal negro de la visera es demasiado opaco como para que pueda verle los ojos, siento como si pudiera percibir la compasión de su expresión. Una sensación de seguridad se propaga por todo mi cuerpo.

—No, no lo estoy —digo medio sollozando, medio riendo—. ¡Ha sido muy cruel conmigo!

Ezryn me acerca la mano a la cara, casi como si tuviera intención de enjugarme las lágrimas, pero la aparta.

—Créeme, te entiendo. Ya he sido objeto de uno de los arranques de Quellos. Le molesta cualquiera que esté cerca de Keldarion que no sea él.

Se me dibuja una pequeña sonrisa en los labios.

—No te imagino dejando que te eche la bronca.

Ezryn se remueve en su asiento.

—Cuando heredé de mi madre el trono y la magia que lo acompaña, no tenía control sobre ella. Keldarion nunca me consideró alguien malo por mis transgresiones. Pero Quellos se aseguró de hacerme saber el peligro que representaba para Kel. Para mi reino. Para mi familia.

—Eso es terrible. —Antes de que pueda pensar, acerco la mano y tomo la de Ezryn. Él se pone tenso un momento y luego se relaja. Tiene unas manos enormes, con unos guantes gruesos y finamente elaborados—. Me imagino lo aterrador que debe ser tener de repente un montón de poderes mágicos que no sabes muy bien cómo controlar. ¿Pudo ayudarte tu madre?

Se produce un breve silencio entre nosotros.

—Mi madre falleció poco después de que yo heredara el trono —dice, y su voz resuena con suavidad.

Ya está otra vez Rosalina, la metepatas.

—Lo siento mucho, Ezryn. —El pecho me late con fuerza y busco despacio el borde del guante y se lo quito. Él no me detiene. Dejo el guante sobre mi regazo y le cojo la mano desnuda. Los copos de nieve caen sobre su piel morena y deslizo un dedo por su palma y las callosas yemas de sus dedos—. Pero tu magia es buena. Sé que lo es. Como cuando me curaste al llegar al castillo. O cuando la usaste para calmar a Farron. Tu magia es buena, Ezryn. Y tú también lo eres.

Ezryn exhala un suspiro, un débil sonido cálido y metálico bajo el yelmo. Se mueve con rapidez y gira la mano para agarrar la mía.

—Cómo desearía que tuvieras razón.

Casi se puede palpar la tensión entre nosotros, y me doy cuenta de que está mirando el lugar donde nuestra piel se toca. El corazón me

late con fuerza y siento que se me encoge el estómago. Es algo tan simple, solo mi mano en la suya, y sin embargo tengo la sensación de que estoy desnuda y expuesta. Quizá sea porque este pequeño atisbo de su piel es tan raro, tan vulnerable.

—Ezryn —susurro—. ¿Cómo es que no puedes mostrarle tu rostro a nadie?

—Es la costumbre del reino de la Primavera. Todos los miembros de la familia real se cubren el rostro. Es una tradición ancestral. El acto de no enseñar el rostro simboliza nuestra entrega absoluta a nuestro pueblo. Somos servidores del reino por encima de todo, guerreros de la tierra. Si un miembro de la familia real revelara su rostro… —Ezryn baja la voz—. Es la mayor deshonra que se pueda imaginar, y se castiga con el destierro del reino de la Primavera para siempre.

—¡Vaya! —susurro—. Eso es muy… fuerte. ¿Nadie te ha visto nunca la cara?

—Las antiguas leyes establecen que se puede enseñar el rostro con la familia de sangre, pero mi familia es muy estricta. Cuando cumplí cinco años, me puse el yelmo y no me lo he quitado desde entonces.

Abro los ojos como platos y me lanzo hacia él, apoyándole las manos en las rodillas.

—¡Un momento! ¿Alguna vez te lo quitas? ¿Ni siquiera sabes qué aspecto tienes?

Ezryn se ríe entre dientes.

—Sí, puedo quitármelo cuando estoy solo. También como y me baño, ya sabes.

—Ah, claro —me río.

—Y… —Levanta la vista al cielo—. Me lo quitaré en presencia de mi compañera.

Me distraigo viendo los copos de nieve danzar sobre su brillante armadura, en su visera. Me pregunto qué aspecto tendrían sobre sus pestañas.

—Es bastante romántico.

Ezryn suelta un bufido. Coge el guante despacio, casi como si no quisiera, y se lo vuelve a poner.

—Creo que ya has estado demasiado tiempo en el frío. ¿Volvemos a la fiesta?

Miro hacia las puertas del castillo. La voz de Perth resuena en mi cabeza: «Humana. Gusano. Puta».

—Todo el mundo me va a estar mirando. Juzgando lo ridículo que es que una humana esté aquí. Pensando que soy un monstruo abominable.

Ezryn se levanta y baja la mano.

—Ahora eres la señora de Castletree. Los monstruos debemos permanecer unidos.

Así me había llamado delante de Perth. «La señora de Castletree». Las lágrimas vuelven a anegarme los ojos y respiro de forma entrecortada.

Ezryn retrocede a trompicones.

—Estás llorando…

—No, no, esta vez es de alegría —me apresuro a decir—. Nunca había pertenecido a ningún lugar.

Me estoy acostumbrando a la quietud de su cuerpo mientras asimila información y al rápido movimiento posterior. Ezryn me tiende el brazo para que me tome de él. Resulta cómico ver ese enorme cuerpo acorazado haciendo un gesto tan caballeroso. No puedo evitar sonreír mientras le cojo el brazo.

Volvemos al salón de baile. Ha comenzado un alegre vals, y me río

al ver a Dayton bailando con una fornida fae y a Farron con una ristra de ancianas fae siguiéndolo. Por su parte, Keldarion está sentado en su trono, con la cabeza entre las manos.

—Nadie se enfurruña como Kel —susurra Ezryn.

Profiero una risita antes de que me asalte un pensamiento. «Eres una distracción».

—Debería dejarte libre.

—Ridícula humana —murmura y me arrastra a la pista de baile, estrechándome entre sus brazos.

Mi cuerpo entra en calor a pesar de lo fría que está su armadura. Este baile es más rápido, y Ezryn me hace girar hasta que me da vueltas la habitación.

—¡Ez! —grito, riendo, y me derrumbo contra su pecho. Es como si una descarga eléctrica nos atravesara cuando nos tocamos y suelto un grito ahogado. Puedo oír su respiración a pesar de la música y el bullicio de la multitud.

Inclina la cabeza para mirarme.

—Ezryn —susurro—, ¿de qué color son tus ojos?

—Castaños —murmura—. Mis ojos son castaños.

Acerco una mano a su yelmo y deslizo los dedos por el frío metal. Es como si el resto del mundo hubiera desaparecido en medio de una neblina a mi alrededor.

—Castaños…

De repente, las puertas se abren y una ráfaga de viento helado atraviesa todo el salón de baile. Los invitados jadean y la música se detiene.

—Bien hecho, Keldarion —exclama una sonora voz desde la puerta—. Siempre se te ha dado bien organizar una fiesta.

Y en lo alto de la escalera, apoyado de forma indolente en la

barandilla, está Caspian, el príncipe de las Espinas.

50

Rosalina



El príncipe de las Espinas está aquí. En el reino del Invierno. En el baile que he organizado yo.

En el salón impera un silencio tan ensordecedor que cada paso de Caspian bajando las escaleras resuena como el tañido de una campana fúnebre. Ezryn me agarra por los hombros y me estrecha contra él, colocando su cuerpo delante del mío. Me giro para ver a los otros príncipes. Dayton y Farron cruzan corriendo el salón de baile. Pero no hacia Caspian.

Sino hacia Keldarion.

Cada uno agarra a Kel de un brazo, manteniéndolo sujeto al trono. Y la expresión en el rostro de Kel…

Siento como si mi corazón se estuviera haciendo añicos.

Una rabia y angustia descarnadas dominan sus facciones.

En cambio, Caspian ofrece a la multitud una sonrisa demasiado hermosa para alguien tan malvado.

—He venido a presentar mis respetos a la organizadora de este gran baile —dice con una voz que resuena en toda la sala—. Parece que mi invitación se ha perdido en el correo. —Posa en mí sus ojos

del color de la medianoche.

¿Caspian… ha venido a verme? ¿A qué está jugando?

Caspian se detiene al llegar al pie de la escalera. Va vestido de forma elegante, con una chaqueta oscura con ribetes plateados en los puños y una capa de color púrpura oscuro. Su larga cabellera negra desciende en ondas por sus hombros, adornada con una diadema que lleva un magnífico zafiro. Esos ojos, brillantes como un cielo estrellado… Es tan hermoso, que me sorprendo conteniendo la respiración solo para asimilarlo.

—Qué recibimiento tan poco caluroso —prosigue—. No he venido a causar problemas. Solo quiero bailar, como todos vosotros, encantadores fae.

—Fuera de mi reino —gruñe Keldarion desde su trono.

Caspian se ríe y comienza a caminar de nuevo. Los fae se apartan a su paso.

—En realidad no he venido a verte a ti, mi querido Kel. He venido por…

Sus labios dicen «ella», pero en mi cabeza oigo «ti».

El aire queda atrapado en mi garganta. Me aferro a la parte trasera de la armadura de Ezryn como si fuera lo único que me mantiene anclada a la tierra.

—Su Majestad, príncipe del reino del Invierno y Protector Jurado de los Reinos, te ha ordenado que te marches —interviene Ezryn con voz cargada de autoridad.

Caspian enarca una ceja y se detiene justo delante de Ezryn. Está tan cerca que, si asomara la cabeza desde detrás de la gigantesca espalda metálica de Ez, podría tocarlo.

—Ah, Ez, querido. Ha pasado mucho tiempo. Veo que sigues siendo el perrito metálico de Keldarion.

—Y tu presencia aquí sigue siendo tan poco grata como siempre —refunfuña Ezryn a su vez—. No hagas esto, Caspian. ¿Quieres pelear? Vale, pero a ella déjala fuera de esto.

Caspian se examina las uñas.

—A diferencia de ti, yo no me ciño a todos los caprichos de Keldarion, Ez. Sé que te cortarías la mano si eso te garantizara una caricia en la barriga de Su Alteza de Hielo, pero yo tengo otros asuntos que atender. Y hoy, me gustaría bailar con la ilustre invitada de Castletree.

Ezryn emite lo que solo puede describirse como un gruñido feroz, aún más aterrador por la reverberación de su máscara.

La tensión en el salón es palpable. Juro que si respiro demasiado fuerte, el salón de baile implosionaría.

—Oye, Caspian, hace veinticinco años no te querían en las fiestas. Y ahora tampoco te quieren —brama Dayton desde el estrado. Todavía tiene una mano firme sobre el hombro de Keldarion—. ¿Por qué no te portas bien y te vas?

Caspian suelta una risita sombría.

—Es fácil hacerse el duro cuando estás al lado de Kel, ¿verdad, Dayton? Anda, recuérdame quién gobierna el reino del Verano en este momento.

Dayton se pone tenso.

—Oh, claro —dice Caspian—. Dejaste a tu hermana pequeña a cargo. Pero creo que tu reino tuvo suerte. Mejor que el borracho que dejó que sus hermanos fueran solos a la batalla. Eso terminó bien para ti, ¿no es así, príncipe del reino del Verano?

Farron desvía la mirada del rostro ceniciento de Dayton al de Caspian.

—¡Cállate! —gruñe—. Tú eres el villano aquí, Caspian. Le estás

chupando la vida a Castletree…

—Ah, pero si es nuestro pequeño investigador. La vida está detrás de un libro, ¿no? Deben encantarte mis espinas. Te pasas todos los días escondido, tratando de encontrar una cura para ellas. Pero ¿qué harías si desaparecieran y tuvieras que volver a gobernar de verdad? No intentes engañarme. Deberías estar de rodillas agradeciéndome el regalo que te he hecho. —La voz de Caspian ha perdido su picardía. Ahora es todo oscuridad.

A Farron parece que le hubieran herido con flechas. Retrocede, tambaleándose, con la mano en el pecho.

—¡Basta! —Ezryn se acerca a Caspian—. Guardias, traedme una espada…

—Necesitas un arma, cómo no. ¿Qué sería el príncipe de la Primavera sin sangre en sus manos? —Caspian se pasea ante él, con el ceño fruncido en su rostro angelical—. A los goblins les encanta hablar, ¿sabes? Eres la historia de fantasmas favorita del Inframundo. La Bestia Negra del Zarzal.

—Silencio —dice Ezryn con voz ronca.

—Sé cuánto disfrutas matándolos —aduce Caspian—. Que a veces lo haces despacio. Los torturas, dejando que sus gritos llenen tus oídos como su sangre llena tu boca. No pasa nada. Sé apreciar el arte de la tortura.

Ezryn avanza con paso airado hasta que están cara a cara.

—Te arrancaré la lengua.

Pero Caspian no retrocede. En lugar de eso, sonríe.

—Te temen. Y eso te encanta. Te conozco bien, Ezryn de la Primavera. ¿Es cierto que solo te sientes en paz cuando eres un monstruo cubierto de sangre? ¿Que matas a mis goblins despacio para que sus gritos ahoguen los llantos de todos aquellos a los que

les has fallado? —Esboza una blanca sonrisa—. ¿Como a tu madre?

Ezryn guarda silencio. Una lágrima resbala por mi cara al suelo y suena como un estampido sónico. Me vuelvo hacia Keldarion en su trono. «Haz algo. Ayúdalos».

Pero Keldarion permanece inmovilizado como si tuviera puestos unos grilletes invisibles, con sus rasgos deformados por el dolor.

—Todos vosotros sois patéticos —espeta Caspian.

La ira inunda mi cuerpo.

¿Quién se cree este tío que es, colándose en mi fiesta y menospreciando a mis príncipes? Perth Quellos me hizo sentir como una hormiga bajo la suela de su bota, una sensación que me resultaba demasiado familiar. La gente de mi pueblo, Lucas, me habían hecho sentir así toda mi vida. Y acepté cada golpe, cada burla, porque era más fácil dejarse derribar que ponerse en pie.

Pero ahora, un fuego arde dentro de mi carne y no voy a dejarme pisotear. Nunca más.

Me pongo delante de Ezryn y empujo al príncipe de Espinas en su pecho, vestido de forma impecable.

Él retrocede a trompicones y un grito ahogado recorre la multitud.

Caspian se mira los pies y luego me mira a mí, enarcando una ceja. Abre la boca, pero no le permito decir ni una palabra.

—Lo entendemos, príncipe de las Espinas. Estás celoso. —Mi voz surge como un gruñido entrecortado. Ahora soy yo la que se pasea delante de él—. Los cuatro príncipes se tienen los unos a los otros. ¿Y qué tienes tú? Tus duendes y tus zarzas. No me extraña que pases el tiempo acechando a los príncipes y obsesionándote con ellos. —Me paro delante de sus narices y lo miro con el ceño fruncido—. Desearías ser ellos.

Caspian me sonríe.

—Oh, mi dulce Rose, no tienes ni idea de lo que deseo.

—Cállate. No he terminado de hablar. —Mi corazón late con fuerza en mis oídos, pero no me importa. Estoy harta de estos hombres inseguros—. ¿Son perfectos los príncipes? No. ¿Han cometido errores? Sí. Pero siguen aquí. Dando la cara porque se preocupan por el Valle y por todos los que viven en él. —Hinco un dedo en su duro pecho—. ¿Y qué es lo que te importa a ti? ¿Ampliar tu feo jardín? ¿Hacer el ridículo en las fiestas? —Sacudo la cabeza—. Tú eres el patético, Caspian. Y lo sabes.

Caspian guarda silencio y yo inspiro, esperando que sus espinas surjan de entre la multitud y me envuelvan. Pero cuando veo que no lo hacen, le doy la espalda y miro a mis príncipes. Ezryn, Dayton, Farron y Keldarion. Cada uno de ellos, tan roto. Y, sin embargo, sus fragmentos brillan como polvo de estrellas.

—Los príncipes tienen más coraje y corazón de lo que puedas imaginar, Caspian —susurro—. Me doy cuenta de que tu vida ha sido muy triste. Siento que hayas sufrido. —Mis ojos brillan con lágrimas de rabia mientras lo miro—. Pero no tienes derecho a hundirlos por eso.

Caspian se pasa la lengua por sus suaves labios. Entrecierra los ojos y una sonrisa traicionera se dibuja en su boca.

—¡Vaya, vaya! Mi rosa tiene espinas.

Miro fijamente a este príncipe de las tinieblas y no me inmuto.

—Has dicho que habías venido a la fiesta para verme y bailar. Pues aquí estoy. Vamos a bailar.

—Rosalina, no lo hagas —dice Ezryn, pero le hago un gesto para que se vaya.

—¿Caspian? —insisto.

Caspian pasa una mano por las oscuras ondas de mi cabello.

—Sería un honor bailar contigo.

Hago un gesto a los músicos con la cabeza y ellos miran a Keldarion. Sus manos excavan surcos en su trono helado, pero le insto con la mirada: «Sé lo que hago».

Con gesto de dolor, hace una señal a los músicos para que continúen tocando.

Comienza el vals.

Nadie más baila. El príncipe de las Espinas y yo nos movemos como si fuéramos dos pétalos a la deriva por la brisa, como si fuéramos una sola onda en un lago iluminado por la luna. Si pensaba que Kel era un buen bailarín, Caspian lo deja en evidencia. Cada uno de sus movimientos es fluido y sensual.

No puedo apartar la mirada de su rostro; mantiene esa expresión socarrona, sin apenas pestañear. Sus ojos son dos agujeros negros y yo estoy atrapada en su gravedad.

—Dime, ¿te gusta ser la princesa de Castletree? —pregunta Caspian con tono mordaz.

—Es maravilloso —contesto—. La comida es exquisita. Deberías venir a cenar algún día.

—Oh, princesa, no es necesario que me invites. —Me inclina con un elegante movimiento—. Siempre aparezco.

Mi pecho se agita debido a mi respiración acelerada y sus ojos se desvían hacia mi corpiño. Una sonrisa perversa se dibuja en sus labios.

Necesito concentrarme.

—¿Por qué tienes espinas por todo el castillo? ¿Por qué no las quitas?

Me hace girar y me estrecha contra su pecho.

—No te gustaría que hiciera eso.

—¿Qué es lo que quieres? —insisto—. ¿Robar la magia de Castletree? ¿Por qué?

—Te contaré un secreto. —Sonríe—. Creo que queremos lo mismo.

—Lo dudo, Caspian.

Describe pequeños círculos en mi cintura con el pulgar.

—Escucha con atención, princesa. Confía en tu instinto por encima de todo. El mundo te dirá que no perteneces a él. Que eres una simple humana. Que no tienes ningún control sobre los devenires del destino. —Se inclina hacia delante y su cálido aliento me acaricia la mandíbula—. Se equivocan.

—¿Por qué debería fiarme de lo que me digas? —susurro.

Una descarga de energía estalla entre nosotros cuando echa la cabeza hacia atrás, haciendo que su largo cabello oscuro se aparte de su rostro.

—Porque resulta que soy un experto en lo que hay bajo la superficie.

La música cobra intensidad y nos movemos cada vez más rápido. Tengo la clara sensación de que una corriente me arrastra; no puedo hacer nada para recuperar el control.

—Nuestro baile está a punto de terminar —dice—. Y por eso, te diré la verdadera razón por la que estoy aquí. Tus preciados príncipes te ocultan algo.

No respondo. No puedo responder.

—¿El torreón al que tienes prohibida la entrada? —Baja el tono de voz y, por un momento, es casi como si hablara dentro de mí—. El tiempo se acaba. Compruébalo tú misma.

—No hay manera de entrar en el torreón

—Ahora te será más fácil encontrar la forma. Confía solo en ti. —La música va *in crescendo* y giramos sin cesar, hasta que Caspian me

inclina tanto que mi pelo roza la pista de baile.

—Nuestro tiempo juntos ha llegado a su fin, princesa —susurra—. Gracias por una noche memorable.

Entonces Caspian desliza la lengua por el valle entre mis pechos, sube por mi cuello y llega a mis labios…

Se oye un estruendo y me vuelvo hacia el estrado. Keldarion empuja con violencia a Dayton y a Farron, apartándolos de su camino, y avanza hecho una furia.

Directo hacia nosotros.

51

Rosalina



Keldarion se abalanza sobre Caspian antes de que este tenga siquiera la oportunidad de levantarme. Lo tira al suelo y yo caigo de golpe contra las baldosas. Keldarion agarra a Caspian de la pechera de la túnica y lo levanta.

Caspian lo mira con una expresión de perplejidad en su hermoso rostro mientras en sus labios se dibuja una sonrisa burlona.

—Ay, Kel, me tenías preocupado. Casi me dejas disfrutar de un baile entero antes de que tus celos te dominaran. Y yo que pensaba que ya no era especial para ti.

—Vete. —En los ojos de Keldarion centellea una oscura amenaza.

Me levanto en el mismo momento en que Caspian se zafa de él. Aterriza con elegancia y agarra la muñeca de Kel.

—Tenía que venir. Me estaba impacientando.

Desvía la mirada hacia mí y siento que algo se desliza alrededor de mi cabeza. Me giro despacio hacia la pared helada y contemplo mi reflejo. Una corona de espinas surca mi frente.

—Le queda mejor a ella —dice Caspian, mientras se ajusta su propia diadema de zafiros.

Kel se queda inmóvil, y durante un instante siento que estoy atrapada en una extraña burbuja con ellos. Caspian se pone de puntillas y acerca los labios a la oreja de Kel.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que te vengas abajo y ella me pertenezca?

Es el movimiento de la mano de Caspian lo que capta mi atención; su pulgar rozando la muñeca de Kel en un gesto extrañamente íntimo. Rozando una silueta oscura justo encima del brazalete de hielo que formó nuestro pacto. «¿Qué es eso?».

—Eso jamás —gruñe Keldarion. Con un rugido, lanza a Caspian al otro lado del salón.

Keldarion está frente a mí, con los hombros encorvados y resollando. La escarcha cruje bajo sus pies y la magia del hielo brilla en la yema de sus dedos, tiñéndolos de azul. Si deja que la cólera se apodere de él, revelará su secreto a todos los nobles del reino del Invierno.

Caspian se levanta del suelo y se sacude el polvo de la chaqueta, aparentemente imperturbable. Una ráfaga de viento me agita el vestido y el cabello mientras Dayton, Farron y Ez corren al lado de Keldarion.

—Ni siquiera ahora puedes soportar hacerme daño, ¿verdad? — Una sonrisa cruel se dibuja en el bello rostro de Caspian.

—¡No eres bienvenido aquí! —brama Keldarion, y una serie de enormes carámbanos, con las puntas afiladas como cuchillas, brotan del suelo y se dirigen hacia el príncipe de las Espinas.

Caspian alza las manos y el suelo se resquebraja cuando unas enormes zarzas púrpuras emergen, enrollándose alrededor de sus piernas y llevándolo en volandas fuera del alcance de las dagas de hielo.

—¿Cuándo vas a entenderlo? —grita Caspian—. ¡Tú no tienes el control!

Más espinas surgen de las paredes, del suelo e incluso del estrado. Los invitados gritan y huyen despavoridos del salón de baile. Las zarzas empujan las mesas repletas de comida. Las esculturas de hielo se estrellan contra el suelo, haciéndose añicos. Una zarza rodea el trono de Kel hasta que solo un destello azul se distingue bajo la maraña.

Las espinas elevan a Caspian en el aire.

—Me encanta un poco de caos. —Sus ojos negros se posan en mí y me guiña un ojo—. Adiós, princesa.

Las zarzas lo envuelven cada vez más, hasta que de repente desaparece.

Un suspiro de alivio está a punto de brotar de mi garganta, pero un murmullo recorre la multitud, presa del pánico.

—¡Él ha traído al príncipe de las Espinas aquí!

—¡El que fue traidor, siempre será traidor!

—¡Keldarion se alía de nuevo con los del Inframundo! ¡Ha traído de nuevo las espinas al Invierno!

—¡Es culpa de Keldarion por confiar en él!

Me pongo de pie con las piernas temblorosas. Los príncipes han formado un círculo, todos mirando hacia fuera.

Algo va mal.

Un noble sale de su escondite tras una mesa llena de zarzas.

—¡Fijaos! ¡El príncipe Keldarion regresa tras años de abandono y resulta que el príncipe de las Espinas nos tiende una emboscada! Sigue aliado con los del Inframundo, ¡aquí está la prueba!

—No —gruñe Kel—. Mi lealtad es hacia la reina.

—Entonces, ¿por qué no llevas la Espada del Protector? —grita la

mujer hada entre la multitud—. ¿Por qué no mataste a Caspian mientras estaba aquí?

—Yo no… —masculla Kel.

Oh, no. Las rebeliones de las que Perth Quellos no dejaba de hablar. ¿Esto es el comienzo de una? Giro en redondo y alcanzo a ver al visir merodeando en una puerta. ¿Por qué no hace nada?

Algo vuela por el aire y aterriza sobre la elegante chaqueta de Kel. Una granada. El jugo púrpura resbala por su pecho.

—¡Abajo el príncipe! —vocifera un joven noble—. ¡Recuperemos nuestro reino de manos del traidor!

—¡No soy un traidor! —ruge Kel—. ¡Parad…!

Pero una fiebre se ha apoderado de la multitud. El pánico corre por mis venas, pero no puedo hacer nada. Los invitados arrancan las espinas y blanden los cuchillos y tenedores de las mesas. Un grupo se abalanza sobre el estrado y empieza a volcar los tronos. Ezryn y Dayton se ponen delante de Keldarion y la chispa de la magia estalla a su alrededor. Dayton mueve las manos como un director de orquesta, haciendo que se forme una barrera de agua. Ez toca el suelo y la tierra que hay debajo se mueve, convirtiéndose en tierra removida y en una maraña de raíces tan gruesas que los nobles que se acercan tropiezan y caen. Kel se queda ahí, paralizado entre ellos.

¿Dónde está Farron? ¿Se encuentra bien? Me doy la vuelta y me cruzo con los ojos de una mujer fae, cuya expresión denota ciega exaltación.

—Tú estabas bailando con el príncipe de las Espinas. ¿Eres un súcubo del Inframundo? —En la mano lleva la cabeza tallada y decapitada de un cisne; los restos de una escultura de hielo caída—. ¡Te voy a machacar esas putas orejas redondas hasta hundírtelas en el cráneo! —grita.

Retrocedo mientras un grito escapa de mis labios. Pero una brisa cargada de hojas rojizas y doradas surge de las manos de Farron, que se coloca de un salto delante de mí. La mujer fae sale volando por la habitación y la cabeza del cisne se rompe en pedazos contra el suelo.

Farron se vuelve hacia mí, con un rizo castaño cayéndole entre los ojos.

—¡Date prisa! ¡Tengo que sacarte de aquí!

Me coge de la mano y me dejo arrastrar por el salón de baile. Se ha desatado la anarquía total. Los guardias han formado un perímetro alrededor de los otros tres príncipes, protegiéndolos de los nobles amotinados, mientras que otros intentan someterlos. Pero veo a algunos guardias al otro lado, destrozando el salón de baile con sus lanzas.

—¿Qué está pasando? —grito.

—No es la primera vez que el príncipe de las Espinas incendia el reino del Invierno —dice Farron con voz entrecortada, empujándome debajo de una mesa mientras intentamos atravesar una acalorada pelea—. Esta es la culminación del miedo y la ira de esa última traición.

—Pero se están desquitando con Kel. —Mi hermoso vestido se rasga cuando Farron me arrastra al otro lado de la mesa.

—Bueno, Kel no ha sido precisamente un gobernante modélico —murmura Farron—. Vamos.

—¡Pero está tratando de hacerlo mejor! —grito, resollando mientras intento seguirle el paso. ¿Dónde está Perth Quellos? Ha sido él quien ha gobernado en lugar de Kel. Pero no lo veo por ningún lado.

Farron me empuja por una puerta hacia un pasillo vacío. Corremos a toda velocidad hasta salir al jardín. Levanto la vista con los ojos

entrecerrados, intentando encontrar el sol entre las oscuras nubes.

Farron agarra su reluciente medallón con forma de hoja y lo sostiene en alto. El espejo iridiscente irradia un halo de luz.

—Deprisa, Rosalina. Esto te llevará a Castletree.

—No sin ti. —Agarro el brazo de Farron.

Él sacude la cabeza.

—Tengo que quedarme y ayudar a sofocar esto como pueda.

—¿Qué pasa con Kel? Está en peligro. Podrían matarlo.

—Ez y Dayton nunca dejarán que eso ocurra. Yo nunca dejaré que eso ocurra. —Farron me acaricia la mejilla—. Confía en mí.

Las puertas se abren de golpe y sale un grupo de nobles con cuchillos de trinchar y afiladas espinas que han arrancado de las zarzas.

—Estarás a salvo en casa, Rosalina —dice Farron—. Vete.

«Estarás a salvo en casa». Esas son palabras que nunca había entendido hasta ahora. Antes, el hogar solía ser una cabaña oscura, sentada en soledad, esperando a que llegara mi padre. Era caminar por las calles húmedas, desesperada por ver a Lucas pero aterrada al mismo tiempo.

Ahora pienso en mi cama caliente en el castillo, en sentarme frente al tocador con Astrid y Marigold. En los murales de hiedra trepadora y en los verdes prados que me recuerdan el sol y el olor a tierra fresca.

Pienso en las flores de cerezo que llegan flotando hasta mi cama, en el cálido abrazo del agua salada, en los libros interminables, en el resplandor del hielo.

Por primera vez en mi vida, sé que las palabras son ciertas; estaré a salvo en casa. En Castletree.

Tras una última mirada a Farron, salto hacia la luz. El caos que hay

a mi espalda desaparece.

52

Rosalina



Observo con impotencia mientras el sol se pone. ¿Dónde están? ¿Por qué no han vuelto todavía?

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que volví a Castletree a través del espejo. Cada minuto me parece un año, mientras el estómago se me encoje y mi mente repasa todas las horribles posibilidades.

Ni siquiera los sirvientes que fueron al reino del Invierno han regresado. ¿Estarán heridos? ¿En peligro? Si no regresan pronto, se hará de noche, y su secreto quedará al descubierto ante todo el mundo.

Mi traje arruinado se derrama como una cascada de hielo sobre la manta mientras me desplomo en la cama. No debería haberme ido… ¿Pero qué podía hacer? Solo habría sido un estorbo para los príncipes.

Tal vez Perth Quellos tenía razón en todo.

Pensé que bailar con el príncipe de las Espinas era la solución pacífica. ¡Qué estúpida fui! Es un auténtico embaucador.

«Tus preciados príncipes te ocultan algo».

Me llevo la mano a la corona de espinas que tengo en la cabeza y miro al techo. Todo el mundo se ha mostrado muy reservado sobre el torreón. ¿Qué será? La única vez que traté de abrir la puerta, estaba cerrada con llave. Kel me dijo que ese lugar estaba estrictamente prohibido.

Me levanto y empiezo a pasearme por mi habitación. ¿Qué ocultan que pueda ser peor que la propia maldición? Después de todo lo que hemos pasado estos últimos meses, confían en mí.

Lo sé.

Pero… las palabras de Caspian permanecen en mi mente, como un fantasma que me estremece la piel.

¿Qué hay en el torreón?

Me acerco al alféizar de la ventana y vuelvo a mirar el sol. Todavía no han vuelto. Y no puedo hacer nada aquí, salvo esperarlos.

Es hora de tomar las riendas de mi propio destino.

Cierro los ojos y siento una profunda certeza, algo visceral que he percibido desde que vivo en Castletree. Este castillo, estas espinas, son más de lo que parecen. Pueden oírme.

—Muéstrame el camino al torreón —susurro—. Muéstrame el camino.

Oigo un estremecido gemido detrás de mí y me vuelvo hacia el cerezo en flor en el rincón de mi habitación. El tronco, cubierto de zarzas y espinas púrpuras, se resquebraja. Las espinas se retiran, la corteza se levanta y los rosados pétalos revolotean hasta el suelo.

Donde antes estaba mi cerezo en flor, ahora hay una angosta escalera. Un camino hacia las entrañas de Castletree.

—Confía en ti —susurro. Y como si tuviera una cuerda atada a mi corazón, me adentro en la oscuridad.

La escalera está completamente a oscuras y se enrosca sobre sí

misma. Atravieso el corazón del árbol y subo hasta las ramas más altas. Es como si pudiera sentir la magia vibrar desde dentro.

La sensación de algo muy sagrado, muy antiguo.

Pongo sumo cuidado en cada paso, y juraría que mi corazón late al mismo ritmo de la magia. Hay zarzas en la escalera, pero no tan invasivas como en otros sitios. En su lugar, una sola rama cubierta de espinas serpentea por las paredes a ambos lados, haciendo casi las veces de barandilla mientras subo en medio de la oscuridad.

Por fin llego a una puerta de madera. Giro el picaporte y entro en lo alto del torreón.

Parpadeo y contemplo la gran sala. Enormes vidrieras dejan entrar la luz mortecina y tiñen la habitación de vibrantes tonalidades rojizas, azuladas, anaranjadas y verdes. Y las zarzas…

Ninguna otra zona del castillo, ni siquiera el ala del Invierno, está tan infestada de zarzas. Se extienden como una alfombra por el suelo, enganchándome el vestido. Suben por las paredes, enredándose en el borde del techo. Es como si fueran el esqueleto del propio Castletree.

Se me corta la respiración. En el centro de la cámara hay un hueco con forma de media luna que ninguna zarza se atreve a tocar. El suelo está cubierto por un vibrante mural que representa una lluvia de estrellas, en el que unas brillantes luces caen del cielo. Y cuatro rosas crecen en una pequeña parcela de tierra fértil.

Una tiene los pétalos rosas y está envuelta en la luz esmeralda de la vidriera. A su lado crece una de pétalos turquesas, bañada en una luz amarilla. A su lado hay otra de intenso color naranja, cubierta de rojo oscuro por las vidrieras. Y, por último, hay una rosa de un asombroso azul, un color tan intenso que siento que podría congelarme si la toco.

Y las rosas se están marchitando.

Caigo de rodillas y manos mientras la magia que irradian las rosas se abate sobre mí como un maremoto.

Parece que a las rosas les queda apenas un hálito de vida. Sus pétalos están arrugados y las hojas, caídas. Un precioso pétalo azul cae de la que está en el extremo y se marchita hasta convertirse en ceniza en el suelo.

—¿Qué significa esto? —digo—. ¿Qué intentas enseñarme?

Y como si Castletree escuchara mi súplica, la luz de las vidrieras centellea y cambia. Se retuerce, se arremolina y se arquea, como un arcoíris de colores luminosos, hasta que forma una imagen.

Ahogo un grito. Ante mí están… mis príncipes.

Sé que son ellos, aunque sean meras imágenes hechas de luz. Ezryn está detrás de su flor, con una espada en la mano. Dayton, con el pelo más corto pero la misma sonrisa. Farron, encorvado y tímido. Y Keldarion, con su blanco cabello enmarañado y un gesto feroz en el rostro.

Me están mirando.

No, a mí no. A algo detrás de mí. A alguien.

Me giro y veo la silueta de una mujer hecha de luz gris oscura. Su silueta avanza, atravesando mi cuerpo, y se planta ante los príncipes. Les tiende cuatro rosas. Cada una brilla como si estuviera forjada de un prisma propio.

Ahora lo entiendo.

—Castletree —susurro—. Me estás mostrando un recuerdo.

Los príncipes miran a la mujer, sus dobles prismáticos se mueven de formas muy familiares. Ezryn le da la espalda, Dayton se ríe, Farron se encoge y Keldarion… Keldarion señala con un dedo acusador.

Una profunda sensación de terror me invade. Porque sé cómo acaba esta historia. He visto la pesadilla en persona. No se trata de una viajera perdida pidiendo refugio contra el viento helado.

Es la hechicera.

Y de repente, una luz blanca y brillante surge a mi alrededor y la mujer se recoge sobre sí misma, envuelta en una túnica. Es una resplandeciente entidad de luz estelar, cuyos rasgos quedan ocultos por un resplandor celestial.

Un mar de lágrimas resbala por mi cara y no sé por qué. Doy un paso adelante y trato de asir su mano, pero está fuera de mi alcance.

Los príncipes retroceden a su paso y su propia luz se atenúa. Las rosas que ella había sostenido flotan ahora sobre las cabezas de los príncipes.

—El universo es cíclico —dice la voz de la mujer, como el brillo de las estrellas en la atmósfera—. El día da paso a la noche y viceversa. La primavera al verano, el verano al otoño, el otoño al invierno y el invierno a la primavera. Los que mueren regresan al cosmos, sus espíritus se rehacen en la hierba, en los animales y en los fae que renacen.

Esta voz… Hace crecer algo dentro de mí, como un sueño del que me he despertado, pero que no puedo recordar. Me desplomo de rodillas y estiro el brazo hacia el recuerdo.

—Y como el universo es cíclico, también lo es el gobierno y la magia de los reinos —dice la hechicera a los príncipes—. El destino os ha entregado este gobierno a vosotros cuatro. —Su voz se torna sombría—. Y habéis desaprovechado esa responsabilidad.

Los cuatro príncipes caen de rodillas, con la cabeza gacha. La hechicera fae crece aún más.

—En vuestro estado actual, no merecéis el gran destino que os

aguarda. Esta providencia no se ignorará del mismo modo en que habéis fallado a vuestros reinos y a vuestro pueblo.

—Por favor, concédenos tu perdón —dicen al unísono.

La voz de la hechicera resuena como la brisa del mar y el crujido del hielo durante el primer deshielo.

—Debéis ganaros vuestra redención. —Luego se vuelve hacia Ezryn—. He aquí el justiciero que busca venganza en lugar de redención. Que ahoga sus penas en sangre y huesos en vez de enfrentarse a lo que subyace debajo. He aquí una bestia que dejará que su reino se marchite mientras su espada esté empapada en sangre.

Ezryn se desploma, arañándose la piel.

«¡Déjalo en paz!», quiero gritar, pero mi voz está atrapada dentro de mí.

Se vuelve hacia Dayton.

—He aquí el necio, que se refugia en el placer de la carne por miedo a su destino. Que desperdicia su tiempo y su talento. He aquí una bestia que permitirá que su reino se marchite mientras su mente esté lo bastante nublada como para no comprender.

Dayton cae de rodillas, con la espalda arqueada y el rostro deformado por la agonía.

Pero la hechicera no ha terminado. Se cierne sobre Farron.

—Y he aquí el cobarde, que finge que la pasividad es pacifismo. Que se esconde detrás de la investigación en lugar de admitir su indecisión. He aquí una bestia que permitirá que su reino se marchite mientras sus cortinas permanezcan cerradas para no tener que verlo.

Ahora Farron cae al suelo y su cuerpo se encoge.

Por último, la hechicera se gira para enfrentarse a Keldarion. Él cae

de rodillas, humillándose. Pero sé que no lo hace por él, sino por los demás.

Grito al vacío, rogándole que impida lo que sé que va a pasar. Pero no sirve de nada. Esto es un recuerdo. Y el destino ha devastado el curso del tiempo.

—He aquí el Protector Jurado de los Reinos, el que traicionó a su pueblo por amor. —La voz de la hechicera retumba como la tala de un bosque—. El que buscaba gloria y pasión. He aquí una bestia que dejará que el Valle entero se marchite en aras de su propio corazón egoísta.

—¡No! —grito.

Pero no puedo hacer nada para detener el pasado.

La hechicera alza las manos con aire triunfal y los príncipes se retuercen mientras sus cuerpos se transforman en algo monstruoso y horrible. Sus espaldas se quiebran, sus rostros se convierten en hocicos y de sus manos, que una vez me sostuvieron, nacen unas afiladas garras.

Y ante mí están ahora los lobos.

Las rosas flotan sobre sus cabezas, y la hechicera levanta la mano para tocarlas de una en una.

—Lanzo una maldición sobre este castillo, sobre todos los que habitan en él y sobre cada uno de los príncipes supremos del Valle. Cada noche, adoptarán la horrible forma de una bestia. Este hechizo solo se puede romper conquistando el verdadero amor de vuestra compañera predestinada y aceptando el vínculo que hace tiempo se tejió entre las estrellas. —Una resplandeciente lágrima resbala por su rostro iluminado—. Solo entonces demostraréis que sois dignos de vuestro destino.

Los lobos yacen postrados ante ella; el sufrimiento es evidente en

sus rostros nacidos de la luz.

La hechicera se eleva aún más en el aire.

—Estas rosas permanecerán en Castletree. Cuando se hayan marchitado y reducido a cenizas… —La hechicera cierra los ojos—. La maldición quedará sellada para siempre, y seréis bestias para toda la eternidad.

Los lobos aúllan, y suena como si mil tormentas rugieran a la vez. En medio del caos de luz y lamentos, la hechicera gira, y la imagen se desvanece ante mí.

53

Rosalina



De repente, todo está muy oscuro.

Jadeo, caigo de rodillas y me agarro a las zarzas, desgarrándome las manos. Eso es lo que no me habían contado…

Eso es lo que Caspian sabía.

¿Qué pecados habrán cometido mis príncipes en el pasado?

Pero una urgencia más apremiante me atenaza el corazón.

El tiempo se acaba.

Avanzo por el suelo, sin importarme que las espinas se me claven en las manos, hasta que llego a las rosas. Todas están inclinadas, los pétalos caen hacia la tierra. Llevan veinticinco años malditas… ¿Cuánto tiempo les queda?

Debo salvarlos. No pueden estar malditos para siempre. No solo los príncipes sucumbirán a sus bestias, sino también el personal. Astrid, Marigold…, atrapadas como animales el resto de sus vidas. Y sin la magia de los príncipes para contener las espinas, Castletree caerá ante Caspian.

—¡No, no, no! —grito. Hundo los dedos en la tierra. Tiene que

haber algo que pueda hacer para ganar tiempo. Si pudiera dar a las rosas algo de magia, mantenerlas vivas más tiempo…

Se oye un suave murmullo y algunas zarzas avanzan hacia mí.

—Ayúdame —susurro—. A mantener vivas las flores.

Las zarzas trepan despacio por mi cuerpo, enredándose alrededor de mis brazos. Pero no tengo miedo. Es como si una descarga de energía me atravesara. Podemos hacerlo juntos. Las lágrimas resbalan por mi rostro y vagamente noto que desprenden un brillo púrpura. Un extraño resplandor violeta reluce bajo mi piel.

—Os prometo que puedo romper la maldición. Solo necesito que florezcáis un poco más.

Rozo las flores de forma delicada con mis dedos, entrelazados con espinas. Primero, la rosa de la Primavera. Tiembla. Pienso en Ezryn, en sus manos sobre las mías mientras curaba mi herida. En la fuerza que mantiene unidas todas sus piezas rotas. Es un misterio que ansío resolver con toda mi alma.

Luego, deslizo con cuidado las manos sobre la rosa del Verano. Pienso en la sonrisa secreta de Dayton, el tesoro más raro. La pasión de su beso, la calidez que sentí en sus brazos. Tiene tanto que ofrecer; me encargaré de que tenga la oportunidad de hacerlo.

Mi corazón late con fuerza mientras acaricio la rosa del Otoño. Mi querido Farron. La primera persona en toda mi vida a quien podría considerar un verdadero amigo, alguien que me conoce de verdad. Quiero poder pasar más días en la biblioteca con él. Y también quiero la oportunidad de una noche.

Las flores que he tocado… Sus tallos se enderezan. Los pétalos se tersan. No están enteras, pero hay vida en ellas.

Sin embargo, no he terminado. Por último, toco la rosa del Invierno. Mi príncipe del Invierno. Mi Keldarion. Mi captor y mi

salvador. Tengo que decirle eso. He de decirle que me salvó de muchas maneras. Que puede salvarse a sí mismo. Sé que puede.

Su rosa florece bajo mi tacto. Más, puedo darles más…

Un rugido retumba en mis oídos, y de repente me levantan de golpe. Keldarion me sujeta los brazos con el rostro dominado por una furia descarnada.

—Tienes prohibido estar aquí. —Su voz suena como si hablara su bestia.

Me suelta y se apresura a examinar las flores.

—¡No sabes lo que podrías haber hecho!

El miedo me recorre el pecho. Jamás he visto semejante furia en él, ni siquiera cuando me capturó.

—No me habíais dicho que se os acababa el tiempo —susurro.

—¿Qué es esto? —pregunta, agarrando las zarzas que trepan por mis brazos y arrancándolas.

Grito cuando las espinas me desgarran la piel, sintiéndome completamente indefensa ante él.

—¡No tienes ni idea de lo que podrías haber hecho! —brama de nuevo y corre hacia las flores, arrancándoles las zarzas cercanas. Es como si una oscuridad se hubiera instalado en su interior, un lugar donde la luz va a morir.

Se oyen ruidos en la puerta y ahí están Ezryn, Dayton y Farron.

—Rosie, ¿qué haces aquí? —pregunta Farron con voz temblorosa.

Pero estoy harta de que me culpen de cosas de las que no soy responsable.

—Me habéis mentido. Todos. Me hicisteis creer que la hechicera era malvada. Pero ¿qué habéis hecho vosotros? —El miedo me atenaza el corazón—. ¡Ella os trató de bestias! ¡A todos!

—¡Caspian es el monstruo! —grita Kel. Con un rugido, agarra un

manojo de zarzas del suelo y las arranca. El castillo se sacude.

Los otros príncipes permanecen paralizados en la puerta, pero yo me levanto con dificultad. Keldarion corre hacia una pared y arranca más espinas. Se oye un gran crujido al derrumbarse parte del techo. Una enorme rama cae y yo grito, encogiéndome contra la pared.

Pero Keldarion no se detiene. Cada vez arranca más zarzas de las paredes y del techo. El castillo gime, casi un grito de agonía.

—¡Kel, para! —grito—. ¡Lo estás empeorando!

—Todo se ha perdido —gruñe. La sangre gotea entre sus dedos mientras las espinas le desgarran la carne—. ¡Se acabó!

Mi plan ha fracasado; solo he empeorado las cosas para él. Lo he obligado a enfrentarse a la gente de la que se ha estado escondiendo. Y ahora he descubierto su mayor secreto.

Kel pega un fuerte tirón y arranca dos puñados de zarzas. Las piedras se desprenden de las paredes y profiero un grito cuando una enorme rama atraviesa las ventanas, haciendo que una lluvia de cristales de colores nos caiga encima.

—¡El castillo se está desmoronando! —grita Ezryn—. ¡Deprisa, necesita más magia!

Los príncipes se precipitan hacia las rosas, poniéndose de rodillas y formando un círculo.

—Canalizad la energía hacia el árbol —indica Farron—. Tenemos que mantener este lugar unido.

Dayton levanta la vista, con pánico reflejado en la cara.

—Kel, necesitamos tu ayuda.

Pero Kel está cubierto de sangre y rodeado de zarzas. Levanta la vista, sin apartarse del rostro el cabello empapado de sudor, y sus ojos arden como llamas azules. Clava la mirada en mí.

—No debes estar aquí. Márchate.

—Kel —susurro.

—¡Vete! —gruñe.

Y echo a correr mientras Castletree, mi hogar, se desmorona a mi alrededor.

54

Rosalina



El hielo y la nieve azotan mis piernas desnudas. Tengo los pies entumecidos, y mis finos zapatos plateados ya están empapados.

No me importa, es como si la parte externa de mi cuerpo fuera a juego con mi corazón. Nada. No siento nada. Solo sé que tengo que irme, volver a casa. Mi verdadero hogar.

Nadie me sigue mientras atravieso con celeridad el puente y me adentro en los arbustos espinosos cubiertos de nieve.

El hielo tintinea al desprenderse de las zarzas gigantes mientras me abro paso entre ellas. La luna creciente me proporciona un sendero de marfil. Tengo que regresar al rosal, volver a Orca Cove, con mi padre, con Lucas y con todo lo que dejé atrás.

Qué tonta he sido por pensar que pertenecía a este lugar. Las lágrimas se me cristalizan en las mejillas y mis torpes pasos hacen que me tambalee contra las zarzas que rasgan mi hermoso vestido y me llenan de arañazos los brazos y las piernas.

De todas formas, no puedo sentirlos.

Me tambaleo, arañándome con las espinas, antes de aterrizar en un

montón de nieve embarrada. Me quedo así un momento, con la respiración entrecortada.

Una risa familiar suena en el aire. Se me hiela la sangre. «No…».

Varios ojos amarillos brillan en la penumbra.

Los goblins están aquí.

Temblando, me agarro a una enredadera y me ayudo de ella para levantarme. «¡Corre! ¡Rosalina, corre! —me grita una voz suave al oído, tan fuerte que bloquea todo lo demás—. ¡Corre! Ahora mismo estoy en un aprieto. No puedo llegar hasta ti, no puedo…». La voz se interrumpe en un grito de pura agonía, pero la descarnada desesperación de las palabras inyecta chute de adrenalina en mi cuerpo. Entro en acción, dejando el irregular sendero para arrojarme a la maraña de espinas. ¿Quién era? La voz sonaba lejana, pero familiar al mismo tiempo.

No puedo preocuparme de nada que no sea escapar de los goblins. La última vez nos rodearon a Lucas y a mí. No dejaré que me atrapen de la misma manera. Suena un murmullo de excitación cuando se dan cuenta de que estoy corriendo. Los arbustos espinosos se sacuden y la nieve y el hielo caen mientras los goblins me persiguen.

—Es tarde para que la princesita salga de su castillo —se carcajea un duende.

—¿Dónde están tus lobos? ¿Dónde están tus lobos? —corean.

Me adentro más en una maraña de ramas. Atisbo un pequeño resquicio de luz y me dirijo hacia él, preguntándome si al menos me dará alguna pista sobre dónde estoy. Tal vez pueda ver un lugar donde esconderme o escapar.

Un espantoso chillido rasga el aire nocturno cuando aparece ante mí un horrible duende que ha descendido de las ramas superiores.

Sus enormes ojos de insecto brillan como brasas a la luz de la luna y su pálida piel está cubierta de una viscosa capa de musgo y setas venenosas. Lleva una ajada armadura de cuero y empuña una guadaña letal hecha de espinas.

Un grito espeluznante se desgarra de mi garganta cuando avanza hacia mí.

—Qué humana tan guapa. —El goblin se relame los labios—. Qué vestidito tan brillante.

El miedo se arremolina en mi vientre. Las espinas se mueven detrás de mí a medida que más goblins se acercan. «¡No! ¡No!» ¡No voy a terminar la peor noche de mi vida siendo devorada por un puñetero goblin!

—Lo siento, no creo que a ti te quede bien este vestido —gruño—. El azul no combina con tu moho.

Entonces hago la única estupidez que se me ocurre. Corro hacia él con todas mis fuerzas y lo empujo contra las zarzas.

Una espina gigante atraviesa las tripas del goblin y me salpica de sangre negra. La criatura suelta la espada de espinas y un alarido escapa de sus labios.

Las espinas se retuercen y se cierran a su alrededor. El zarzal se mueve. «¡Mierda!». Se oyen chillidos y lamentos de otros goblins, aún ocultos entre las espinas.

Tengo que escapar. No quiero que me atrapen y me ensarten como a mi buen amigo goblin. Aquí lo tienen muy fácil para rodearme.

Me dirijo hacia la luz y salgo a una empinada colina nevada, donde apenas hay espinas. Abajo hay un río helado y un bosque más allá. Y allí, en la cima de una colina contraria, en un hueco entre los árboles, está el rosal. Las rojas flores ofrecen un marcado contraste bajo la luz de la luna. Tengo que cruzar el río y atravesar el bosque

antes de que los goblins me devoren.

Pan comido para una chica con un vestido de baile que odia correr.

No tengo más remedio que intentarlo.

Las zarzas siguen arremolinándose a mi espalda, como si una pequeña ofrenda de sangre goblin fuera cuanto necesitaran para cobrar vida.

«Quédate en las zarzas, Rosalina», exige una voz en mi cabeza. Ahora la reconozco. Es el príncipe de las Espinas. Caspian.

—Sí, claro. ¿Para que tus amiguitos me coman? —gruño, y avanzo con dificultad hacia la nieve. Ni en broma. Ahí es justo donde me quiere. No voy a proporcionarle otra forma de atormentar a Kel—. ¡Y sal de mi cabeza!

Aquí la nieve es profunda, me llega a las rodillas. Oigo un grito salvaje detrás de mí y me arriesgo a mirar por encima del hombro. Más goblins emergen de entre las espinas.

Las zarzas han dejado de moverse, probablemente porque ese príncipe idiota se ha dado cuenta de que no soy tan tonta como para caer en su trampa. Pero debe de haber asustado mucho a los goblins, porque de las zarzas no están saliendo solo un par de ellos. Sino diez, veinte, cincuenta. El miedo se propaga por mi cuerpo mientras cientos de ellos huyen de los gigantescos matorrales espinosos. Y todos se dirigen hacia mí.

Profiero un grito y me arrojo por la colina nevada. La inercia se impone y empiezo a rodar. Intento protegerme la cara, pero no tardo en perder el control de mi cuerpo. Me estrello contra la nieve y me detengo al pie de la colina. Todo me da vueltas.

Me obligo a ponerme de pie. Me duele todo el cuerpo. Veo borroso. Unas oscuras siluetas corren colina abajo, aproximándose cada vez más. ¡Joder, qué rápidas son esas criaturas!

La única forma de llegar al rosal es cruzar el río helado, pero sin puente no sé si podré hacerlo. Me detengo en el borde de la orilla, pero vacilo durante lo que me parece una eternidad, con el pie suspendido sobre el hielo.

Ese instante de duda es la oportunidad que necesitan.

Un coro salvaje se eleva a medida que la masa de goblins me rodea. Están tan apiñados que ya no puedo ni contarlos. Me lanzo sobre el hielo, presa del pánico, y resbalo mientras intento escapar. Se oye un profundo crujido bajo mis pies. ¿Qué espesor tiene?

Unos cuantos goblins me siguen al río helado, haciendo que cruja aún más. Este puñetero río es muy ancho, aunque no me atrevo a detenerme.

Pero ellos son más rápidos. Un goblin me engancha el vestido y caigo. Siento un dolor punzante en todo el cuerpo mientras mi sangre se esparce por el hielo de un corte que me he hecho en la rodilla.

Unas sombras negras se arremolinan sobre la superficie helada mientras los goblins me alcanzan y me rodean. Un enjambre cubre la orilla. Sus sabuesos se agazapan, gruñendo, mientras de su pútridas bocas chorrea espuma.

—¡Dejadme en paz! —grito, tratando de ponerme en pie. Me han acorralado y no puedo huir—. ¿Qué queréis?

Se lanzan miradas cómplices y se ríen, algunos de ellos gritando de forma burlona.

—Sí, ella baila con el príncipe.

—Romper la maldición. Romper la maldición. Cree que ella romperá la maldición.

Giro mientras trato de encontrar un hueco.

—A nuestra madre y nuestro hermano no les gustaría eso.

—No les gustaría eso. No, no, no.

El aliento de las criaturas huele a leche agria y a azufre, un olor empalagoso que llena el aire a medida que su círculo se estrecha.

—¡Vuestro príncipe puede arder en el infierno! —espeto.

Un dolor atroz me atraviesa cuando uno de ellos arremete y me hace un corte en el muslo con su espada de espinas. Grito y me doblo por la mitad.

—¡No te atrevas a burlarte de nuestro príncipe! —gruñe el goblin, y luego se relame al ver mi sangre—. Roja como una rosa.

—¡Roja como una rosa! —Otro goblin ataca, intentando rebanarme la cara.

—¡No! —grito, levantando los brazos de forma frenética para defenderme. El afilado destello de la hoja impacta contra mi piel, cortando la carne de la parte superior del brazo.

—Roja como una rosa. Roja como una rosa. Roja como una rosa. —Un nauseabundo coro de maliciosas risas me rodea; cada carcajada se propaga por el aire helado como una onda letal.

—Abajo, abajo, abajo con madre irás. —Su cántico cambia y patean el suelo con fuerza. Dos de ellos me agarran.

—¡No! —grito, y me zafo de ellos—. ¡No, no lo haré!

Uno de ellos ladea la cabeza en un ángulo incómodo.

—Su cabeza quedará preciosa en una pica.

El terror más absoluto corre por mis venas. Dos de ellos me sujetan los brazos mientras otro agarra mi vestido con sus mohosos dedos, rasgando la tela. Y el que lleva la larga espada hecha con una espina se pasea delante de mí.

—Tus ojos brillantes serán pendientes. Tu pelo, cuerda de bronce. Tu cabeza en una pica.

Me revuelvo como un animal salvaje, gritando. Dentro de mí arde

una cólera descarnada. Y una voz que no suena del todo como la mía lanza una oscura amenaza:

—Veré vuestras entrañas esparcidas por el hielo.

Los goblins se miran y ríen con sorna. El goblin que tengo delante levanta su espada de espinas.

Un rugido ensordecedor corta el aire, y los goblins enmudecen justo antes de que una enorme zarpa blanca atraviese a unos cuantos. El goblin frente a mí se da la vuelta, a tiempo de ver a un lobo blanco de casi tres metros saltar al campo de batalla. Engulle la cabeza del goblin de un mordisco.

Arroja los restos a un lado antes de clavar sus enfebrecidos ojos azules en los míos.

Keldarion ha venido por mí.

55

KELDARION



Una cólera como jamás he conocido alimenta mi cuerpo. Y esta es una de esas veces en que agradezco la ferocidad de mi bestia. La sangre de Rosalina mancha este hielo. Así que todos y cada uno de estos despreciables monstruos va a morir.

—¡Al suelo! —gruño.

Rosalina obedece y me coloco sobre ella, inspeccionando a los goblins que la rodean. Algo salvaje les ha afectado, y no se echan atrás. «¿Por qué has enviado a tantos? ¿Por ella o por mí? ¿Es otro de tus crueles ardides?».

Un grupo de goblins alza sus espadas y carga contra mí. Desgarro su carne de un zarpazo y sus entrañas tiñen el hielo de negro.

Me giro y ataco a otros dos, sintiendo sus huesos romperse bajo mis poderosos dientes.

—¡Cuidado! —grita Rosalina.

Siento un dolor punzante en la pata delantera cuando un goblin me corta con su espina. Lo aparto de un manotazo y muerdo a los últimos que nos rodean. Siguen llegando más goblins desde la orilla del río.

—¡Al bosque! —bramo.

Rosalina asiente y se levanta de debajo de mí. Echa a correr, pero me fijo en que se mueve con torpeza. El corte en su pierna me provoca otra oleada de cólera. No me atrevo a cogerla. Si los goblins nos atrapan, tendré que luchar contra ellos. Y no la quiero cerca mientras lo hago.

El bosque al otro lado del río se va aproximando a medida que llegamos a mitad de camino.

—¡Espera! —Rosalina me agarra del pelaje.

—¡El hielo es demasiado fino!

El hielo se resquebraja debajo de nosotros.

—Peso demasiado —digo.

Rosalina mira desesperada a su alrededor, buscando otro camino.

—Yo los detendré —afirmo—. El hielo es lo bastante grueso para soportar tu peso.

Rosalina me mira con ojos vidriosos.

—¿Qué?

—Vete —repito. Y espero que ella sepa exactamente lo que quiero decir.

«Ve al bosque. Ve al rosal. Vuelve a casa».

Siempre pensé que me resultaría difícil elegir. «Mi reino o ella». Pero al final, no hay elección. Que mi reino caiga y me convierta en una bestia para siempre. Ella vale más que todo.

Rosalina lo es todo para mí.

Sin esperar otra palabra, corro de nuevo hacia los goblins. Una euforia salvaje me invade y dejo que la bestia se apodere de mi mente, hasta que no conozco más que el sabor de la pútrida sangre, el sonido de los huesos rompiéndose y los gritos horrorizados, el nauseabundo olor de la descomposición.

Pasan los minutos, o tal vez las horas; el tiempo carece ya de todo sentido.

Las espinas se clavan en mi carne y sus garras destrozan mi pelaje. Cada punzada de dolor no es más que lo que merezco. Echarla de la forma en que lo hice… Mi cuerpo debería yacer desgarrado en señal de penitencia.

Y así será.

Otro grupo de goblins trepa hasta mi espalda, pero ya no tengo fuerzas para apartarlos.

—¡No retrocedáis ahora! —grita uno de ellos—. ¡Se está debilitando! Se lo llevaremos a nuestro príncipe. ¡Un regalo muy poderoso!

Un rugido salvaje llena mi garganta mientras me retuerzo con furia. La muerte sería más dulce que regresar al Inframundo. Una garra se clava en mi antebrazo, seguida de una cuerda.

Pero esa es una opción que estos monstruos no me darán.

No importa. El dolor alimenta la furia contra mí mismo. Mi cuerpo destrozado será una reparación trivial por un pecado tan imperdonable.

—¡Eh! ¡Caraculos! —grita una voz.

«¡No!».

Rosalina sigue aquí. Justo donde la dejé, en medio del hielo.

¿Por qué no ha huido?

—¿No queríais también mi cabeza en una pica? —grita—. ¿O es que a vuestra madre no le importa en realidad?

Los goblins parlotean excitados.

—Dos premios para el Inframundo. ¡Abajo van! ¡Abajo van!

Algunos se acercan a ella. Rosalina se quita la hermosa corona de la cabeza y arranca una larga y recta espina. Luego la clava en el

hielo.

No…

Está intentando atraerlos hacia ella. Llevarlos donde el hielo es más delgado. Donde se romperá bajo su peso.

Rosalina está intentando salvarme.

¿Pero es que acaso no lo entiende? No puede ser así. No importa lo que haga, no importa cuánto se esfuerce, mi destino ya está decidido.

Y hay una última cosa que puedo hacer por ella.

Me levanto sobre mis patas traseras y acto seguido golpeo el hielo con las delanteras, haciendo que se agriete y se astille. Y oigo el furioso rugido del río que sigue corriendo por debajo, mientras grandes trozos de hielo se elevan a nuestro alrededor.

Los goblins gritan aterrorizados mientras intentan huir del hielo que se derrumba, pero no pueden escapar. Sus cuerpos caen y son arrastrados por el caudaloso río.

Lo último que oigo antes de que me lleve el agua helada son los gritos desesperados de Rosalina.

El frío me envuelve. Frío al que ni siquiera una bestia del Invierno sobreviviría. Y me pregunto si me hundiré hasta el fondo.

56

ROSALINA



Tenía al lobo gigante y a una horda de goblins frente a mí, pero de repente no hay nada más que el viento invernal y la corriente del río.

Ese estúpido bastardo helado. Iba a salvarlo.

Hubiera descendido a cualquier profundidad si eso significaba darle una oportunidad. Ha sido muy extraño. En solo un abrir y cerrar de ojos, hundirme bajo el hielo pasó de ser mi mayor temor a no ser nada. Porque me di cuenta de que mi mayor miedo estaba sucediendo delante de mis ojos. Con cada golpe que los goblins daban a Keldarion, con cada gota de su sangre que se derramaba sobre el hielo, sabía que ningún otro miedo se le podía comparar.

Mientras maldigo su estúpido nombre, vuelvo a ponerme la corona de espinas y voy cojeando hacia el hielo roto. Me acerco despacio. Todavía se está desgajando en grandes trozos. Pero esto no es un lago. Es un río; todo lo que cae es arrastrado río abajo, donde el hielo es demasiado grueso para romperlo.

No tengo mucho tiempo.

La luna brilla y las sombras se deslizan con rapidez bajo el hielo. Los goblins. Kel.

Corro a toda velocidad, ignorando el dolor punzante en mi pierna. Tengo que llegar hasta él. Nada más importa. El río se estrecha y más zarzas se acercan a la orilla.

Algo golpea con fuerza debajo de mis pies, una mano aplastada contra el hielo; un goblin con el rostro ceniciento, los ojos desorbitados y burbujas saliendo de su nariz mientras se ahoga. Se hunde y otro pasa flotando, seguido de otro más. Un remolino de cuerpos de goblins baila bajo las gélidas profundidades.

Más adelante, el río está represado por un espeso grupo de zarzas. Los cadáveres se han amontonado bajo el hielo o se han estrellado contra las zarzas congeladas dentro del agua. Un mosaico de duendes se arremolina bajo mis pies, golpeando desesperadamente la superficie sólida.

—¡Kel! —grito—. ¡Kel!

Corro de un extremo a otro, pero no veo más que oscuras formas putrefactas. Me pongo de rodillas, intentando ver mejor. Nada.

Tiene que estar aquí.

Tiene que estar.

Caigo contra el hielo, sintiendo nada más que frío bajo mi piel. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué se lanzó al agua?

El río está represado. Debería estar aquí. Lágrimas de rabia y dolor resbalan por mis mejillas, pero no puedo aceptar que se haya ido.

No se ha ido.

Algo se enciende en mi interior. Está aquí. Levanto la cabeza y siento que el corazón me da un vuelco. Algo me oprime el pecho y todo mi cuerpo tiembla como si me hubieran electrocutado.

Como si tiraran de mí, me pongo en pie de un salto. Siento como si

una flecha saliera de mi corazón y me guiara. Me precipito a la orilla del río y me arrastro bajo un grupo de zarzas bajas.

Quito la capa superior de escarcha con rapidez y veo un pelaje blanco presionado contra el hielo.

¡Kel! Me quito la corona de espinas de la cabeza. Se retuerce en mis manos y sale humo de las palmas. La corona se transforma en una espada púrpura encantada.

—Macabro pero genial —digo, y clavo la espina en el río helado. El hielo se resquebraja con un horrible crujido. Me levanto de un salto, llevándome la espada conmigo. El agujero se ensancha y los trozos de hielo se alejan flotando. El cuerpo del lobo blanco sube a la superficie, junto con un par de goblins que flotan inertes. Todos muertos.

Pero él no lo está. Sé que no lo está.

Me tumbo boca abajo y me arrastro cerca del borde, luego alargo la mano y agarro su pelaje. Joder, cómo pesa.

—¡Kel! —grito.

Mi brazo roza el agua helada y engancho un mechón con los dedos. Con un gruñido, se estrella contra el borde. Tengo que sacarle la cara del agua.

Me coloco en el borde con cuidado y me siento. Agarro su pelaje con ambas manos y tiro. Ni siquiera se mueve. Se me escurre y caigo, salpicándome de agua fría.

—¡No, no, no! —digo, arrastrándome hacia atrás y agarrándole el pelo. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Grito, los músculos de mis brazos se tensan, pero él no se mueve más que antes. Se me escurre su sedoso pelaje y vuelve a caer.

Lo intento de nuevo, empapándome toda la parte delantera de mi cuerpo en el agua, tratando de engancharme de una pata o rodear su

cintura. No se mueve. Y me estoy quedando sin tiempo.

De mi garganta se desgarran gritos feroces y desesperados; vuelvo a intentarlo, pero pierdo de nuevo el equilibrio y me golpeo la cabeza contra el hielo. Me doy la vuelta y, con un grito de impotencia, me hago un ovillo.

No puedo levantarlo. Es demasiado grande. Y yo no soy más que una débil humana que no pertenece a este mundo.

Y morirá por mí.

Morirá por nada.

Me estremezco entre sollozos; el frío parece haber calado cada parte de mi ser.

Sobre mí cae algo suave, más aterciopelado que la nieve, y alzo la mano para quitármelo. Parpadeo cuando lo veo. Un pétalo de rosa dorado. Otro se posa en mi brazo. En las zarzas que hay encima de mí ha florecido una hermosa rosa dorada.

El zarzal es un rosal.

Me levanto muy despacio, alargo la mano hacia la rosa y los tallos espinosos se curvan hacia mí.

Igual que cuando me rodearon el cuerpo al caer por el acantilado, la primera vez que atacaron los goblins.

Cuando crearon la escalera para bajar de la mazmorra.

Y me ayudaron a salvar las rosas encantadas del torreón.

La jaula que crearon para los goblins cuando intentaba huir.

¿Y si Caspian no es el único que puede controlarlas?

Cuando la zarza con la rosa dorada desciende, alargo la mano y la agarro, sintiendo una conexión que me recorre como una descarga. Mi conciencia se expande, fusionándose con la vasta red de zarzas que nos rodea.

Canalizo toda mi ira, mi frustración, mi desesperación y mi amor

hacia esa red. Lo voy a salvar.

Las ramas empiezan a moverse. Se meten en el agua, envuelven con cuidado al lobo gigante y lo levantan…

El corazón me da un vuelco y agarro el tallo con más fuerza, sintiendo que mi conexión se debilita. «Todavía no».

Las zarzas bajan al lobo blanco a la orilla del río. Profiero un grito ahogado y suelto la rosa dorada. Me tiemblan las piernas. Me siento como si llevara mil años corriendo…

Me desplomo, con la vista nublada. Pero ya no puedo parar. Solo un poco más de fuerza. Me arrastro sobre el hielo. Mis dedos se hunden en la nieve fresca y blanda de la orilla.

«Ya casi…».

Toco el pelaje frío y húmedo. Keldarion se estremece debajo de mí.

Está vivo. Con gran esfuerzo, se levanta sobre sus patas y tose agua. Sus ojos azules me miran.

Le echo los brazos al cuello, sintiendo por fin que ese insistente tirón afloja, pues me ha llevado justo al lugar al que pertenezco.

57

Rosalina



Los fae deben de recuperarse rápido, porque algo húmedo me roza la espalda y, con la vista borrosa, veo al lobo blanco gigante de pie. Inclina la cabeza y comprendo de repente. Me subo a su lomo con mucho esfuerzo.

Las puntas de su pelaje están congeladas por la escarcha. Pero no hay otra forma. No creo que pueda dar un solo paso.

Ignoro por completo hacia dónde vamos, solo sé que me cubre una fina capa de nieve y todo el frío del invierno se me ha metido en los huesos.

Noto de forma vaga que el cortante viento ha disminuido, y cuando abro los ojos, descubro las sólidas paredes de piedra de una cueva.

El lobo jadea y se desploma. Caigo de su lomo, golpeando el suelo rocoso. Los ojos de Keldarion se cierran despacio y me doy cuenta de la magnitud de las heridas que cubren su cuerpo. Ha dejado una estela de sangre hasta el interior de la caverna.

Y entonces me doy cuenta de que tal vez los fae no se recuperan tan rápido, aunque sean bestias. Tal vez haya consumido sus últimas

fuerzas para traerme aquí.

—¿Dónde estamos? —pregunto, incorporándome mientras echo un vistazo a mi alrededor. Es una pequeña ensenada de paredes lisas, iluminada únicamente por la brillante luz de la luna.

—En uno de los escondites de Ezryn —dice Keldarion, y cada palabra está cargada de dolor.

«Bien, Rosalina, es hora de que te pongas las pilas». Keldarion está herido. Estamos demasiado lejos del castillo para llegar allí. Y yo corro un alto riesgo de sufrir hipotermia.

Uno de los escondites de Ezryn. Debe de usarlos cuando pasa muchos días en el zarzal cazando goblins. Lo que significa que tiene que haber provisiones aquí. Hay un arcón de madera pulida cerca de la pared del fondo, oculto por las sombras. Me arrastro hasta él, tratando de ignorar el dolor en la pierna y el brazo, y el hecho de que no puedo sentir los dedos de las manos ni de los pies en este momento.

Tiene una pequeña cerradura en forma de flor de cerezo, pero se abre cuando la toco. «Vaya seguridad, Ez». Pero vamos, ya he visto que los goblins, aunque crueles, no son precisamente unas lumbreras.

En cuanto levanto la tapa, dedico una plegaria al príncipe de la Primavera. Este arcón está repleto de provisiones. Mantas, ropa de repuesto, lo que parecen ser paquetes de comida deshidratada, cantimploras de agua, un yelmo de metal sencillo, cerillas y… Abro una bolsa tejida en cuyo interior hay largas tiras de vendas y varios tarros de ungüento de olor fuerte. Con suerte, será medicina suficiente para ayudar a un lobo gigante.

—Haz fuego primero —ordena Keldarion—. Caliéntate y atiende tus heridas.

—Solo es un rasguño. —Pongo los ojos en blanco—. Yo no soy la que está desangrándose en un charco en el suelo.

La sangre que se acumula alrededor de su pata trasera hace que se me encoja el corazón de preocupación. Pero sigo su consejo sobre hacer fuego. No seré de utilidad si tengo los dedos congelados.

Hay un montón de leña apilada en el rincón y cerillas en el fondo del arcón. Con mis limitadas y vergonzosas habilidades de campista y los gruñidos de Keldarion corrigiendo todo lo que hago mal, consigo encender un fuego decente.

Se me escapan unas cuantas palabrotas cuando empiezo a sentir pinchazos en los dedos, que van entrando en calor.

—Ahora tengo que comprobar la gravedad de tus heridas. —Me vuelvo hacia Keldarion—. ¿Puedes transformarte de nuevo en hombre? Sería más fácil.

Él hace un gesto con el hocico, señalando la entrada de la cueva. Las estrellas titilan en el cielo azul marino.

—Es verdad. Aún es de noche. —Entrelazo los dedos en la nuca y le brindo una sonrisa socarrona—. Bueno, de pequeña quería ser veterinaria.

Es difícil diferenciarlo en las fauces de un lobo, pero creo que me he ganado una sonrisa… o una mueca de dolor. El hielo de mi vestido se está derritiendo y el agua fría resbala por mis piernas. Pero nada de eso importa hasta que Kel esté mejor, o al menos deje de sangrar. Cojo el botiquín y me siento frente a él, agradecida por el calor del fuego a mi espalda.

Extiendo el contenido de la bolsa ante mí y exhalo un pequeño suspiro de placer.

—Dios, adoro a Ez.

Kel enarca una lobuna ceja.

Cojo la primera lata y se la pongo delante del hocico.

—Ha etiquetado los recipientes con números y pictogramas. Muy útil. A ver, aún no sé para qué sirven, pero él me curó a mí, así que confío en que sabe lo que hace.

—Sanar es una magia que muchos gobernantes del reino de la Primavera han poseído —dice Keldarion—. Ezryn tiene talento. Podría ser un maestro si viera en ella la misma virtud que en sus otros dones.

Continúo organizando los suministros. Si tuviera que adivinar, parece haber una mezcla de un desinfectante de olor ácido, un suave bálsamo blanco y un sellador en gel transparente.

Sé que el desinfectante escuece porque Kel suelta un gruñido y enseña sus grandes colmillos cuando se lo aplico. Ya no me asusta; le doy un golpecito en la nariz y le digo que deje de comportarse como un bebé.

Voy de los cortes más grandes a los más pequeños. Por suerte, el gel sellador detiene la hemorragia, pero no puedo hacer mucho con la sangre que mancha su pelaje. Tengo que trabajar con cuidado alrededor de las afiladas espinas de hielo que sobresalen de su cuerpo, aunque parece que la mayor parte de la escarcha se está derritiendo. ¿Seguirán ahí las heridas cuando vuelva a convertirse en fae? ¿Estarán mejor o peor?

Mientras guardo las provisiones, Kel me da un suave empujón en la pierna con su húmedo hocico.

—No te olvides.

Me aplico los bálsamos y suelto otra maldición con los dientes apretados.

—Joder, sí que escuece.

—Deja de comportarte como una cría. —Los geles curativos deben

de estar funcionando, porque hay humor en su voz.

—Retiro todo lo bueno que he dicho de Ez —murmuro, aplicándome el resto del ungüento.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada —farfulla Keldarion.

—¿Quién eres? ¿Dayton? —digo con sorna, pero me dirijo al arcón de suministros.

—Te vas a poner mala.

—Estoy de broma. —Saco una de las mantas de tela y una suave camisa negra de manga larga y unos pantalones. ¿Esto es todo lo que Ez lleva debajo de su armadura?—. Cierra los ojos.

El bufido del lobo es mi única respuesta. Pero ni siquiera me doy la vuelta para comprobarlo. Confío en él. Me despojo del vestido, ahora hecho jirones, coloco con cuidado el collar de diamantes encima y luego empleo algunas de las vendas limpias para envolverme las cicatrices de la muñeca. Me echo la gran manta por los hombros y me acerco al fuego, extendiendo tanto el vestido destrozado como la camisa y los pantalones negros. Aún tengo el cuerpo húmedo, y no quiero volver a mojar mi única ropa seca.

—Vale, ya puedes abrir los ojos —digo, sentándome frente a él—. Me arroparé con la manta mientras espero a que se seque mi ropa.

Pero Keldarion me mira con sus vidriosos ojos entrecerrados.

—Ven aquí.

Obedezco de inmediato, me arrebujo en la manta y me siento contra su pecho. Su blanco pelaje está caliente por estar tan cerca del fuego.

—¿Tienes frío? —pregunto—. Solo hay una manta, pero puedes coger esto…

Se acurruca a mi alrededor, apoyando su enorme cabeza en sus patas.

—Así estoy bien, mi Rose.

«Mi Rose». Me llamó así en el baile, y ahora otra vez. Y no puedo evitar recordar el sentimiento que me llevó a él, como una estrella que cobra vida de repente en mi pecho.

—Lo siento por todo —dice; las palabras retumban en mí—. Lo único que has hecho es intentar ayudar, pero…

—No te preocupes —digo—. Me alegro de que estés bien. ¿Los otros…?

—Están usando su magia para mantener Castletree en pie. —El dolor marca sus palabras—. Pero cuando nos dimos cuenta de que te habías ido del castillo, supe que tenía que encontrarte.

—Bueno, me dijiste que me fuera.

—Pensé que volverías a tu habitación. Jamás te enviaría sola a la intemperie —aduce Keldarion—. Rosalina, lo siento mucho. Siento haberte hecho prisionera, siento cada comentario grosero, siento haberte pedido que te fueras. Ahora sé lo que tengo que hacer.

—Necesitas descansar. ¿Seguro que no tienes frío? —Me acurruco en su cuello, recorriendo con los dedos su suave pelaje blanco—. Cuando me caí al agua helada, me pasé una semana entera con el frío metido en el cuerpo.

Kel levanta las orejas de golpe.

—¿Cuándo fue eso? —gruñe.

—Hace mucho tiempo.

—Cuéntamelo. —Agacha las orejas despacio y se acerca aún más a mí—. Y no, no tengo frío. El frío rara vez me molesta. Aunque estar atrapado en un río helado me pone al límite.

Me paso la mano por la cicatriz de la muñeca izquierda sin darme cuenta.

—Tenía quince años y el lago de Orca Cove se había congelado —

empiezo—. Mi padre estaba fuera, como siempre. Puede que en las Rocosas o en Nunavut. No me acuerdo, pero los chicos de mi clase dijeron de ir a patinar sobre hielo el fin de semana. Me gasté todos mis ahorros para comprarme unos patines, y me sentí muy culpable por ello, porque sabía que mi padre podía necesitar el dinero. Pero tenía muchísimas ganas de ir, aunque nadie me había invitado.

—¿Por qué no te invitó nadie?

—No lo sé. —Exhalo un suspiro—. No encajaba con el resto del colegio. Las pocas veces que intentaban hablar conmigo, siempre acababa diciendo algo incómodo, como hablar sin parar del último libro que estaba leyendo o de alguna serie de televisión que me gustaba. Creo que una vez me pasé treinta minutos explicando que podías tragar estrellas fugaces para obtener magia.

—Pues a mí me parece muy interesante —afirma la profunda voz de Keldarion.

—Hay muchos libros que me gustaría leerte —susurro—. En fin, el caso es que me presenté esperando que todos pensaran que alguien me había invitado. No se me daba muy bien patinar. Me quedé cerca del grupo. Entonces oí un prolongado crujido y el hielo se astilló como el cristal bajo mis pies. Y de repente solo había frío. Sentí un peso en los tobillos. Mi ropa de abrigo pesaba mucho. Mi primera reacción fue gritar, pero el agua fría me inundó la garganta.

A Kel se le acelera el corazón. A lo mejor está recordando su reciente experiencia.

—Me estaba hundiendo cada vez más. Entonces unos brazos me rodearon y comenzamos a movernos. De repente, el viento helado me azotaba la cara y una voz me gritó al oído: «¡Patalea, patalea!». Y lo hice. Tosí, escupiendo agua a borbotones. Y me di cuenta de que alguien se había tirado para salvarme.

Todo mi cuerpo se ha quedado inmóvil al recordar la sensación de sus brazos a mi alrededor. Mi cuerpo ya no es mío, perdido por el frío y la humedad, y perdido por él.

—Se impulsó sobre el hielo, sin soltar ni una sola vez mi chaqueta ni dejar que me hundiera. Luego me sacó él solo del agua. Me desplomé sobre él, tosiendo, y cuando abrí los ojos, solo pude ver a un chico con el pelo brillante como la puesta de sol. Me dijo: «¿Quién eres? ¿Cómo es que nunca te había visto?». Los otros niños nos taparon con sus chaquetas e intentaron mantenernos calientes hasta que llegaron los paramédicos. Nos llevaron en ambulancia, yo tiritaba mucho. Pero él se sentó a mi lado, me abrazó y me dijo que ya estaba a salvo, que él cuidaría de mí. Se llamaba Lucas.

Me vuelvo hacia Kel, preguntándome si de verdad le interesa. Solo me está observando. Entrecierra los ojos.

—Continúa, Rosalina. Quiero saber de tu vida, por mucho que me cueste oírte hablar de tu sufrimiento.

—Creo que nunca le he contado esta historia a nadie —murmuro —. No sé por qué. Es algo que ya sabía todo el mundo en el pueblo.

—Pero nunca lo oyeron de ti —dice Keldarion.

Asiento y me cierro más la manta.

—Mi padre estaba demasiado lejos para venir a buscarme al hospital. De hecho, ni siquiera pudieron ponerse en contacto con él hasta pasados tres días. Pero la familia de Lucas insistió en que me fuera a casa con ellos. Vivían en la posada y me dieron una habitación para mí sola. En aquel momento, creo que no había pasado una semana mejor en mi vida. Todo era sopa caliente y un buen fuego en la chimenea. Lucas y yo nos pasábamos el día entero sin parar de ver programas de telerrealidad. No resultaba nada raro. No paraba de decir que no podía creer que no nos conociéramos. Yo

sabía quién era, por supuesto. Todo el mundo en el pueblo conocía a Lucas. El chico de oro de Orca Cove, perfecto y guapo…

Keldarion suelta un gruñido, y yo no puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Cuando volvimos a clase, todos lo trataron como a un héroe que había matado a un dragón, y yo era la princesa a la que había rescatado. Hasta celebraron una reunión para hablar sobre la seguridad en el hielo y la policía vino a darle una medalla. Si Lucas ya era popular antes, ahora lo veneraban.

La luz del fuego juguetea sobre mi pálida piel y el blanco pelaje de Keldarion.

—Después, era como si todo el mundo me viera. Las chicas me decían que les gustaba mi coletero o lo guapa que estaba.

—Eres preciosa, Rosalina —dice Keldarion.

—Quizá era lo único que se les ocurría decirme. Parecía que cuanto más me veían, menos quedaba de mí. No hablaba de las cosas que me gustaban y hacía menos cosas que disfrutaba. Lucas era el sol; yo era su sombra. Y se me daba tan bien que él olvidó de que me tenía detrás. Pero me aterrorizaba estar sola. Y ser una sombra al lado de alguien… Bueno, ¿no era eso mejor que estar sola?

Keldarion profiere un rugido furioso y se acurruca más cerca de mí. Levanto la manta y me sumerjo en su calor.

—¿Y aquí? ¿Finges?

—No. —Me río—. ¿Por qué iba a hacerlo? No tengo nada que perder. Una prisionera…

—Ya te lo he dicho. No eres una prisionera.

Asiento, recordando sus palabras en el baile.

—Después de lo ocurrido con el patinaje sobre hielo, supongo que fue el destino. Le debía la vida a Lucas y…

—Salvarle la vida a alguien no hace que sea de tu propiedad.

Sus palabras calan en mí antes de que continúe:

—Él era mi héroe y yo era su…

—¿Lo quieres?

Me aprieto la muñeca con los dedos hasta que me duele.

—Siempre lo he pensado. Quiero decir, sí. En cierto modo. A veces me pregunto si… todo amor es bueno.

Kel respira con fuerza, y todo su cuerpo se mueve antes de responder.

—No.

Las lágrimas se derraman de mis ojos y me las limpio con el dorso de la mano.

—No pienses en ti ahora, ¿vale? Esta es mi fiesta de compasión. Tu compañera va a ser muy afortunada cuando la encuentres. —Me cuesta pronunciar las últimas palabras.

—Ya te lo he dicho, Rosalina. Nunca tendré una compañera.

Podría regañarlo como hice en el baile, pero mis fuerzas han menguado.

—Volverás a enamorarte, Kel —susurro—. En realidad, no es tan difícil.

Cierro los ojos y dejo que el calor del fuego me envuelva mientras caigo en un profundo sueño. No es difícil enamorarse de nuevo, porque de alguna manera, me ha pasado a mí.

La escarcha y la oscuridad no se cuelan en mis sueños. Solo hay calor. La estrella que me trajo hasta él florece en mi pecho, irradiando una oleada de satisfacción por todo mi ser. Las imágenes se suceden: nieve que cae con suavidad, un niño asando castañas y ensartando rodajas de naranja sobre la repisa de la chimenea. Veo a Kel de más joven, con una dulce sonrisa. Una fae mayor le acaricia el pelo y le

besa la mejilla. Ahora hay un campo de flores, y él las está metiendo entre las piezas metálicas de la armadura de otro niño pequeño mientras los dos ríen. Sé que es Ezryn cuando era más joven.

Siento mis sueños como recuerdos que no son míos, pero sí de la mejor clase, de esos que permanecen atesorados en el corazón. Sábanas de oscuro satén tensándose bajo las manos grandes y nervudas de Kel. Un beso desesperado hace que el calor me invada por dentro y su voz ronca me invade la cabeza: «No hay nada en este mundo a lo que no renunciaría por ti, ningún sacrificio que no haría». La pasión y la lujuria llenan cada resquicio de mi cuerpo, y a lo lejos siento la áspera manta contra mi piel desnuda. «Pues demuéstramelo, Kel. Demuéstramelo».

El brazalete que llevo en la muñeca me quema la piel, pero me sumerjo aún más en este sueño. En este recuerdo. Una noche lluviosa. El rostro de una hermosa mujer humana, con cuatro rosas en sus manos. Luego, una luz, una luz tan brillante que me ciega. La hechicera aparece ante mis ojos, su rostro resplandece con la luz de las estrellas.

«He aquí una bestia que dejará que el Valle entero se marchite en aras de su propio corazón egoísta».

Abro los ojos de golpe y suelto un grito ahogado. El fuego se ha reducido a brasas, y la luz de la luna aún danza en la entrada de la cueva. Las estrellas titilan en el cielo nocturno.

Mi cuerpo tirita de frío; parte de la manta se me ha resbalado, pero una mano me agarra con fuerza de la cintura. Vuelvo en mí al sentir un cuerpo contra mi espalda. Un cuerpo que no es de lobo.

Sino de hombre.

58

Rosalina



Hay al menos cuatro cosas pugnando en mi cabeza, lo que me está llevando a un estado de pánico absoluto. Me está costando mucho quedarme quieta.

Uno, está claro que Keldarion es un hombre. Más claro que el agua que es un hombre, aunque aún sea de noche. No es luna llena. Esto no debería ser posible. «¿Cómo es posible?».

Dos, estoy desnuda. Soy tonta de remate por quedarme dormida solo con la manta antes de poder ponerme la ropa de repuesto de Ezryn. Esto no sería para tanto si no fuera porque…

Tres, el príncipe fae también está como Dios lo trajo al mundo, y me abraza tan fuerte que me cuesta respirar. ¡Me quedé dormida al lado de un lobo! ¡Un lobo! Esto es muy, muy diferente.

Catalogo mentalmente cada lugar en el que su cuerpo toca el mío. Me rodea la cintura con el brazo, estrechándome contra su musculoso pecho. Su otro brazo ha creado una almohada para mi cabeza y su mano cuelga cerca de mi pecho. No me está manoseando, pero si me moviera un poco, podría hacerlo.

Una vez más, todo esto es comprensible. Pero lo que me está

volviendo completamente loca en este momento es que nuestras piernas están entrelazadas. Mis caderas parecen amoldarse de manera perfecta a las suyas y su polla erecta presiona contra mi trasero.

Y cuatro, lo peor de todo es que no quiero respirar. No quiero moverme. Tiene la cabeza gacha, sepultada entre mi pelo, y puedo sentir su respiración, suave y regular, el latido de su corazón. No quiero despertarlo, porque nunca me he sentido tan bien en toda mi vida. Quiero estar así de cerca para siempre. No, no es verdad. Quiero estar más cerca…

Un exquisito calor me recorre y mis músculos se tensan. La humedad se acumula entre mis piernas. Joder, seguro que podría penetrarme sin problemas. Bueno, tal vez. Parece enorme.

La sola idea hace que mi cuerpo entero se estremezca. Echo hacia atrás las caderas de forma involuntaria. Un grave gruñido brota de su pecho y Kel se mueve.

Me equivocaba al pensar que no podría abrazarme más fuerte. La parte superior de su brazo roza mi pecho mientras el otro me estrecha en un abrazo de acero. Eleva las caderas para encontrarse con las mías y su pene se desliza por mis nalgas.

—Kel. —Su nombre escapa de mi boca, en parte gemido, en parte súplica.

Y sé el momento exacto en que se despierta. Afloja los brazos y toma aire con brusquedad.

Entonces se mueve, y el repentino vacío que deja su cuerpo al apartarse del mío resulta doloroso. Apoya los brazos a ambos lados de mi cabeza, mirando primero el cielo nocturno cuajado de estrellas, después su pecho desnudo y por último a mí, tendida en el suelo debajo de él.

Nos quedamos mirándonos. Estoy volviéndome suya. Mi desnudez no hace que sienta vergüenza, solo una poderosa conexión entre nosotros que trasciende cualquier sensación física. Una luz se despliega en mí con cada mirada que me dedica, como si cada parte de mi ser se hubiera creado para que él la viera.

Mientras él me mira, yo lo miro a él. La anchura de sus hombros, el vello que salpica su pecho, la perfecta línea recta de su nariz y las oscuras cejas que protegen esos ojos de hielo. Las heridas aún surcan su carne, igual que la del lobo, aunque no parecen tan graves. Veo una ternura en su expresión que nunca había visto antes, como si su escarcha se hubiera… derretido.

—Kel —susurro; es la única palabra que existe. La única palabra que mi ser es capaz de comprender. Cuando trazo los contornos de su rostro con las yemas de los dedos, un sonido de sorpresa retumba en el fondo de su garganta. Me agarra del brazo y me sujeta. Entonces acerca los labios para besarme la palma.

El mundo parece desaparecer y reaparecer al ritmo de nuestros corazones y veo en mi muñeca derecha el brazalete de hielo y rosas, el pacto que me une a él. A este lugar. Hay uno igual en su brazo. Pero hay algo más encima, otro brazalete en su muñeca. Lo veo cobrar vida ante mis ojos, una forma púrpura escarchada con afiladas espinas…

¿Otro pacto?

—Rosalina. —Su voz, grave y profunda, me produce un escalofrío. Me estremezco y me retuerzo contra las suaves mantas que tengo debajo. Necesito algo más que su boca en mi mano.

—¿Cómo es posible que estés así? —pregunto, deslizando las yemas de los dedos por su pecho, sintiendo los delicados mechones de pelo y los músculos en tensión que hay debajo.

—Porque he visto más magia en tus ojos desde que llegaste a Castletree que en los últimos veinticinco años —responde en voz queda.

Despacio, casi con cautela, su áspera mano asciende por mis brazos, rozándome la clavícula con delicadeza. Luego, roza con los nudillos el lado de mi pecho al tiempo que baja la mano. No sabría decir qué es más mágico, si su tacto o la suave expresión que aparece en su rostro, con los labios entreabiertos y los ojos preñados de curiosidad.

Algunos suaves suspiros entrecortados brotan de mis labios cuando posa la palma sobre mi vientre, separa los dedos y roza con el pulgar justo debajo de mi ombligo. Una palpitante necesidad recorre todo mi ser y profiero murmullo desesperado.

—Ese sonido. —Kel sigue el contorno de mis labios. Un movimiento desesperado, como si pudiera capturar el sonido en la palma de su mano.

Rozo sus dedos con la lengua cuando se aparta. No estoy segura de si soy yo la que levanta las caderas o es su cuerpo el que desciende, pero de pronto nos pegamos el uno contra el otro. Mis pechos se aprietan contra su pecho y su dura necesidad roza mi estómago.

—Esto me está destrozando. —Sus labios revolotean contra mi cuello—. No puedo salvarlos a ellos y a ti. Se supone que soy yo quien debe proteger el Valle, pero no puedo. Rose, tú me odiarás más que nadie.

—Keldarion. —Tomo su rostro entre mis manos—. No tienes ni idea de todas las formas en que me has salvado.

Una lágrima resbala por su mejilla y aprieto los labios contra ella, saboreando su salado sabor. Emite un gemido desesperado y me

agarra por la cintura, apretándome contra él. Dejo escapar un gimoteo. Su polla roza mi entrada, haciendo que un calor estremecedor recorra todo mi ser.

—Ojalá fuera lo bastante fuerte para tomarte —gruñe.

—Entonces tómame —gimoteo—. Tómame.

Keldarion desliza la mano hasta la curva de mi cintura, rozando apenas mi pecho. Su tacto es todo lo que siempre he deseado, todo lo que siempre necesitaré.

—Rose —pronuncia mi nombre como una advertencia.

Pero estoy harta de advertencias. Estoy harta de tener miedo. Me echo hacia atrás para mirar sus ojos azules como el hielo.

—Kel, soy tuya.

Sus largas pestañas se agitan, y me inmoviliza con una mirada cargada de deseo.

—Y lo seguirás siendo.

De repente, se levanta de golpe y se aleja de mí a trompicones. Una agónica expresión de dolor se dibuja en su rostro antes de que el áspero crujido de la magia llene la cueva y él se doble por la mitad. La escarcha cubre su cuerpo y aparecen el pelaje y las púas del lobo blanco.

Ahogo un grito, sintiendo el frío apoderarse de la caverna. Me envuelvo en la manta.

—¡Kel!

Pero el lobo blanco se dirige a la entrada de la caverna.

—Reaviva el fuego y vuelve a dormir. Yo patrullaré y me aseguraré de que los goblins no se hayan reagrupado.

—Kel, espera. —Me levanto con rapidez, pero cuando llego a la entrada, él ya se ha ido. Y estoy aquí sola, contemplando el horizonte nevado, recorriendo el bosque, el río, el rosal y los zarzales con la

mirada. Y más allá de todo eso, Castletree.

Farron, Dayton y Ez están allí. ¿Habrán traído suficiente magia de vuelta? ¿Están todos bien? Me estremezco al recordar el tacto de Keldarion, el eco de sus palabras. Puede que ya se haya ido, pero mañana me llevará a casa. Y seguiremos trabajando hasta que rompamos esta maldición.

No me rendiré con él. No me rendiré con ninguno de ellos.

59

Rosalina



El fuego crepita y el olor a especias dulces inunda mis fosas nasales. Me doy la vuelta y me acurruco más entre las mantas, antes de abrir los ojos despacio.

La suave luz del amanecer llena la caverna; Keldarion está sentado frente a mí. Vuelve a ser un hombre fae y viste lo que parecen ser las ropas de repuesto de Ez; una sencilla túnica y pantalones negros. Yo también me puse la ropa extra anoche, después de que Kel se fuera.

—Buenos días, Rosalina. —La ronca voz de Kel rompe el silencio.

—Buenos días —respondo, incorporándome y tratando de atusar mi pelo rebelde.

Kel se inclina sobre el fuego y remueve algo en una sartén de metal, antes de retirarla del calor y verter el contenido en un plato de hojalata. Vaya, Ez ha pensado en todo.

Kel deja el plato delante de mí.

—No es tan bueno como lo que prepara nuestro chef, pero te dará la fuerza que necesitas para el viaje.

—Gracias —murmuro. Parece cuscús con algunas verduras y especias. Tomo un par de bocados y dejo que los intensos sabores y

el calor me llenen.

No puedo evitar mirar con cierta incomodidad a Keldarion, que recoge el campamento de forma metódica. ¿Vamos a hablar de ello? ¿Vamos a hablar de que me desperté desnuda en sus brazos y él me miró como…? Ni siquiera sé cómo describir esa mirada, porque nunca nadie me había mirado así.

Excepto quizá Farron, cuando me envió a través del portal, o Dayton, cuando temblaba en sus brazos. O tal vez la mirada sea un sentimiento, porque juraría que Ezryn me miró de esa manera cuando estábamos junto a la fuente.

—¿Cómo están tus heridas? ¿Puedes andar? —Keldarion deja un par de botas delante de mí—. He rellenado las punteras con calcetines. Deberían servir.

Dejo el plato vacío y me subo los pantalones para verme la herida de la pierna. Se ha reducido a una fina línea roja.

—No será un problema. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Con una sonrisa casi sombría, añade—: A lo mejor deberías haberte convertido en veterinaria.

Meto los pies en las botas. No serán las más cómodas, pero al menos cumplirán su función. Kel debe notar mi mueca porque dice:

—No está lejos.

—Puede que no esté lejos para ti, que eres una bestia o un príncipe fae. Sé que corrí mucho para escapar de esos goblins. Tendremos que encontrar un lugar seguro para cruzar el hielo. A menos que conozcas un puente.

Kel permanece en silencio, guardando las provisiones en el arcón. Está de un humor extraño. Podría ser por muchas cosas: el desastre del baile de anoche, estar a punto de congelarse en el hielo o cómo nos hemos despertado. No estoy segura de que esté preparado para

hablar de nada de eso.

Tampoco estoy segura de que yo lo esté.

—¿Crees que los demás se impresionarán cuando les diga que te he rescatado? —sonrío.

—Ya te adoran como a una reina —dice—. Serás una diosa para ellos.

Cuando lo oigo hablar con afecto de los otros príncipes, siento un agradable calor en mi interior.

—Como debe ser —digo en broma.

El rostro de Kel se suaviza al mirarme.

—No te mereces menos, mi Rose.

—En realidad, no lo hice todo yo sola.

Con todo ya recogido, Kel apaga el fuego con el pie.

—¿Qué quieres decir?

Trago saliva con la garganta seca.

—Las espinas me ayudaron. Era como si pudiera moverlas. Te levantaron y te sacaron del agua. Eres un lobo gigante y pesas más mojado y…

Me callo enseguida, sabiendo que he dicho lo que no debía. Keldarion está inmóvil, salvo por el rápido movimiento de su pecho y la tormenta que se desata en su mirada.

Me levanto despacio, decidida a no acobardarme ante su ira. Si puedo plantarle cara al príncipe de las Espinas, también puedo hacerlo con este gélido cabrón.

—Mira, sé que las espinas están atacando Castletree. Pero ¿y si no son todas malvadas? —Intento desarrollar el razonamiento que me ronda por la cabeza—. Me escuchan cuando necesito ayuda. Así fue como salí del calabozo mi primer día. Hicieron una escalera para ayudarme a escapar. Y en el zarzal, las espinas me protegieron de los

duendes. Creo que también querían ayudar a las rosas en el torreón.

Keldarion está tan inmóvil como el helado mundo que nos rodea. La única evidencia de que ha oído mis palabras es que aprieta los puños.

—Kel. —Me acerco.

Él se aparta de mi camino, gruñendo.

—El príncipe de las Espinas es el único que puede controlar las espinas. Ni siquiera su madre puede hacerlo. Las zarzas son una retorcida forma de torturar exclusivamente de él.

—Vale, pero ¿y si…?

—No, Rosalina. —Me agarra por los hombros y me obliga a mirarlo—. Significa que te ha estado observando todo este tiempo. Puede que pareciera que te proporcionaba ayuda, pero todo es un juego cruel.

Se me encoge el corazón. Aquella primera noche aquí, la figura oscura que me llevó al castillo… ¿Había sido él?

—Si eso es cierto, entonces te salvó la vida. —«Y la mía».

Keldarion gruñe y se pasa las manos por su enmarañado cabello blanco.

—No quiere que yo muera. Quiere que vea cómo se apodera del castillo, de nuestros reinos. De todo lo que aprecio.

—Sé que lo ves así —repongo, sin estar segura de por qué sigo insistiendo—. Pero yo sentí las zarzas y eran…

—Rosalina, escucha con atención —dice Kel—. Cada parte del zarzal es pura maldad. Cada parte *de él* es pura maldad.

Me separo de Kel mientras la furia surge en mi interior.

—Entonces, ¿por qué te aliaste con él? Oí a la gente de tu reino. ¿Qué pasó con Caspian?

Es como si pudiera ver las grietas abrirse en el rostro de Kel

cuando pronuncio el nombre del príncipe de las Espinas.

—No es de tu incumbencia —sentencia.

Me abalanzo sobre él y le tiro de la manga.

—¿Qué pacto hiciste con el Inframundo, Keldarion?

Ahí está, alrededor de su muñeca. Un brazalete hecho de zarzas escarchadas.

Él me mira con los ojos llenos de pena.

—Uno que ha condenado a todo el Valle Encantado.

Se me escapa un grito ahogado y trato de retroceder, pero Keldarion me agarra la cara y me atrae hacia él. ¿Qué querrá decir? ¿A todo el Valle? ¿Está relacionado con la maldición?

—¿No lo ves, Rosalina? —En sus ojos brilla un pánico feroz—. No dejaré que te lleve.

—No lo hará —balbuceo—. Tú estás aquí. Y Ez, Dayton y Farron. Ellos me protegerán.

—Dentro de poco ni siquiera podrán protegerse a sí mismos. Lo has visto con tus propios ojos. Castletree se está muriendo.

Las lágrimas resbalan por mi cara y sacudo la cabeza.

—No, porque vamos a romper la maldición y todo se arreglará, y…

—Te está siguiendo. Te quiere a ti. —A Kel le tiemblan las manos —. No dejaré que te tenga. ¿No lo ves, Rose? Por eso debes volver a casa.

—Pero hay espinas en casa —empiezo a decir, antes de sentir como si me hubieran echado hielo por las venas. Como si me hubiera vuelto a caer al río—. Kel, no…

—La decisión está tomada. Has hecho más que suficiente por nosotros. —Se endereza—. Eres libre.

Keldarion no pretende llevarme de vuelta a Castletree. Su

intención es llevarme al rosal.

Llevarme de vuelta a mi antigua vida.

60

Rosalina



Mientras el príncipe del Invierno me guía por el bosque helado, siento el cuerpo entumecido y con un hormigueo constante, y un escalofrío me recorre la espalda. Apenas percibo la belleza de los árboles cubiertos de nieve. Una parte de mí sigue congelada.

Keldarion va a paso ligero; yo lo sigo como puedo, tropezando por culpa de mis botas, que me quedan grandes. Siempre supe que este día llegaría, el día en que regresaría a casa, a mi antigua vida. Nunca pertenecí a Castletree, entre príncipes fae, bestias y espinas.

Caspian estaba equivocado. Soy una simple humana.

Kel se detiene de forma tan abrupta que casi choco contra su espalda. Frente a nosotros se alzan las retorcidas zarzas del rosal de color rojo sangre.

He pensado en este lugar muchísimas veces desde que llegué, pero verlo de nuevo…

—Envié a tu padre a casa con mucho más de lo que merece. —Kel me cuelga una bolsa al hombro—. Pero ya que no parece la persona más responsable, por favor, vende lo que necesites dentro de esta

bolsa para asegurarte una vida cómoda.

Abro con frialdad las solapas de la bolsa. Dentro brilla el collar de piedras preciosas.

—Es el collar de tu madre… No puedo venderlo.

—Harás lo que tengas que hacer. Como todos nosotros. —Keldarion se hace a un lado, y es como si el rosal hubiera cambiado desde la última vez que estuve aquí. Ahora enmarca un oscuro túnel que debo atravesar.

Ni siquiera miro a Keldarion mientras me acerco. De vuelta a Orca Cove. De vuelta a casa.

Pero esa palabra ya no me parece adecuada. Nunca me he sentido en casa allí.

—No. —Planto los pies delante de las rosas.

—¿Qué?

—No he cumplido con mi parte del trato. Prisionera o no, te hice una promesa, Keldarion. A todos vosotros.

Él frunce el ceño y me agarra de la muñeca, cerrando la mano por completo alrededor de la mía.

—Nuestro trato nunca te beneficiaría, Rose. Si lo cumplieras, dejarías Castletree, pero no obtendrías la libertad. Solo yo puedo dártela ahora.

Algo peligroso se esconde bajo sus palabras.

—Explícame lo que quieres decir.

—Has cumplido con tu deber —gruñe—. El trato está completo.

La magia vibra a nuestro alrededor; saltan chispas doradas que iluminan la clara mañana. Un fulgurante destello arde alrededor de mi muñeca cuando el brazalete del príncipe del Invierno se hace añicos. Agarro su antebrazo con la mano y, con una intuición que va más allá de toda comprensión, siento que hay algo entre nosotros

que nunca podrá romperse.

—¡No! —grito, con un rugido propio—. ¡No puedes hacer eso! ¡No voy a volver!

—¿Y tu padre? —replica, sin soltarme el brazo.

—¡Nunca estuvo a mi lado! —exclamo, y la rabia que he estado acumulando durante veinticinco años se apodera de mí—. Déjame ir a decirle que estoy a salvo. Acompáñame mientras le digo que por fin he encontrado un lugar al que pertenezco. Y luego llévame a casa. Kel. Llévame a casa.

—Tu casa está por ahí. —Su voz titubea y su mano tiembla sobre la mía.

—No, no lo está. Mi casa está atravesando el zarzal y al otro lado del río. Mi hogar es Castletree. —Lo aprieto con fuerza—. Escúchame, Kel. Jamás he estado tan segura de algo en toda mi vida.

Un profundo gruñido resuena en su pecho y me coge en brazos. Por un momento, estoy en paz, sintiendo los duros planos de su cuerpo contra el mío. Entonces me doy cuenta de que se está acercando al rosal.

Intento escapar de sus brazos, pero me sujeta con la fuerza de una tenaza.

—Esto no es una negociación.

—¡No! —grito tan fuerte que juro que hago temblar las zarzas y los árboles. Lo bastante fuerte como para que los príncipes de Castletree puedan oírme.

Y eso debe sorprenderlo, porque se afloja lo suficiente como para que yo caiga al suelo.

—Ni siquiera me has dejado despedirme. Farron… No puede hacer toda la investigación él solo. Aún me queda mucho por aprender sobre Dayton. Creo que por fin empiezo a caerle bien a Ez.

Algunos miembros del personal tienen libros de la biblioteca que no han devuelto. Y no he podido decirles a Astrid y Marigold lo que significa su amistad, y Kel… —Mi voz se entrecorta en un sollozo y lo miro, con la vista nublada por las lágrimas—. No podía encontrarte —continúo como puedo—. No pude encontrarte cuando caíste bajo el hielo. Pero una luz floreció en mi pecho. Una luz que me llevó directamente hasta ti.

Keldarion abre los ojos como platos mientras me mira, con la respiración agitada. Enredo las manos en su camisa, arrimándome más a él.

—Aún puedo sentirla, incluso ahora. Kel, puedes echarme, pero siempre encontraré el camino de vuelta a ti.

—Rosalina. —Su voz es tanto una advertencia como una invitación mientras levanta la mano para acariciarme la cara.

Mi corazón se abre, tan vulnerable y frágil como una campanilla de invierno.

—¿Soy tu compañera?

Keldarion aplasta sus labios contra los míos. Me vuelvo loca, devolviéndole todo lo que tengo en un solo beso. Su nombre danza en mis labios mientras los entreabro ligeramente, saboreando su dulzura. Una chispa se enciende en mi interior mientras él me estrecha con fuerza contra su corazón.

Me sumerjo en su tormenta. El mundo que nos rodea se disuelve en una nebulosa bruma. Nuestros labios se mueven en una danza de la que de repente conozco todos los pasos. Kel me está besando.

Para ser alguien tan fuerte, se muestra dulce y delicado. Me aprieto contra él con toda la fuerza y toda la valentía que he adquirido en el Valle. Nuestras bocas se abren y devoro su sabor, como la primera bocanada de aire fresco en una mañana nevada.

Cuando necesito respirar, deslizo los labios por su mandíbula, jadeando. Acto seguido, vuelvo a arrojarme de cabeza a su tempestad. Un gruñido retumba en su garganta mientras atrapa mi labio inferior entre los dientes, devorándome entera. Sus grandes manos se enredan en mi pelo, se aferran a mi cuerpo como si fuera lo único que lo atara a este mundo. Kel susurra mi nombre con reverente devoción.

—Rosalina, mi Rose. —Su barba incipiente me raspa la mejilla cuando acerca los labios a mi oreja—. Para ti, este camino está cerrado para siempre.

De repente estoy cayendo, estrellándome contra tallos, zarzas y rosas rojas. Veo el rostro de Kel a través de la maraña de espinas.

Me ha soltado.

Me estrello contra el duro suelo y profiero un grito desesperado de ira y tristeza.

—¡Keldarion! —Sin perder un instante, me pongo en pie y vuelvo corriendo hacia las zarzas. Un frío punzante me atraviesa el dedo; la escarcha se extiende por los tallos, por las rosas. Se cristalizan y mueren.

Kel está matando el rosal. El único camino al Valle Encantado. Me invade un pánico feroz y me apresuro a retroceder mientras la escarcha se extiende cada vez más rápido. Tropiezo con una raíz, y ruedo hasta aterrizar de cara sobre un montón de hojas cubiertas de mantillo.

Apoyo las manos en el embarrado suelo y miro hacia arriba. Lo que quedaba del rosal se congela antes de desaparecer entre la niebla, fruto del hielo y la nieve. A mi alrededor está el familiar bosque, de repente desprovisto de todo el color que había aprendido a ver.

He vuelto a Orca Cove.
Pero no estoy en casa.

61

EL PRÍNCIPE DE LAS ESPINAS



Patético. Es la única palabra que se me ocurre mientras contemplo a la miserable criatura desplomada en un rincón. Apenas levanta la cabeza cuando entro por la ventana.

O estoy perdiendo facultades, o está aún peor de lo que pensaba.

—¿Qué? —empiezo, con una sonrisita—. ¿Ni siquiera un saludo para un viejo amigo?

El gran lobo blanco profiere un profundo gruñido, que estremece su cuerpo y arroja al suelo trozos de hielo y nieve, como titilantes campanillas. Pero hay otras partes que siguen adheridas a él; dentados pinchos de hielo que sobresalen de la parte trasera de sus patas y cicatrices de color azul fluorescente que surcan su cara. Todo son recordatorios de que no se trata de un simple lobo, señales de la maldición de la hechicera. Lo único que el hechizo dejó intacto fueron sus ojos, azules como el cielo invernal.

Bueno, sus ojos y su temperamento. Eso siempre ha sido un problema.

Me obligo a apartar la mirada y a contemplar la destrucción total de la habitación. Cortinas rasgadas, muebles rotos y el invierno

arrastrando sus heladas garras por cada centímetro de este lugar. La escarcha cubre incluso las oscuras zarzas que trepan por las paredes de la cámara. Están completamente cubiertas por mi obra. «Tiene que ser así». El incontrolable invierno de Keldarion sigue destruyéndolas.

Es sumamente irritante mantenerlas.

Me estremezco de forma exagerada y miro al lobo.

—Sé que prefieres el frío, pero esto empieza a ser ridículo.

—¡Largo! —gruñe la bestia, dando un paso al frente. Incluso en su forma animal, es más alto que yo, por lo que sus gigantescas fauces están a la altura de mi cara.

—No esperarás que me pierda esto, ¿verdad? —Los extremos negros de mi capa se arrastran por el hielo mientras camino a su alrededor—. Qué bajo has caído, príncipe.

Él no contesta y yo sigo caminando, pasando una mano por el suave pelaje blanco de su espalda.

—En qué patética criatura te has convertido. Ha salido el sol y sigues siendo una bestia. —Hago un gesto hacia la ventana—. Por no mencionar que tu reino está al borde de una rebelión abierta. ¿Qué vas a hacer si asaltan las puertas? El castillo no tiene suficiente magia para mantenerlas cerradas por mucho tiempo.

—Vete ya.

—Siempre pensé que iba a tener el honor de acabar contigo —digo —. Pero parece que tu propia gente lo hará por ti.

Nada. Su figura se estremece, haciendo que más trozos de hielo caigan de su enorme cuerpo, y baja la mirada.

—¿Hace cuánto se fue? ¿Un mes? —Sacudo la cabeza y me paso la mano por el pelo—. Ella te ha destrozado, ¿verdad?

Kel ruge tan fuerte que el castillo entero parece estremecerse. Del

techo caen dagas de hielo y del suelo surgen púas dentadas. Allá vamos.

—Rosalina. —Pronuncio su nombre como un poema, y veo que su cuerpo reacciona como si le hubiera asestado un golpe físico—. Tu…

—No.

—Cómo no ibas a enviarla lejos de aquí. Siempre has sido muy dramático cuando se trata de… amor —concluyo, incapaz de evitar que la ira tiña mi voz—. Prefieres condenar a todos los habitantes del Valle Encantado antes que romper la maldición.

Kel arremete y me tira al suelo con sus enormes zarpas. Su gruñido revela unos dientes tan largos como mi mano.

—Hacía mucho tiempo que no me tenías tumbado boca arriba, Kel. —Le tiro de la oreja y acerco la cara del lobo hacia mí. Mis espinas se abren paso en el suelo helado con gran esfuerzo, resquebrajando el hielo circundante. Se enroscan alrededor de sus patas y trepan por sus enormes garras, para que recuerde quién está al mando y quién es la bestia maldita y taciturna que se revuelca en su tristeza—. Aunque no recuerdo que te apestara el aliento —continúo.

Echa la cabeza hacia atrás, profiriendo un rugido, y se sacude de encima las espinas con rapidez. Qué fastidio.

—Te haré pedazos. —Sus garras se clavan apenas en mi pecho, lo justo para dejar una fina línea roja en la piel.

—Kel, los dos sabemos que si fueras capaz de hacer eso, lo habrías hecho cuando te traicioné por primera vez.

El lobo se sobresalta, con el pelaje erizado. El hielo y la nieve se estremecen en el aire antes de caer sobre mí. Parpadeo en medio del frío y veo a un hombre. Su blanco cabello cae largo y suelto, y su musculoso pecho resuella como alguien que se está ahogando y por fin sale a la superficie en busca de aire. Aunque no puedo decir que

su expresión sea menos bestial. Algo feroz se ha grabado de forma permanente en ella; ceño fruncido y dientes apretados. Me sorprende que no esté echando espuma por la boca.

Su gran mano aún presiona mi pecho. Se mueve despacio, aferrando con fuerza la tela de mi camisa antes de agarrarme la muñeca.

—Rómpela —suplica—. Por favor, Cas…

No puedo ni quiero permitir que pronuncie mi nombre en mi presencia, así que hago que las espinas y las sombras surjan a través del hielo. Pero no antes de levantarme y acercar mis labios a su mejilla para susurrarle una promesa para toda la eternidad.

—Jamás.

Las espinas me envuelven y me arrastran de vuelta al Inframundo, dejando solo al príncipe del Invierno.

Me aprieto la muñeca, dejando que mis dedos recorran las espinas escarchadas que me unen a Keldarion. No, nuestro pacto jamás se romperá.

Porque un día, el príncipe del Invierno sucumbirá a Rosalina. Y me muero de ganas de que la magia de nuestro pacto deje a su compañera justo en mi puerta cuando eso ocurra.

AGRADECIMIENTOS



Escribir este libro ha sido una auténtica delicia. Ha sido un placer revivir una de nuestras historias favoritas de la infancia y reinventarla de una forma totalmente nueva.

Gracias a la maravillosa comunidad que hemos conocido en Internet y a todos los que han apoyado nuestra extraña historia de cualquier manera. Os estaremos eternamente agradecidas por ayudarnos a hacer realidad nuestros sueños.

Agradecemos de todo corazón a Susan Velazquez Colmant y Stevie Finegan, que fueran las primeras en darnos su apoyo. Les estaremos eternamente agradecidas por haber creído en nuestro trabajo. Y gracias al equipo de JABberwocky por ayudarnos a compartir nuestras historias con tantos nuevos lectores. Les estaremos siempre agradecidas.

Muchísimas gracias a Ajebowale Roberts, que entiende y ama a Rosalina como nosotros. Y al equipo de Harper Voyager/Magpie. ¡Estamos deseando seguir haciendo magia con vosotros!

Gracias infinitas a nuestra familia y amigos por su apoyo incondicional. Os queremos muchísimo.

¡Por más libros y, sin duda, más bestias!



#SíSoyRomántica